

WILLIGIS JÄGER

en busca del sentido de la vida

El camino hacia la profundidad de nuestro ser

narcea

Willigis Jäger

En busca del
sentido de la vida
*El camino hacia la profundidad
de nuestro ser*

NARCEA, S. A. DE EDICIONES

4ª edición

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES
Avda. Dr. Federico Rubio y Galí, 9. 28039 Madrid. España

www.narceaediciones.es

© Verlag Via Nova. Petersberg (Alemania)
Título original: *Suche nach dem Sinn des Lebens*

Traducción: Carmen Monske

I.S.B.N.: 978-84-277-1100-6
Depósito legal: M. 38.200-2007

Impreso en España. Printed in Spain
Imprime LAVEL. Pol. Ind. Los Llanos. 28970 Humanes (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedra.org) vela por el respeto de los citados derechos

Prefacio	7
PRIMERA PARTE. CHARLAS	
Introducción	11
En busca del sentido de la vida	15
Ciencias naturales y mística	32
La experiencia transpersonal	37
¿Religión o esoterismo?	59
<i>La mística cristiana y los caminos esotéricos de Oriente</i>	73
La oración contemplativa, una antigua tradición cristiana	87
Caminos de oración de los grandes místicos	103
Jesucristo en la contemplación	136
Aspectos psicológicos del camino interior	143
Conducta ética	190
¿Muerte o transformación?	202
La mística: ¿huida del mundo o responsabilidad para con el mundo?	207
SEGUNDA PARTE. ALOCUCIONES	217
TERCERA PARTE. TESTIMONIOS	287
GLOSARIO	313

Desde su inauguración, la Casa de San Benito de Würzburg, intenta seguir los caminos de las experiencias de los místicos cristianos, acompañando a otros en su camino de contemplación. Entre ellos se encuentran algunos discípulos españoles de Willigis Jäger.

Las *charlas y alocuciones* de Willigis Jäger publicadas en este libro, han ido madurando a lo largo de varios años durante sus múltiples cursos; la agrupación bajo diferentes temas se ha hecho sin ninguna pretensión especial. Por eso algunas repeticiones provienen del proceso de los cursos. Hay cosas que deberán repetirse bastantes veces hasta que nos calen, pasando todas las oposiciones para que puedan comenzar a surtir sus efectos en una capa más honda.

Los *testimonios* están escritos por participantes de los cursos que plasmaron su vida interior, esa realidad más honda, a sabiendas de que las palabras reflejan de forma muy pobre sus experiencias.

El propósito de este libro no consiste en suministrar lectura al intelecto sino que pretende llegar directamente al corazón, acompañándolo hacia la experiencia de su ser más hondo. Lo inefable queda mejor expresado en lo no dicho.

Uta Dreisbach

Primera parte
Charlas

En el Tao-te-king se dice: «Quien sabe no habla, quien habla no sabe», aunque una poesía de instrucción del zen también dice: «Con la intención de atraer a ciegos, Buda dejó escapar de su boca dorada palabras juguetonas.» (Daio Kokushi). La palabra es el medio de seducción para atraernos al camino hasta que caigamos en la cuenta de que *ello* no se encuentra en la palabra.

Muchos cristianos esperan hoy una guía para la oración contemplativa. Se vuelven hacia el hinduismo y el budismo, y no les falta razón, porque del lado cristiano apenas lo reciben. Incluso se les previene sobre la oración contemplativa; esto está ocurriendo en los conventos y también en la institución eclesial. El último desencanto en este tema fue la carta del cardenal Ratzinger a los obispos sobre los «aspectos de la meditación cristiana».

Los últimos quince segundos desde la explosión originaria

Quisiera comenzar con una ficción; según los últimos estudios de la ciencia, la existencia del cosmos se calcula en unos diecisiete mil millones de años; comprimiendo éstos en un año —cada mes correspondería a unos mil millones de años— tendríamos el siguiente esquema:

Debido al ímpetu de la misteriosa explosión originaria, la materia se dilató contra su fuerza de gravedad y, en el proceso, se enfrió. En una fracción minúscula del primer segundo del primero de enero ya surge la materia, las partículas elementales, y, acto seguido, los núcleos atómicos más simples, los hidróge-

nos y helios. Antes de finales de enero se desacoplan las radiaciones y la materia, surgiendo las galaxias.

A mediados de agosto se forma nuestro sistema solar a partir de una nube de gas y polvo que se rompe. En la tierra, primero van surgiendo complicadas estructuras químicas y después biológicas. Las formas geológicas más antiguas de la superficie terrestre existen desde mediados de septiembre.

A principios de octubre empiezan a existir las algas fósiles. En el curso de dos meses comienza en las aguas el crecimiento de un sinfín de especies de flora y fauna.

El 19 de diciembre las plantas van cubriendo los continentes. La vida se está procurando una atmósfera rica en oxígeno. El 22 y 23 de diciembre, a partir de los peces, se forman los cuadrúpedos anfibios que van conquistando las tierras húmedas.

El 24 de diciembre se desarrollan los reptiles que van poblando las tierras secas. El 25 de diciembre aparecen los primeros animales de sangre caliente y por la noche los primeros mamíferos. En la noche del 30 de diciembre empiezan a formarse los Alpes. En la noche del 31 de diciembre —o sea, el último día—, surge el género humano a partir de los simios. Cinco minutos antes de las doce de la noche viven los hombres de Neandertal, quince segundos antes de la medianoche nace Jesucristo; medio segundo antes de la medianoche comienza la era técnica.

Científicos americanos aseguran haber descubierto un cosmos que no tiene su origen en la explosión originaria. Los sistemas cósmicos, por lo visto, van y vienen sin principio ni fin.

Significado de la vida humana

¿Qué significan en las relaciones cósmicas el nacimiento y la vida del hombre Jesucristo, los últimos quince segundos de la historia del universo?

¿De qué manera se ha revelado la realidad divina en otras galaxias? ¿No se está revelando siempre y en cualquier lugar en todo lo que tiene forma? ¿No es el principio estructural de la evolución? ¿Tenemos que buscarlo realmente en el exterior?

¿Qué significa salvación, y qué resurrección de la carne? En un millón de años el ser humano se habrá alejado tanto del que existe hoy en día como el ser humano actual del antropoide a

partir del cual se desarrolló. ¿Cómo será nuestra resurrección?

¿Qué significan ochenta años de la vida humana frente a los miles de millones de años del proceso cósmico? ¿Qué significa el tiempo? ¿Qué la eternidad? ¿Qué significado tienen los sistemas del pensamiento humano, los dogmas?

¿Cuánto tiempo podremos seguir hablando de Dios como si el universo girara alrededor de la tierra? ¿Como si en algún lugar una instancia inteligente lo dirigiera todo?

La mente es la materia prima de la que todo fue creado. ¿Por qué tenemos que separarla de manera dualista?

Entendimiento desfasado o actualizado del mundo y de la religión

La mística ha intentado averiguar lo que se oculta en estas preguntas; siempre ha hablado de los ámbitos de la consciencia que permiten abarcar la realidad más ampliamente, al igual que lo hacen hoy día las ciencias naturales y la psicología transpersonal. El científico G. Zukav escribe: «No se sorprendan Vds. si la física universitaria en el siglo XXI incluye también conferencias sobre meditación.» La palabra meditación se refiere aquí a la experiencia transpersonal. El ser humano y el cosmos son más de lo que es capaz de demostrar nuestra consciencia intelectual. La razón es una prisión, dice la mística. Y la religión que se queda estancada en esa prisión engaña a sus discípulos.

La formulación de la experiencia de la realidad última depende, al fin y al cabo, de si el entendimiento del mundo y de uno mismo es antropológico o cósmico. Quien considere al género humano como el centro del proceso cósmico, tendrá dificultades con la descripción de la experiencia mística. Porque la razón no tiene más remedio que agarrarse a una estructura personal superficial, ya que no es capaz de interpretar el mundo de otra manera. La experiencia mística, en cambio, sobrepasa la superficialidad de la estructura personal debida a su carácter apersonal. Sobrepasa la dualidad de lo que hay enfrente. Es más amplia y de una calidad distinta. La razón es incapaz de entender esto y, en consecuencia, incapaz de aceptarlo. Sospecha que se desintegraría la persona, lo que significaría el peligro de desintegración de la propia estructura. Quien no pueda aceptar la existencia de una experiencia que sobrepasa la razón humana,

tendrá dificultades con las experiencias místicas. Se inclinará a sospechar también de una «gnosis auténtica».

Redogmatización de la experiencia religiosa

Como la fe cristiana se interpreta racionalmente, la experiencia de los místicos cristianos tuvo que ser redogmatizada, es decir, repersonalizada. Muchos teólogos cristianos opinan que el entendimiento del mundo y de la fe personalizados suponen un gran adelanto que el cristianismo ha aportado a la religión. Pero esto está encontrando cada vez más dificultades a la vista de los continuos avances de las ciencias naturales y de la psicología. La interpretación de las enseñanzas y de la vida de Jesús no se ha adaptado a las exigencias del tiempo. La Realidad última es apersonal y está más allá de los tradicionales conceptos de Dios de las religiones teístas. Les falta el punto de vista cósmico y ecuménico. Hay una brecha entre la manera de entender el mundo del ser humano en la actualidad y de la interpretación teológica. En el fondo no hemos superado el pretendido dualismo ontológico entre Dios y creación, aunque ése era precisamente el objetivo de Jesús. «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos», «ya no os llamo siervos, sino amigos», «así como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,21). A fin de cuentas, el empeño de Jesús consistía en guiarnos hacia la misma consciencia que le llenó a él. Nuestro esfuerzo en la contemplación va enfocado a encontrar esa consciencia de Cristo.

Cada vez hay más personas que logran completar el ámbito de la experiencia racional mediante las posibilidades transpersonales. Los caminos esotéricos de las grandes religiones suponen una gran ayuda en este deseo.

Gracias a todos los que me han enriquecido

En los siguientes capítulos no solamente figuran mis propias experiencias y conocimientos, sino también los pensamientos y las experiencias de muchos otros. A veces ya ni sabía de quién era la propiedad literaria de lo que estaba escrito y quién fue el autor de una idea. A todos los que han contribuido a hacer posible la publicación de este libro, les doy mis más sinceras gracias.

En busca del sentido de la vida

Cuando los horizontes se derrumban

En la vida diaria, la mente humana es comparable a un pasajero en un barco; sólo ve el horizonte. Pero lo que hay más allá, es mucho mayor y más grandioso que lo anterior. Nuestra consciencia del yo sólo reconoce la realidad que es captada por la razón y los sentidos. La magnitud de lo que hay más allá de esa capacidad de conocimiento es inimaginable.

Igual que una mano delante de los ojos tapa la montaña más alta, la pequeña vida terrenal esconde las innumerables luces y maravillas que abundan en el mundo, y quien sea capaz de quitársela de delante igual que se retira la mano, ése verá el esplendor enorme de los mundos interiores. (Rabí Nackmann de Brazlar).

El campo de percepción de la consciencia del yo es limitado. Estamos en un sistema cósmico cuya verdadera magnitud está «más allá del horizonte», incomprensible para nuestro yo. Por un lado, en el ámbito subnuclear la materia desaparece en campos energéticos y por el lado macrocósmico desaparece en el «agujero negro». La materia no es nada sólida. Es permeable, surge y se deshace ante nuestros sentidos y nuestra razón. Podemos fisionar la materia, pero ya no se descompone en partículas más pequeñas, sino que se convierte en energía. Y la energía podrá aparecer de nuevo como partícula, como materia. No se puede mantener una visión del mundo según la cual todas las formas del cosmos pueden explicarse exclusivamente por motivos materiales. Las bases de la materia son de naturaleza no material. Lo constante no es la estática, sino la dinámica. La continuidad de nuestra vida tampoco está en lo que somos

ahora, sino en el centro de nuestro ser que pasa a través de todas las formas de existencia.

Dimensiones cósmicas

En la vía láctea existen aproximadamente cien mil millones de estrellas brillantes. Con los aparatos actuales podemos ver aproximadamente cien millones. Desconocemos el número que no podemos ver. Nos encontramos ante un mundo multidimensional del que solamente podemos captar algunas dimensiones. Hans Peter Dürr, físico alemán y director del Instituto Max Planck, lo ejemplificó de esta manera:

Estamos ante el universo como un analfabeto ante una poesía preciosa. Como no sabe leer ni escribir lo mira todo concienzudamente y se da cuenta de que algunos signos se repiten constantemente. Empieza entonces a contar esos signos, a ordenarlos y a clasificarlos. Al final sabe que el papel contiene tantos signos de a, b, c, etc. y se siente orgulloso de haber logrado este descubrimiento, pero no ha entendido absolutamente nada del poema.

El universo que surgió hace impensables años luz y que seguirá seguramente para siempre —la desaparición de mundos y la aparición de nuevos son parte esencial del principio estructural de este universo— se escapa a nuestra facultad de comprensión. Por lo visto está organizado de forma arracional. La racionalidad es sólo un «programa del ordenador». Dios tiene muchos programas de esos.

¿Además de nosotros existen seres inteligentes en el universo? La mayoría de los científicos piensa que es probable que existan civilizaciones similares a la nuestra. Bajo condiciones más o menos parecidas, puede desarrollarse vida, y en el universo hay muchísimos planetas parecidos a la tierra. Harlow Shapley, científico americano, escribe:

Entre todas las estrellas del universo, quizás sólo una de mil tenga también un planeta. Supongamos que, en una estimación muy cautelosa, sólo uno de cada mil sistemas planetarios tenga un planeta con temperaturas aptas para la vida. Sigamos suponiendo que entre ellos haya sólo uno de cada mil tan grande como para tener una atmósfera. De los restantes planetas, escojamos sólo uno entre

mil y supongamos que esos planetas tengan una composición química lo suficientemente favorable como para poder engendrar vida. Eso significaría que, según nuestro cálculo, por cada billón de estrellas habría justamente una con un planeta apto para la vida. Una de entre un billón de estrellas. ¿Cuántos planetas aptos para la vida habría entonces? Pues aún habría cien millones de planetas aptos para la vida en el universo. Cien millones de planetas como la tierra.

No parece pues que seamos tan únicos en el universo como creíamos. Quizás existen seres que están mucho más desarrollados y no seamos el «broche de oro» de la creación.

El significado de nuestra vida

¿Qué significado tiene nuestra vida en comparación con las dimensiones inmensas del tiempo? ¿Qué significan ochenta años de vida dentro de esos miles de millones de años luz? ¿Qué significa un día, una hora? ¿Qué importancia tiene una guerra en esta motita de polvo que es la tierra? ¿Qué importancia tiene en este contexto un insulto que nos hace perder la sangre fría?

El sentido de la mística resulta de la experiencia de la intemporalidad. En la experiencia mística no existe el factor tiempo. No hay ningún punto Omega adonde todo apunta. El Alfa y la Omega existen juntos. En occidente estamos acostumbrados a pensar de una manera lineal. El místico, en cambio, experimenta de modo íntegro. La experiencia mística se parece al encuentro con una bola. Si se capta la bola entera, todo ocurre a la vez. Tenemos que captar la bola entera desde el punto donde nos encontramos. Eso es el cielo, la *visio beatifica*. Experiencia mística significa experimentar todo al mismo tiempo. El zen dice que el nirvana no es ningún lugar en la lejanía, sino la experiencia del ir y venir, del nacer y morir como la realidad constante. Nacer y morir son la consumación de la vida de Dios.

¿Por qué nos damos tanta importancia a nosotros y a nuestra vida? Nuestro yo nos aprisiona. Dramatiza los sucesos, los hincha hasta convertirlos en monstruos pesados que nos van infundiendo miedo. Si por una destrucción atómica la tierra se hiciese inhabitable por espacio de unos cuantos millones de años, en la evolución cósmica carecería de importancia. Constantemente las galaxias surgen y desaparecen. Y seguramente habrá millones de estrellas en las que existe vida inteligente.

Quien contemple el mundo desde la mística, lo experimentará como una burbuja en un torrente. Esta motita de polvo, nuestra tierra, no tiene ninguna importancia entre los miles de millones de astros que pueblan la inmensidad del cosmos, cuya existencia se cifra en miles de millones de años.

¿Qué significa este segundo ante los miles de millones de años luz? ¿Qué importancia tiene una vida humana que dura unos cuantos decenios? Desde este punto de vista, los problemas personales y del género humano, que lleva reflexionando sobre sí mismo desde hace unos cuantos cientos de años, tienen una relación totalmente diferente. Nos proporciona una sensación de serenidad y ligereza. Es la misma serenidad de Jesús cuando habla de los pájaros y de los lirios del campo.

Ante esto, habrá quien piense cruzarse de brazos y retirarse a la vida contemplativa. Pero esta postura es censurada en las religiones por sus consecuencias erróneas. Porque nuestra existencia reviste un significado único. Somos la manifestación de lo divino, somos una revelación única e inconfundible de la vida divina.

No debemos entender nuestra existencia como algo que existe durante ochenta años y que luego se congela en lo que llamamos cielo y contemplación de Dios. Nuestra verdadera existencia es la experiencia del ir y venir como el despliegue de la Vida Divina. Dios no es lo estático. Es la quietud y lo dinámico. El cielo es experimentar esta dinámica en el nacer y morir. Es la experiencia de la «Divinidad» rebosante de la que habla Eckehart al decir que Dios es un descansar en sí mismo y una estabilidad, «pero además una especie de hervor o alumbramiento de sí mismo que arde en sí y que rebosa y se sale de sí mismo, una luz dentro de la luz y hacia la luz que se compenetra a sí mismo totalmente».

El universo como la revelación de Dios

Estamos acostumbrados a entender la revelación de Dios (la revelación de la Realidad última) como algo que nos fue contado. Dios hizo que un profeta experimentara algo, éste lo vertió en palabras y lo anunció a los demás. Esto es lo que creemos también del hombre Jesús. Pero tanto la mística de oriente como la de occidente entienden por revelación «experiencia». Lo divi-

no se le revela al ser humano de forma mucho más intensa directamente en la realización del instante. Allí es donde encontrará la auténtica presencia de Dios. Única y exclusivamente allí puede hacer la vivencia de Dios. Mediante la razón solamente puede saber de Dios. De ese Dios, Eckehart dice: «Cuando pase el pensamiento, también pasará Dios». Cuando la rama se percibe como rama con las demás, ramas de su entorno y cuando oye hablar del tronco y de la raíz, se experimenta, en sentido figurado, en su consciencia del yo. Pero si se experimenta desde el interior, lo hará como árbol. Entonces hace la vivencia de lo que es realmente.

Lo mismo se puede aplicar al ser humano. Mientras conozca a Dios por la razón, tendrá un saber muy pobre. Pero cuando haga la experiencia desde el interior, cuando caiga en la cuenta de la Realidad, tendrá una experiencia íntegra.

La mística experimenta un mundo multidimensional. En el intento de expresar este mundo en nuestras limitadas formas abstractas, solamente es capaz de balbucear. Con esto no se quiere decir que no haya ninguna posibilidad de expresarla. Los místicos solían verter sus experiencias en palabras y en imágenes. Pero sabían que éstas no debían tomarse como dogmas, sino que eran algo así como lunas de cristal que señalan la luz que las ilumina.

*Al que se gloriaba de hacerse uno con Dios en el raptó,
una vez un hombre le vio en el éxtasis y preguntó:
Dios: ¿por qué el Faraón está condenado al fuego?
Porque, exclamó: ¡Soy Dios! y Hallasch
está arrebatado hasta el cielo por exclamar lo mismo.
Entonces escuchó una voz que dijo:
El Faraón, cuando dijo aquella frase,
sólo se pensó a sí mismo, me había olvidado a Mí,
Hallasch cuando lo dijo se había olvidado de sí mismo,
sólo me pensó a Mí.
Por ello, en boca del Faraón el «Yo soy» resultó una blasfemia:
el «Yo soy» en Halladsch es efecto de mi gracia. (Al-Halladsch)*

La necesidad espiritual en el ser humano

Muchas personas intuyen que la vida es más de lo que es capaz de ofrecernos el nivel de la consciencia diaria. Perciben

la existencia de espacios de medidas cósmicas inalcanzables a nuestro intelecto y a nuestros sentidos. Captan de modo intenso que sólo desde allí puede cobrar sentido la vida propia y la del cosmos entero. Sienten que su vida podría ser más sustanciosa. Están descontentos. Pero el descontento es señal de que hay necesidades en nosotros que no son satisfechas. Y cuando la persona desplaza sus necesidades, enferma. Lo que es válido en el nivel psíquico, también lo es en el espiritual. Pues este último forma parte del ser de la persona. Y también allí es posible desplazar necesidades, p.ej. la de encontrar el sentido de la vida o la de no tener que morir. Debido a los desplazamientos se producen trastornos traumáticos y bloqueos. La psicología transpersonal lo denomina metapatología, enfermedad que está más allá de la enfermedad psíquica corriente.

C.G. Jung señaló que nunca había tenido un paciente mayor de 35 años cuyo problema de fondo no hubiera sido de naturaleza «religiosa». Hasta la mitad de la vida la persona se dirige hacia el exterior, adonde proyecta también su esperanza de salvación. La búsqueda de pareja, la sexualidad, el poder, el dinero, el éxito profesional, etc. tapan el anhelo más profundo de la explicación del sentido de la vida y de la plenitud.

Todos padecen el haber perdido lo que las religiones vivas de todos los tiempos facilitaron a sus creyentes, y nadie está realmente curado si no vuelve a alcanzar su postura religiosa, lo cual no tiene nada que ver con una confesión determinada o con la circunstancia de ser cristiano. (C.G. Jung)

Dichosa la persona que sienta sus necesidades espirituales básicas y que encuentre a un «médico» que le ayude a saciar esa sed. Un auténtico terapeuta intentará abrir a la persona su camino de salvación. Estos caminos pueden diferenciarse grandemente entre sí, pero tienen en común una cosa: llevan por la confrontación, la miseria, el miedo y la muerte.

La mayoría de las personas lo intenta mediante la religión, y muchas logran encaminarse hacia la profundidad espiritual. Otras, en cambio, no están satisfechas con la religión habitual e incluso opinan que es un obstáculo al desarrollo personal. Por este motivo buscan un camino libre de la «carga inútil» de la religión.

Hay otros que pretenden haber sido mal educados por sus

padres y otras autoridades de tal forma que aún hoy siguen sufriendo por su infancia. Pero no vale de mucho echar la culpa de la desgracia propia a los demás. Nos han dado la vida para que crezcamos y maduremos, para que emprendamos el camino cuando estemos hartos de la superficialidad de nuestra conciencia cotidiana. Esta forma de hartarse es un motivo decisivo para encaminar a la persona. Tenemos todo o casi todo lo que se necesita para la vida, ¿por qué estamos descontentos? ¿Por qué una psicoterapia intensiva no depara la paz interior a muchas personas? ¿Por qué buscamos algo más que el bienestar psicofísico? El descontento y el sufrimiento apremiante son, por así decir, el combustible de la energía para la búsqueda. Y esta última nos ha de llevar más allá de nuestra existencia psicofísica. Hemos de experimentar quiénes somos en realidad; queremos saber el sentido último de la vida. Nos empuja un «desasosiego divino».

La búsqueda del sentido de la vida o de nuestro verdadero Ser o de Dios, como diríamos en la terminología cristiana, pertenece al principio básico de la evolución. En realidad, no se trata de ninguna búsqueda, es más bien lo divino lo que se está desplegando en y a través de nosotros. Lo divino se está haciendo consciente en nosotros. Creemos que estamos buscando a Dios, pero no somos nosotros los que buscamos la Realidad última, sino que es ella la que genera en nosotros el impulso del descontento y de la búsqueda. Dios es el buscador. Dios despierta en nosotros. Nosotros mismos no podemos «hacer» nada, solamente desprendernos de todo para que lo divino pueda manifestarse en nosotros. Lo único que podemos hacer es quitarnos de en medio en favor de Dios, según expresión de Eckehart. La naturaleza esencial se revela cuando no ponemos obstáculos. Si hay salvación, será la del dominio de nuestro yo, para que pueda desplegarse lo que somos en realidad.

Sentido de nuestra condición de seres humanos

¿Cuál es el sentido del cosmos? ¿Cuál es el sentido de un árbol, de un animal, de una persona? Eckehart hubiera dicho: existen «sin por qué». Y Angelus Silesius dice: «La rosa carece de por qué, florece porque sí. No hace caso de sí misma, no pregunta si se la ve.» ¿Tiene nuestra existencia una razón ma-

yor? ¿Por qué no florecemos y desaparecemos como la flor? No podemos buscar el sentido de nuestra existencia fuera de ella. Este acto de nuestra vida es de un grandísimo valor. Nos proporciona posibilidades que no son posibles en otras formas de existencias.

La primera pregunta que figuraba en los catecismos antiguos era: ¿Por qué estamos en la tierra? Contestábamos: «Estamos en la tierra para conocer, amar y servir a Dios y después gozar de Él eternamente.» Pero la interpretación que le doy yo ahora es muy diferente de la que me dio mi profesor de religión.

Existe esta Vida que lo penetra todo y que denominamos Dios, lo Absoluto, la Realidad última, el verdadero Ser, etc. Este verdadero Ser es la profundidad de nuestra existencia. Es el Ser a partir del cual vivimos. Mejor dicho: es el Ser que vive en y a través de nosotros. Somos su forma de manifestarse.

Nuestra consciencia del yo nos impide experimentar nuestro verdadero Ser. No sabemos quiénes somos ni lo podemos saber; únicamente podemos experimentarlo. Nuestra consciencia del yo nos separa de esa experiencia, pero no del Ser en sí. Si estamos separados de la experiencia del Ser Divino, no podrá influenciar nuestra vida. Un mero encuentro con el verdadero Ser en el nivel filosófico, teológico, ritual y sacramental no es capaz de hacer que su potencia sea plenamente eficaz. Las manifestaciones de la religión han de conducirnos a una experiencia más honda de lo divino.

El sentido de nuestra vida

El sentido de nuestra vida radica en la experiencia de nuestra naturaleza divina, así como de la de todos los seres. Cuando los místicos hablan de Dios, a veces dicen: «Soy Dios». Ello se presta a malinterpretaciones al tomarlo por panteísmo. La persona no dejará de ser persona, pero su forma humana es precisamente la manifestación de Dios. Cuando la mística cristiana no pasa por el filtro del dogma, se expresa con la misma claridad que la mística de oriente. Juan de la Cruz escribe: «Nuestro recuerdo es recuerdo de Dios y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios.» (Llama de amor viva IV,9)

La realidad última, Dios, desconoce lo interior y lo exterior. La ola no está fuera del océano. La ola es el océano, pero a la

vez no lo es. Para expresar este hecho, la mística oriental utiliza la palabra no-dos. Mirando el océano desde arriba, se distinguen miles de olas, pero visto desde abajo solamente hay el océano.

Muchas veces se utiliza también la imagen de una regla en la que en una cara figuran las medidas y en la otra nada. Ambas caras conforman la regla. Ambas cosas se experimentan como una sola. De este modo, la persona no deja de existir como persona cuando experimenta a Dios. Pero hace la vivencia de la forma de existencia del ser humano como de la forma de Dios. «La ola se experimenta como océano.» Cuando lleguemos a este punto experimentaremos la unidad de todas las olas con el océano y, con ello, la unión íntima de todos los seres mediante el océano divino, es decir, la Vida Divina.

Esta experiencia consiste, en última instancia, en algo que se escapa a nuestra capacidad de expresión. Es, seguramente, el retorno a la identidad de Dios, a lo que Tauler denomina el «fondo», Eckehart «Divinidad», Teresa el «castillo interior» y el zen, la «naturaleza esencial».

Visto así no hay nada que no sea la manifestación de Dios. Si en lugar de «vida de Dios» dijéramos «energía», tendríamos la analogía de la fórmula H_2O . H_2O puede organizarse de distintas maneras: como agua, vapor y hielo. La Vida Divina puede manifestarse y ser experimentada en formas diferentes. Vida religiosa significa estar incluido en lo divino. Esto no es equivalente a un sometimiento a unas normas morales, a verdades de fe o a rituales. Es más bien a lo que Eckehart se refiere al decir que debemos dejar el paso libre a Dios para que pueda ser Dios en nosotros.

Esto significa que es una tarea noble cuidar nuestras potencias mentales, psíquicas y sensuales para poder desarrollar en ellas lo divino y experimentarlo en su despliegue. Dios es la única realidad. Está presente siempre y en todo. Penetra todo y se manifiesta en todo. Somos un «modo de tocar» de Dios. Somos la «sinfonía Dios». Somos el baile del bailarín Dios. El morir, igual que el nacer, forma parte de este baile.

Morir y vivir

Nuestro problema de fondo como seres humanos es la certeza de la muerte. La vida que poseemos no se puede retener.

Tarde o temprano terminará. Rechazamos esto constantemente desarrollando muchos mecanismos que nos ayudan a desplazar la muerte. Pero todo lo que se desplaza volverá a aparecer, aunque sea bajo una máscara distinta. Sabemos cosas acerca de la muerte, pero no lo soportamos. Por ello nos precipitamos en todo tipo de actividades, aunque el ruido de nuestra consciencia no es capaz de desplazar nuestro miedo a la muerte. Llegará el día en que la muerte nos aniquilará. Resulta decisivo el hecho de considerarla como una etapa más en el desarrollo o como un mal terrible.

El creyente hace una experiencia fundamental: quien experimenta la Vida o, por lo menos, cree en ella, pierde el miedo a la muerte. La Vida no puede morir. Morir solamente puede una forma de vida. Este es el fondo de toda experiencia y el conocimiento de toda mística.

Muerte y resurrección forman parte del principio estructural de la creación. Nuestro yo se rebela contra ese proceso del nacer y morir. Se aferra a un envoltorio, olvidándose del contenido. Parecemos estar hechizados. En el hinduismo esto se denomina el gran mago Maya.

¿Por qué no cunde el conocimiento de la Vida? ¿Por qué no nos sacudimos la muerte? Porque primero tenemos que hacer la experiencia de la muerte; y ésta la hace cada uno solo. Debo desprenderme de todo lo que mi yo desea. La muerte mística es la muerte del yo, y ese yo es el que las personas no quieren soltar. En occidente nos hemos identificado de tal manera con nuestro yo que lo equiparamos a la vida y deseamos perpetuarlo; en eso parece consistir el pecado original: haber creído poder ser «como Dios» con este yo. Ese yo no es más que el punto de cruce de nuestras fuerzas psíquicas que se nos presenta como independencia. Es una ilusión sin más y se trata simplemente de desprenderse de ella. El yo no es más que un pequeño disco que flota sobre nuestra consciencia; un órgano de ella, pero se comporta como si fuera el soberano y, por ello, se encuentra en una lucha constante con la profundidad de nuestro ser. La actividad de este yo aparentemente autónomo y el egocentrismo resultante constituye la verdadera enfermedad de nuestro tiempo, sobre todo en occidente; se la denomina «egoneurosis».

Quien no es capaz de desprenderse de su yo, de morir y de mirar la muerte cara a cara, tampoco podrá vivir. Son pocas las personas que emprenden el camino de la muerte del yo —el

camino místico—, y menos aún las que van por él hacia el final. Porque antes del morir está el miedo.

Únicamente las personas con un yo fuerte son capaces del desasimiento. «Tienes que ser alguien antes de poder ser nadie.» Algunos deberán ocuparse primeramente del fortalecimiento de su ego antes de emprender el camino místico o, por lo menos, ponerse al mismo tiempo en manos de un terapeuta.

La confrontación con el sentido de la vida es la tarea más importante que la persona tiene que realizar en la segunda mitad de su vida. Esto significa que tiene que prepararse para la madurez y la muerte. Morir es el precio para obtener una vida más alta. Sin muerte no habrá resurrección hacia una existencia más amplia. Pero es necesario aprender a morir. Debemos realmente desprendernos de nuestro cuerpo físico y de nuestra existencia egotista. Se trata principalmente de cambiar en positivas nuestras tendencias básicas, esquemas o patrones fundamentales. Pero no es posible cambiar voluntariamente. De lo que se trata es de dejarnos cambiar desde dentro. No nos cambiamos nosotros mismos, sino que es lo divino en nosotros lo que va desplegando su potencia. Desprendimiento significa la relegación de las tendencias propias para que lo divino pueda desarrollar su plena potencia. Se aprende a morir para poder vivir. La muerte es el acontecimiento más importante de nuestra vida.

Cuando estemos en trance de morir no tendremos la sensación de estar muriendo. Nuestra vida prosigue. Las experiencias extracorporales de personas que han estado cerca de la muerte nos dicen que existe un modo de captar y de experimentar más allá de la consciencia cotidiana. Aquello que se siente entonces, se denomina en el esoterismo, cuerpo astral. En la terminología cristiana recibe el nombre de alma, aunque ambas cosas no necesariamente se refieren a lo mismo. O sea, al morir saldremos de nuestro cuerpo. La muerte no es más que una separación de nuestra identidad más profunda de nuestro cuerpo físico. Únicamente muere la forma, no la Vida. La Vida proporciona la existencia a los miles de millones de formas de manifestación, y se las vuelve a quitar. Nuestra existencia auténtica no es estática, sino dinámica, y se vierte una y otra vez en formas nuevas. Así que nuestra verdadera identidad está en el flujo y reflujo de la Vida. No tenemos vida propia. Todo lo existente es el refulgor de lo divino. No es nuestra vida la que vivimos, sino la de Dios.

Experiencia de la Realidad última

Es posible acercarse a lo numinoso de diferentes maneras; mejor dicho, existen distintos caminos de desasimiento para que lo divino penetre en nosotros:

- El camino del intelecto, reflexionando sobre Dios y el mundo. Ese es el origen de la filosofía, de la metafísica y de la teología. Pero de esto no vamos a hablar.
- El camino de la religión, o sea, del culto, del rito, de la ceremonia, de los sacramentos y, lo que suele ir unido, el estudio de las Sagradas Escrituras, es decir, de las parábolas, de los símbolos y del mito oculto en ellas que apunta a lo esencial. Dichas parábolas, símbolos y mitos de los Libros Sagrados son como vidrieras iluminadas por la luz que hay detrás de ellas. La luz en sí no la podemos ver, únicamente podremos conocerla por su reflejo. Resplandece, por así decir, en esas vidrieras de las parábolas o de los mitos. La luz que en sí carece de estructura y que no se puede captar, en la vidriera adquiere color y estructura. Lo importante es que no tomemos esas vidrieras por la Realidad. No son más que el fulgor de ella en una forma determinada. Hemos de mirar detrás de las vidrieras.
- Lo mejor será seguir uno de los caminos esotéricos de las grandes religiones: el camino de la contemplación (Cristianismo), el camino del zen (Budismo), el del vipasana (Hinduismo), los modos meditativos de los tibetanos o del modo sufi (Islam).

Después de haber practicado durante un largo tiempo alguno de estos caminos se podrá alcanzar el punto en donde todos los procesos corporales, psíquicos y mentales del ser humano callan, quedando simplemente en actitud de recibir. Dios es un vacío pleno. Pero esta condición no es el raptó, y la meta tampoco consiste en el éxtasis (aunque varios místicos cristianos, y sobre todo las personas no místicas, lo entiendan así). La meta consiste más bien en experimentar la realidad en su totalidad. Nuestro conocimiento no sigue ningún desarrollo lineal que finalmente dejará todo atrás, sino que su crecimiento se parece a una bola, hasta el punto en que nada quede ya oculto. Todas y cada una de las cosas puede convertirse en puerta hacia

el todo. Se trata de un conocimiento holístico. Todo está abierto a la transcendencia. Todo puede ser desencadenante y manifestación de la Realidad última. Todo es santo. No hay nada que no sea *sacramentum*, es decir, la cara exterior de esa Realidad.

Quien vuelve de una experiencia de esta índole, tiene el corazón repleto de amor hacia todo y todos. Y dirá: todo está bien tal y como es, incluyendo hasta el sufrimiento y la desgracia. Entonces se pondrá al servicio del prójimo para ayudarle a salir de la estrechez de su yo.

La soledad del ser humano

El ser humano se ha desarrollado desde lo premental hasta la consciencia de la individualidad. Con ello ha llegado a darse cuenta de su limitación, de su impotencia, su aislamiento y su soledad.

La sensación de estar desgajado es la verdadera fuente del miedo del ser humano. Después de haber comido «del árbol del conocimiento» y haberse convertido en un ser mental, el hombre fue capaz de distinguir entre el bien y el mal; en ese mismo instante se dio cuenta de su desnudez, de su separación, de su soledad, de su incapacidad de vivir por su propia fuerza y de tener que buscar su fondo dentro de sí mismo.

Desde entonces tiene el anhelo innato de vencer su soledad, de convertir su condición de estar desgajado en la de estar salvado y de ser un todo-uno.

C.G. Jung seguramente conoció mucho mejor a los seres humanos que Freud y Adler al decir que el anhelo religioso de la persona era un instinto mucho más fuerte que el de la sexualidad y el ansia de poder. Es el anhelo originario por encontrar el hogar.

Proyección en cosas y en personas

Existen muchas pseudoposibilidades de resolver el problema de la soledad: el sexo, las drogas, el alcohol, la huida hacia el entretenimiento... Lo trágico radica en que la ilusión de unidad y de estar a salvo termina en cuanto dejan de surtir efecto

los medios correspondientes; entonces la desesperación es mayor que antes.

La sensación de estar desgajado hace surgir el deseo de amor y de afecto. Por ello el ser humano primeramente espera conseguir la realización desde el exterior. El niño, lógicamente, proyecta ese anhelo en la madre y en el padre. El joven lo proyecta en la chica amada y ésta a su vez, en el joven. Pero llegará el día en que la persona se dará cuenta de que su pareja no puede proporcionarle la realización de lo que su anhelo le hizo creer. Dicha proyección comprende los objetos más diversos: chalet, coche nuevo, un empleo mejor, un sueldo más alto, las próximas vacaciones, etc. Hay quienes son tan ciegos que persiguen durante todas sus vidas esas proyecciones sin nunca darse cuenta de ello.

Las proyecciones son algo natural y constituyen una valiosa energía psíquica. Pertenecen esencialmente a la condición humana. Es importante conocerlas a tiempo para saber lo que significan nuestras fantasías y proyecciones. Las fantasías sexuales por ejemplo, muchas veces no significan otra cosa que el anhelo de superar la separación, el anhelo de la integridad. Por ello, cuando se hacen más intensas no se trata simplemente de cortarlas y ahuyentarlas. Además, a menudo están fuera de nuestro control mental. En este ámbito, el cristianismo ha errado al aconsejar huir de esas fantasías y al clasificarlas como fundamentalmente malas.

La proyección en Dios

Cuando el ser humano se da cuenta de que no puede encontrar la realización en las cosas ni en las personas, comienza a esperarla de Dios. Él es el Padre al que puedo amar, al que puedo pedir perdón, al que he de temer. Dios es el Padre y yo soy su hijo. Él es todopoderoso, sabio por encima de toda sabiduría, y me siento a salvo en sus brazos. Me consuela como a un niño cuando le grito. Me ama cuando soy bueno, me castiga cuando he sido malo. La última proyección que el ser humano realiza es anhelar un Dios que existe en alguna parte, que le observa, le guía, le dirige, le ama, etc. De este modo, Dios se convierte en la imaginación humana en un juez, en una instancia de control de nuestro comportamiento, en un superhombre ca-

paz de conceder la gracia o de retirarla. Una religiosidad de esta índole es la que suele dominar en la mayoría de las religiones.

Desintegración de las proyecciones en la experiencia de lo que carece de nombre

Cuando en la contemplación parece que Dios se escapa, que se desintegra, por así decir, en mil pedazos, se experimenta una gran inseguridad. La mano paternal se retira, la soledad y la sensación de estar como perdido se hacen abismales.

La mística de todas las religiones conoce este proceso y aconseja desde el principio no agarrarse a ninguna imagen de Dios, dejando atrás cualquier representación. Lo que podemos decir sobre Dios tiene carácter simbólico. El símbolo está abierto hacia la totalidad de la religión. Aunque nos son necesarios estos símbolos, porque lo inconsciente sólo puede hacerse consciente en algo que hay enfrente, no debemos agarrarnos ni a los símbolos ni a las imágenes. Juan de la Cruz escribe que la persona, al hacerse imágenes de Dios, le rebaja.

Porque las criaturas, ahora terrenas ahora celestiales, y todas las noticias e imágenes distintas, naturales y sobrenaturales, que pueden caer en las potencias del alma, por altas que sean ellas en esta vida, ninguna comparación ni proporción tienen con el ser de Dios, por cuanto Dios no cae debajo de género y especie... Por tanto, el que embaraza la memoria y las demás potencias del alma con lo que ellas pueden comprender, no puede estimar a Dios ni sentir dél como debe. (Subida del Monte Carmelo 3, 12)

Existe en las religiones una idolatría peor que la de la adoración de ídolos, que consiste en la adoración de conceptos e imaginaciones intelectuales de Dios.

Conceptos y dogmas no son más que vidrieras que apuntan a la Realidad. Esas vidrieras pueden tener forma de triángulo, de rectángulo o redondas. Podemos mirar a través de ellas para captar un aspecto de lo divino, pero no decir: Dios es un triángulo, un rectángulo o una circunferencia.

Moisés no recibió de Dios ningún nombre. Pero como estaba convencido de que los hebreos no le iban a creer si no era capaz de darles el nombre de Dios, le dijo: «Yo soy lo que yo soy», «Yo soy el que soy» o «Yo soy el que es». Dios no es nada

con una forma determinada o un nombre; Él es el sin nombre que está en todo. De ahí el mandamiento de no formarse ninguna imagen de Dios y de no pronunciar su nombre en balde. En el fondo, de Dios sólo podemos decir lo que no es. Por ello Eckehart dice: «Calla y no vociferes acerca de Dios porque al hacerlo mientes, pecas», y en otro lugar: «Pido a Dios que me libere de Dios.»

Todas las cosas saben a Dios

Captar la Realidad última no consiste en ninguna hazaña mental porque solo es posible en la experiencia. A este respecto quiero citar algunos párrafos de Eckehart:

El hombre no debe tener un Dios pensado ni contentarse con Él, pues cuando se desvanece el pensamiento, también se desvanece ese Dios. Uno debe tener más bien un Dios esencial que se halla muy por encima de los pensamientos de los hombres y de todas las criaturas. Este Dios no se desvanece, a no ser que el hombre voluntariamente se aparte de Él. Quien posee a Dios así, en su esencia, lo toma al modo divino, y Dios resplandece para él en todas las cosas, porque todas las cosas tienen para él sabor de Dios y la imagen de Dios se le hace visible en todas las cosas.

Esta actitud no la puede aprender el ser humano mediante la huida, es decir, huyendo exteriormente de las cosas y yendo al desierto; al contrario, debe aprender a tener un desierto interior dondequiera y con quien quiera que esté. Debe aprender a penetrar a través de las cosas y aprehender a su Dios ahí dentro, y ser capaz de imprimir la imagen de Dios en su fuero íntimo vigorosamente, de manera esencial.

El hombre debe estar compenetrado de la presencia divina y configurado a fondo con la forma de su Dios amado y hacerse esencial en Él de modo que le resplandezca el estar presente (de Dios) sin esfuerzo alguno; más aún: que logre desnudarse de todas las cosas y que se mantenga completamente libre de ellas.

La gente aprehenderá a Dios en todas las cosas y siempre encontrará en ellas a Dios en la misma medida. (Tratados y Sermones, pág. 95 ss.)

Lo que Eckehart denomina aquí Dios al decir que todas las cosas se le «convierten en puro Dios», en oriente se llama vacío. «Todas las cosas saben a vacío.» Dios, que carece de figura y de

forma, puede experimentarse únicamente en la forma. Vacío, Dios (mejor Divinidad), no-forma, puede diferenciarse mediante el pensamiento de forma y figura. Pero en realidad existen juntos, del mismo modo que el baile y el bailarín. El baile se puede distinguir del bailarín y el bailarín del baile, pero solamente juntos pueden aparecer en el escenario. La música puede distinguirse del instrumento musical, pero solo pueden existir juntos. «Todas las cosas saben a Dios» equivale a: «Vacío es forma». Eso es lo que queda en la experiencia una vez que han desaparecido todas las proyecciones. Juan de la Cruz lo expresa de la siguiente forma:

Aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tienen ser criado, y las ve en Él con su fuerza, raíz y vigor, en tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita inminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en ellas mismas. Y este es el deleite grande de este recuerdo: conocer por Dios las criaturas y no por las criaturas a Dios; que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial. (Llama de amor viva IV,5)

Dios en su ser es todas las cosas creadas. El vacío es forma. Este mundo es la manifestación de lo divino. El Dios que está enfrente, se ha convertido en el Dios en todo. Así es como la música auténtica conduce de vuelta al mundo.

El ser humano es más que su intelecto

Somos mucho más que nuestras reflexiones intelectuales y que nuestra consciencia del yo. Existen espacios interiores, niveles y mundos de medidas cósmicas que sobrepasan todos los conocimientos racionales. Hay una metaexperiencia (experiencia mística) que abarca mucho más de lo que es posible comprender con el intelecto y los sentidos. Comparado con esos conocimientos, la ciencia es una gigantesca empresa de ignorancia. Sin embargo no hay nada más difícil de sobrepasar que los resultados científicos, las convicciones y los esquemas que son los enemigos más persistentes de cualquier conocimiento global porque todo lo que lleva más allá de lo que la ciencia ha establecido y no es demostrable sin más, de entrada, resulta irracional a los ojos de muchos contemporáneos y es rechazado. Nuestros conocimientos científicos revisten, sin lugar a dudas, una importancia fundamental, pero se trata de complementarlos con nuestra experiencia y de ir al fondo del asunto.

Por ejemplo, las antiguas teorías sobre nuestra actividad cerebral ya no son válidas. Eccles, científico galardonado con el Premio Nobel por sus investigaciones sobre el cerebro, dice clarísimamente que el cerebro no es la causa de sus circunvoluciones, es decir, que nuestro cerebro no es un productor de energías, sino que es el receptor que capta impulsos, traducidos en datos comprensibles para nuestra consciencia del yo. Estas energías provienen de un campo que no es mensurable, de un nivel puramente mental que sólo puede ser experimentado.

La penetración en niveles más altos de consciencia, más allá de nuestra capacidad racional, parece revestir una importancia enorme para la supervivencia de la humanidad. Cada vez más

personas se dan cuenta de que tienen que seguir sus intuiciones para poder alcanzar experiencias más profundas. Pero en nuestra sociedad aún se requiere de cierta dosis de valor, por no decir de locura, para aventurarse en un camino de esta índole. Por otro lado, algunos se dan cuenta de lo peligroso que le resulta al ser humano seguir viviendo separado de su verdadero ser.

Campos electromagnéticos

Existen estructuras, procesos energéticos, que son la base de todas las formas de vida y de la materia. Esas estructuras energéticas son campos de potencia invisibles, según los cuales se ordena lo visible. La física cuántica ya no considera hoy los componentes más pequeños de la materia, los quarks, como componentes sólidos, sino como campos electromagnéticos. Configuran el universo como un tejido dinámico. Lo que tomamos por materia sólida es un campo de tensión de densidad variable. Teilhard de Chardin dice: «En concreto no existe materia y espíritu, solamente existe la materia que se vuelve espíritu: la materia del universo es espíritu-materia». De la misma forma tampoco hay dos clases de leyes: materia y mente, sino solamente una ley continua para ambos. La materia es el ámbito del espacio, donde el campo resulta de una densidad extrema. Einstein dice: «En esta nueva física no hay sitio para campo y materia, porque el campo es la única realidad».

Campos de vida

El científico Harold Burr que se dedicó durante cuarenta años a la investigación de los campos electromagnéticos, que son los que, en última instancia, dirigen toda la vida, dice que los milagros de la naturaleza no son químicos ni fisiológicos, sino que se deben a la potencia de los campos magnéticos.

Estos campos son intocables e invisibles, pero se pueden medir. Si se acercan unas virutas de hierro esparcidas sobre un trozo de papel a un imán, se colocarán según el esquema de las líneas de potencia de ese campo magnético. Si se vuelven a esparcir sobre el papel, formarán otra vez el mismo esquema

que cuando fueron colocadas encima del imán. Algo parecido ocurre con los campos micromagnéticos, aunque el proceso es mucho más complejo. Burr los denomina campos de vida (Campos V) porque configuran toda vida. Según las investigaciones, las moléculas de albúmina de nuestro cuerpo —que son las que lo constituyen sustancialmente— se renuevan cada seis meses por lo que al cabo de medio año no somos los mismos que antes; sin embargo, gracias a la dirección de los campos V seguimos siendo reconocibles para los demás.

No somos mónadas

Observando durante años un olmo y un arce con un medidor de tensiones, se ha podido saber que el campo V sufre alteraciones según la luz del día, la oscuridad, los ciclos de la luna y las manchas solares. Estas influencias se intensifican cuando se trata del complejo ser humano. Estos campos de vida obligan a los átomos y a las moléculas de un cuerpo a quedarse en sus puestos respectivos. Después de la muerte, este orden se desmorona y el cuerpo se desintegra según leyes diferentes. Los campos V son los que, en última instancia, crean las formas. No somos un proceso físico químico, sino una metaestructura según la cual nuestro cuerpo y nuestra psique se van formando. La organización de los campos V es la responsable de la constitución y del desenvolvimiento de nuestra existencia. Cuanto más abiertos estemos a estas metainfluencias, tanto más captaremos la totalidad, y tanto más revelaremos todas las posibilidades de nuestra existencia.

Campos morfogenéticos

La física, la biología y todas las ciencias naturales, estaban enfocadas hasta ahora a un paradigma de tipo mecanicista. Se creía que nuestro universo seguía determinadas leyes invariables e intemporales. En los últimos decenios este punto de vista ha sufrido una conmoción. ¿Cómo surgen las diferentes formas de vida? ¿Por qué y cómo se desarrolla de un óvulo un ser viviente, de una semilla una planta? La biología intentó explicar el proceso de la creación de las formas de un modo mecanicista, pero

esta interpretación no ha sido capaz de desvelarnos el fondo último. ¿Por qué crecen por ejemplo nuestros brazos de una forma determinada? Las sustancias químicas y las reacciones no nos explican la forma que se genera de igual manera que aunque un arquitecto analice las piedras, la argamasa y la madera de un edificio, no sabe nada acerca de su estructura porque con los mismos ladrillos, la misma argamasa y la misma madera se puede construir un edificio completamente distinto.

Los organismos poseen campos invisibles que determinan sus formas. El desarrollo de un óvulo no es dirigido por procesos químicos, sino por estos metacampos invisibles e inmensurables. Si, por ejemplo ligásemos el óvulo de una libélula por la mitad, no crecería una parte del organismo, sino la libélula entera. Si cortamos un trozo de un sauce y lo colocamos en el suelo, crece un sauce nuevo. La parte puede producir una totalidad nueva. La totalidad es más que la suma de sus partes. El campo morfogenético no se destruye, existe en cada parte. El científico norteamericano Rupert Sheldrake denomina campos morfogenéticos a estas metaestructuras que, en última instancia, van dando la forma a las criaturas. Escribe:

Los campos morfogenéticos determinan y dirigen la totalidad de la creación animada e inanimada. Aunque los campos están libres de materia y energía, su efecto va más allá del espacio y del tiempo y pueden sufrir cambios más allá de ambos. Si un miembro de alguna especie biológica aprende un comportamiento nuevo, su campo morfogenético se altera. Si mantiene esa nueva forma de conducta durante un tiempo lo suficientemente largo, la resonancia mórfica tendrá su efecto en todos los miembros de la especie. Los campos morfogenéticos son la verdadera causa del orden de la regularidad y de la constancia del universo; pero también son capaces de admitir modos y formas de conducta completamente nuevas.

No somos, pues, seres fisiológicos y biológicos, sino seres con una estructura mental. Pero no solamente el organismo global posee un campo morfogenético, sino incluso las moléculas y los átomos están provistos de él, de forma que un cuerpo se compone de diferentes estructuras morfogénicas. Lo que denominamos universo no parece ser otra cosa que la estructura morfogenética que abarca todo lo existente.

Ante la influencia mundial que ejercen dichos campos parece lógico pensar que cambiamos al ser humano, la sociedad y el mundo mediante nuestras sentadas de meditación zazen, nuestra contemplación y a través de nuestra propia transformación. Quien se dedica a profundizar en alguno de los caminos esotéricos de las grandes religiones, realiza una verdadera labor para que tenga lugar el cambio mental de nuestro mundo.

La mística siempre ha sido consciente de esto. El que se encuentra en la presencia de Dios, tiene una oración muda cuya intensidad y efecto superan en mucho la oración consistente en muchas palabras. Es como si nos conectáramos al campo energético de Dios, convirtiéndonos en portadores de energía para los demás. Hemos de aprender a abrirnos a esa fuente de energía divina a la que todos y cada uno de nosotros estamos conectados.

Dios actúa más allá de su orden de creación. No hay diferentes estructuras para la creación y la salvación. Todo está ya establecido en el plan original. Al adentrarnos en la metaestructura «ser humano» y aún más allá, en lo que denominamos Vida Divina en nosotros, cambiamos al mundo. No lo hacemos a través de nuestra propia fuerza sino por la que proviene de lo divino y a la que nos abrimos. Entonces obrará en y a través de nosotros. Cuantos menos obstáculos encuentre, tanto más podremos admitir a Dios. Eckehart diría: cuanto más nos quitemos de en medio, tanto más fuerte será el efecto. Dios quiere moldearse en nosotros y en el mundo. Creo que a esto se refiere la expresión de estar hechos a su imagen.

El zen y la contemplación tratan de abrirse a todos los lados. Si muchas personas se abren hacia una misma dirección, se genera una gran potencia. Entonces puede darse lo que se denomina un salto de consciencia, es decir, otras personas se verán influenciadas por nosotros sin que haya ningún contacto físico con ellas. ¿Por qué no puede obrar lo divino de este modo, como metaestructura de nuestro mundo? Seguramente a través de estos campos surtirá efecto lo que en la terminología cristiana se denomina gracia.

El desarrollo de la mente humana

El universo parece haber comenzado con un estado de inconsciencia. La mente se ha desarrollado a lo largo de millones de años y seguirá así. En el ser humano ha alcanzado un nivel que permite una experiencia que sobrepasa toda comprensión, a la que llamamos transpersonal o mística; a veces hablamos de la cuarta dimensión de la consciencia. La mente humana es capaz de mirar más allá de la actividad de la consciencia cotidiana. Puede unificarse con el fondo de donde todo proviene. El ser humano es capaz de trascender su consciencia personal y hacer la vivencia de una unidad cósmica que en la terminología religiosa se llama Dios, lo Absoluto o lo Numinoso y que es el fondo del ser de la persona. Mientras sigue separada de este fondo, no puede encontrar el sentido de su vida. La salvación o redención consiste en la superación de esta separación en la que constantemente sucumbe nuestra consciencia del yo.

Se trata de abrirnos y de crecer hacia la siguiente dimensión de la consciencia: La mente retorna a sí misma en el proceso evolucionario del universo. Nuestra consciencia intelectual es un estado intermedio. La contemplación, el zen o el yoga nos ayudarán a crecer hacia el siguiente nivel de la mente. También las religiones tendrán que trascender su faceta intelectual dogmática y conducir al ser humano a la experiencia transpersonal de lo divino.

La historia del ser humano es la de su desarrollo desde la ameba hacia el simio, pasando por el reptil, hasta la persona. Aparentemente es un proceso que va desde lo inferior a lo superior, desarrollándose al mismo tiempo nuestra mente y

nuestra comprensión religiosa. Como seres humanos, hemos pasado de la edad premental a la mental pasando por la edad de la mente mágica y de la mítica. ¿Por qué no puede seguir por este derrotero el desarrollo, confirmándose lo que algunos santos y místicos intuyen: que el siguiente nivel de desarrollo del ser humano está en la consciencia transmental? Nos encontramos aproximadamente en la mitad de nuestro camino hacia la plenitud de la persona y es aquí donde más peligro corremos. Ya no somos animales, pero aún no hemos alcanzado nuestra madurez plena, es decir, la dimensión mística de la mente que por lo visto encierra el futuro de la humanidad. Hasta que no lleguemos nos encontraremos en un estado deplorable, como nos lo está demostrando la actual situación mundial.

Grados de la consciencia

El místico encarna el grado más alto que se puede alcanzar en una religión. Es la meta de la vida religiosa y, me atrevería a decir, que el objetivo de la evolución y del proceso de llegar a alcanzar la plenitud humana.

Mientras que en oriente la experiencia mística siempre ha constituido el centro y la meta de las religiones, en occidente apenas se han podido desarrollar libremente las corrientes místicas, por lo que, con frecuencia, se han ido estableciendo al margen de los credos y de las Iglesias organizadas.

Según K. Wilber podemos distinguir cuatro grados de la consciencia.

- a) Prerracional (prepersonal): Es la etapa de la percepción del cuerpo y de los sentidos, de las emociones, de conocimientos simples a base de imágenes y símbolos y de imaginaciones míticas, pero sin ningún conocimiento claramente racional.
- b) Racional (personal): Se refiere a la etapa del yo, de la consciencia cotidiana, de imaginaciones claramente racionales y del raciocinio lógico. El grado más alto en esta etapa constituye la personalidad íntegra, la que ha logrado la integración de sombra y persona. Es también la etapa de la confrontación teológica con Dios.
- c) Transpersonal: Se subdivide en dos grados: *sutil* en donde

se sitúan los fenómenos parapsicológicos, las visiones, las profecías, el don de lenguas. Este grado es el que sigue a la etapa personal. El ojo de la contemplación se abre lentamente. También se experimentan cosas que llamamos paranormales, algo que no está al alcance de cualquiera. Pero la contemplación aún no está libre de formas, no ha dejado completamente atrás las imágenes. Los conocimientos se dan en estructuras y símbolos específicos.

El otro grado es el *casual* donde ya es posible la experiencia de unidad con el objeto de las religiones, con el Dios personal, Purusha, Brahman, Yahvé, Allah.

- d) Consciencia cósmica: Este grado recibe los nombres de Vacío, Divinidad, Sunyata, Tathagata, Fondo. Aquí el ser humano experimenta el puro ser, el origen del que todo proviene. Es la etapa anterior a toda materialización. Al mismo tiempo se experimenta que el ser no es una cosa distinta de lo que surge de él: «Vacío es forma, forma es vacío.» Naturaleza y supranaturaleza son no-dos. En el zen es la etapa en la que el iluminado vuelve a la plaza del mercado. Todas las cosas son *una*, pero al mismo tiempo siguen separadas. Se experimenta la consciencia como el auténtico proceso del mundo que nada excluye. Esta experiencia no cambia el mundo sino el enfoque que se tenga de él. Como un nuevo punto de vista cambia la personalidad, también cambiará el mundo.

Nombres de la Realidad última

Los caminos esotéricos de las diferentes religiones que son capaces de llevar gradualmente a la experiencia, reciben diferentes nombres. En el budismo mahayana se trata de los caminos de los tibetanos o del camino del zen (shikantaza, koan), en el budismo teravada son las distintas formas de yoga, en el Islam las de los sufíes, en el judaísmo la enseñanza de la kabbala y en el cristianismo es la contemplación. Todos estos caminos pueden llevar hasta la última etapa, hacia la consciencia cósmica, la *visio beatifica*. Pero hará falta un acompañante que haya recorrido el camino.

La religión se basa en la revelación de Dios y tiene dos

aspectos: Ocurre en la mente del ser humano y carece de forma, es anterior al habla y al culto.

La revelación experimentada en la pura consciencia es inalterable. Leibniz creó para ella la expresión *philosophia perennis*. Es imposible expresar adecuadamente la experiencia de la Realidad última. El ser humano deberá esforzarse por alcanzar esta experiencia; la terminología religiosa y los ritos serán los guías y acompañantes en el camino.

Con la revelación ocurre lo mismo que con la música: se capta escuchándola. Si se la quiere comunicar por escrito, habrá que escribirla en forma de partitura. La terminología y el culto de una religión son equiparables a esta última. Lo revelado es la música. Igual que una partitura puede ser escrita en diferentes pentagramas, lo revelado en la experiencia mística es siempre lo mismo. La «música» suena eternamente igual. A pesar de las guerras religiosas, los auténticos sabios sabían que eran iguales sus experiencias de lo divino. Todas las partituras son apuntes de la misma música.

La auténtica fuente de las religiones se encuentra en la experiencia mística. Este punto de partida que recibe diferentes nombres, es preverbal, sin forma, sin símbolo y sin palabra. Figura, forma, palabra, símbolo, parábola, enseñanza de la fe, son conceptos que pertenecen al «después».

Cuando lo revelado se expresa en una determinada forma o culto, adopta las expresiones y el idioma del pueblo correspondiente. También en las pretendidas religiones de revelación (judaísmo, cristianismo e islam) la revelación tiene lugar en el espacio preverbal. ¿Por qué tratándose de Jesús, que según nuestra creencia era totalmente hombre, debe ser diferente? También su modo de verter en palabras la noticia recibida de Dios tuvo que realizarse de una forma específica si quería llegar a las personas.

La expresión de una persona iluminada depende de su educación, religión, cultura de su entorno, época que le ha tocado vivir, etc. Por ejemplo, Parménides (V a.c.), expresó su experiencia de forma completamente diferente a Plotino que vivió después de Cristo, a un maestro zen de los tiempos clásicos, a Eckehart o Juan de la Cruz. Todos hicieron la misma experiencia del ser, pero la expresaron según las diferencias de época, cultura, educación y religión de la que provenían. La experiencia en la pura consciencia se concreta en las capas de la mente

que están justamente debajo. Por ejemplo: Moisés hizo su primera experiencia de iluminación en la zarza ardiente. Solamente después se preguntó por la denominación de lo experimentado. Por fin, se le dio el nombre: «Yo soy lo que yo soy.» (Ex 3,14).

Jesús que, según creo yo, vivió siempre en la unidad del ser con la Realidad última, le dio a esa realidad experimentada nombres como «Padre», «reino de Dios», «vida eterna». Se solía retirar por la noche en la experiencia de unidad con lo divino. Cuando bajó del monte, brindó a los seres humanos el padrenuestro, las ocho bienaventuranzas y las parábolas, que eran expresiones de su experiencia de unidad. En su despedida, la expresó de la siguiente manera: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9), «antes de que Abraham existiera, yo soy». (Jn 8,58)

Religión y Sagradas Escrituras

Los místicos y las Sagradas Escrituras pueden ser leídos y entendidos en distintos niveles. Un ejemplo muy claro es la conversación entre Jesús y la samaritana (Jn 4,5). Él habla del agua de la vida mientras que ella se refiere al agua del pozo.

En esa ocasión, Jesús dice que Dios no puede ser adorado en este o en aquel monte, sino en espíritu y verdad: «Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.» (Jn 4,24)

Cuando Jesús hablaba del Padre, no se refería a un superego paternal. Las masas a las que se dirigía no entendían lo que quería decir. Su deseo era mostrar a Dios, a quien no se puede captar con el intelecto o con los sentidos, sino que únicamente puede ser experimentado. Pero para la mayoría, Dios era el Padre o el superego que ama y castiga, que salva y condena, como el Dios del Antiguo Testamento.

Quien cree que lo Absoluto es una especie de superpadre que cuida de todos como el pastor de su rebaño, practica la religión como un suplicante. Su objetivo consiste simple y llanamente en recibir protección y bendición de Dios y, en contraprestación, devolverle honra y agradecimiento. Intentará vivir en concordancia con lo que cree que es la ley de Dios, esperando conseguir a cambio la recompensa de la vida eterna. Este tipo

de religión persigue la redención del dolor, del sufrimiento, de la desgracia y, finalmente, incluso de la muerte.

Angelus Silesius y Eckehart, por citar sólo a dos, entendieron la Escritura y la interpretaron en un nivel diferente, a partir de su experiencia religiosa.

Angelus Silesius dice en una poesía: «Quien pida a Dios regalos, mal andará. Adora a la criatura y no al Creador», y Eckehart:

Denigras al Dios infinito a la altura de una vaca a la que se aprecia por la leche y el queso. Estos hacen de Dios una cabra, le ceban con hojas de palabras. Asimismo hacen de Dios un cómico, le ponen sus trajes viejos y malos.

Mientras hagas tus obras por el reino de los cielos o por Dios o por tu eterna bienaventuranza, andarás mal. Pueden aceptarte tal cual, pero no es lo mejor. Pues quien se imagina que recibe más de Dios en el ensimismamiento, la devoción, el dulce arrobamiento y en mercedes especiales, que cuando se halla cerca de la lumbre o en el establo, hace como si tomara a Dios, le envolviera la cabeza con una capa y lo empujara debajo de un banco. Pues, quien busca a Dios mediante determinado modo, toma el modo y pierde a Dios que está escondido en el modo. Pero quien busca a Dios sin modo lo aprehende tal como es en sí mismo; semejante persona vive con el Hijo y Él es la vida misma. (Tratados y Sermones, pág. 307-308).

Estos ejemplos no deben inducirnos a despreciar la oración verbal. Eckehart era sacerdote y monje. Sin duda celebraba Misa y rezaba el Oficio. Mientras seamos personas nos dirigiremos a lo Divino mediante palabras, imágenes, ceremonias y ritos. Pero es importante no perder de vista que todas estas cosas son como dedos que apuntan a la luna. Creo que son muy pocas las personas llamadas a retirarse a un espacio ausente de toda liturgia.

Las Sagradas Escrituras y la religión son el fruto de hondas experiencias místicas; es tarea de la religión despertar a las personas a tal experiencia.

La experiencia mística

Perfecta y plena

La consciencia mística podría describirse como un ámbito de la experiencia en la que todo es como es y, tal como es, resulta perfecto. Allí uno no está feliz ni infeliz, contento ni descontento, alegre ni triste. Estar alegre sería un grado inferior, lo mismo que estar triste. Ser aceptado, así como el amor pertenecen a ámbitos inferiores. No hay dicha ni felicidad como sentimientos. En comparación, los demás niveles de la consciencia son muy relativos, mientras que aquel estado es un conjunto armonioso y perfecto, es la plenitud absoluta. Los demás estados de la mente son preliminares y faltos de plenitud.

En este estado mental, forma y ausencia de forma son *uno*. Allí no hay ni sujeto ni objeto sino sólo el Ser. Es donde la persona experimenta su origen divino y tiende a decir: «soy Dios», sin ninguna arrogancia. Se basa en una grandísima humildad unida a la necesidad de ayudar a que otros lleguen a la misma experiencia. Aquí es donde tiene su fundamento el primer voto budista: «Los seres son innumerables, prometo salvarlos a todos.»

En la consciencia mística, la persona cae en la cuenta de que su visión del mundo a nivel del *ego* es como una mirada al cielo a través de un tubo. Nuestro entendimiento conceptual del cosmos, por muy científico que sea, resulta parcial y pobrísimo. Pero gradualmente comienza a considerar en sus investigaciones a la consciencia mística, porque se ha dado cuenta de que el mundo no puede explicarse solo a través de las categorías newtonianas y cartesianas.

Nuestros rezos, nuestro pensar discursivo sobre Dios, no son más que el hervor en el pequeño tubo de ensayo que es nuestro yo.

Es grande el peligro de la autoadoración a través de nuestras imaginaciones acerca de Dios. La idolatría de los conceptos religiosos constituye un riesgo en todas las religiones. Nuestro afán por formarnos una imagen de Dios o de querer encasillarle conceptualmente demuestra nuestra arrogancia. Con razón Eckehart y Tersteegen dicen: Un dios al que puedo entender no es ningún Dios.

Nuestros sistemas religiosos se asemejan a programas de

ordenador. Igual que a un ordenador no se le pueden suministrar datos que no hayan sido incluidos anteriormente en su programación, las declaraciones teológicas sobre Dios serán siempre limitadas si no se han ampliado a través de la experiencia mística.

La mística no necesariamente se sirve de una terminología pía, como si los estados místicos tuvieran que ver con la beatería o la ñoñería; más bien es la experiencia de lo cotidiano, del aquí y ahora que hasta puede resultar banal. Se puede dar lo mismo en el estercolero que en una flor, en el viento que en la ceremonia religiosa.

Por otro lado, debemos saber que existen muchas criaturas con una mente organizada de modo completamente distinto a la nuestra, y seres con una consciencia muchísimo más amplia que la nuestra.

Por lo tanto, ha llegado la hora de avanzar valientemente hacia otros espacios de la mente. A algunos esto les produce miedo, pero no nos queda más remedio que admitir nuestro temor y seguir. A otros les entran dudas porque sus estructuras de la fe se ven perturbadas, pero con una confesión dogmática de miras estrechas no será posible entrar en esta nueva consciencia. Si volvemos a leer nuestros Libros Sagrados de un modo nuevo, se nos facilitará un cambio en el entendimiento de la fe.

Atemporal y no comunicable

En la experiencia mística se sobrepasa el «saber». Las imágenes, los símbolos y el lenguaje de las personas están sometidos a continuos cambios; por el contrario, lo divino, se distingue por la ausencia de tiempo y espacio. Ningún cambio lo altera; si bien, lo que cambiará finalmente, es el Ser de todo. Incluso el pensamiento de lo Divino ya significa una limitación. Aquí es donde entendemos la «nada, nada» de Juan de la Cruz, «no eso, no eso», «neti, neti». Lo esencial de todas las religiones es la experiencia de la Realidad última que sobrepasa todas las barreras y limitaciones de espacio y tiempo.

Las barreras y limitaciones surgen cuando se desea fijar conceptualmente lo inefable. Pero la terminología religiosa está condicionada a la época y no es duradera. La experiencia en cambio es atemporal y sobrepasa toda diferenciación de tipo

dogmático. Es la base común sobre la que se construyen las distintas religiones que concuerdan en la inefabilidad de la Realidad última. Lo que el ser humano puede decir acerca de ella ya es una distorsión. Dice Eckehart:

Si yo tuviera un Dios al que pudiera conocer, nunca lo tomaría como Dios. Debes amarle como es, un no-Dios, y un no-Espíritu, una no-persona, una no-imagen, más incluso: como un uno limpio, transparente, claro, separado de toda dualidad.

Juan de la Cruz en *Subida del Monte Carmelo* escribe algo parecido al tratar del menoscabo que experimenta el alma cuando quiere fijar algo en formas e imágenes, en el pensamiento o la fantasía.

Porque las criaturas, ahora terrenas, ahora celestiales, y todas las noticias e imágenes distintas, naturales y sobrenaturales, que pueden caer en las potencias del alma, por altas que sean ellas en esta vida, ninguna comparación ni proporción tienen con el ser de Dios. (Subida III, 12,1)

Juan de la Cruz llama a todas las imágenes y representaciones lacayos del Rey. Cuanto más nos fijemos en los lacayos, menos vemos al Rey.

De donde los que no solamente hacen caso de las dichas aprehensiones imaginarias, sino que piensan que Dios será semejante a alguna de ellas y que por ellas podrán ir a unión de Dios, ya éstos yerran mucho. (Subida III, 12,3)

Algo muy parecido proclama el místico hindú del siglo XV Kabir, hijo de madre musulmana y criado por un brahman, encontrándose, en consecuencia, entre las dos grandes religiones: el islam y el hinduismo. Ambas se enfrentaron a él, pero después de su muerte se disputaron su cadáver porque las dos deseaban tener a este gran santo para sí.

*¡Oh servidor! ¿Dónde me buscas?
¿No ves que estoy a tu lado?
No estoy en el templo ni en la mezquita
ni en la Kaaba ni en el Kailash.
no estoy en los ritos ni en las ceremonias,*

*ni en el yoga ni en la renuncia.
Si eres un verdadero buscador,
me verás enseguida;
en un instante me encontrarás.
Kabir dice: «¡Oh, Sadhu!
Dios es el aliento de todos los alientos.*

Rumi, un poeta del Islam escribe:

*¿Qué se puede hacer, oh musulmes? Ya no me conozco a mí mismo.
No soy ni cristiano, ni judío, ni persa, ni muslim.
No soy de oriente ni de occidente, ni de la tierra ni del mar, ni del
taller de la naturaleza, ni del universo que gira.
No soy de tierra, ni de agua, ni de aire,
ni de fuego. No vengo del empireo,
ni del polvo, no estoy en lo finito, ni en lo infinito.
No vengo de la India, ni de China, ni de Bulgaria, ni del reino de
Irak, ni de la tierra de Chorasán.
No soy ni de este mundo ni de aquél, ni del paraíso ni del infierno.
Mi lugar es sin lugar, sin huella, mi cuerpo sin cuerpo, y sin alma
mi alma, pues pertenezco a mi Amado.
Todo lo finito se vuelve así en lo infinito. He superado toda separa-
ción, veo ambos mundos como la unidad de todo.*

El entendimiento no podrá nunca agotar la Realidad última. Ramakrishna solía decir: «Todas las Escrituras y Libros Santos, las Vedas, las Puranas, las Tantras, etc., en cierto modo han sido despojadas de su pureza, porque su contenido se expresa en lenguas humanas. Lo que Brahman es realmente, jamás ninguna lengua humana ha sido capaz de describir. Por ello, Brahman permanece intocado y genuino como siempre.»

De entre los muchos textos zen quisiera citar tan sólo uno:
Dai-o-Kokushi

*Hay una realidad que precede cielo y tierra.
No tiene forma, mucho menos nombre.
Para los ojos es invisible.
Carece de voz; para los oídos es inaudible.
Denominarla Mente o Buda, no se compadece con su naturaleza,
pues entonces sería como la fantasía de una flor.
No es ni Buda, ni Mente;
en absoluta paz ilumina de la manera más maravillosa.*

*Sólo es perceptible para los ojos puros.
Es el Dharma, realmente más allá de forma y sonido.
Es el Tao, y las palabras no tienen nada que ver con Él.
Con la intención de atraer a ciegos,
Buda dejó escapar de su boca palabras juguetonas;
desde entonces cielo y tierra están cubiertos
con espesos arbustos de espinas.
Mis queridos y excelsos amigos aquí reunidos:
si anheláis escuchar la atronadora voz del Dharma,
renunciad a vuestras palabras, vaciad vuestros pensamientos,
entonces seréis capaces de reconocer el Ser Uno.*

En la experiencia transcendental, todas las religiones son una. Pero el individuo que quiere hablar de su experiencia tiene que conformarse con las modalidades de expresión de que dispone según su fondo cultural. Y así, los diversos caminos esotéricos reflejan las distintas culturas, pero en su esencia todos concuerdan.

La religión es comparable a la luna que alumbra la tierra, pero que recibe su luz del sol. Si la luna se acerca demasiado a la tierra y se interpone entre ella y el sol, habrá un eclipse de sol, y la tierra quedará en la oscuridad.

El sol es equiparable a lo divino. Ilumina a la religión para que ésta dé luz al ser humano en su camino hacia la experiencia transcendental. Pero cuando la religión se da demasiada importancia, interponiéndose entre Dios y el ser humano, oscurece a Dios y habrá un eclipse de Dios.

Quien ha tenido alguna vez una experiencia transcendental, o sea, ha «saboreado» por sí mismo, libre de toda palabra y de toda forma, conocerá la relatividad de las palabras y del pensamiento discursivo y la provisionalidad de cualquier formulación. Quien ha experimentado alguna vez al árbol por dentro, no al modo de un botánico que ve los árboles como encinas, hayas o abetos, sino como quien se ha despojado de la vestimenta del habla y «experimenta árbol», ése conoce la pobreza de la terminología religiosa.

El despertar de Dios

La historia del despertar de Dios se nos relata en todos los libros religiosos. Es la «historia de amor» entre lo divino y lo

humano, donde la iniciativa siempre sale de Dios. Nos creemos que somos los buscadores, pero en realidad somos los buscados.

Los budistas tienen una historia parecida a la del hijo pródigo del Nuevo Testamento. La reproducimos en la página 149.

En el Antiguo Testamento Dios es el amante celoso. El ser humano es la amada que siempre huye y es infiel. El objetivo es la unión de amor. La relación Dios-ser humano se expresa también con la palabra «alianza», que en la sociedad arcaica significaba intimidad absoluta, o sea, unidad. «Alianza con Dios» es algo que siempre ha existido, algo que tengo que experimentar.

En el Nuevo Testamento, Jesús es «el lado de Dios vuelto hacia nosotros». A través de él podemos experimentar el lado de Dios que no vemos, es decir, el aspecto que no se puede captar ni intelectual ni conceptualmente. Él es la puerta por la que se nos facilita la entrada en el espacio interior divino, finalidad propia del ser humano: experimentar la Realidad última, Dios. Los budistas la denominan nirvana, los hindúes, moksha, nosotros los cristianos cielo, vida eterna, o Reino de Dios. Para los sufíes es la unión con el Amado, en la mística judía (Kabbala) es el retorno a la tierra prometida.

Los hindúes hablan de la mente de Krishna, los budistas de la mente de Buda o de la naturaleza búdica. En la terminología cristiana podríamos denominar a ese despertar un «despertar a la consciencia o a la mente de Cristo». Por muy distintos que sean los rituales y las enseñanzas de las diferentes religiones, su fin consiste en conducir al ser humano a ese despertar, a la experiencia de Dios.

Nostalgia de Dios

Lo que conduce al hijo pródigo a volver al hogar y a la amada al Amado (Dios) es lo que C.G. Jung denomina la «fuerza de individuación», la energía espiritual que proviene de la profundidad de nuestra naturaleza esencial. También podemos llamarla «vida de Dios» o «Espíritu Santo». Esta energía va dirigida a una meta, aunque nuestro yo no siempre esté dispuesto a seguirla; hay quienes la sienten con gran intensidad: «Tengo nostalgia de un lugar que desconozco, pero al cual pertenezco. Allí todo está bien». «Tengo nostalgia de Dios.»

Cuando las pasiones humanas están bien encaminadas (en esto consiste el sentido del ascetismo cristiano) brotará desde la calma esta nueva energía. Con frecuencia será experimentada con gran ímpetu cuando la persona está haciendo la vivencia del sinsentido de su existencia debido al sufrimiento y/o los golpes del destino.

Porque en su más honda profundidad, el ser humano no se guía por los instintos, sino por los «metavalores», como dice Abraham Maslow. La energía que libera tiene una función teleológica, es decir, está dirigida. Quien está encaminado a la contemplación o al zen intenta liberar esta energía. Porque en los caminos citados nada se consigue por la fuerza propia. No existe la «autosalvación». La salvación únicamente podrá ser hallada. Existe siempre. La fuente de energía brota a borbotones en cada uno de nosotros, y nuestro esfuerzo consiste en remover los obstáculos que nos separan de ella. Esta fuente atraviesa todo lo que vive, inunda todos los ámbitos de nuestra existencia. Siempre está presente. La energía que nos empuja hacia la consumación, hacia Dios, nos guiará después de la muerte si le hemos dado espacio en esta vida.

La salvación es experimentar la Realidad total

La diferencia entre las religiones reveladas, islam, judaísmo y cristianismo, y las religiones de oriente, hinduismo y budismo, estriba en que para los occidentales, Dios es otro ser ontológico, o sea, algo que por su naturaleza está separado de nosotros y siempre lo estará. Entre Dios y el ser humano se abre una profunda brecha. En cambio, en el hinduismo y en el budismo, Dios y el ser humano son uno y distintos. Son no-dos.

En las religiones occidentales el ser humano se experimenta como separado de Dios. El individuo ha perdido la unión con su origen. No es capaz de reconocerlo. La unidad entre Dios y ser humano se restablece mediante una alianza. Dios, por así decirlo, une de nuevo lo que quedó roto. El precio de esta unión es muy alto: la muerte de Jesucristo, como nos dijo Pablo. Los cristianos creemos que una parte de la creación permanecerá separada para toda la eternidad en la condenación.

Esto es difícilmente comprensible en oriente. Su punto de partida no es el *anthropos*, o sea, el individuo, sino el universo,

la unidad, que nunca podrá quedar suprimida de tal forma que el ser humano o las diferentes cosas queden separadas de su origen. La separación está originada por el egocentrismo de nuestra consciencia cotidiana que nos hace creernos autónomos. En esto consiste el pecado original: en caer constantemente en esta tendencia ilusoria del *ego*. En occidente existe una separación entre la naturaleza del ser humano y la de Dios, mientras que en oriente son lo mismo en su esencia; esta última es el origen de todo ser. Dios es tanto la forma como su estructura; es el origen de todo, pero nunca separado de nada, nunca diferente esencialmente.

Quizás Jesús se refería a esto cuando dijo: «Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo.» (Jn 5,26) O: «Padre, yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como nosotros somos uno.» (Jn 17,22)

Ekhehart opina que «Dios se distingue de los seres humanos por dar a luz y ser nacido. Pero parir y nacer es un solo ser, una sola vida.»

Esta Realidad última que en la terminología cristiana llamamos Dios, es como el océano, que es anterior a la ola, pero no separado de ella. Es la cepa de la que brota el sarmiento, pero que no está separada de él. Esta Realidad última no es un ser que tiene su existencia al margen de lo demás. Es lo sin forma que se manifiesta en la forma. El ser humano, igual que las demás formas de manifestación de este mundo, es la forma de esta Realidad última, la forma de la Vida, la forma de Dios.

Mientras consideremos a Dios como a un padre humano que vela sobre nosotros, nos castiga y nos recompensa, a quien podemos pedir y que nos puede negar, que nos concederá la vida eterna y que nos puede condenar eternamente, lo único que haremos será pedir. Pero si vemos a Dios como a una Totalidad, el sentido de la religión consistirá en ayudarnos a experimentar esta Totalidad. Salvación y redención se encontrarán entonces en la experiencia de la Realidad total. No somos ningún injerto, sino una parte en la que la Totalidad se está realizando. Salvación significa entonces integración en la Totalidad de nuestro yo personal que nos simula una separación de Dios; es la unión mística, que en otras religiones se llama iluminación, liberación, satori, samadhi, etc.

El deseo de Jesús fue ayudarnos a despertar a Dios. La

salvación es la metanoia, el retorno a Dios, al reino de Dios. «El reino de Dios está en vosotros.» «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva.» (Mc 1,15) Ni en la mística de oriente ni en la de occidente la salvación es algo que podamos realizar por nosotros mismos. Existe desde siempre y me está aguardando, hasta que, después de haber pasado por el proceso de purificación, la llegaré a experimentar.

Evolución y pecado original

Lo divino es un misterio. La verdadera revelación de Dios está más allá de nuestra consciencia cotidiana. De ahí que su aprehensión siempre tendrá carácter limitado. Los místicos llaman a esta capa más honda, donde la persona recibe la revelación *unio mística*. Aquí, la persona no es que experimente algo, sino simplemente es.

La revelación tendrá lugar de forma análoga al nivel de nuestro conocimiento, es decir, gradualmente, porque también nuestra mente se está desarrollando dentro del marco de la evolución.

Todas las religiones tienen conocimiento del estado imperfecto del ser humano. Muchas hablan de una «caída», del «pecado original». Pero éste no consiste en la caída desde un estado de consciencia superior a uno inferior, sino en el hecho de salirse del «cielo prepersonal», en el despertar del letargo de la etapa *premental* a la experiencia del yo; de la etapa regida por el instinto a la del conocimiento del bien y del mal, como leemos en la Escritura. Esto supuso un grandísimo avance en la evolución, pero trajo consigo la experiencia de la enfermedad, del sufrimiento, de la culpa, de la soledad y de la muerte.

Por tanto, el pretendido pecado original no trajo la mortalidad, sino el conocimiento de ella y del cambio de todas las cosas. Hasta entonces, el ser humano vivía como la flora y la fauna. El pecado no consiste en comer del árbol del conocimiento —esto es simplemente una ilustración gráfica—, sino en que el ser humano, en el transcurso del desarrollo hacia su estado de individuo, se desgajó de Dios. «Estaban desnudos», leemos en las Escrituras lo que significa que fueron arrojados a la soledad del yo. La expulsión del paraíso consiste en la entrada en el

estado *personal*, sin que éste vaya unido a la experiencia de unidad con Dios. El pecado original no es ninguna culpa en el sentido propio de la palabra, sino un hecho resultante del desarrollo de nuestra mente, como dice Ken Wilber.

El camino a la experiencia mística es el camino al paraíso, pero no a aquél de donde el ser humano fue arrojado. Esto supondría una regresión y se parecería a una huida al seno materno. La evolución sigue su curso. Algún día caeremos en la cuenta de que Dios siempre «se estaba paseando» con nosotros en el jardín de Edén, que nunca estuvimos separados de Él, aún y cuando ahora no lo sepamos. El paraíso está entre nosotros. Por eso, en la terminología cristiana hablamos de «la nueva Jerusalén». Es la experiencia de la unidad con Dios.

La corriente de la Vida

Lo infinito se manifiesta en lo finito. Somos portadores de lo imperecedero en lo perecedero. En el ser humano, la Vida ha madurado hasta alcanzar una densidad en la que le es posible hacerse consciente de sí misma.

Todas las religiones proclaman que la existencia entre el nacimiento y la muerte no es más que una fase de nuestra vida total. Nos encontramos en un proceso de evolución que deberá llevarnos a nuestra naturaleza definitiva y última. El periodo entre nacimiento y muerte se nos ha dado para nuestro crecimiento y nuestra maduración. Quien desea madurar, deberá aprender el desapego: lo que retenemos se convierte en veneno; si retenemos el aire, nos asfixiamos, si retenemos los alimentos, nos envenenan. Recibir y eliminar forma parte del principio estructural de este mundo. Morir es la consumación del proceso de crecer y madurar lo mismo que del nacer.

Nuestro yo se rebela contra este proceso de nacer y morir. No quiere creer que la muerte sea la puerta hacia algo nuevo. Pero debemos aprender que nuestra vida es sólo un acto de una función de teatro. Hay actos anteriores y los habrá posteriores. Nuestro yo tiende a parar el espectáculo del mundo. Creernos que es posible convertir el pequeño yo personal en un yo eterno, forma parte del pecado original. El periodo entre nacimiento y muerte solamente es una faceta de nuestra existencia total. Nuestra muerte es tan sólo un tránsito hacia algo nuevo. Pero

el ser humano desea olvidar que en su vida hay un acto anterior y uno posterior.

El sentido de nuestra vida se encuentra pues en una permanencia que no está en la superficie, sino en la naturaleza transpersonal del ser humano. Estabilidad y continuidad se encuentran en la dinámica. La persona «iluminada» es quien experimenta la corriente de la vida en el aquí y ahora.

De ahí que el místico sea una persona vuelta hacia el mundo. Esto se desprende clarísimamente de los llamados cuadros del boyero del zen. El último cuadro retrata al iluminado en el mercado. Compra y vende, ríe y habla y no es reconocible como místico. Ha olvidado su experiencia y vive desde su personalidad transformada.

Quien alcanza la corriente de la Vida, experimenta el eterno ahora. Desde ese punto de vista la vida cobra un valor diferente. El místico no desea cambiar el mundo, sino que, gracias a su experiencia, cambia su postura para con el mundo y las cosas. Las proyecciones a las que la persona corriente se ve constantemente sometida, desaparecen. El mundo y las cosas se experimentan como lo que son en realidad. No se trata pues de aniquilación o de mortificación. Lo que es aniquilado es la apariencia de las cosas que el egocentrismo del ser humano juzga y valora de un modo erróneo.

Cuando las personas corrientes, renazcan al ser esencial, las cosas de este mundo celebrarán esta resurrección. La persona experimenta la inmanencia de Dios en el mundo y del mundo en Dios. La mutua compenetración queda manifiesta. Y de ahí cobra su gran importancia el periodo entre nacimiento y muerte, que se nos da para que alcancemos la madurez. Nos encontramos encaminados hacia la plenitud humana o, si nuestra condición de seres humanos no fuese nuestro destino último, hacia aquel ser que deberemos encarnar.

En ese estado de la consciencia, cambia la convivencia entre las personas, lo cual no quiere decir que ya no vaya a haber tensiones. Aunque nunca estaremos en un paraíso y ningún místico cae víctima de tal utopía, podríamos aprender a convivir libres de nuestros egoísmos.

Nuestra consciencia del yo es sólo un órgano de nuestra mente, pero se comporta como si fuera autócrata y en lucha permanente con la profundidad de nuestro ser. Mientras ostente la supremacía, no habrá paz. Tan sólo cuando penetremos en lo

transpersonal, en esa dimensión más amplia de nuestra mente, podremos tratar los problemas de este mundo de tal forma que podamos vivir una vida humana digna. Depende de lo que prevalezca: vivir cada vez más acordes con nuestras exigencias interiores o no superar que nos dominen nuestros sentimientos, imágenes y conceptos; integrar nuestro yo como órgano que es de nuestra personalidad global, o permitir que nos disperse hacia todas partes.

Esta vida se nos ha dado para que nos transformemos. Quien quiera cambiar, tendrá que aprender el desasimiento, única manera de hacer posible la transformación. Quien esté convencido, tendrá un enfoque diferente de la vida, del entorno y de la sociedad. Disfrutará de todas las cosas como si fuera un huésped, sin apoderarse de ellas o dominarlas. Tendrá valor para vivir una vida sencilla, porque en las cosas simples se siente la vida con intensidad mayor. Se dará cuenta de que no se trata de la cantidad, sino de la calidad. Con esto volvemos de nuevo al cambio de la consciencia, sin el cual no será posible la transformación del ser humano o de la sociedad.

Quien realmente logre irrumpir en la experiencia última no se quedará colgado en el reino de la utopía ni tampoco en el raptó, sino que aterrizará al momento presente. La experiencia auténtica es la de la plenitud en el instante mismo. Quisiera ejemplificar esto con la siguiente historia:

Un hombre estaba partiendo leña a la entrada del bosque, la vendía y vivía de la modesta ganancia. Un día, un ermitaño salió del bosque y el hombre le pidió un consejo. El ermitaño le dijo: «¡Adéntrate más en el bosque!» El hombre así lo hizo y se encontró con unos magníficos árboles, que vendió como madera de construcción. Una vez enriquecido, recordó el consejo del ermitaño: «¡Adéntrate en el bosque!», y se adentró más, encontrando una mina de plata. La explotó y se hizo aún más rico. Llegó el día en que se volvió a acordar del ermitaño: «¡Adéntrate en el bosque!», y así se arriesgó a internarse aún más en la oscuridad del misterioso bosque; encontró unas maravillosas piedras preciosas, las cogió y disfrutó con su brillo, pero enseguida recordó las palabras del ermitaño: «¡Adéntrate en el bosque!» Con las piedras preciosas en la mano continuó su camino. De repente, al alba se volvió a encontrar a la entrada del bosque. Cogió el hacha, hizo leña y se la vendió a la gente.

A partir de aquí entendemos al sexto patriarca chino del zen, que en un momento semejante exclamó: «¡Qué maravilla, corto leña, traigo agua!»

La iluminación lleva al instante presente. Llegamos justamente al punto donde nos encontramos. Se trata de la calidad de la vida, no de la cantidad.

Experiencia mística y responsabilidad social

Cuando alguien inicia un camino interior, se le echa en cara que únicamente piensa en sí mismo y que carece de responsabilidad social. Si esto es cierto, esa persona no estará en el camino correcto.

La experiencia mística atraviesa la barrera del yo y de la autosuficiencia. La experiencia de la vida común late en todo, hace experimentar el sufrimiento y la alegría de los demás como sufrimiento y alegría propios. Las barreras del yo han quedado rotas: el egoísmo, el vicio principal del ser humano, ha sido superado.

Eckehart dice lo siguiente:

Si prefieres para ti cien marcos más que para otro, es injusto... y si amas a tu padre y a tu madre y a ti mismo más que a cualquier otro hombre, es injusto. Y si amas la santidad en ti más que en otro, es injusto. Hay mucha gente culta que no entiende esto.

Somos un cuerpo, pero cada miembro sirve a todo el cuerpo. «El ojo no ve más para sí que para el pie, sino en la misma medida para sí y para cada miembro del cuerpo.»

Donde más claramente se ve la postura de la mística es en la interpretación que hace Eckehart de Marta y María: el ideal no es María, sentada en éxtasis a los pies de Jesús, sino Marta, que se afana y sirve. Uno de los grandes malentendidos de occidente es la concepción de que el éxtasis constituye el punto culminante de la experiencia mística, cuando sólo es un efecto secundario. La meta es experimentar lo divino en toda forma, en todas las tareas y trabajos. Por ello, María aún no ha alcanzado la meta, le falta convertirse en Marta.

Marta y María no están en contradicción; son los dos aspectos de la Realidad que es Una. Contemplación y acción van

unidas como potencia y acto. Un camino espiritual que no conduzca a la vida cotidiana y al prójimo es un camino equivocado. Eso es válido para la mística de todas las religiones. En los templos de zen se reza todos los días el voto de Bodhisattva: «Los seres son innumerables, prometo salvarlos a todos.» Compartir el sufrimiento con todos los seres es la virtud fundamental del budismo. Quien experimenta esta vida común que late en todo, experimenta el sufrimiento y la alegría de los demás como si fueran los suyos propios.

Un claro ejemplo de ello constituye el poema del koan n.º 46 del Mumonkan: «No estires el arco de otro, no montes el caballo de otro.» Esto significa que cuando estiras un arco, siempre es el tuyo, aunque pertenezca a otro. Cuando montas un caballo, siempre montas tu propio caballo, aunque pertenezca a otro; quiere decir: «Cuando hablas mal de otro, hablas mal de ti.» La experiencia de la apertura y libertad sin fronteras —el nivel místico último— es la base de la compasión budista. Armapa expresa esto en una oración: «En el momento de la iluminación, cuando divisó el rostro original del espíritu, crece en mí una compasión sin límites. Cuanto mayor sea la iluminación, tanto más fuerte será la compasión.»

Desde esta postura, el budismo extrae su comportamiento ético, aunque, lo mismo que en el cristianismo, estas verdades fundamentales se olvidan a veces. En la experiencia mística afloran de manera elemental.

Por ello, el «verdadero» místico no es el anacoreta que mira con desprecio al mundo. Eckehart dice:

Esto no se puede aprender huyendo de las cosas y volviéndose externamente hacia la soledad, sino que hay que aprender una soledad interior, donde y con quien esté. Hay que aprender a atravesar las cosas y percibir o captar a Dios en ellas.

Transformación de la personalidad, transformación del mundo

Los caminos místicos quieren llevar a la experiencia de la totalidad del ser humano. Quien considere este nivel como irracional o lo rechace como psicopatológico, eliminará conscientemente la mitad de la personalidad humana.

Por lo general intentamos solucionar nuestros problemas según el método del ver, juzgar, actuar, pero el camino de la mística intenta transformar a la persona desde el interior. De la persona transformada surgen nuevas formas de comportamiento, valoraciones e intenciones. La ética de esta personalidad transformada se evidencia como mucho más capaz que los propósitos deliberados con los que está empedrada la calle del infierno, como solemos decir.

El místico sabe por experiencia propia cuán difícil y cansado resulta el camino hacia el cambio de la personalidad. De ahí que esté abierto a toda forma de trabajo en común para solucionar los problemas de nuestra sociedad.

La vieja historia del Hombre de la Lluvia nos da idea de lo que pudiera ocurrir si estuviéramos dispuestos a tener en cuenta la parte transpersonal de nuestra personalidad para cambiar el mundo:

En una aldea, hacía tiempo que no había llovido; como todos los rezos habían sido en balde recurrieron al gran Hombre de la Lluvia, que pidió una cabaña a la entrada de la aldea, así como agua y pan para cinco días. Al cuarto día llovió. La gente volvió jubilosa de sus campos y lugares de trabajo, y se fue ante la cabaña del Hombre de la Lluvia para festejarle y preguntarle por el secreto. Él les contestó: «Yo no puedo hacer que llueva.» «Pero sin embargo llueve», dijo la gente. El Hombre de la Lluvia les aclaró: «Cuando vine a vuestra aldea, vi el desorden exterior e interior. Fui a la cabaña y yo mismo me puse en orden. Cuando yo estuve en orden, vosotros también os pusisteis en orden, y cuando ya estuvisteis en orden, también la naturaleza se puso en orden y, al ponerse en orden, llovió.»

Una historia que, en su simplicidad, dice mucho más que muchos programas y propuestas de mejora del mundo.

Tarea de las religiones

La tarea de las religiones es recordar a los seres humanos lo eterno en lo temporal. La mayoría de las personas está lejos de tener a Dios como su meta última. Demasiados buscan su felicidad en proyecciones sobre cosas temporales. Están poseídos por la idea de que la carrera, las posesiones, las vacaciones

y la sexualidad son capaces de dar sentido a la vida. Las religiones nos hacen saber que lo divino, lo eterno, forma parte de la persona, es el centro más íntimo de la existencia humana. Las religiones han sido y seguirán siendo, las que nos recuerdan esto una y otra vez. Por muy imperfectos que sean sus representantes y seguidores, nuestras religiones siguen siendo el dedo que apunta a Dios.

Una persona puede haber alcanzado la experiencia de la Realidad última, trascendiendo su confesión. Pero, por lo general, le quedará la necesidad de celebrar y expresar esta verdad. Es bueno estar anclado en una tradición viva, pues necesitamos un marco en el que expresarnos. De ahí que los caminos místicos que provienen de las grandes religiones merezcan plena confianza. Por regla general, es allí donde se suele encontrar el acompañante necesario para un camino no exento de riesgos.

Cuanto mayor sea nuestra capacidad de abrirnos al centro divino del ser humano, mejor y más rápidamente solucionaremos nuestros problemas sociológicos, políticos y sociales. La persona del futuro será mística o ya no será en absoluto (cita abreviada de Rahner). Irá creciendo hacia esa nueva dimensión de la mente. Lo que hoy aún es una excepción, algún día será la norma. La persona trascenderá su consciencia mental y la complementará mediante el nivel transpersonal. Ayudarle es la tarea principal de las religiones.

Religión o esoterismo

Denominamos Dios a la potencia que la persona experimenta en su fuero más íntimo, y que desde allí le va guiando. Si actúa en contra de esa potencia, lo hará en contra de sí mismo. Esa instancia interior a la que denominamos ser de Dios, vida de Dios, a la que Eckehart llama divinidad, el zen, vacío, el yoga sunyata y la filosofía, absoluto, empuja a la evolución.

En adelante, en vez de utilizar la palabra Dios, hablaré de una «potencia interior» o de la «instancia inmanente» o de la «Realidad última», de la «integridad o totalidad», del «Uno», o también de lo «divino». Si en alguna ocasión volviera a utilizar la palabra Dios, lo haré en la forma habitual que, según mi parecer, es una forma arcaica del Dios personal.

En un camino esotérico, la persona intenta abrirse a esa potencia interior, únicamente por la experiencia directa. Esa experiencia simplemente ocurre. La teología la llama gracia y nos podemos preparar para recibirla. La importancia de un guía espiritual estriba en el hecho de preparar a la persona para los efectos de la gracia, ayudarle a quitar obstáculos para que experimente lo divino y permita su desarrollo desde lo más hondo.

Con ello hemos llegado a un punto de diferenciación de suma importancia entre esoterismo y religión. El esoterismo busca la experiencia de la presencia de esa potencia interior en la persona y en todas las cosas. Pero nuestro egocentrismo nos impide su aprehensión. En el esoterismo, la salvación es la experiencia de esa Realidad íntima. Los santos y sabios son acompañantes y ayudantes en esa experiencia. El esoterismo no conoce ningún redentor que brinde la salvación en base a súplicas y sacrificios. Salvación existe siempre. Tan sólo podemos

abrirnos a esa potencia redentora y dejarnos ayudar por otros.

Por el contrario, la teología intenta alcanzar a Dios a través del intelecto. Trabaja con ideas, imágenes, símbolos. Dios es un Dios transcendente, tiene un ser ontológico diferente y guía a las personas, por así decir, desde el exterior; se deja influenciar por la oración y el sacrificio, puede conceder la salvación eterna o negarla.

¿Cómo surgieron las imágenes de Dios?

Antiguamente, los seres humanos imaginaban esa potencia interior como un ser metafísico. Lo divino, sobre todo en las visiones, se les aparecía como un poder psíquico, e incluso físico, muy concreto. En la contemplación gráfica de esas estructuras psíquicas reconocían a un ser personal que guiaba los destinos del mundo. Así fue como nacieron los mitos de la creación y el «dios cercano» que Moisés vio en la zarza ardiente y a quien anunció como al «Dios que es lo que es». El Dios personal tiene poder sobre la historia, «historia sagrada». Ese Dios, vive entre las personas, pero no se mezcla con el resto de los seres.

Jesús, «de la misma esencia de Dios» y «mediador de la misma esencia», trajo a los seres humanos la verdad del seno del Padre. El hombre Jesús, en el transcurso del tiempo, fue elevado a la categoría de un ser metafísico y preexistente y, con ello, convertido en Dios. De este modo, sus enseñanzas se volvieron sacrosantas, absolutas y fuera de toda duda. Jesucristo se convirtió en el mediador entre Dios y la persona.

Aunque la teología habla hoy de una revelación histórica, detrás queda esa idea del Dios mítico dualista y transcendente, adquirida en las visiones que son percepciones interiores donde lo divino se manifiesta en imágenes arquetípicas en calidad de un poder superior al yo.

Estas figuras que hacen su aparición en las visiones se han tomado frecuentemente como la personificación de Dios. Aunque todas las religiones saben que Dios sobrepasa toda comprensión y que no debemos forjarnos ninguna imagen de él, muchas están enganchadas a esas imágenes y conceptos elevados a confesiones de fe más allá de toda duda. Se ha llegado a olvidar que mediante ellas solamente se quiere transmitir un

mensaje divino adaptado a lo humano y que tendrá que interpretarse en cada época y para cada grupo de personas. Lo que es decisivo no son las imágenes personales sino el mensaje. Las visiones de seres divinos se manifiestan siempre de acuerdo con los esquemas mentales y las tendencias del que las contempla y pueden variar según la época, la cultura y las características del individuo.

Ateísmo y agnosticismo

El Dios personal, proclamado por las religiones teístas, ha sido destronado por la ciencia en el transcurso de los últimos siglos. Se creía poder explicar el mundo mediante el darwinismo y el neodarwinismo como un desarrollo mecánico a través de la mutación y de la selección. Un científico no se podía permitir el lujo de investigar de esta forma positivista y volver a caer en la idea arcaica de Dios, por lo que solía volverse ateo.

Hoy sabemos más del universo que en cualquier época anterior, pero también somos conscientes de que en el fondo no sabemos nada. Ese es el motivo por el que hay una mayor tendencia al agnosticismo. Se quedan estancados en su incapacidad intelectual de definir la realidad, pues se dan perfecta cuenta de la imposibilidad de demostrar racionalmente esa Realidad última.

Revelación

Por revelación se entiende la comunicación de la voluntad divina desvelada a los visionarios, profetas y sabios que la vertieron en palabras y la comunicaron a sus semejantes. Lo que conocieron en el ámbito de la mente ausente de estructuras, lo plasmaron en imágenes, parábolas y palabras que luego proclamaron en alocuciones, ritos y ceremonias. La experiencia a menudo tomó cuerpo en un ser personal, que luego anunciaron a la gente como un ser separado.

El hecho de «ver» figuras puede que vaya unido a una experiencia honda y extraordinaria. Hay quien lo interpreta como una experiencia de Dios y dice que se le ha aparecido Jesucristo, María, etc. Pero lo que ocurrió es que la Realidad

última se manifestó como orientador. Se trata pues de preguntar por el mensaje y no por la aparición. Es en el mensaje donde se halla el valor.

Esas imágenes guían a la persona y, por regla general, van formándola en una personalidad de mayor madurez. Pero no hay que tomar por seres personales esas estructuras en las que se revela la Realidad última, aún cuando sean experimentadas como figuras religiosas portadoras de mensajes estremecedores.

En el fondo, las revelaciones resultan de experiencias íntimas que suelen llevar, sin excepción, el sello de la cultura a la que pertenece el «visionario». La religión aún no se ha liberado suficientemente de esas imágenes arcaicas de Dios, con las que revistieron sus experiencias los profetas y visionarios, ni tampoco ha tratado de sacar con claridad el mensaje encerrado en las revelaciones. Porque, entre los teólogos, a unos les resulta fuera de toda duda, de forma que ni se les ocurre ponerlo en entredicho, mientras que otros están más o menos conscientes de que su idea de Dios tendría que sufrir una conmoción enorme si pasaran a estudiar en serio el proceso de la revelación.

El esoterismo entiende por revelación una experiencia ausente de estructuras en lo hondo de la consciencia, o sea, en el ámbito de la mente transpersonal que, al verse en el ámbito personal, se concreta en formas, imágenes, símbolos y figuras que surgen desde la profundidad donde no existe ningún tipo de estructura y fluyen hacia informaciones y conocimientos comprensibles a nivel racional. Estas imágenes son claves en las que lo divino intenta hacerse consciente.

Esoterismo, religión y ciencias naturales

Las ciencias naturales que destronaron al Dios arcaico, han vuelto a descubrir esa instancia interior. C.G. Jung se dio cuenta de que en la profundidad de la psique existen estructuras —para las que acuñó la expresión «imágenes arquetípicas»— que encierran mensajes importantes para el receptor.

Los conocimientos de la investigación científica contienen un amplio potencial para una teología actualizada. Las ciencias naturales han vuelto a descubrir el «espíritu», tan mal visto durante los últimos cien años. Por supuesto, no es el espíritu equiparable a la concepción arcaica de Dios, ni tampoco a la

cristiana. Es la mente que, juntamente con lo material, conforma el otro aspecto de la Realidad, haciendo comprensible su condición de no-dos. El nombre de Dios, hoy más que nunca, es: Uno, Unidad, Unicidad, Integridad o Totalidad. Este Uno se despliega desde la «unicidad» hacia la «diversidad». Lo divino se manifiesta en dos aspectos: unidad y multiplicidad.

Desgraciadamente, la teología se ha quedado estancada en sus ideas arcaicas. En general, falta investigación interdisciplinar y más en la teología que se mantiene dentro del sistema, según las estrechas normas del magisterio eclesiástico. Tal como se enseña la religión actualmente en las instituciones, parece cerrar a muchas personas el camino a un desarrollo religioso profundo. Así es como ha comenzado a formarse una religiosidad completamente nueva al margen de las religiones conocidas.

Dios ya no es aquél que lo guía y arregla todo, sino la integridad de lo que existe. Esa última instancia, lo divino, hay que entenderlo de modo holístico. Las ciencias, cuando hablan de la totalidad y de la unidad, no se refieren al viejo contenido del concepto de Dios, pues en ese caso, la idea de Dios ya superada se hubiera colado de nuevo por la puerta trasera. Dios es más bien mente y materia. La teología teísta lo llama erróneamente panteísmo debido a su incapacidad de comprender lo que el esoterismo quiere decir con no-dos, a saber: la experiencia de pares conceptuales como Unidad de la Realidad.

No nos es posible hacer ninguna declaración sin formar pares de conceptos. Experimentarlos como Unidad de la Realidad es la experiencia mística. Tan sólo en la experiencia resulta posible superar los pares de conceptos y únicamente al trascenderlos hacemos la vivencia de la Realidad. El zen llama estos dos aspectos de la Realidad, vacío y forma. «Forma es verdaderamente vacío, vacío verdaderamente forma.» Lo divino es una unidad bipolar. No pertenece a un lado del polo; es lo que trasciende ambos polos en la unidad.

Es mejor no dar el nombre de Dios. Nos desorientaría porque, y quisiera hacer hincapié en este hecho, no es el Dios que se han fabricado las personas el que puede ser realmente aprehendido en una experiencia transpersonal, sino esa Realidad última que sólo existe como mente y materia.

Hubiera supuesto una ayuda para la teología teísta tener más en cuenta la astrofísica y la teoría de la relatividad. Muchos son los científicos de primera fila —Planck, Einstein, Born,

Bohr, Jordan, Bohm, Heisenberg— que tocaron los extremos del conocimiento racional y que hablan abiertamente de esa otra instancia que no es posible captar intelectualmente, que se escapa a cualquier fórmula matemática, pero que forma parte de lo que llamamos Realidad. Y están convencidos de que esa instancia última tiene unas facultades diferentes a nuestra consciencia del yo y que esas facultades, unidas a la consciencia del yo, son las que impulsan toda evolución.

Panteísmo y monismo

Estos dos conceptos siguen preocupando a los teólogos. La visión holística del mundo es diferente a la visión monista. En la primera, mente y materia aparecen como Uno con dos aspectos. En la visión monista, materia y mente son una en su sustancia. La visión holística no se cansa de subrayar el hecho del no-dos.

En el budismo esto se explica con la imagen del «león dorado». El oro solamente puede darse en una forma (león). Así que la forma (león) y el oro son uno. Pero oro no es león, y león no es oro. Panteísmo significaría que león y oro tuvieran la misma sustancia y esto es algo que el esoterismo no afirma en absoluto. Pero león y oro pueden aparecer solamente juntos. Se necesitan mutuamente para poder manifestarse. Son coexistentes.

Otra imagen diferente sería la de luz y sombra. No son lo mismo, pero no existen por separado. Donde hay luz, allí hay sombra, donde hay sombra, allí hay luz.

Por ello Eckehart dice:

De repente y a la vez, cuando Dios era y engendró a su igualmente eterno Hijo como Dios idéntico a él, también creó el mundo. Igualmente puede admitirse que el mundo ha sido desde la eternidad.

En la terminología cristiana podríamos llamar los dos polos o aspectos, Padre e Hijo; Padre como el aspecto del origen (espíritu o mente) e Hijo como el aspecto de la forma (creación). Los dos juntos conforman la Realidad. Cuando se nombra al Padre, el Hijo está incluido. Cuando se nombra al Hijo, el Padre

está incluido. Son coexistentes y Uno en su forma de existencia, por eso hablamos del «Dios único». Pero nuestro pensar discursivo tiene que separarlos como un par conceptual. La Realidad última es una instancia holística. Un aspecto se manifiesta en el otro, o sea, no hay ninguna transcendencia que no se manifieste holísticamente. Esa instancia última es algo que toma cuerpo en formas materiales, psíquicas y mentales.

La unidad bipolar

La realidad tiene dos aspectos, como en una vara hay dos extremos. A uno lo llamamos forma (en el zen), maya (en el hinduismo), o creación (en el cristianismo). En el mundo de las formas se refleja el otro aspecto de la Realidad, al que denominamos de distintas maneras: Divinidad, Vacío, Brahman, lo Absoluto, etc. Ambos juntos conforman la Realidad.

En la totalidad no hay polaridad, no hay tiempo ni espacio. Esto nos resulta incomprensible, ofende nuestra razón, en especial la de los teólogos y filósofos. Debido a que la experiencia mística es precisamente la de esta totalidad, entra con frecuencia en conflicto con la teología que se encuentra en el mundo de la polaridad. Esto no significa que la mística esté en contra de la teología, sino que destaca esta cara de la totalidad que experimenta, que permanece inaccesible a la razón.

A Nicolás de Cusa, gran filósofo, teólogo y matemático, no se le podrá tachar de sospechoso cuando escribe:

Casi todos los que se dedican al estudio de la teología se ocupan de ciertas tradiciones ya establecidas y sus formas y, cuando son capaces de hablar como otros que se consideraron como modelos a imitar, se consideran a sí mismos teólogos. No saben nada del no saber de aquella luz inalcanzable donde existe ninguna oscuridad. Los que mediante el saber no sabiendo son llevados desde la escucha a la contemplación de la mente, se alegrarán de haber alcanzado el saber del no saber a través de una experiencia cierta.

Toda forma presenta un contenido que se escapa a la razón y a los sentidos. El mundo de las formas es el punto de contacto de la no-forma. La Realidad se refleja en el mundo de la forma, que es maya o creación. Más allá de este mundo de las formas está la totalidad, un estado que abarca todo de un modo indife-

renciado. Quizás sería aún más exacta la comparación con la regla, que por una cara mide en centímetros y por la otra no tiene ningún tipo de divisiones. Nuestra razón no es capaz de ver más que una cara a la vez. En la experiencia mística, ambas caras se experimentan como una. Por esto en la mística se habla no sólo de totalidad sino también de Unidad.

Por consiguiente, la meta de la experiencia mística no consiste en huir de la polaridad, sino en experimentarla como manifestación de la unidad. Ambos aspectos forman un conjunto: unidad (totalidad) y polaridad (multiplicidad), del mismo modo que una moneda tiene dos caras.

Como dice Shakyamuni Buda, la polaridad depara dolor, sufrimiento, vejez y muerte. Dentro del mundo de las formas no habrá ninguna explicación del sentido de la vida.

La persona puede huir de esa cárcel y hacerse uno. El paso desde la polaridad a la unidad en el esoterismo se llama iluminación, la gran liberación, satori, unión mística, etc. Dado que este paso lleva fuera de la polaridad, se sustrae de cualquier formulación o descripción.

Cuando una persona ha logrado dar este paso, tiene que revestir su experiencia de imágenes y símbolos que expresan lo inefable mejor que las palabras abstractas. Pero también las imágenes y los símbolos pertenecen al reino de las formas y no son más que mediadores del contenido. Son como las imágenes del sueño en relación a su significado psicológico. Cuando se les confiere un sentido absoluto y se les «adora», entonces la religión se petrifica; es como confundir el oro con la forma.

Una religión que se ha quedado petrificada en las formas, no ve más que esas formas y las compara con las demás religiones. Y así comienzan las discusiones y confrontaciones; por supuesto, la religión propia es mucho mejor e incluso más «verídica» que las demás. Uno ya no se da cuenta de que las religiones formalmente son muy diferentes entre sí, pero provienen de la misma verdad absoluta, y quieren conducir nuevamente a la mismísima verdad. El mismo líquido aparece en diferentes vasijas, que pueden ser de muy diferentes tamaños y formas. Quien solamente ve lo exterior tiene que acentuar las diferencias. Quien saborea el contenido degusta la mismísima Realidad. Pero es necesario que uno mismo beba de ella; la descripción no basta. Esto no tiene nada que ver con el sincretismo: las perso-

nas necesitan las diferentes vasijas para poder reconocer la diversidad de lo divino.

Los fundadores religiosos, los místicos de oriente y de occidente enseñaron un camino a la experiencia de lo divino. Todos, aunque expresándose de formas muy distintas, se referían a lo mismo. Señalaron el camino desde la polaridad hacia la totalidad.

Retorno a la totalidad

El ser humano tiene que reencontrar su camino de retorno a la totalidad que lo abarca todo. En ella no hay ni tiempo ni espacio. La totalidad no puede ser descrita de forma concreta, sino mediante paradojas, parábolas y mitos.

Cuando lo Uno entra en la creación, se polariza. Creación significa que la unidad se dispersa en la multiplicidad. Hay una imagen conocida que lo ilustra muy bien: la luz que pasa a través de un prisma. La luz significa la unidad; los colores, el prisma. El prisma descompone la luz en muchos colores diferentes, pero la luz siempre será lo que es: luz. Otra comparación sería el del abanico (lo Uno) que se despliega en la diversidad. Es Uno y múltiple.

En el yoga se cuenta la siguiente historia: Si se coloca una amatista en la leche, tomará un tinte verdoso. Pero la leche y la amatista seguirán siendo lo que son. De esto se desprende claramente que la unidad mística no tiene nada que ver con el monismo. Sigue habiendo no-dos.

En realidad, el mundo polar no existe como lo vemos. Es una ilusión, como recalca el esoterismo. Nuestro yo nos hipnotiza sin cesar. Darse cuenta de ello mientras estamos envueltos en la ilusión, resulta muy difícil. Pero no ser capaz de caer en la cuenta significa permanecer para siempre prisionero del engaño. El propósito de cualquier camino esotérico es el de la liberación de esa ilusión. Caer en la cuenta de la inexistencia del mundo de la polaridad, significa la liberación.

Así nos lo esclarecen los sueños. Cuando soñamos tomamos los sueños por realidad: bosques, personas, volamos o caminamos por debajo del agua, etc. Cuando despertamos, nos damos cuenta de que todo ello no existe. Pero para darse cuenta hace falta despertar. También el universo cuya interpretación tanto

nos preocupa, no es más que un sueño. Pero habrá que despertar primero para poder experimentar este hecho. Por este motivo, la iluminación también se llama despertar. Es una liberación de las ataduras de la polaridad a la unidad.

Mito: lenguaje de la religión

Exagerar la importancia de la historia es algo que forma parte del aspecto trágico de las religiones teístas. La verdad de las religiones se oculta en el símbolo, en la imagen y en el mito, comparables a las vidrieras iluminadas por la «luz eterna», que confieren a la luz estructura y color. Pero tenemos que aprender a interpretarla porque un entendimiento puramente histórico oscurece su auténtico significado.

El contenido del mito siempre es la liberación o, como solemos decir, la salvación. Ésta se representa en el ritual o en la liturgia como si se tratase de un drama. En el cristianismo va desarrollándose a lo largo del año eclesiástico. Pero quien vea la vida de Jesús tan sólo como una representación de los misterios, va tan descaminado como quien considera únicamente las reminiscencias históricas. Historia y mito forman un conjunto. La liturgia se convierte en la representación de la función cósmica de los misterios. Lo que se representa es el ir y venir de la Vida Divina en la multiplicidad de las formas. La evolución es el espectáculo del despliegue de lo divino.

Los mitos de la religión deben tratarse como los sueños. Hay que preguntarse lo que quieren transmitir las imágenes. Quien acoja las visiones del sueño de manera superficial o incluso al pie de la letra, las malinterpreta igual que quien las desecha como algo absurdo. Para encontrar su verdadero significado hay que penetrar en la profundidad del simbolismo universal de la humanidad. Las imágenes son metáforas, analogías y arquetipos cuya interpretación es necesario encontrar. Del mismo modo hay que tratar las imágenes y los símbolos de las Sagradas Escrituras.

El mito sigue teniendo significación aunque lo que narra no es un suceso histórico. Deberíamos superar esa manera de entender la fe que consiste en creer que Dios envió a su Hijo al mundo para, a través del sacrificio de su muerte, salvarle del pecado y conducir a las personas al cielo. No debemos tomar

como personas al Padre, al Hijo y al Espíritu a quienes nos podemos dirigir para cambiar el destino de nuestra vida y de este mundo, sino como metáforas que quieren transmitirnos una verdad oculta. El mito no transmite ningún conocimiento especial sino el entendimiento de lo que somos en realidad y lo que hemos de experimentar como verdad.

Continuamente surgen nuevos mitos que son importantísimos para el proceso de maduración de la persona hacia su totalidad y una ayuda para encontrar el contacto con nuestro subconsciente, donde recibimos el mensaje verdadero para el desarrollo de nuestra personalidad en forma de sueños e impulsos. Los mitos nos deparan las metas para nuestra madurez y humanización. A través del mito bíblico de Jesús se nos da un ejemplo de una personalidad de esta índole plenamente desarrollada. Si realizamos esta meta, llegaremos a ser totalmente *imago Dei* y seremos dignos —usando la terminología bíblica— de entrar en el cielo, lo que, al fin y al cabo, significa convertirse en una persona plena e íntegra que en la *visio beatifica* aprehende la totalidad de la revelación divina.

En el cristianismo aparece esto en la eucaristía. La imagen de los granos de trigo sembrados en tierra que se hacen uno en el pan, se remonta a la idea de que lo Uno se dispersa para poder volver a la unidad. Cuando lo divino (la totalidad) sale para entrar en la diversidad, o sea, cuando surge la creación, la unidad, lo divino, muere por así decirlo, para resucitar como Uno en la eucaristía bajo los aspectos del pan y del vino.

El yo y el sí mismo

¿Qué es el yo? El yo es la delimitación que nos confiere forma y figura. Es el león (forma), en la que se manifiesta el oro. Es aquello que nos convierte en persona para que, a través de ella, pueda traslucir lo divino (lat. *personare*). Es absolutamente necesario y coexistente con el otro aspecto de la Realidad. Lo que nos enferma es tan sólo la hipertrofia del yo, pues entonces será impermeable a lo divino.

Nuestro yo es un tesoro y a él pertenece nuestro cuerpo, la capa material, la psique, el intelecto. De ahí proviene el respeto a todo lo que tiene forma, ya que en ella se expresa la Instancia última.

El yo nos convierte en personas. Su único aspecto negativo es que se coloque autoritariamente en el asiento del cochero y nos conduzca sin una orientación adecuada, volcando con demasiada frecuencia el carruaje. Tiene que aprender a buscar su orientación en la profundidad de su naturaleza. Tiene que reencontrar la totalidad.

Dentro de esta totalidad, la persona se delimita diciendo: «Esto es mío» como si vallase un trozo de tierra al que llama «mío». La tierra existía desde tiempo inmemorial y seguirá existiendo cuando no haya dueño. La valla no toca la tierra, ni el sol, la lluvia, el viento, los insectos y los pájaros porque en el fondo no existe si no se cree en ella. La idea del terreno propio depende de si el dueño y los otros creen en él. La valla es el yo de la persona que únicamente existe como idea. Con su yo, la persona se delimita y se separa del conjunto. El yo crea polaridad. La totalidad comprende lo interior y lo exterior.

El camino de salvación lleva a la confrontación con el yo. La persona debe romper el poder dominante del yo y disolver su identificación con él. Si no, no podrá hacer la experiencia de la totalidad. Este camino se llama autoconocimiento, autoencuentro, autorrealización. El sí mismo es el espacio donde experimentamos la totalidad. Es la *scintilla animae*, la «chispa del alma» de la que habla Eckehart, el «castillo interior» de Teresa de Jesús, el «fondo» de Juan Taulero.

O sea, el sí mismo es una especie de centro donde es posible experimentar la Realidad. Es el lugar donde la realidad bipolar puede ser vista como Uno. El sí mismo no es lo divino, pero en él puede hacerse la experiencia de la Realidad última. Es el punto de convergencia donde se encuentran los dos aspectos de mente y materia y donde se experimentan como unidad.

Nuestro yo, como ya se desprende de la narración del pecado original, ansía atravesar esa delimitación. El pecado original consiste en que constantemente rompemos esa unidad por la delimitación de nuestro yo. La religión debe ayudar al yo a ir al mismo compás que nuestra naturaleza más íntima. La finalidad de las normas y leyes éticas es animarnos a vivir al unísono con esa instancia interior para, de esta manera, llegar a la madurez de la personalidad que vive en armonía con su instancia profunda. El sentido de nuestra existencia terrenal radica en madurar y llegar a ser íntegros y volver a la unidad.

Durante prolongados ejercicios de contemplación, a algu-

nas personas se les aparecen imágenes arquetípicas tales como luz, Jesús, María, pero también Shiva y Kannon¹, como figuras simbólicas de lo divino, con una gran intensidad y de forma estremecedora. En la mística estas «visiones» no son consideradas como la Realidad misma, sino como estructuras en las que se manifiesta la Realidad última a la consciencia del yo; en la mayoría de los casos, sucede con una intensidad tal que transforma la vida.

Los símbolos, mitos y rituales se convierten en experiencias de la totalidad que tienen dos aspectos: lo concebible y lo inconcebible. Sin estas formas de experiencia difícilmente podríamos forjarnos una idea de Dios.

Cuando se declara que Dios Padre envió a su Hijo al mundo para redimirlo mediante el sacrificio de su muerte y que luego resucitó para retornar al cielo, no se trata para mí del relato de un hecho histórico sino de una declaración simbólica del proceso evolutivo en general, que de otra manera quedaría incomprendible. Este mito, al desarrollarse a lo largo del año eclesiástico, me resulta de una intensidad vivificadora y contribuye de forma decisiva a mi madurez psíquica y humana.

Cuando las personas comienzan a hacer formulaciones, sus declaraciones se vuelven contradictorias. Toda declaración no es más que los rayos fijados a un eje. El eje en sí es Vacío, Divinidad, Sunyata, Nirvana, pero esto no significa que no sea nada, porque es allí donde confluyen todos los rayos, o desde donde parten, y desde donde todo cobra su importancia, del mismo modo que el sentido de la rueda le viene del eje. Si ese eje no estuviese vacío, la rueda quedaría privada de su sentido. Si no existiese ese vacío, la vida quedaría privada de sentido. Todo lo existente confluye en este vacío (divinidad), pero el Vacío no está vacío porque de él parten todos los «rayos del ser».

¹ Kannon es la divinidad de la compasión de los mil brazos, que escucha todos los lamentos de la humanidad y que es muy venerada por los budistas (N. del T.)

La mística cristiana y los caminos esotéricos de Oriente

Experiencia mística y comprensión racional

En los últimos tiempos, la astrofísica ha hecho progresos enormes alcanzando unos conocimientos que hacen que nos veamos a nosotros y a nuestra tierra con una luz muy modesta. Ya no somos el ombligo del universo como creíamos. Nuestra tierra es una mota de polvo, ubicada en una galaxia relativamente pequeña, de las que existen millones, la mayoría de ellas de un tamaño mucho mayor que la nuestra. Probablemente, el universo comenzó en tiempos inmemoriales con una explosión y desde entonces se expande casi a la velocidad de la luz. Se habla de quasares palpitantes y de agujeros negros. Y se cree que después de un tiempo inimaginablemente largo, este universo volverá a contraerse. Para entonces, nuestro sol hará tiempo que se haya enfriado y esté muerta la vida en la tierra.

También estamos investigando el microcosmos. Somos capaces de hacer la fisión de los átomos y de desencadenar consecuencias horribles. Podemos aniquilar la vida de la tierra. Hemos descubierto partículas elementales como los quarks. Pero nos resulta imposible indicar en qué lugar se encuentran y con qué velocidad se mueven. Ya no podemos determinar el límite entre la materia y las ondas energéticas. Seguimos experimentando y calculando pero ya no sabemos exactamente con qué estamos experimentando.

Tendremos que tener mucho cuidado para no caer en el error de creer que el mundo puede estar organizado según criterios racionales, pues aparentemente está organizado de forma arracional y su estructura interior nada tiene que ver con reflexiones intelectuales. Dicho de otra manera: comprende di-

mensiones que no son comprensibles a nivel racional. Recuerdo la teoría de los «superstrings» que postula diez dimensiones: nueve del espacio y una del tiempo. Otros físicos reivindican veintiseis dimensiones. Nosotros, sin embargo, nos hemos dado una importancia desorbitada y hemos sabido con demasiada exactitud quién es Dios. Pero vivimos en un punto minúsculo del cosmos entre quarks y agujeros negros. Tanto el micro como el macrocosmos sobrepasan nuestra capacidad de imaginación.

La consciencia racional no es más que una forma de pensamiento; ve el universo según su propia manera limitada, de modo que con ella no podemos percibir más que cuatro dimensiones. Las demás, por lo visto, se podrán aprehender únicamente con otras formas distintas de mente. La realidad es algo muy diferente de lo que es capaz de descubrirnos nuestra limitada razón.

La teología solamente habla de Dios a nivel racional. También lo que denominamos revelación se vertió en palabras a este nivel cuatridimensional. Ahora resulta que las ciencias naturales van más allá de sus declaraciones matemáticas tradicionales sobre el universo. ¿No debería también la teología ir más allá en sus declaraciones racionales sobre Dios? ¿Por qué ese rechazo temeroso por parte de los círculos eclesiásticos? Se sigue temiendo a la mística que desde siempre ha conocido más dimensiones. Declara que el yo tiene que trascenderse para poder alcanzar la experiencia. En términos de mística eso significa que el yo debe morir. Lo mismo que a los científicos, tampoco a ella le resultó posible denominar la experiencia de otras dimensiones, porque también ella es incapaz de encerrar la experiencia en un lenguaje que se funda en el raciocinio. En la actualidad, las ciencias naturales reconocen en los sistemas esotéricos de oriente cierto parentesco con sus experiencias limítrofes.

Las religiones de oriente abarcan la teología y la práctica que lleva a la experiencia. La teología es de gran diversidad y sutilísima. La práctica lleva el nombre genérico de «tantra», que proviene del sánscrito y significa «tejer». Del tantra no se habla, hay que practicarlo.

La filosofía puede comprenderse intelectualmente, el tantra en cambio no. La filosofía budista es una función de la razón. El tantra

transciende lo racional. Los pensadores más sutiles de la civilización de la India se dieron cuenta de que las palabras y los conceptos sólo los llevaban hasta cierto punto. Más allá, estaba el ejercicio de la propia práctica cuya experiencia se escapa a cualquier descripción. Esto no les impidió desarrollar la práctica en una serie de técnicas sumamente eficaces y de muy alto nivel, pero les impidió poder describir la experiencia producida por dichas técnicas. (Gary Zukav).

Una función muy importante de las religiones orientales consiste en facilitar a la mente la posibilidad de escapar a las limitaciones del simbolismo. Según esta interpretación, todo son símbolos, no simplemente palabras y conceptos sino también personas y cosas. Más allá de los límites del simbolismo está lo que es, la percepción pura, la experiencia del «ser así» de la Realidad.

No obstante, también las religiones de oriente hacen uso de símbolos, pero los utilizan para escapar a las limitaciones de los mismos. La religión siempre tendrá que echar mano de símbolos, es decir, de palabras, ritos, mitos, sacramentos, pero como el dedo que apunta a la luna. Como cristianos deberemos volver a darnos cuenta de que la religión se basa tanto en la experiencia como en la palabra. Esto es lo que nos demuestran muy claramente las religiones de oriente.

En las revistas de ciencias naturales y de temas transpersonales hay más artículos sobre mística que en las de espiritualidad cristiana porque en los últimos doscientos años, la mística emigró de las iglesias cristianas, hecho que puede muy bien haber influido en el actual descontento de tantos con su iglesia. En efecto, los nuevos conocimientos de las ciencias aún no han sido lo suficientemente integrados en nuestras ideas y en nuestro hablar sobre Dios. La religión cristiana aún sigue demasiado aferrada a una visión del mundo de tipo cartesiano y newtoniano. Por lo visto, tan sólo la mística encaja en una visión actualizada del mundo porque desde siempre traspasó la comprensión de cuatro dimensiones para contemplar la Realidad última de forma más amplia.

Cuando se redactó la Biblia, la persona fue considerada el centro de la creación. El universo giraba alrededor de la tierra. Creía en un Dios que creó todo y que lo dirige. Ese Dios se escogió un pueblo con el que hizo una Alianza y al que dio leyes.

De vez en cuando se enfadaba con esa tribu de nómadas —pues es lo que era ese pueblo— y luego se volvía a reconciliar. Aunque ya entonces Dios pareció incomprensible, en el fondo era un «superser» que dominaba y guiaba todo. Esta concepción desempeña aún hoy en día un papel decisivo en el cristianismo, por muy difícil que nos resulte aceptar un guía tan patriarcal a la vista de los conocimientos cósmicos, y aunque casi lo consideramos una ofensa hablar de él de esta forma teniendo presente la inmensidad del universo. Al contrario de lo que ocurre con las religiones de oriente, en occidente lo místico está subdesarrollado y se hace sospechoso, sobre todo cuando se orienta a las prácticas de las religiones de oriente, metiendo en el mismo saco las corrientes pseudomísticas. Llegará el día en que esto cambiará sin duda. Zukav escribe: «Si la física de Bohm u otra parecida, en un futuro se convirtiera en la corriente principal de esta ciencia, los conocimientos de oriente y occidente podrían integrarse en una armonía extraordinaria. No se sorprendan Vds. si las clases de física del siglo XXI incluyen conferencias sobre meditación.»

Los autores de los siguientes testimonios describen la transformación de su religiosidad:

Mi conflicto más profundo consiste en desasirme de una tradición que nos ha marcado enormemente. Extrañamente, tan sólo ahora me voy dando cuenta de cómo al cristianismo se le ha dado un carácter ajeno a la realidad a través de mil variaciones y cómo sigue resonando en la base de nuestra cultura y forma de pensar. Cuando se va disolviendo esa imagen del Dios Padre dada por Jesús, resulta difícil orientarse en una realidad completamente nueva. Jesús dio esa imagen a la gente porque ya la llevaban dentro de sí... Pero nuestro tiempo ya no soporta esa limitación. Hace unos días leí algo de un sacerdote ortodoxo sobre la contemplación: «Cuando veas a Dios, no verás nada, y ése es exactamente el punto: cuando miras nada, no habrá ninguna experiencia o ningún conocimiento. En efecto, habrá lo que Dios es, Dios es nada.» Y seguidamente vi «nada». Era la Realidad sin vallas, la Realidad sin límites; en ese momento desapareció mi dependencia en el mirar... Cuanta más consciencia del yo quede eliminada, tanto más se está dentro de esa realidad interior, en esa «nada». Fue como si hubiesen dejado de existir tanto el pasado como el futuro. Ni siquiera fui capaz de acordarme. Simplemente existía la libertad de mirar, de escuchar, de actuar (Un sacerdote).

Desde hace algún tiempo me encuentro en un dilema con mi iglesia. La religión es algo diferente de lo que la iglesia «monta». Si me pregunto a mí misma por el motivo de mi retirada de las estructuras habituales, en especial en lo que se refiere al ámbito litúrgico, me resulta imposible dar una explicación racional, tampoco psicológica... Seguramente mi ansia de interiorización de la experiencia religiosa es el factor determinante de mi huida de la liturgia, de las ceremonias, ritos, gestos, palabras, imágenes, decoración, signos de los que la persona religiosa se vale para expresarse... Dios, que ha irrumpido en mi vida como una Realidad tan poderosa, desea rellenar por completo el fondo del alma. Esto equivale a una transformación del centro, en el que sucede la unificación, y en estos momentos tan sólo puedo dejar que ocurra este proceso del cambio, de la fusión, sin traducirlo en signos. Yo misma no acabo de entender mi transformación que a lo mejor significa solamente una fase transitoria. Y me duele que no sea capaz de «celebrar» con vosotros como antes, porque la forma para hacerlo aún no ha nacido. (Una mujer)

Hay muchos más místicos en la actualidad de lo que imaginamos.

La experiencia mística, siempre ha trascendido las limitaciones dogmáticas, aunque muchas veces se haya revestido de los conceptos y símbolos tradicionales. En occidente, desde que la gnosis fue eliminada del cristianismo, solía hacer su aparición en corrientes laterales como alquimia, astrología, y también en la teosofía, la filosofía perennis y parcialmente en la psicología (sobre todo en la de C.G. Jung y hoy día especialmente en la psicología transpersonal). Las personas que han hecho experiencias religiosas estremecedoras frecuentemente buscan ayuda en una terapia porque no son entendidas por los órganos religiosos. Existe una organización internacional, denominada «Spiritual Emergency Network» a la que pertenecen sobre todo psicólogos, terapeutas y asistentes sociales. Esta organización facilita direcciones de personas a las que uno puede dirigirse cuando se ve incapaz de tratar con una experiencia transpersonal. La necesidad de estas personas se observa en el siguiente relato de una mujer joven:

El día de mi primera comunión tuve una experiencia profunda. Lo que hasta entonces había aprendido, o sea, que Dios es, lo experimenté aquel día con todo mi ser. Dios no estaba solamente en

mi, sino en todas las personas de mi alrededor y en todo. Era el centro de todas las cosas. Esa experiencia fue tan fuerte que tuve la necesidad de comunicarla. Pero mi director espiritual me dijo: «Te lo has imaginado; son meras fantasías.» Su contestación me escandalizó, pues la profundidad de la experiencia me hizo imposible considerarla como algo imaginado o una fantasía. Así que la arrastré hasta los 18 años en que empecé a encontrar explicaciones a lo sucedido. Como mi búsqueda en la iglesia cristiana fue en balde, me fui con los teósofos. Allí aprendí que esa experiencia, que aún hoy día sigue determinando mi vida, fue una experiencia mística auténtica; también me enteré por la teosofía de los caminos que llevan a una experiencia de esta índole. Sigo estando llena de gratitud por haber encontrado a personas creyentes que me entienden.

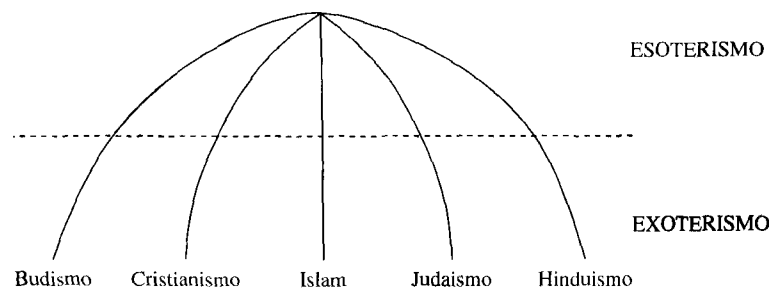
Para la autoestima de la persona es muy importante saber integrar la experiencia religiosa. Si no lo logra, fácilmente caerá en una neurosis porque su experiencia le ha deparado una comprensión totalmente nueva y convincente de la realidad, pero que se contradice con las convicciones de su entorno, y por eso al yo le resultará extremadamente difícil mantenerla en la vida cotidiana.

La experiencia religiosa facilita una autonomía creciente. Según mi experiencia, el acceso a un espacio místico de la consciencia se da con más frecuencia y más rápidamente en las mujeres porque aquí desempeña un papel fundamental el aspecto femenino de la persona: desasimiento, entrega, apertura, recepción. Esto también les resulta más fácil a los orientales y por eso la experiencia mística tiene allí una demanda fundamental. En la actualidad, muchas mujeres están descubriendo su herencia femenina que abre hacia la mística. Precisamente el desarrollo de lo femenino en occidente y en el cristianismo occidental —tan fundamental para la continuación de la tradición mística—, sería la mejor contestación al anhelo religioso. Hoy día, en el siglo de las grandes posibilidades de la comunicación, tenemos la oportunidad de aprender de oriente y reavivar así nuestra propia tradición mística. Puede que esto se convierta en una cuestión de supervivencia de la iglesia y de la sociedad.

Exoterismo y esoterismo en las religiones

Para mí las diferencias de la religión no estriban en las distintas religiones; budismo, cristianismo, judaísmo, islam e hinduismo, por sólo citar a las más grandes, sino entre una espiritualidad esotérica y exotérica. Esoterismo proviene del griego *esoterós* = dentro, interior. Exoterismo proviene del *exoterós* = popular, comprensible a los laicos. No utilizo aquí la palabra esoterismo en el sentido de iniciados, es decir, personas que pertenecen a un grupo esotérico, ni utilizo la palabra exoterismo en el sentido de no iniciados, profanos. Con la palabra esoterismo denomino una espiritualidad que tiene como meta la experiencia y que ve en ella el sentido de la religión. Con exoterismo me refiero a una espiritualidad que se basa exclusivamente en escritos, dogmas, rituales y/o símbolos. Una persona esotérica no es alguien con una consciencia elitista, sino alguien que ha emprendido el camino para llegar a hacer la experiencia de lo divino en sí mismo y en todo.

La diferencia fundamental entre las religiones no radica en sus enseñanzas y ritos sino en su espiritualidad esotérica o exotérica. El corte es horizontal, no vertical. Gráficamente sería así:



La Realidad última que recibe distintos nombres en las diferentes religiones (Absoluto, Divinidad, Tao, Sunyata, Nirvana) se escapa a cualquier denominación o intento de hacerla patente por medio de la razón y de los sentidos. El propósito de darle un nombre aceptable a todos, separa las religiones. Por este motivo se produjeron guerras religiosas, persecuciones, difamaciones, desprecios, etc. En la actualidad hemos llegado al punto del diálogo. Las religiones son caminos por los que las personas deberán ser conducidas a su origen, a lo que llamamos

nuestro ser más profundo, o también lo divino en nosotros y en todo lo existente.

La experiencia se oculta tan profundamente en la existencia humana que se resiste a cualquier intento de comunicación. Este es el motivo por el que tan a menudo se le reprocha a la mística una arrogancia elitista de iluminación y de ser contraria a la razón. Si, a pesar de ello, es enunciada, difícilmente será aceptada por las personas exotéricas, porque no es accesible a la inteligencia. Las personas esotéricas en cambio están perfectamente capacitadas para aceptar formulaciones de fe, siempre y cuando no se les confiera un carácter absoluto. A lo largo de la historia, la mística ha tenido esas dos caras: ser capaz de apoyar eficazmente los dogmas o de destruirlos. De los escritos de Eckehart se desprende claramente que la mística no tiene por qué oponerse a sutiles reflexiones teológicas. No obstante, las personas esotéricas en la mayoría de las religiones tuvieron que sufrir la dureza de las instituciones. Muchas no solamente fueron excomulgadas, sino incluso encarceladas y quemadas.

La persona exotérica teme traicionar la verdad de sus conceptos religiosos. Debido a que su fe se cimenta en una confesión religiosa específica, le resulta muy difícil aceptar que la verdad también pueda existir en otras religiones. Esto supondría una fe relativa, lo que produciría una gran inseguridad puesto que la seguridad de su fe se basa precisamente en la diferenciación con otras religiones.

La verdad común a todas las religiones está en su mismo centro. Pero dado que trasciende todas las formas en las que se manifiesta, el alcanzarlas le es dado solamente a un reducido número de personas. Por ello la religión es tan importante. Igual que la persona no puede existir sin cuerpo, tampoco la religión puede existir sin formas de expresión. Las Sagradas Escrituras, la teología y los ritos se pueden comparar a un mapa gracias al cual la persona encuentra su camino hacia Dios. Le hace falta la indicación de una dirección, aliento y acompañamiento para no perder su camino. La persona vive en un mundo de símbolos, imágenes y formas, que además son necesarias para que la religión pueda ser enunciada. Lo expuesto aquí no va contra las religiones en sí, sino contra una comprensión limitada de la fe, de talante exclusivamente exotérico.

La religión se puede comparar con un vidrio. Estará oscuro mientras no sea iluminado por la luz desde atrás. Esa luz origi-

naria no es visible pero, en el vidrio de la religión, adquiere su estructura y se hace comprensible a las personas. Aunque la religión muchas veces tiende a fijar a sus seguidores en las estructuras del vidrio, nunca deberíamos perder de vista el hecho de que el vidrio no es lo último, sino la luz que hay detrás. Quien ve detrás de todas las estructuras la luz Dios, habrá realizado el sentido y meta de la religión. El peligro consiste en que los símbolos e imágenes de Dios oscurecen más que iluminan la verdad que deben aclarar.

Significado del esoterismo oriental para la mística occidental

El zen me ayudó a comprender una parte importante de nuestra espiritualidad cristiana que se perdió en la enseñanza tradicional de la oración, a saber, el elemento místico. El cristianismo, por regla general, enseña la oración oral y la meditativa, un determinado comportamiento moral y el compromiso social. Pero esto es solo la escuela primaria de la religión. Muchos cristianos se quedan estancados en su fase infantil. Cuando luego llegan a ser adultos, se desprenden de las formas infantiles sin haber aprendido una forma adulta de orar. Esto es válido para todas las religiones. Incluso en el budismo y en el hinduismo la mayoría de sus seguidores no pasan de una forma muy elemental. Por ello, en mi opinión, la mayoría de las religiones se encuentra en fase de desarrollo desde una comprensión infantil a la del adulto.

Distingo entre espiritualidad y religión. La primera enseña un camino a la experiencia y se ocupa de lo que es experimentado. La religión en cambio es la instrucción que se ha convertido en dogma. Estos dogmas provienen de la experiencia, pero han llegado a constituirse en algo absoluto aunque muy pocas personas logran hacerlos íntimos. En el esoterismo hay instrucciones pero ningún dogma. Su «enseñanza» se refiere al andar mismo del camino para poder alcanzar la experiencia propia.

Estas reflexiones pueden inducir a pensar que el esoterismo podría existir por sí solo. La religión siempre necesita las dos columnas: esoterismo y exoterismo. También las personas esotéricas han encontrado su camino a la experiencia gracias a la religión. Nunca rechazarán la religión, pero se dan perfecta

cuenta de la unilateralidad de cualquier formulación. Como la persona es un ser de mente y cuerpo, necesita la religión como confesión y el lenguaje como medio de expresión. Pero la religión auténtica siempre intentará llevar más allá de sí misma hacia la experiencia de lo divino.

La religión cristiana es mi patria, aunque no pueda identificarme con todo lo que ha hecho la tradición de ella. Hemos recibido una gran herencia, y muy pocos de nosotros nos hubiéramos encaminado a la contemplación de no haber sido por el cristianismo. Me siento responsable de esa herencia y quisiera sacar de nuevo a la luz algo de lo que creo quedó sepultado.

Esoterismo y vida cotidiana

En el esoterismo no se trata de elevar la mente a un nivel de la experiencia donde se olvida el hecho de estar en la tierra, sino que debe proporcionar una visión clara que elimine todo egocentrismo y que ayude a comprender el mundo tal como es. Esto, y nada más, llevará a ese amor extensivo que hace factible nuestra vida humana.

Existe una antigua mandala que se conoce tanto en oriente como en occidente y que manifiesta claramente el lugar del místico: dos circunferencias, una encima de la otra, que se entrelazan en su parte central. En el cristianismo se llama mandorla. En el arte romano, Jesucristo, como Shakyamuni Buda en las ilustraciones budistas, aparece representado en el interior de esos círculos. El mandala, sin duda, es más antiguo que ambas religiones. Señala la sobrenaturaleza y la naturaleza, lo divino y lo humano, espíritu y materia. Allí donde ambos círculos se entrelazan se encuentra la «persona-Dios». Es el lugar donde ambos aspectos de la Realidad devienen Uno.

La mandorla significa la unificación de los aparentes opuestos, la *coiunctio oppositorum* o, como diría Nicolás de Cusa, la *coincidentia oppositorum*. Es la unidad bipolar de la que habla la mística. Nuestra mente del yo clasifica la Realidad en sujeto y objeto, mientras que nuestro verdadero ser experimenta unidad y armonía. En la mandorla, estos dos aspectos vienen a ser uno. Nicolás de Cusa escribe:

He encontrado el lugar donde se te puede encontrar de forma desvelada. Está rodeado de la coincidencia de los opuestos (coincidentia oppositorum). Este es el muro del paraíso donde Tú moras. Su puerta está guardada por el espíritu más alto de la razón (spiritus altissimus rationis). Si no se supera, la entrada no se abrirá. Más allá del muro de la coincidencia de los opuestos es posible verte, pero no en este lado.

El esoterismo no significa abandono del mundo, sino que por el contrario, ve el mundo y la realidad tal como son y no como nos lo simulan nuestros sentidos y razón. El proceso de madurez humana consiste en lograr que estos dos círculos coincidan cada vez más. Esoterismo y exoterismo forman un conjunto. En el evangelio de san Juan también encontramos pasajes que hablan de algo parecido, por ejemplo cuando Jesús dice a sus discípulos: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre.» (Jn 14,9). Algunos textos apócrifos hablan de esta unidad aún más claramente.

Cuando hagáis de dos uno, y cuando hagáis lo que está dentro como lo que está fuera y lo que está fuera como lo que está dentro, y lo que está arriba como lo que está abajo, y cuando hagáis el macho con la hembra una sola cosa, de modo que el macho no sea macho ni la hembra sea hembra... (Evangelio de Tomás, cita de logion 22).

A fin de cuentas, en el esoterismo se trata de una nueva aprehensión de la Realidad. Los auténticos caminos esotéricos no conducen fuera de este mundo sino al instante, a la vida. No se trata de despreciar el mundo sino de amarlo de una forma nueva. Con ello ya llegamos a la naturaleza misma de la mística, tanto de occidente como de oriente: la religión es la vida, y la vida, religión. En el fondo no hay ninguna diferencia esencial entre el desayuno y la eucaristía porque cuando hago la vivencia de que levantarme por la mañana y ponerme las zapatillas son actos profundamente religiosos, entonces es que he caído en la cuenta de lo que significa religión. Pero sin una experiencia profunda esto no es posible. Con ello no quiero decir que no haya diferencia entre la eucaristía y el desayuno. En la eucaristía anunciamos de manera solemne que no solamente se trata de pan (o sea, no solamente la forma), sino que lo esencialmente divino se está manifestando en esta forma precisa. Debemos

reconocer en ese pan los dos aspectos de la Realidad, forma y vacío, Dios y materia. En la eucaristía anunciamos solemnemente que no existe nada que no sea Dios, y que en realidad deberíamos experimentar nuestro desayuno como la manifestación de lo divino. Vivir nuestra vida en el aquí y ahora es un acto santo. Al fin y al cabo, el sacramento del momento presente es «vivir en la voluntad de Dios». Es el camino hacia la dicha.

Eliminar prejuicios

El esoterismo nos deberá proporcionar esa visión clara que elimina todo egocentrismo y que hace posible que el mundo pueda ser aprehendido tal como es, pero que al mismo tiempo permite verlo en su relatividad. Esta condición de ser tal cual se llama a menudo en oriente «Vacío» y en la terminología europea equivaldría a la expresión «lo Numinoso» o «lo Absoluto». Eckehart utiliza la palabra «Divinidad». Todas las cosas, en su fondo, carecen de sustancia autónoma y duradera. Son simples manifestaciones que no pueden existir fuera de lo divino —o sea, fuera del Vacío—. Cuando en oriente se dice: «Todas las cosas son vacías», no significa que las cosas no existan, sino que no son más que meros fenómenos. Las cosas carecen de existencia propia. El Vacío es el que hace posible la forma y, al mismo tiempo, une todas las formas.

Todo lo dicho puede fácilmente confundirse con monismo, panteísmo, quietismo, animismo, gnosticismo o, por citar unas corrientes espirituales más actuales, con la antroposofía, teosofía o Christian Science. Pero esto ocurre cuando se intenta interpretar la experiencia mística a nivel racional, en el que no puede ser aprehendida. La espiritualidad mística es la religiosidad madura que puede darse en toda religión. Todo tiene el mismo ser de Dios. No existe ningún ámbito de la vida o de la experiencia excluido. Ese es el enunciado de toda mística siempre que le sea permitido expresarse libremente y sin censuras.

También deberemos liberar a la mística de beaterías y santurronerías, incluso de lo que en el cristianismo llamamos el don de la profecía y visiones. Lo cual no quiere decir que estas cosas no se den en la mística y que no tengan su importancia para el individuo y quizás también para un grupo. Pero una experiencia mística también puede ser algo muy banal y, al mismo tiempo,

proporcionarle a la persona la plenitud. De ninguna manera necesita servirse del lenguaje religioso; el lenguaje propio en occidente es la canción de amor. El zen sabe que la experiencia mística puede darse en el baño, en el servicio, en el acto sexual o partiendo leña. Lo divino se revela en todo, siempre y cuando se nos haya dado el don del desasimiento.

Otra objeción más consiste en que, en el esoterismo, la comprensión de Dios queda sujeta a la subjetividad del individuo. Para la experiencia auténtica existen criterios que, a su vez, se fundan en la experiencia propia y, por ello, no se prestan a una fijación racional. Debido a esta circunstancia, la persona esotérica se ve impotente cuando se le piden pruebas. Por eso el esoterismo siempre será el perdedor mientras una parte amplia de la humanidad no haya sido agraciada con tal experiencia. Desgraciadamente, muchas personas con vivencias transpersonales tienen que establecerse al margen de las iglesias porque dentro de ellas son rechazadas.

Quisiera hablar de otro prejuicio más: que la contemplación sea la autosalvación. Ni el zen, ni las formas más altas del yoga, ni la contemplación tienen nada que ver con una autosalvación. La redención existe siempre; no la obra el ser humano, que lo único que puede hacer es prepararse para experimentarla. Solamente puede intentar eliminar las capas que le separan de ella. Eckehart acerca de la relación entre la gracia divina y el esfuerzo humano dice:

Un único instante es estar preparado y recibir. Cuando la naturaleza alcance lo más alto (se refiere a la persona y sus esfuerzos), entonces Dios concederá la gracia; en el mismo instante en que la mente (de la persona) está dispuesta, Dios entra en ella, sin tardanza ni vacilación.

Soy consciente de que mis declaraciones me colocan en la frontera de la religión cristiana, pero creo que es muy importante examinar nuevamente algunas cosas consideradas en tiempos como heréticas. En el futuro, el diálogo interreligioso tendrá lugar a nivel de la experiencia y no en el de la teología. Cada vez hay más personas que tienen experiencias transpersonales. Esperemos que las iglesias se den cuenta de los signos de los tiempos y no se opongan a la nueva fase religiosa, sino que

reencuentren en su propia tradición lo que tantas personas están anhelando.

C.G. Jung hace tiempo aunó toda esta problemática en un enunciado muy simple. Para él, la mística no es un asunto de fe sino de experiencia. Escribe:

La experiencia religiosa es absoluta. No se presta a discusiones. Lo único que se puede decir es que nunca se ha tenido tal experiencia; la otra persona dirá: «Lo siento pero yo sí la tuve». Y con esto terminará la discusión. No importa lo que el mundo piense sobre la experiencia religiosa; quien la ha hecho posee el gran tesoro de algo que para él se convirtió en fuente de vida, sentido y belleza, dando un esplendor nuevo al mundo y a la humanidad.

La oración contemplativa, una antigua tradición cristiana

La oración sin objeto

Contemplación es la palabra utilizada a lo largo de toda la Edad Media para denominar la oración sin objeto. Era la meta superior de toda enseñanza de oración.

Distinguimos tres formas de oración: vocal - *oratio*; meditativa *meditatio*; contemplativa - *contemplatio*.

Teresa de Jesús nos lo ha definido aún más:

- 1.º Oración vocal.
- 2.º Oración mental (oración devota interiorizada)
- 3.º Meditación (eventualmente unida a una lectura)
- 4.º Oración de recogimiento (activa y pasiva)

A continuación de estas formas comienza la oración propiamente contemplativa:

5.º Oración de quietud

6.º Contemplación (llamada también *unio mystica*, abismamiento, arte de amar)

Las primeras cuatro formas se dirigen a los planos intelectuales y sensitivos de la persona; es decir, reza con los sentidos, el sentimiento y la razón, se ocupa de contenidos de la conciencia tales como palabras, metáforas o la naturaleza, que estimulan las potencias del alma (cfr. Juan de la Cruz, *Subida* II,15). Los místicos la denominan meditación.

En cambio, la contemplación es solamente posible cuando se han aquietado el intelecto, la memoria y la voluntad. Todas las potencias del alma son pasivas en la contemplación. Al orante le sucede algo. Ningún tipo de contenido es aceptado, se

abandonan hasta las imágenes religiosas, las visiones o alocuciones interiores. Se trata del despertar a nuestro ser divino.

Espiritualidad catafática y apofática

Creo que no hay ninguna religión que no tenga un camino doble hacia Dios. La ciencia de la religión ha acuñado los conceptos apofático y catafático (*apo* = afuera; *kata* = según, correspondiente; *phatis* = discurso, palabra). O sea, uno de los caminos se distingue por la ausencia de discursos y palabras, el otro los incorpora.

La espiritualidad catafática trabaja con contenidos de la consciencia, es decir con imágenes, símbolos, ideas y conceptos. Se orienta por los contenidos y parte de la convicción de que el ser humano necesita imágenes y conceptos para acercarse a Dios, dándole importancia en el desarrollo de la vida religiosa.

La espiritualidad apofática se orienta hacia la consciencia pura y vacía. Los contenidos son considerados como impedimentos. Mientras que la consciencia quede enganchada en imágenes y conceptos, no habrá alcanzado el punto donde sucede la experiencia propia de Dios. Más que aclarar lo divino, lo oscurecen.

La mayoría de las personas va por el camino catafático, o sea, el de las imágenes, ideas y palabras sobre Dios. Es lo que se les enseñó en su infancia y donde encuentran amparo. Por ello, la religiosidad catafática desempeña en todas las religiones el papel más relevante. Pero cuanto más se adentre una religión en lo místico, tanto más se vuelve apofática, es decir, abandona las imágenes, ideas y conceptos porque, a partir de un determinado punto, ocultan a Dios.

Así que, por un lado, la religión necesita imágenes y palabras, porque sin ellas la fe no se puede comunicar y, por otro lado, corre el gran riesgo de materializarlas, llegando incluso a adorarlas. Imágenes y símbolos son caminos auténticos que conducen hacia la Realidad última pero que también pueden convertirse en obstáculos.

En las religiones de revelación, especialmente en el cristianismo, la espiritualidad apofática ha sido siempre algo sospechosa, aunque solía representar una corriente más o menos importante, a veces más bien subterránea, pero otras llegó a ser

muy fuerte, practicándose abiertamente. A pesar de ello, la institución nunca perdió cierto recelo ante ella. A veces fundamentalmente, sobre todo cuando el camino místico se convirtió en antiteológico e incluso, antiintelectual, careciendo de discernimiento y algunas veces hasta rayando en lo parapsicológico. La mística y la teología son los dos pilares de la religión; cuando ambas coexisten fuerte y equilibradamente florece la vida religiosa.

Religión y estructura de la personalidad

La elección del camino religioso depende de la estructura de la personalidad. Quien tiene una fuerte orientación sujeto-objeto suele tener miedo al desasimiento de su yo o, en la terminología mística, a dejar que muera su yo. Esas personas necesitan a alguien donde su yo pueda agarrarse, generalmente imágenes religiosas y conceptos teológicos. Las imágenes pueden facilitar el acercamiento al misterio de Dios, pero también pueden impedirlo, porque la consciencia del yo puede utilizarlas para defenderse de su desintegración. A menudo la crítica al camino contemplativo sin ninguna imagen proviene del temor a que al abandonar la imagen de Dios, también el yo desaparezca. Es el motivo por el que las imágenes fácilmente se convierten en ídolos. El apego a las imágenes y conceptos constituye uno de los trucos más astutos de la consciencia del yo para evitar una unión más profunda con Dios.

La consciencia del yo y la experiencia de unidad son enemigas mortales. Durante el momento de la vivencia mística, la persona pierde su consciencia del yo. La persona, durante algún tiempo, está ante el misterio llena de respeto y temor. Sólo gradualmente estará dispuesta a una mayor apertura, que significa desasirse del yo y de sus imaginaciones.

Nuestro yo está constituido por nuestra memoria, pero en sí mismo no tiene ninguna existencia. En el transcurso del camino místico la persona se va dando cuenta de que su auténtico ser está mucho más hondo que su yo superficial, figurado por su intelecto, sus sentidos y su voluntad. La mayoría de las personas caen en engaño al tomar por su verdadero ser la idea que se han forjado de sí mismas. Si se quiere experimentar la Realidad mayor, Dios, hay que abandonar esa imagen errónea.

En la práctica, ambos caminos espirituales se mezclan en la persona. El místico participa en los servicios divinos y por regla general también proclama su fe, pero su experiencia espiritual sobrepasa todo esto.

Ejercicio de la contemplación

Suele surgir la pregunta sobre si ya el camino a la contemplación debe llamarse «contemplación». La mayoría de los maestros medievales hablan del ejercicio de la contemplación. Juan de la Cruz por ejemplo dice que hay que «encaminarse a la contemplación» (*Subida* II,14). Incluso habla de una «escalera de peldaños» hacia la contemplación (*Subida* II,8,7 y *Noche* II,18).

Madame Guyon (1648-1717) habla del camino corto y fácil hacia la oración interior por el que se puede caminar sin dificultad y por el que se adelanta mucho en poco tiempo.

O sea, la contemplación puede ser practicada. Se la puede comparar a la subida a un monte (cfr. Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo*). Juan de la Cruz menciona el «nivel de los que progresan». Osuna incluso habla de la casa de la contemplación que hay que construir.

Mediante la práctica, se va generando un estado en el alma que puede transportarla a la contemplación. El estado de la contemplación, esa advertencia amorosa, se va dando de forma gradual, porque el alma no puede percibir al principio lo que está buscando por mucho que esté presente.

Antes que Osuna, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, Hugo de San Víctor señaló un camino a la contemplación. Hugo habla del triple ojo del ser humano: «el ojo carnal, el ojo de la razón, el ojo de la contemplación». Con el ojo carnal se captan las cosas exteriores, con el ojo de la razón, las cosas mentales, y con el ojo de la contemplación, las cosas divinas (*De sacramentis* I,10,2). Encontramos estos tres niveles también en Ricardo de San Víctor, en Buenaventura y en otros. La etapa superior siempre se denomina contemplación. Por ello sería conveniente mantener este término en el ámbito cristiano para designar el camino de la oración sin objeto. La contemplación es un camino paralelo a los caminos del zen, del vipasana y del yoga, y conduce a la misma meta.

En su *Itinerarium*, Buenaventura da una descripción del camino. Para él, la contemplación es la verdadera meta de la vida cristiana y todo debe ponerse a su servicio, incluso la filosofía y la teología. También indica un camino clarísimo aquel místico anónimo cuyos escritos conocemos bajo el título de *La nube del no-saber*.

Para los autores citados, la mística no era nada que quisieran describir sino algo que podía alcanzarse, algo para lo que hay que esforzarse y disponerse. Está fuera de toda duda que la experiencia última es un don de la gracia, pero también es sabido que el esfuerzo humano y la ayuda de otros son de gran provecho en este camino.

¿Quién debe encaminarse a la contemplación?

Dice Madame Guyon:

Todos son aptos para la oración interior. Es una desgracia muy grande que casi todo el mundo crea que no está llamado a la oración interior. Todos estamos llamados a ella, del mismo modo que todos estamos llamados a la salvación.

Juan de la Cruz dice de la *Subida del Monte Carmelo* que «trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina así a los principiantes como a los aprovechados».

Para Luis Blossius, místico francés del siglo XIV, el estado de la contemplación es lo más natural. Escribe: «Si dices que esa perfección es demasiado alta..., te diré: no eres monje.» Hay una cita muy parecida en el zen: «Un monje sin kensho (experiencia de la naturaleza esencial) no vale ni un céntimo.»

Muchas de las personas que acuden a los cursos de contemplación ya han tenido una profunda experiencia mística. Entre ellas hay cristianos, pero también quien nunca practicó su cristianismo. Algunas personas llegan muy pronto en estos cursos a una auténtica experiencia mística. Es perfectamente posible que una experiencia de cristianos se plasme en imágenes no religiosas y que agnósticos utilicen ideas cristianas. Probablemente ambos se horroricen ante esta situación.

Corremos el peligro de admitir solamente como experiencia

auténticamente mística aquello que encaje en el marco de las declaraciones dogmáticas, pero la experiencia no va unida a una fe determinada ni a una confesión. Dios se ha manifestado a personas que no pertenecían a ninguna religión determinada. Dicho de otra manera: la experiencia se vierte siempre en los espacios ya existentes de la consciencia de la persona, y éstos, a su vez, dependen de su prefiguración y estructura de la personalidad.

De ahí que, junto a la experiencia adquirida en la práctica, se da el hecho de que personas alejadas de su religión pueden andar por este camino y alcanzar experiencias místicas auténticas. Hay quienes vuelven a los vínculos eclesiales. Otros no lo ven necesario.

Formas básicas del ejercicio

Los caminos místicos de oriente y de occidente pueden reducirse a dos formas básicas: camino del recogimiento de la consciencia o de la concentración y camino del vaciamiento de la consciencia o de la recepción.

El camino del *recogimiento de la consciencia* consiste en unir o concentrar las potencias psíquicas en un objeto, por ejemplo en una palabra o en un koan. Si durante algún tiempo uno logra quedarse en el objeto elegido, llegará a la pérdida del nivel del ego de la consciencia. Es como si el flujo de ideas que gira alrededor del ego, así como el ego mismo, fueran absorbidos por el objeto del ejercicio. Al final se dará la experiencia del *uno*, porque solamente cuando la consciencia entera es ocupada por *uno*, todo lo demás ha desaparecido, incluido el ego. En su lugar está la experiencia de unidad.

La estructura básica del camino del *vaciamiento de la consciencia* consiste en la no reacción de la misma. Está completamente despierta, pero no está atada a ningún pensamiento ni a ninguna idea, ni se deja llevar por ninguna emoción. Sea lo que sea lo que aparezca en el campo de la consciencia, se percibe y se desecha. De esta forma, el pico de la consciencia se parece a un espejo. Todo lo que se le pone delante será reflejado. La persona nota que el fondo que contempla es distinto a los

contenidos contemplados de la consciencia y se resiste a identificarse con ellos.

C. Naranjo hace la siguiente descripción:

Es un esfuerzo constante por percibir todas las condiciones, procesos en mente y cuerpo de carácter forzoso, todas las reacciones emocionales causadas por los hábitos que envenenan una situación totalmente sencilla y que le hacen falta a la persona que se ejercita en esto para poder liberarse de ellas.

El progreso en el camino místico lleva a la desautomatización de la consciencia. Los esquemas de reacción y comportamiento se disuelven mediante el ejercicio, tanto si se trata de captar la realidad entera como de superar ciertas condiciones y, finalmente, serán eliminados poco a poco hasta su total desaparición. La persona será capaz de ver lo que aparece en el campo de la consciencia tal y como es, y no como se lo hacían ver sus anteriores proyecciones y temores.

No solamente el cristiano será un místico, como dijo en una ocasión Karl Rahner, sino la persona del futuro en general. La humanidad ha llegado una vez más al final de una de sus fases de desarrollo, la fase mental como dice Wilber. Nuestra supervivencia dependerá de si seremos capaces o no de dar el salto al siguiente nivel mental, que Jean Gebser denomina el nivel «aperspectivista». La juventud está mucho más abierta y capacitada para el camino místico que la generación anterior. La corriente mística, sin embargo, se está desarrollando en gran medida al margen de las iglesias organizadas, pues las ciencias humanas, así como las diferentes ramas de la psicología y de la psiquiatría, están mostrando en la actualidad un interés mayor por las dimensiones profundas del alma humana que las instituciones religiosas.

El ejercicio con la respiración

Desde siempre, la tradición cristiana monástica sabe que el acceso al abismamiento se logra por medio de la respiración. Quisiera citar a este respecto unos ejemplos de la Filocalía, un libro que describe la vida oracional de los monjes de la Iglesia ortodoxa:

Ya sabes, hermano, cómo rezamos: inspiramos y espiramos. Sin ello la vida no es posible. Cuando estés en tu celda, recoge tu espíritu, átale a tu respiración por la que entra en ti el aire, fuérzale por tu inspiración hacia tu centro y déjale allí. Pero no de una manera quieta y vaga sino con la siguiente oración: «Jesucristo, Señor mío, Hijo de Dios, ten piedad de mí.» De eso deberás ocuparte siempre, sin cesar.

La persona que quiera aprenderlo, deberá saber que, una vez que la mente esté habituada a alcanzar el centro interior mediante la inspiración, también habrá aprendido por la práctica a liberarla de cualquier pensamiento en el mismo instante en que entre en el centro, de forma que se vuelve simple y desnudo, libre de todo recuerdo, aparte de esa llamada al Señor Jesucristo.

Tu pensar en Jesucristo deberá unirse a tu respiración, sólo entonces entenderás el sentido del silencio. Esiquio enseña: «Si de veras quieres mantener el silencio tal como debieras, y tener el corazón despierto sin ningún esfuerzo, ata la oración de Jesús a tu respiración.»

El ejercicio de la sentada

Siempre ha tenido importancia el ejercicio de sentarse tranquilamente durante largo tiempo. Uno puede sentarse en el banco de una iglesia, en una silla o en un banquillo en casa. Hay quien prefiere sentarse encima de los talones. Si se coloca un cojín entre las nalgas y los talones, resulta más fácil aguantar en esta postura durante un tiempo prolongado. Los monjes cristianos practican desde antiguo las sentadas prolongadas que deberían practicarse también en la vida cotidiana.

Casiano, el monje que nos ha narrado la vida de oración de los ermitaños y cenobios en el desierto, describe así el ejercicio de la oración mística:

¡Oh, Dios, ven en mi ayuda, date prisa en socorrerme! La oración de este verso deberá repetirse constantemente, en la adversidad para que se nos socorra, y en las circunstancias favorables para que se nos guarde y no nos envanezcamos. Digo que el empleo de este verso se hará ininterrumpidamente en tu corazón. Cuidate de no dejarlo durante ninguna actividad o servicio, y tampoco en el camino. Repítelo a la hora de dormir y de comer, así como cuando tengas que hacer tus necesidades. Este ponderarlo en el corazón se te convertirá en una fórmula de poder curativo y te arrastrará al

inefable ardor de la oración de la que sólo muy pocos gozarán. Si cuidas este verso en lo más íntimo, puede sobrevenirte tranquilamente el sueño siempre que, debido a su ejercicio inefable, llegues a rezarlo también cuando estés dormido. Deberá ser lo primero que te encuentres al despertarte por las mañanas, quitándote todo pensamiento. Cuando ya te hayas levantado de la cama, te acompañará en tus genuflexiones y luego en todo tu obrar y actuar. Te deberá acompañar en todo momento. Has de escribirlo en el umbral y en la puerta de tu boca. Escríbelo en las paredes de tu casa y en el interior de tu corazón, de manera que cuando te echas a tierra para rezar, sea el canto que te levante y, cuando después te vayas a incorporar para dedicarte a las ocupaciones necesarias de la vida, se convierta en tu recta y continua oración.

También los monjes de Tebas y Siria estaban familiarizados con las sentadas prolongadas.

En la Filocalia leemos lo siguiente:

Después de la puesta del sol siéntate en una silla baja en tu tranquila celda, a media luz, y recoge tu mente de su habitual modo de andar vagando y llévala sosegadamente hacia tu corazón por medio de tu respiración y quédate con esta oración: «Jesucristo, Señor mío, Hijo de Dios, ten piedad de mí», unida a la respiración.

El ejercicio con la palabra

El autor de *La nube del no-saber*, libro místico del siglo XIV, aconseja el empleo de una palabra para recoger la consciencia, y recomienda que ésta sea corta. La experiencia ha demostrado efectivamente que una palabra corta es más eficaz que una larga e, incluso, que una vocal cerrada fluye con más facilidad, produciendo vibraciones más favorables. En la tradición cristiana resultaron ser adecuadas palabras como Jesús, Cristo, Shalom. Al pronunciarlas interiormente, en la exhalación, la última vocal se alarga de manera natural. Si se trata de dos o tres sílabas, por ejemplo, Jesús o Jesucristo, se podrá separar de la siguiente forma: «Jesús» al inhalar, «Cristo», al exhalar, o la primera sílaba «Je» al inspirar y la segunda «sús», al espirar.

Cuando se haya progresado en el ejercicio, la atención ya no se dirigirá a la respiración sino a la vocal. Es como si se cantara la vocal interiormente. La meta consiste en hacerse con el sonido, mejor dicho, con el proceso de la enunciación o canto

interior. Se trata de convertirse en el sonido mismo. Esto sosiega nuestro fuero interno. Es como si la consciencia fuera recogida en esa palabra o vocal y uno se hubiera desembarazado de lo demás quedando una única cosa en la consciencia: el proceso de la vocal alargada, unido a la respiración. La contemplación no desplaza ningún contenido de la consciencia, sino que la hace desasirse de miles de cosas mediante la concentración en esta única palabra; es decir, los pensamientos, sentimientos y estados de ánimo pasan a un segundo término durante el periodo de la oración contemplativa. La palabra o la vocal absorbe toda la atención.

Dejando atrás los pensamientos

Reflexionar sobre la palabra supondría meditar sobre algo. Una de las instrucciones básicas de los místicos es que hay que dejar los pensamientos discursivos. Hay que abandonar los sentimientos devotos.

El autor de *La nube del no-saber* da indicaciones para el uso de la palabra en la contemplación:

Elige una palabra breve mejor que una larga. Palabras tan sencillas como «Dios» o «Amor» resultan muy adecuadas. Pero has de elegir una que tenga significado para ti. Fijala luego en tu mente, de manera que permanezca allí, suceda lo que suceda. Esta palabra será tu defensa tanto en la guerra como en la paz. Sirvete de ella para golpear la nube de la oscuridad que está sobre ti y para dominar todas las distracciones, fijándolas en la nube del olvido, que tienes debajo de ti. Si algún pensamiento te siguiera molestando queriendo saber lo que haces, respóndele con esta única palabra. Si tu mente comienza a intelectualizar el sentido y las connotaciones de esta «palabrita», acuérdate que su valor estriba en su simplicidad. Haz esto y te aseguro que tales pensamientos desaparecerán.

No emplees la inteligencia lógica para examinar o explicarte esta palabra, ni consientas ponderar sus diferentes sentidos, como si todo ello te permitiera incrementar tu amor. No creo que el razonamiento ayude nunca en la contemplación. Por eso te aconsejo que dejes estas palabras tal cual, como un conjunto, por así decirlo.

... no está bien que una persona que debiera estar ocupada en la obra de la contemplación en la oscuridad de la «nube del no-saber», deje que las ideas sobre Dios, sus dones maravillosos, su bondad o sus obras le distraigan de la atención a Dios mismo. Es

ésta una cuestión distinta del hecho de que se trate de pensamientos buenos que reportan confort y gozo. ¡No tienen lugar aquí! Por ello te apremio a que despidas todo pensamiento sabio o sutil por santo o valioso que sea. Cúbrelo con la espesa «nube del olvido».

El ejercicio de la entrega y del amor

El autor de *La nube del no-saber* aconseja llenar la palabra de entrega, amor y confianza. Esto parece contradecir el deseo de no quedar apegados a los sentimientos. Amor, entrega, anhelo, son tendencias básicas de nuestra alma que, por supuesto, pueden acompañar la palabra. Nos orientan y nos sirven para el recogimiento. Quien tiene sed no tiene necesidad de pensar en el agua. El ansia lo lleva en el cuerpo; lo mismo ocurre con el amor. Quien de verdad ama, quien tiene ansia y se entrega, no se dispersa. El ejercicio de la contemplación le resultará más fácil a una persona con esas características. Pero no hay que asombrarse ante la frecuente ausencia de tales sentimientos. El camino atraviesa largos periodos de sequedad a través del desierto y la noche, como dicen los místicos. Es de suma importancia seguir con el ejercicio, incluso y sobre todo, cuando ya ha desaparecido todo sentimiento.

La percepción del propio ser

El autor de *La nube del no-saber*, aparte del camino del recogimiento de la consciencia, habla también del camino receptivo de la experiencia mística, del vaciamiento de la consciencia, de la percepción del propio ser. En el transcurso del ejercicio uno se va dando cuenta de que en lo hondo de los pensamientos, sentimientos e intenciones existe algo más que no depende de los movimientos que pasan por la psique. Los pensamientos y sentimientos provienen de allí, pero no son ese fondo. *La nube del no-saber* lo denomina el Ser. Quizás se entra en un estado en el que uno experimentará que es, sin saber dónde se está y quién es. Se experimenta el ser desnudo. Pero en ese estado aún sigue habiendo dos, un yo que experimenta y lo experimentado. Seguir más adelante es muy difícil. La meta consiste en dejar atrás también al yo y experimentar solamente el ser de Dios. Sin

embargo, esto no se conseguirá con un acto de la voluntad. No queda más remedio que seguir practicando fielmente. ¡Sigue con tu ejercicio de oración! ¡Adéntrate completamente en ella! Entonces es posible que se te depare la experiencia.

La oración mántrica

Por las potencias de nuestros sentidos, mirar, hablar, tocar, oír, etc. entramos en contacto con el mundo exterior, pero también podemos dirigir nuestra capacidad sensorial hacia el interior, convirtiéndose así en guía hacia una realidad más honda.

Todas las religiones tienen palabras y sonidos sagrados que se repiten constantemente. El islam, por ejemplo, conoce 99 nombres de Allah; el número cien, se dice que únicamente es conocido por el camello, pues no puede captarse intelectualmente, tan sólo puede experimentarse. Los sufíes tienen las wazifas, los hindúes el mantra, los budistas repiten el Nembutsu o las sutras. En el cristianismo también tenemos palabras y oraciones que solemos repetir constantemente, como por ejemplo la oración de Jesús: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí», el Kyrie, el Aleluya, Maranata o Shalom. El sonido conlleva una dinámica propia que sobrepasa sus vibraciones y puede llevarnos a la profundidad de nuestra consciencia. El rosario y la letanía también forman parte de los modos mántricos de oración. Para mayor simplificación, denominaré estas palabras de oración, «mantra».

El mantra encierra lo infinito en lo finito. Lo infinito se experimenta en el sonido; no se trata de ninguna fórmula mágica de conjuro ni tiene carácter hipnótico o poder propio, sino que, despierta potencias ya existentes. Une nuestra consciencia cotidiana con lo hondo de nuestro ser.

Esta hondura abarca más que el lenguaje y los conceptos. Por ello, el mantra es preverbal y sumamente indicado para conducirnos desde la consciencia cotidiana a una experiencia más amplia. El contenido carece de importancia. Influye en el nivel psicoespiritual que no está sometido a nuestro pensar discursivo. El mantra nos une con potencias y energías que recorren nuestro cuerpo y que aumentan con el ejercicio repetitivo de la oración.

En los antiguos escritos del budismo tántrico se dice que el mantra OM, «es el más poderoso: su sola fuerza es capaz de obrar la iluminación». Y en las Upanishadas: «Sea quien sea el que repite este mantra treinta y cinco millones de veces, el mantra de la palabra sagrada, quedará libre de su karma¹ y de todos sus pecados. Quedará libre de toda atadura y alcanzará la liberación más absoluta.»

En las narraciones de *El peregrino ruso* leemos la indicación del staretz de repetir la oración de Jesús doce mil veces diarias. Quien la practique durante diez años, alcanzará una cifra parecida a la que figura en las Upanishadas, es decir, 43.800.000. La repetición desempeña un papel fundamental en la oración mántrica. Después de cierto tiempo, la oración orará en nosotros.

Vibraciones y armonía en el mantra

Cada partícula del universo tiene su propia frecuencia en la que al parecer reside su identidad. Pitágoras ya dijo que una roca era música convertida en piedra. Según las investigaciones científicas, cada partícula del universo físico tiene su propio esquema de frecuencias y vibraciones. El mundo es sonido, aunque no seamos capaces de poder escucharlos todos. Dependemos de las vibraciones mucho más de lo que creemos. Cleve Backster, experto del detector de mentiras, quiso investigar la reacción de una planta cuando se quemaban sus hojas con una vela. Los indicadores empezaron a oscilar fuertemente cuando simplemente pensó en quemar la planta; es decir que las plantas captan los pensamientos. Algunas plantas crecen mejor con unas personas que con otras, lo que significa que reaccionan intensamente a las vibraciones. ¿Y por qué no podría ser mucho mayor su influencia en los seres humanos de lo que nos imaginamos?

¹ Karma (Sánscrito = acto): Postura mental o física; consecuencia de una postura mental o física; suma de las consecuencias de las actuaciones de un individuo en esta y anteriores vidas; ley de causa y efecto.

El karma guía la conducta de la persona y sus motivaciones tanto de los pensamientos como de las obras actuales y futuras. Cada karma es la semilla para el siguiente karma. Sus frutos se recogen en forma de alegría y sufrimiento, dependiendo de la clase de los pensamientos y actuaciones. Cf. *Enciclopedia de las Enseñanzas de las Sabidurías Orientales*. (N. del T.)

Por lo visto, nuestras vidas están altamente influenciadas por las frecuencias. Si fuésemos conscientes de ello, caeríamos en la cuenta de que los pensamientos malos y de envidia tienen una influencia mucho mayor de lo que creemos. Asimismo, todo pensamiento benévolo influye de manera positiva. La convivencia armónica tiene su origen en lo que emana de nosotros de forma no verbal.

Cuando dos personas mantienen un diálogo grato, las ondas de su corteza cerebral coinciden; igual ocurre cuando hay una buena comunicación entre el predicador y la comunidad; o en un matrimonio. Incluso podemos observarlo en el reino animal cuando, por ejemplo, bandadas de peces o pájaros cambian su dirección como si estuviesen cumpliendo una orden. Un investigador escribe: «La bandada parece un solo ser, un organismo». Las órdenes son dadas por el colectivo. En la física esto se denomina armonización y resonancia. En la actualidad también se cree que las enfermedades son alteraciones de ritmo; los dolores y las enfermedades son originadas en gran medida porque nuestro cuerpo no es capaz de vibrar armónicamente en todos los puntos.

Emisión de sonidos

Los mantras consisten en vibraciones. Cuando emitimos sonidos, vibramos. Es fundamental que no produzcamos simplemente el sonido, sino que nos convirtamos en el instrumento que suena. El sonido ha de vibrar por todo el cuerpo. Incluso podemos dirigirnos específicamente a las diferentes partes del cuerpo, tales como pierna, pelvis, región pectoral, cuello, brazos y cabeza. La recitación mántrica y la emisión de sonidos son un relajante de las contracciones.

También es posible cargar el sonido con sentimientos, por ejemplo con el de la entrega, amor, confianza, benevolencia. Asimismo, sirve para descargar agresiones si no las dirigimos contra nadie. Pero todo esto no son más que metas intermedias. Deberíamos unificarnos con el sonido de tal forma que no quedara más que ese sonido específico. Todo lo demás va desapareciendo, como si hubiera vuelto el sonido mismo. La meta del ejercicio de «sonar» consiste en experimentar el tono en nosotros y en todo. La unificación con el sonido conlleva a la

apertura de la consciencia. Todo vibra al unísono. Las fronteras del yo caen y nos experimentamos como uno con lo divino en nosotros y en todas las cosas.

El rosario

El rosario es la oración mántrica mejor conocida entre los cristianos, sobre todo entre los católicos. Desarrolla su mayor potencia cuando es rezado en común, especialmente cuando es recitado mecánica y rítmicamente.

Mis primeras experiencias de oración están ligadas al rezo del rosario. Cuando tenía unos seis años recé el rosario en una iglesia, con unas cuantas mujeres en la habitual forma monótona y mecánica, murmurado por la comunidad. Esto me llevó a un estado de consciencia que no era el cotidiano, y supe que más allá de las palabras había una realidad que superaba la consciencia diaria. Lo mismo me ocurrió de niño con las letanías, que mediante su toniquete repetitivo me conducían a una experiencia más honda de oración. Tanto el talante rítmico como el mecánico son una parte esencial de la oración mántrica. Lo que algunos cristianos rechazan de manera despectiva, lleva al auténtico orante hacia su interior y a una comunión más íntima con Dios.

Como ya hemos dicho, algo parecido ocurre con la oración de Jesús. En lugar de despreciar estas formas de oración, deberíamos probarlas alguna vez.

La repetición de una palabra

La repetición de una palabra pertenece a la oración mántrica. Es una forma de desasimiento de toda imagen e imaginación para abandonarnos completamente a la voluntad de Dios. Nos libera de nuestro aferramiento al mundo fenoménico, para no tanto pedir el cielo como para que se haga en nosotros la voluntad de Dios: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Para ello es necesario haberlo practicado durante la vida. La palabra de oración ayudará únicamente a aquél a quien, ya en vida, solía utilizarla como oración permanente.

En occidente, las formas mántricas de oración han caído casi en el olvido, mientras que en las religiones orientales gozan de una estima alta. John Blofeld, en su libro *Die Macht des Heiligen Lautes* nos habla de un viejo monje que, preguntado por el origen de la calma apacible que irradiaba, contestó que debido al sonido del mantra, le era posible a la mente experimentar de manera misteriosa su identidad oculta con el Tao, con el Camino originario y el sentido originario del Ser. Blofeld escribe:

Yo mismo fui capaz de experimentar la superioridad de la forma mántrica en comparación con el rezo. Los rezos tienen un significado conceptual, y el pensar discursivo originado por ellos estorba el silencio de la mente, le resulta imposible a ésta entrar en un estado de sosiego y quietud en el que se refleje el silencio del origen. Se queda enganchada en los dualismos como, por ejemplo, "yo, el orante", o "El, el adorado". En el mejor de los casos, el rezo es una forma anterior a la unión mística. En lo que se refiere a las oraciones que incluyen alguna petición, creo que difícilmente habrá algo que sea menos espiritual que rogar por una victoria, un tiempo determinado, o la felicidad que, al fin y al cabo, únicamente se conseguirá a costa de los demás.

Angelus Silesius expresa esto mismo en la siguiente poesía:
«Quien pida a Dios regalos, mal anda; adora a la criatura y no al Creador.»

Caminos de oración de los grandes místicos

Los padres del desierto (s. III-IV)

Juan Casiano provenía de una familia de origen romano; nació hacia el año 360 en el Mar Negro, en Constanza, en la actual Rumanía. Junto con su amigo Germano fue de joven a Belén, y al no encontrar lo que estaba buscando, marchó al desierto con los monjes, de cuya vida de oración nos informa ampliamente.

Más tarde ($\pm$ 415) fundó dos monasterios en Marsella; murió hacia el 435. En su obra *Collationes* nos legó las conferencias del abad Isaac acerca de la oración.

Para Casiano, *cor*, corazón, es la facultad principal del entendimiento, mejor dicho de la experiencia. Es aquella chispa del alma con la que no solamente experimentamos nuestra verdadera vida divina, sino que es la vida divina misma.

La experiencia no se da mediante la reflexión o las palabras que quedan en la memoria:

Pues la manera de estas cosas de ninguna forma se entiende o enseña con la reflexión ociosa o con meras palabras o se retiene en la memoria, pues prácticamente todo descansa exclusivamente en la experiencia. Y como estas cosas sólo pueden ser enseñadas por el experimentado, así también pueden solamente ser captadas y entendidas por aquél que con gran celo y fervor se esfuerza en aprenderlas. (Collationes, prólogo)

El camino a la experiencia lleva a través del conocimiento del camino, a través de la *praktiké*. Se divide en tres partes: El

trabajo en la persona interior (lucha contra el pecado); el servicio a los hermanos y la imitación de Cristo.

Pureza del corazón

La contemplación es la verdadera meta del monacato. Pero es un don y no depende de nuestra voluntad. Por ello, la meta cercana es la pureza del corazón (*puritas cordis*). «De esta manera la meta final de nuestra vocación es el reino de Dios, pero la meta cercana es la pureza del corazón» (*Collationes* 1,4).

Pero la entenderíamos mal si la quisieramos interpretar como libre de pecado en el sentido moral. Es más bien un estado anímico de pureza. Es el sosiego que ha dejado todo atrás para estar libre para Dios. «Todo lo que perturbe la pureza y paz de nuestro corazón debe evitarse por ser nocivo» (*Collationes* 1,7).

El proceso de la liberación que Juan de la Cruz denomina purificación activa y pasiva, es un proceso psico-espiritual que tiene que ver con defectos psíquicos, experiencias infantiles cargadas de ansiedades, traumas y trastornos similares en el inconsciente personal. Por otro lado, purificación también significa liberación de los instintos que nos poseen.

Las pasiones dadas por el Creador son buenas. Malo es solamente su uso pervertido. Así, el instinto de comer no es malo, pero sí lo es la gula, porque paraliza a la persona. Casiano aconseja muy razonablemente no tomar alimentos fuera de las comidas y no ser remilgados. En el fondo, lo que le preocupa es el ayuno interior: no engancharse a nada de lo que nos proporciona la razón. La lujuria es una forma especial de estar poseídos. Contra ella nos ayuda el trabajo.

La codicia es el pecado de los tibios que se crean un ídolo nuevo. La tristeza la compara con la imagen de la polilla, de la carcoma y del moho. Desplaza la mente del estado de pureza. El hastío lleva a la pereza y a la adicción al sueño. Ofusca la cabeza. El afán de cubrirse de gloria, así como el orgullo, son los vicios de los que ya han adelantado algo en el camino espiritual. Todos estos vicios llevan consigo pesadez, impermeabilidad e insensibilidad. Ocasionan inquietud y confusión, obstaculizando de esta forma el camino a la pureza del corazón.

La práctica

El monje solía estar en su celda encima de una esterilla, un manojo de papiros o un taburete hasta unas diez horas al día. Incluso después de las salmodias de medianoche no se solía acostar. Casiano cuenta cómo una vez el abad Teodoro le suplicó no desperdiciar este tiempo tan valioso:

Llegó de improviso a medianoche a mi celda, preguntándome con contenida preocupación paternal qué hacía yo, ermitaño novato. Y cuando se enteró que había acostado mi cuerpo cansado nada más terminar la solemne oración nocturna, y que estaba echado encima de la manta, desde el fondo de su corazón suspiró diciendo, a la vez que me llamó por mi nombre: «Oh, Juan, cuántos en esta hora hablan con Dios, abrazándolo y reteniéndolo en sus corazones, y tú te dejas privar de esta gran luz, deshecho por el sueño indolente.»

Desierto, celda, trabajo, ayuno y recitación de las Escrituras son el núcleo de la *praktiké*. El punto en que se encuentra cada uno, se puede saber por sus sueños.

Cuando la mente humana empieza a ver su propia luz y cuando ya no se inquieta por las imágenes oníricas, y cuando incluso a la vista de los sucesos de la vida mantiene la serenidad, entonces la persona ha alcanzado la apatheia. (Evagrio Pónico: Praktikos n.º 64)

El camino de la práctica consiste en la transformación y en el proceso de maduración hacia un estado de consciencia puramente receptivo.

Para los monjes, Jesús es el orador místico perfecto. Su oración en el monte era la *apatheia*, la contemplación de Dios. Y así como Jesús en el monte estaba en estado de experiencia profunda, que él llamaba Padre, así también deberán perseverar los monjes en esta oración.

El ejercicio intenta sobrepasar toda imagen y toda palabra. Casiano habla de monjes que no saben rezar si no se representan alguna imagen:

Estos (monjes incultos) creen ya no tener nada si no se representan alguna imagen a la que pueden dirigirse constantemente en

la oración, que llevan consigo en la mente, teniéndola siempre ante la vista.

La mente será consolada y formada en la medida en la que se aleje de la visión de las cosas terrenales y materiales, guiada por el estado de la pureza, permitiéndola contemplar a Cristo con la mirada interior del alma, en la forma más baja de la carne o enaltecido, viniendo en la gloria de su majestad. Los que están afectados de una debilidad por así decirlo judía, no verán aparecer a Jesús como rey, al no ser capaces de decir con el apóstol: «Si hemos conocido a Cristo en la carne, ahora ya no lo conocemos así» (2 Cor 5,16). Sólo verán su divinidad los que se eleven sobre las obras y pensamientos bajos y mundanos, retirándose con él al monte alto de la soledad que, libre del ruido de todos los pensamientos terrenales y turbulencias, revelará la gloria de su faz divina y la imagen de su transfiguración a aquellos que son dignos de mirarle con la mirada limpia del alma.

El ejercicio con la fórmula

Casiano nos habla de una fórmula con poder de salvación que sirve para recoger la mente. Le manda decir a Isaac:

Tenéis que recibir la fórmula de la contemplación espiritual en la que siempre habéis de fijar vuestra mirada, con lo cual vais a aprender a usarla ininterrumpidamente y mediante su uso y meditación os elevaréis a una contemplación más alta.

La oración mántrica es decir la repetición constante de una palabra de oración, despierta nuevas potencias. Conecta nuestra mente cotidiana con lo más hondo de nuestra consciencia. También el ejercicio de cantar sonidos produce lo mismo, unificando cuerpo y psique en la misma vibración, abriendo capas más profundas.

Casiano nos muestra cómo utilizar el mantra:

«Oh Dios, acude en mi ayuda, Señor, date prisa en socorrerme.»

La meditación de este verso debe moverse ininterrumpidamente en tu corazón (volvatur). No dejes de rezarlo durante cualquier tarea o servicio y durante el camino. Méditalo durante el sueño y a la hora de comer y en las dificultades máximas que pueda padecer

el cuerpo. Este moverlo en el corazón te resultará cual fórmula curativa poderosa, purificándote también de todos los vicios contagiosos de lo mundano y guiándote a la contemplación celeste invisible (theoria), arrastrándote también al ardor inefable de la oración que sólo muy pocos experimentan. Que te coja el sueño en medio de la meditación de este verso hasta que te hayas habituado a orarlo incluso durante el sueño ¡decantare! ¡Escríbalo en el umbral y la puerta de tu boca! Escríbelo en las paredes de tu casa y en el interior de tu corazón, de manera que cuando te postres para orar sea tu canto y cuando te levantes para dedicarte a las tareas necesarias de la vida, sea tu oración sincera y constante.

Al final, quedará solamente el contenido del mantra. Eckehart llamaría a esto la pobreza perfecta o el abismamiento en el que solamente se puede experimentar a Dios. «¿Cabe acaso algo más perfecto y sublime que abarca en un ejercicio tan comprimido la memoria de Dios?»

Maestro Eckehart (1260-1328)

La no-búsqueda como camino hacia Dios

Hasta ahora, Eckehart resultaba interesante como teólogo y pensador independiente, pero no era atractivo como místico. No nos ha legado ningún camino sistemático, pero en sus escritos nos dice bastante acerca de la interiorización, de modo que de ahí fácilmente se desprende un camino.

El tiempo en el que vivió (1260-1328), era una época de búsqueda religiosa como apenas ha habido otra en la historia. Domingo, Francisco, las beguinas y la reanimación de las órdenes antiguas hicieron aparecer gran número de comunidades religiosas. El cronista inglés Mateo Paris dice que en Estrasburgo existían en los tiempos de Eckehart, siete conventos de monjas dominicas y ochenta y cinco casas de beguinas. En Colonia, donde también ejercía, se conocían 169 casas de beguinas. Mateo Paris supone que en el tiempo de Eckehart había un millón de beguinas en Alemania, país que contaba entre ocho y catorce millones de habitantes, o sea, una cifra desproporcionada de personas en comunidades monásticas. En la mayoría de los conventos solían llevarse a cabo prácticas extremas de ascética.

Eckehart quería salvar a las personas de esta exagerada

ascética exterior y ganarlas para una actitud espiritual de imitación interior de Cristo. Le importaba más el ejercicio transformador del interior de la persona, su mente, como diríamos hoy. Distingue entre la «persona natural» y la «persona nacida de Dios», una con lo divino. La pregunta de Eckehart es: ¿Cómo puede encontrar la persona la unidad con Dios y vivir, convertirse en persona auténtica y estar totalmente integrada en la vida? Su sendero es el camino del nacimiento de Dios en el alma. Solía hablar de la imposibilidad para provocar la experiencia de Dios y de la incapacidad de conseguirlo por la fuerza mediante el ejercicio y la violencia de la ascética. «Puesto que se trata de dones de gracia, es imposible conseguirlos por nuestros propios esfuerzos.»

Para Eckehart, buscar a Dios no conduce a nada. El deseo de experimentar el nacimiento de Dios incluso impide el acercamiento a Dios: «Cuanto más se te (Dios) busca, tanto menos se te encontrará. Debes buscarle de manera que no des con él en ninguna parte. Si no le buscas, le encontrarás.» Eckehart en esto no se distingue de otros místicos. El autor de *La nube del no-saber* escribe que se ha de esconder el anhelo de Dios ante Dios. Algo parecido expresa el siguiente texto del zen:

Joshu preguntó: "¿Debo dirigirme al camino o no?" Nansen contestó: "Si te diriges a él, irás en su contra." Joshu preguntó: "Si no me dirijo al camino, ¿cómo puedo saber que se trata del camino?" Nansen contestó: "El camino no pertenece al saber o al no-saber." (Mumonkan 19)

Para Eckehart, igual que para cualquier maestro zen, el camino existe: «Si no lo buscas, lo encontrarás». La búsqueda se encuentra demasiado en el nivel del ego. La persona aún desea algo. Solamente cuando se haya desprendido de todo, estará preparada para la gracia. La práctica consiste en el ejercicio del desasimiento. Cuando la persona está realmente serena y vaciada de todo, a Dios no le queda más remedio que fundirse:

Es un sólo instante: estar preparado y fundirse. Cuando la naturaleza haya alcanzado lo más alto, entonces Dios concederá la gracia; en el mismo instante en el que la mente esté preparada, Dios entra (en ella), sin demora ni vacilación.

Estar preparado y fundirse ocurren en el mismo instante: «Por ello, Dios tiene que darse necesariamente a un corazón en abismamiento.»

Cuando la persona haya abandonado su yo, resplandecerá en lo más profundo de su alma lo divino. El abandono no tiene nada que ver con un acto de la voluntad. No somos capaces de desasirnos voluntariamente. Hemos de adentrarnos en nosotros mismos hasta que también nuestra voluntad se extinga en el abismamiento. Nuestra voluntad ha de encaminarnos, ha de incitarnos, pero luego deberá perderse en el ejercicio de la oración.

Dos clases de saber

Eckehart distingue dos modos de saber: el que va más allá del conocimiento intelectual y que no puede ser captado por los sentidos, y el saber que queda reducido a lo finito.

El primero es el conocimiento a la manera «divina», el segundo a la manera «terrenal». Para alcanzar el «divino», es imprescindible el desasimiento total. En su sermón LII enumera múltiples ejercicios preliminares a la gracia del nacimiento de Dios: «dominar las pasiones», «la acogida de la fe», «amor, es decir el amor de Dios y la caridad», «una conducta buena», «el aumento incesante de las obras buenas», «el abismamiento fervoroso en las cosas divinas», «la perseverancia inalterable en la obediencia».

La opinión de Eckehart sobre los sacramentos no es negativa, aunque hace diferencia entre el acto exterior y la correcta actitud interior, no debiendo entenderse de forma mágica ni mecánica.

El interés de Eckehart estriba en el modo de vida espiritual, volviéndose contra las formas extremas de la vida penitencial de aquel tiempo. Lo que importa exclusivamente es la transformación interior. Se parece a ese maestro oriental que un día estuvo sacando brillo a un ladrillo. Cuando sus discípulos le preguntaron qué era lo que hacía, contestó: «Estoy sacando brillo al ladrillo hasta convertirlo en una piedra preciosa.» Cuando sus discípulos le contestaron que eso era imposible, contestó: «Tampoco vosotros podéis convertirlos en budas a través de las sentadas.» La función única de los ejercicios es aprender el desapego.

Eckehart denomina a estos ejercicios preparatorios «ejercicios interiores». Primeramente se practican en la celda del convento y en la iglesia; luego hay que vivir el estado de la interioridad también en el mundo. De nuevo hacemos referencia al zen en este contexto, donde la subida al monte de la iluminación extática no es más que el principio del camino. Lo decisivo estriba en la bajada del monte hacia la vida cotidiana. El santo de oriente termina en la plaza del mercado de la vida. Solamente allí se demuestra si está realmente iluminado.

Instrucciones para el ejercicio

¿Cuáles son pues los ejercicios que recomienda Eckehart? ¿En qué medida puede contribuir la persona a que tenga lugar el nacimiento de Dios? La frase crucial de sus instrucciones la encontramos en sus discursos de enseñanza: «Que (la persona) gane además el desapego, quedando totalmente libre en lo que se refiere a las cosas. Para ello serán necesarios al principio la reflexión y una inculcación atenta igual que ocurre con el alumno y su arte.» Requisito indispensable para el camino es cierto conocimiento intelectual o bien cierta intuición, que asegura que a Dios sólo se le encuentra más allá del conocimiento intelectual. Pero el conocimiento intelectual nos encaminará: «El conocimiento tiene la llave que abre, que penetra y que irrumpe, desvelando a Dios.»

Esta frase ha inducido a muchos investigadores a pensar que el nacimiento de Dios en la persona es fruto de un mérito intelectual. Eckehart nos da la siguiente explicación:

Ni el saber de todas las criaturas, ni tu propia sabiduría, ni todos tus conocimientos valen para llevarte allí donde seas capaz de conocer a Dios a la manera divina. Si quieres conocer a Dios a la manera divina, tu saber ha de convertirse en un puro no-saber y en un olvido de ti mismo y de todas las criaturas.

El conocimiento en Eckehart suele ser casi siempre una «virtud del corazón» y no un «trabajo de la cabeza». Se trata más bien de lo que en la mística se denomina experiencia, un «conocer divino».

El ejercicio interior

La condición previa para el «ejercicio interior» según Eckehart, consiste en cinco cosas: sosiego, recogimiento, serenidad, pobreza y abismamiento. No se trata de ninguna exposición sistemática, sino que su obra entera está empapada de ello. Muchas de estas cosas resultaban evidentes para sus oyentes.

— *Sosiego*. Solamente estando en un «puro sosiego» la persona podrá ver a Dios; en el sosiego Dios alumbra a su hijo en el alma. Para Eckehart, este ejercicio está por encima de cualquier otro: «Dios no estima ni necesita la vigilia, el ayuno, la oración y toda mortificación; lo contrario ocurre con el sosiego.» Eckehart apunta dos pasos: «¡Retírate de la inquietud de las obras externas! Huye, además, y ocúltate de la tormenta de tus pensamientos interiores.» No es suficiente recluirse externamente, no es posible aprenderlo mediante la huida. Lo interior de la persona debe sosegarse: «Todas las voces y sonidos han de desaparecer y ha de haber un sosiego puro: silencio.» Eckehart sabe perfectamente que es muchísimo más difícil conseguir esta paz interior que la exterior.

— *Recogimiento*. «El que debe recibir la enseñanza de Dios ha de recogerse y recluirse en sí mismo de toda preocupación y aflicción y de las inquietudes de las cosas bajas.» Lo que a primera vista puede parecer un estrechamiento de la conciencia, en realidad conduce a una ampliación de la misma: «Cuanto más recogida esté el alma, tanto más estrecha está, y cuanto más estrecha esté, tanto más amplia está.» O sea, la concentración de la mente es el peldaño preliminar para su ampliación.

— *Serenidad*. Cuando Eckehart habla de serenidad, se refiere a otra cosa que lo que significa la palabra en sentido literal, como lo clarifica esta cita: «Nadie es capaz de escuchar mis palabras ni mis enseñanzas si no se ha desprendido de sí mismo.» La serenidad de Eckehart tiene que ver con el abandono y el desprendimiento. También en este aspecto Eckehart es tan consecuente como un maestro zen: La persona debe practicar el desprendimiento de tal manera que «nunca, ni por un momento, mire aquello que ya ha abandonado». «Quien coja el arado y mire para atrás, no es digno de mí», dice Jesús. Pero tampoco se debe mirar hacia lo que se desea alcanzar: «Si has puesto las miras en lo que te tocará en suerte, esperándolo con impaciencia, nada te será deparado.»

— *Pobreza*. Es otra palabra que utiliza Eckehart para el desprendimiento. No se refiere a la pobreza corporal, sino al abandono de la actividad intelectual, como se desprende claramente de su sermón LII, *Beati pauperes spiritu...*: «Por ello ruego a Dios que me desocupe de Dios, pues mi ser esencial está por encima de Dios.» Llega a decir que la persona ha de abandonar incluso la voluntad para cumplir la voluntad de Dios. La persona debe ser tan pobre que ni siquiera sepa y sienta que Dios vive en ella. Las obras que la persona realice entonces, ya no serán suyas, sino de Dios.

A esto mismo se refiere Kabir en el siglo XV:

*La luna brilla dentro de mi cuerpo,
pero mis ojos ciegos no pueden verla.
La luna está dentro de mí, y también el sol.
El tambor de la Eternidad que nadie toca
suena dentro de mí,
pero mis oídos sordos no pueden oírlo.
Mientras el hombre anhele el Yo y lo
Mío, sus obras serán vanas.
Cuando cese todo el amor por el Yo y lo
Mío, entonces se hará la voluntad del Señor.
Pues la acción no tiene otro fin que
obtener el Conocimiento.
Cuando el Conocimiento aparece, se abandona la acción.
La flor florece para el fruto; cuando éste
llega, la flor se marchita.
El almizcle está en el ciervo, pero él no
lo busca dentro de sí mismo;
vaga buscándolo por la hierba.*

Toda actividad humana debe replegarse en el camino de la contemplación. Solamente entonces se manifestará lo divino en nosotros.

— *Abismamiento*. Bajo esta palabra, Eckehart entiende no una retirada a la soledad sino un desasimiento interior de las representaciones y conceptos. «Cuando predico, suelo hablar de abismamiento y que las personas deben desembarazarse de sí mismas y de todas las cosas...» El abismamiento supera cualquier virtud, obligando a Dios a su autocomunión. Este abismamiento se deberá mantener también en la conducta exterior. Eckehart cita en este contexto la parábola del gozne que perma-

nece inmóvil, aunque la puerta esté girando. Se refiere al apaciguamiento de las potencias del alma, como son el intelecto, la memoria y la voluntad, para que se manifieste el conocimiento divino, la experiencia mística. El corazón «ha de descansar en la pura nada». Esta relegación de la actividad de la consciencia del yo se considera en todos los caminos esotéricos como requisito indispensable. Las palabras de Jesús: «Es bueno que yo me vaya», las interpreta así: «Despojaos de la representación gráfica y uníos a la esencia sin formas.» También debe abandonarse la imagen de Jesús, así como todas las representaciones de Dios para llegar a experimentar realmente a Dios.

El que quiera conocer la nobleza y el beneficio del abismamiento total, que preste atención a las palabras de Cristo que pronunció sobre su humanidad, diciendo a sus discípulos: «Es bueno que yo me vaya, pues si no me marchara, el Espíritu Santo no vendría», (Jn 16,7) como si estuviera diciendo: Habéis encontrado demasiado gusto en mi apariencia actual, por eso no se os deparará la alegría plena del Espíritu Santo. Por ello, desembarazaos de la imagen gráfica y uníos al ser que carece de forma, pues el consuelo espiritual de Dios es sutil.

El abismamiento es el gozne que depara a la persona la paz, incluso en los tiempos más tumultuosos:

Una puerta se abre y cierra con un gozne. Comparo la parte exterior de la puerta con la persona exterior; el gozne, sin embargo, lo equiparo con la persona interior. Cuando la puerta se abre y cierra, la parte exterior se mueve, quedando el gozne inmóvil en su sitio, y por eso nunca cambiará. Lo mismo ocurre aquí, si sabes entenderlo. Cuando el abismamiento alcance su punto culminante, se volverá sin conocimiento gracias al conocimiento, carente de amor gracias al amor y oscuro por la luz.

Contemplación y acción

Sosiego, recogimiento y serenidad son para Eckehart la condición previa para la actuación correcta. La persona debe salir de su soledad para hacer la vivencia de los tres en la vida cotidiana: «Estáte atento a cómo estás vuelto hacia Dios cuando te encuentres en la iglesia o en tu celda: mantén esa misma

disposición de ánimo y llévala a la multitud, la inquietud y la desigualdad.» Las obras que la persona realizará entonces ya no son sus obras, sino las de Dios. De nuevo comprobamos la semejanza entre lo que expone Eckehart y el zen, donde el koan 46 del Mumonkan nos lo quiere ilustrar con un ejemplo: «Debes dar un paso adelante desde la punta de un mástil de cien pies de altura y manifestarlo en el mundo entero y en las diez direcciones.»

Contemplación y acción son inseparables. La persona ha de «estar libre de ataduras en medio del obrar». Igual que Juan de la Cruz, también Eckehart remite a la verdadera esencia de las cosas que es divina: «Mas, las formas exteriores para las personas ejercitadas e interiorizadas son la divina esencia interna.» Juan de la Cruz lo expresa de la siguiente forma: «Conocer por Dios las cosas». Una vez que haya acaecido el nacimiento de Dios en la persona, ya no tiene que retirarse a la soledad, pues va experimentando la «realidad última» en los acontecimientos.

Juan de la Cruz (1542-1591)

La advertencia amorosa

Juan de la Cruz quiere enseñar un camino hacia la experiencia mística, como se ve claramente en la introducción al libro *Subida del Monte Carmelo*: «La subida del Monte Carmelo explica cómo se puede alcanzar rápidamente la unión divina».

La descripción del camino se puede resumir como se encuentra en la *Llama del amor viva*.

El alma se ha de andar sólo con advertencia amorosa a Dios, sin especificar actos, haciéndose pasivamente, sin hacer de suyo diligencias, con la determinación y advertencia amorosa simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. (L1, III,33)

El camino hacia la contemplación descrito por Juan de la Cruz consiste en la atención amorosa, o como dice en otro lugar, en la advertencia amorosa pasiva. (L1, III,34)

Como otros místicos, también él enseña a prescindir de

cualquier tipo de reflexión, incluyendo los pensamientos y sentimientos religiosos:

Porque se requiere el espíritu tan libre y anihilado acerca de todo, que cualquier cosa de pensamiento o discurso o gusto a que entonces el alma se quiera arrimar la impediría, desquitaría y haría ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el alma, según el sentido y el espíritu para tan profunda y delicada audición: que habla Dios al corazón en esta soledad. (L1, III,34)

Esta advertencia amorosa es a la vez un escuchar hacia dentro. Dios está dentro de nosotros, «el centro del alma es Dios», (L1, I,12) dice Juan de la Cruz.

Normalmente, no podemos percibir o experimentar esto, porque nuestro entendimiento, sentidos y voluntad son demasiado fuertes. No es fácil mantener este grado de escucha hacia dentro porque no debemos deslizarnos hacia un pensar discursivo, ni caer en un amodorramiento o quedar dormidos. A fin de cuentas, se trata solamente de esta atención amorosa, dirigida hacia dentro, sin tener ningún concepto de Dios y sin esperar nada, que escucha y mira donde «Dios es el centro del alma.»

El entendimiento, la memoria y la voluntad deben quedar totalmente aquietados. La suave relación de esta atención amorosa con el centro del propio Ser se destruye con la más mínima reacción de estos poderes del alma. Juan de la Cruz advierte en las glosas al tercer verso:

Estas unciones, pues, y matices son tan delicados y subidos de Espíritu Santo, que con grandísima facilidad, no más que con el mejor acto que el alma quiere entonces hacer de suyo de memoria, o entendimiento, o voluntad, o aplicar el sentido, o apetito, o noticia, o jugo, o gusto, se deturban o impiden en el alma; lo cual es grave daño y dolor y lástima grande. (L1, III,41).

Sigue hablando del adormilamiento y aniquilación de los sentidos (L1, III,55) y de un oscurecimiento de las relaciones con Dios:

El alma, para haberse de guiar bien por la fe a este estado, no sólo se ha de quedar a oscuras según aquella parte que tiene respecto a las criaturas y a lo temporal, que es la sensitiva y inferior (de que hemos ya tratado), sino que también se ha de cegar y oscurecer

también según la parte que tiene respecto a Dios y a lo espiritual, que es la racional y superior de que ahora vamos tratando. Porque, para venir un alma a llegar a la transformación sobrenatural, claro está que ha de oscurecerse y trasponerse a todo lo que contiene su natural, que es sensitivo y racional; porque sobrenatural eso quiere decir, que sube sobre el natural; luego el natural abajo queda. Porque, como quiera que esta transformación y unión es cosa que puede caer en sentido y habilidad humana, ha de vaciarse de todo lo que puede caer en ella perfectamente y voluntariamente, ahora sea de arriba, ahora de abajo, según el afecto, digo, y voluntad, en cuanto es de su parte; porque a Dios ¿quién le quitará que Él no haga lo que quisiera en el alma resignada, anihilada y desnuda? Pero de todo se ha de vaciar como sea cosa que puede caber en su capacidad, de manera que, aunque más cosas sobrenaturales vaya teniendo, siempre se ha de quedar como desnuda de ellas y a oscuras —así como el ciego—, arrimándose a la fe oscura, tomándola por guía y luz, y no arrimándose a cosa de las que entiende, gusta y siente y imagina, porque todo aquello es tiniebla, que la hará errar, y la fe es sobre todo aquel entender y gustar y sentir y imaginar, y si en esto no se ciega, quedándose a oscuras totalmente, no viene a lo que es más, que es lo que enseña la fe. (Subida II,4,2).

Al principio, esta noticia amorosa de la luz interior es casi imperceptible:

Es tan delicado que el alma que ha estado habituada al otro ejercicio de la meditación que es totalmente sensible, no echa de ver ni casi siente estotra novedad insensible (que es ya pura de espíritu). (Subida, II,13,17)

Compara esto con la percepción de la luz exterior. El ojo capta mejor el rayo de luz que entra por la ventana, cuando se refleja en unas motitas de polvo que flotan en el aire. Así, el alma se agarra, al principio, a las «motitas de polvo» que están en el interior del alma, porque aún no puede captar la oscuridad de la luz increada.

«La luz no es propio objeto de la vista», dice Juan de la Cruz, «sino el medio con que ve lo visible». (Subida II, 14,9). De esta manera, el mirar hacia adentro pasa por un proceso de evolución.

La advertencia amorosa ha de ser ejercitada

Juan de la Cruz da por supuesto que los principiantes en la contemplación ya han practicado intensivamente la meditación. (Subida II,14,1). Pero cuando deja de ser placentera, el alma ha de ocuparse de esta noticia amorosa, aún cuando le parezca no estar haciendo nada. (Subida II,14,2,3). Al alma nunca le falta la luz de Dios. Pero debido a las imágenes y envolturas que cubren el fondo, no se la puede ver. Por ello, hay que aprender a quedarse ante Dios en advertencia amorosa. (Subida II,15). Este quedarse ha de convertirse en un hábito.

Así como muchos actos en cualquier cosa vienen a engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas que el alma ha ido sacando en veces particularmente viene por el uso a continuarse tanto, que se hace hábito de ella. (Subida II,14,2).

El ejercicio continuo es importantísimo. Según los escritos de los Padres del desierto, el ejercicio se facilita sentándose muy quieto y respirando regularmente. Pero la atención amorosa debería estar presente durante el día entero, a no ser que la mente esté ocupada en un trabajo intelectual. Las horas de insomnio habrían de convertirse en preciosas horas dedicadas a este ejercicio. Esta orientación hacia el interior, donde «Dios es el centro del hombre», y la determinación de mantenerse en el ejercicio es, en opinión de todos los guías espirituales, una de las condiciones más importantes para el progreso en el camino de la contemplación. Tanto en el zen como en el yoga, durante períodos especiales de entrenamiento, se pasan hasta diez horas diarias en profundo recogimiento. Se trata, pues, de aprender tanto de los Padres del desierto como de los orientales que el camino consiste, principalmente, en abrirse a la relación con el propio centro. Al principio hay que ser activos, hay que hacer un esfuerzo para mantenerse en estado de atención amorosa despierta, hasta que se llegue, mediante la constancia, a la madurez de la oración contemplativa. En cuanto queden callados el entendimiento, la fantasía, la memoria y la voluntad, empieza el camino de la contemplación. El alma debe dedicarse a este ejercicio, dice Juan de la Cruz, para que mediante el hábito se llegue a formar en ella un estado contemplativo. (Subida II,14,2,3).

Esto no significa que la experiencia mística se puede «hacer» o «forzar»; siempre será puro regalo. Se trata de prepararse a través del ejercicio a desprenderse y a vaciarse. Juan de la Cruz pasaba horas, e incluso noches enteras, en esta forma de oración; lo hacía al aire libre o delante de una ventana abierta, igual que su maestro Jesús.

El proceso de purificación: la noche oscura

Ningún poder del alma guiado por el ego, como el entendimiento, la memoria o la voluntad, debe estar activo en el estado de contemplación. Este ejercicio no es fácil, ya que la mente no debe agarrarse a nada, igual que las emociones. Se trata de una atención amorosa que no sabe nada y que no quiere nada. El que emprende este camino, no tardará en darse cuenta de cómo le acosan los pensamientos de la vida cotidiana y todo lo que a lo largo de los años «se escondió debajo de la alfombra». Al comienzo de este camino, los principiantes tienen que luchar con sus experiencias infantiles de miedo, traumas y núcleos neuróticos.

Las dificultades interiores pueden ser tan fuertes, que impidan seguir el ejercicio contemplativo. Entonces, es hora de buscarse un guía porque necesitan aliento y apoyo constantes.

Los núcleos perturbadores del inconsciente pueden manifestarse en forma de miedo. Hay quien consigue aceptar este miedo; dirigiendo la atención amorosa hacia Dios. Hay otros que tendrán que pasar por un tratamiento terapéutico.

Durante esta «fase de purificación activa», la persona aún puede contribuir a su cambio pero con el comienzo de la «purificación pasiva», que se dirige principalmente al inconsciente colectivo, desaparece cualquier acción porque estas capas están más allá de una intervención activa de la persona. La última purificación ha de ser sufrida.

Todo este proceso puede resultar tremendamente doloroso. El capítulo 6 del 2.º libro de la *Noche Oscura* de Juan de la Cruz nos da una idea. Allí leemos:

La tercera manera de pasión y pena que el alma aquí padece es a causa de otros dos extremos, conviene a saber, divino y humano, que aquí se junta; el divino es esta contemplación purgativa, y el

humano es sujeto del alma. Que, como el divino embiste a fin de renovarla para hacerla divina, desnudándola de las afecciones habituales y propiedades del hombre viejo en que ella está muy unida, conglutinada y conformada, de tal manera la destripa y descuece la sustancia espiritual, absorbiéndola en una profunda y honda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo en la haz y vista de sus miserias con muerte de espíritu cruel; así como, si tragada de una bestia, en su vientre tenebroso se sintiese estar digiriéndose, padeciendo estas angustias como Jonás en el vientre de aquella marina bestia. Porque en este sepulcro de oscura muerte la conviene estar para la espiritual resurrección que espera.

Las palabras que Juan de la Cruz utiliza en este capítulo, nos dan idea de lo terrible que resulta este proceso de purificación: «Cercáronme los gemidos de la muerte», «dolores del infierno», «arrojado en las tinieblas», «estar puesto en el lago más hondo e inferior en tenebrosidades», «sombras de muerte sin luz», «sombra de muerte, gemido de muerte, dolores de infierno», «un padecer muy congojoso», «suspendido el aire que no respirase, los huesos encendidos en fuego», «consumirse han las carnes», «cocerse ha toda la composición y deshacerse han los huesos (Ez 24,10)», «grande deshacimiento en la misma sustancia del alma», «el alma ve abierto el infierno».

Esta fase de la contemplación puede resultar terrible y durar mucho tiempo; se parece a una depresión profunda. Es importante que el practicante no vea en este proceso un mal que le ha atacado, sino un camino de purificación espiritual. Solamente así tendrá las fuerzas necesarias para aguantar hasta el final. La diferencia consiste en la actitud que se tiene hacia la experiencia interior. Esto lo demuestra un ejemplo: Pensemos en dos turistas que se han quedado atrás en el desierto, y a los que no les queda agua sólo para cuatro semanas. Uno de ellos está continuamente buscando comida, sólo piensa en alimentos, sueña con la comida y al final de las cuatro semanas, muere de hambre.

El segundo se hace a la idea de pasar un ayuno de cuatro semanas, un período de purificación psíquica y física. Porque sabe ayunar, sale fortalecido y purificado de esta fase de privación, mientras que el primero se queda en la necesidad, en el miedo, sin salida.

La purificación pasiva es un período de desamparo, de

dolor, de tensión, de desesperación, de pánico y de horror. No en vano denominaban los místicos este estado *horror vacui*, horror del vacío. Pocos son capaces de atravesar estas pruebas sin el aliento de un guía.

Para Juan de la Cruz, esta purificación supone una liberación de los obstáculos que separan a la persona de la experiencia de Dios. El «alma amorosa» no enumera al amante lo que ha tenido que renunciar por él. Es algo que no cuenta y ni siquiera duele. De esta manera, el camino de la purificación puede estar revestido de una gran intimidad, que algún día desembocará definitivamente en la alegría.

La guía en el camino de la oración contemplativa

Juan de la Cruz da mucha importancia a la guía de almas. Cuando alguien está sin dirección espiritual «será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón» (*Avisos*, 5). En opinión de Fernando Urbina, Juan de la Cruz escribió sus libros porque el miedo de la Inquisición frenaba a los directores espirituales de su tiempo a acompañar a las personas con facultades místicas en el camino de la contemplación.

Juan de la Cruz reprocha a esos directores espirituales falta de comprensión por intentar llevar a personas que estaban a punto de entrar en la oscuridad y el vacío de la contemplación, a las meditaciones y ejercicios devotos.

Estos, en el tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino (o) aflojando, o a lo menos se estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que ponen de ir por el (primero) camino de meditación y discurso, fatigando y trabajando demasadamente el natural, imaginando que queda por su negligencia o pecados. Lo cual les es excusado, porque los lleva ya Dios por otro camino, que es de contemplación, diferentísimo del primero, porque el uno es de meditación y discurso, y el otro no cae en imaginación ni discurso. (Noche I, 10,2)

El estilo que han de tener en esta del sentido es que no se den nada por el discurso y meditación, pues ya no es tiempo de eso, sino que dejen estar el alma en sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen nada y que pierden tiempo, y aunque les parezca

que en su flojedad no tienen gana de pensar allí nada. (Noche I, 10,4)

... por la mucha necesidad que tienen muchas almas, las cuales comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas nuestro Señor poner en esta noche oscura para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante; a veces por no querer entrar o dejarse entrar en ella, a veces por no se entender y faltarles guías idóneas y despiertas que las guíen hasta la cumbre. ... y quedánse en un bajo modo de trato con Dios, por no querer, o no saber, o no las encaminar y enseñar a desasirse de aquellos principios. Y ya que, en fin, nuestro Señor las favorezca tanto que sin eso y sin esotro les haga pasar, llegar muy tarde y con más trabajo y con menos merecimiento. (Prólogo 3, Subida)

Crítica a los guías espirituales

Los guías espirituales deberían animar a seguir con el ejercicio de la atención amorosa con valor y confianza, a pesar de la sequedad, soledad y vacío. Habla largamente de ello en su libro *Llama de amor viva* (L1 III, 53 a 66). En ellos amenaza de la siguiente forma:

Grandemente se indigna Dios contra estos tales y promételes castigo por Ezequiel, diciendo: Comiades la leche de mi ganado y cubriades con su lana, y mi ganado no apacentábadles; yo pediré mi ganado de vuestra mano. (Ez 34,3 y 10) (L1 III,60).

En el prólogo de *Subida del Monte Carmelo*, Juan de la Cruz llama a los directores espirituales descalificados, «constructores de la torre de Babel». En la *Llama de amor viva*, los denomina «herrereros» que no saben más que martillar (L1 III,43), las raposillas que demuelen la florida viña del Señor (L1 III,53), «ciegos», que estorban la obra del Espíritu Santo y gente que cierra a otros la puerta del cielo (L1 III,62).

Por este motivo, aconseja tener cuidado en el camino espiritual y no confiarse a cualquiera.

Grandemente le conviene al alma que quiere ir adelante en el recogimiento y perfección mirar en cuyas manos se pone, porque cual fuere el maestro tal será el discípulo, y cual el padre, tal el hijo. (L1 3,30).

Los místicos advierten que si se quiere avanzar en el camino de la contemplación, habrá que prescindir de cualquier tipo de reflexión sobre Dios y, en consecuencia, de más de un ejercicio pío. Pero a pesar de esto, aún hoy, muchos confesores y espirituales suelen desaconsejar seguir adelante cuando se llega a este punto. Cuando se carece de experiencia propia en este terreno, resulta muy difícil dejar entrar en esta forma de «oración sin ningún objeto». Citemos a este respecto también a Taulero, que se vio enfrentado al mismo problema en la guía de almas:

El que tire de estas personas (que buscan el fondo) hacia su propio método tosco consistente en un ejercicio exteriorizado y consiguiendo que pierdan esa gracia, se está preparando a sí mismo un juicio terrible. Estos hombres con sus particulares ejercicios de devoción ponen más obstáculos en el camino de su progreso como jamás lo hicieron los paganos con los judíos. Vosotros, que juzgáis con palabras fuertes y gestos furiosos, tened cuidado al hablar acerca de hombres interiorizados (Sermón 29).

También le apena mucho el hecho de que los «paganos» conozcan mejor que los cristianos el camino hacia el propio fondo del alma. Y en el mismo sermón declara:

Un maestro pagano, Proclo, comenta: «En tanto que el hombre se ocupe de las imágenes que están entre nosotros y se entretenga con ellas, nunca llegará a ese fondo. No somos capaces de creer que tal cosa existe y que exista dentro de nosotros. Pues si quieres percibir su existencia, despréndete de toda diversidad y contempla tan sólo ese único objeto con los ojos de tu razón; si quieres subir más alto, deja de mirar y considerar con la razón, pues la razón está por debajo de ti, y hazte uno con el Uno. Y llama al Uno una oscuridad divina, quieta, callada, dormida, sobrenatural.» Que un pagano haya entendido esto y haya caído en la cuenta, estando nosotros tan alejados y tan poco parecidos a ellos, significa deshonra y vergüenza.

Juan de la Cruz no pide necesariamente al guía de almas santidad, pero sí experiencia y determinados requisitos psicológicos:

Para este camino, a lo menos para lo más subido de él, y aún para lo mediano, apenas se hallará una guía cabal según todas las

partes que ha menester, porque demás de ser sabio y discreto, ha menester ser experimentado; porque, para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a encaminar al alma en él cuando Dios se lo da, ni aún lo entenderá. (L1 3,30)

Los guías de almas quieren convencer a las personas contemplativas para que se ocupen de ejercicios devotos placenteros. Pero eso es exactamente lo contrario que deberían aconsejarles.

Quizás nos aclare el siguiente párrafo de lo que Juan de la Cruz pide a un guía de almas:

Adviertan los que guían las almas y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos sólo son instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y la ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada una. Y así, todo su cuidado sea no acomodarlas a su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben (el camino) por donde Dios las lleva y, si no lo saben, déjenlas y no las perturben. (L1 3,46).

Sin embargo, Juan de la Cruz hace hincapié en la razón y en el discernimiento natural. Nadie debería seguir ciegamente su propia experiencia, sino reasegurarse con su guía.

Lo que Dios decía entonces ninguna autoridad ni fuerza les hacía para darle entero crédito, si por la boca de los sacerdotes y profetas no se aprobaba. Porque es Dios tan amigo que el gobierno y trato del hombre sea también por otro hombre semejante a él y que por razón natural sea el hombre regido y gobernado, que totalmente quiere que las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no las demos entero crédito ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura, hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre. Y así, siempre que algo dice o revela al alma, lo dice con una manera de inclinación puesta en la misma alma a que se diga a quien conviene decirse; y hasta esto no suele dar entera satisfacción, porque no la tomó el hombre de otro hombre semejante a él. (Subida II, 22,9).

Este consejo lo suelen repetir los guías espirituales. Agustín escribe que el hombre se salva por los hombres y por eso ha de dejarse guiar por ellos. Juan Crisóstomo dice algo parecido en

su primera homilía. Pablo, que tuvo una experiencia mística ante las puertas de Damasco, fue enviado a Ananías para que le enseñara.

Sobre todo en la «noche oscura» es necesaria la compañía de un guía. En esa noche, Dios pone por última vez las manos a la obra en la persona, y esto a menudo va acompañado de un fuerte sentimiento de abandono por parte de Dios, junto con la sensación de que nada tiene sentido.

Madame Guyon (1648-1717)

Jeanne-Marie Guyon nació el 14 de abril de 1648 en Montargis y murió el 9 de junio de 1717 en Blois. Después de una infancia poco feliz, la casaron a los quince años con Jacques du Chesnoy con quien tuvo cinco hijos. Pronto quedó viuda entregándose a una religiosidad interiorizada. Su devoción a Cristo seguía a la de Juana Francisca de Chantal. Alentada por su director espiritual, François Lacombe, dejaba obrar a Dios en el alma. Esto no significa que no realizara ninguna actividad: al principio intentó convertir a unas mujeres calvinistas, más adelante publicó escritos y mantenía una amplia correspondencia. Debido a su implicación en la discusión del quietismo acerca de Bossuet y Fenélon, algunos de sus escritos fueron puestos en el *Índice*, pero más tarde fue rehabilitada. Su influencia se nota aún en Tersteegen, Pestalozzi, Goethe y Karl Philipp Moritz. Su manera de entender la «serenidad» continua en nuestro siglo en la «atención» de Simone Weil; su «amor desinteresado» tuvo una fuerte influencia en Francia y Alemania, en Suiza, Holanda e Inglaterra.

El camino de la noche

Según Madame Guyon todos tenemos una inclinación natural hacia Dios. Sólo hay que despertarla; todos estamos llamados a la salvación. Peter Poiret revisando sus escritos, concluye que hay tres maneras de acercarse a Dios, las cuales resultan del camino de la purificación: Camino activo de luz; camino pasivo de luz y camino de noche.

Nuestra tarea principal consiste en volverse hacia Dios

llegando a una unión esencial, que también se llama la unión con el propio centro.

Después de comprobar los tres caminos, Madame Guyon llega a la conclusión de que sólo el camino de la noche conduce realmente a la unión. Utiliza la imagen de tres ríos que fluyen con diferentes velocidades hacia el mar, hacia nuestro propio origen del cual procedemos.

El camino activo de luz

Es el camino de los que meditan sobre una frase de la Sagrada Escritura o una imagen, intentando comprender la verdad intelectual y purificándose a través de «buenos propósitos». Es el predilecto de las comunidades que se dedican a obras caritativas, fuertemente marcadas por sus sentimientos y que no encuentran el sosiego interior, condición previa para este encuentro profundo con Dios.

Emprenden mil tareas y mil prácticas santas para acercarse a Dios, para mantenerse en la presencia de Dios. Pero todo esto ocurre basado en sus propios esfuerzos, ayudados por la gracia de Dios. En estas personas parece que el obrar propio es más fuerte que el obrar de Dios, y el obrar de Dios en relación con el suyo propio es sólo complementario.

Carecen de la calma serena del mar, de la paz profunda, del sosiego del pueblo de Dios (Hb 4, 9-10) que otras personas disfrutaban incluso en medio de las dispersiones.

Si fueran un río, no llevarían bastante agua, porque la fuente fluye escasamente y a menudo está seca. Alcanzarán seguramente la salvación, pero no el mar.

El camino pasivo de luz

El segundo camino es el de la fe en la luz y la revelación. Puede que se llegue a comprender algunas cosas y que incluso se den raptos y visiones. Estas personas atraen a otras porque tienen facultades parapsicológicas. En Oriente dicen: «Si llegan a una ciudad un mago y un sabio, las personas corren detrás del mago». Muchos de los santos que brillan en el cielo como

estrellas de primera magnitud, nunca han sobrepasado este nivel.

Madame Guyon tiene enorme respeto a estas personas que suelen ser muy caritativas lo que les ayuda a resistir las tentaciones. También llegan a experimentar la presencia de Dios, que incluso les otorga fuerzas con las que obran milagros. Su lenguaje es el de la mística: hablan de morir, abandono, desprendimiento.

Referente a su obrar, han muerto efectivamente para Él (Dios), pues reciben las luces pasivamente. Pero no han muerto en su fondo más profundo.

Los dones extraordinarios constituyen más bien un obstáculo porque podemos enorgullecernos y autoengañarnos. Estos dones tan sólo son manifestaciones marginales en el camino espiritual que deben llegar al donante; desgraciadamente, a menudo pasa lo contrario, convirtiéndose en obstáculo. Por ello, Madame Guyon ni siquiera se plantea la pregunta de si los dones vienen de Dios o de otra fuente. Puesto que no son la meta, carecen de interés, aunque se trate de raptos, visiones, profecías y otras formas.

En el lenguaje de los tres ríos, estas personas serían ríos anchos y lentos que corren con fuerza majestuosa, alcanzando el mar muy tarde o nunca.

El camino de la noche

El camino de Madame Guyon consiste en un simple mirar hacia el interior.

El mejor medio es recoger el entendimiento... Esto es un mirar amoroso que no mira a nada concreto de Dios, pero le ama tanto más cuanto se someta el entendimiento a la fe oscura, y eso no forzado, ni con el esfuerzo de la razón. No se violenta al entendimiento por retirarse, sino que al hundirse el alma más y más en el amor, lo acostumbrará a desprenderse de todo pensamiento; como ya se ha dicho, esto no con trabajo y reflexiones racionales, sino que se desprenderán por sí solos al no retenerlos. Entonces el alma va bien encaminada, siempre que se dé el recogimiento interior en el que encuentra la presencia de Dios y una afluencia maravillosa de su bondad mediante la cual, necesariamente, ha de cesar, de modo

inadvertido, toda diversidad, actividad y hablar, dejando el alma en un dulce silencio.

Este ejercicio conduce a la conformidad con Dios y libera del pensamiento disperso. Este último camino es rapidísimo porque la corriente ya no tropieza con ningún obstáculo.

¿Qué diremos de las personas del tercer camino? Son como ríos que se precipitan desde las cimas de las montañas. Brotan de Dios mismo y no descansan ni un instante hasta que no vuelvan a perderse en él. Nada las detiene. No llevan ninguna carga. Están totalmente desnudas y avanzan con una rapidez que infunde miedo hasta al más intrépido. Sin quedarse sujetas en su propio cauce, intentan por todas partes abrirse una brecha. En realidad, carecen de un cauce propio como los demás, y su caudal no sigue reglas fijas. Sin demora van allanando su camino. Se estrellan contra la roca, se precipitan por el despeñadero... hasta que, por fin, después de un largo extravío, en el que a menudo fueron destrozadas, se perdieron varias veces y volvieron a encontrarse, alcanzan el mar, perdiéndose en él para nunca más volver a encontrarse.

El camino de la noche es el único que conduce en esta vida a la unión con Dios, porque sólo en él puede darse el proceso de purificación.

El proceso de purificación

Madame Guyon considera el egocentrismo, al que llama «arbitrariedad», como el mayor obstáculo.

No hay nada que esté más en contra de Dios que la arbitrariedad, y toda la maldad del ser humano está en esta arbitrariedad como fuente de su maldad. Bajo el concepto idiosincrasia se han de entender, de manera espiritual y temporal, cualesquiera actos propios, la búsqueda de uno mismo, todo lo que nos concierne, así como cualquier distancia entre Dios y el alma, cualquier resistencia, e incluso cualquier aversión y todo lo que tiene que ver con uno mismo: el egoísmo está en todo, así como la idiosincrasia.

Según la concepción escolástica, las actividades del ego son el entendimiento, la memoria y la voluntad. El lenguaje negativo de la mística cristiana trata de relegar la actividad del ego para

que se puedan despertar en nosotros posibilidades más amplias de experiencia. Se trata del proceso de purificación, condición previa para toda experiencia de Dios.

Este proceso se desarrolla en cuatro etapas:

1.º Cierta impulso incita a la persona a adentrarse, mientras que los sentidos exteriores se van durmiendo.

2.º Proceso de purificación pasivo, en el que Dios toma la iniciativa y en el cual mueren los «sentidos interiores»: entendimiento, memoria y voluntad.

3.º Desprendimiento del apoyo religioso; no se experimenta a Dios. El ser humano se siente abandonado de todo. Es la etapa de la muerte mística.

4.º Vuelta a la vida, resurrección e integración de la experiencia en la vida cotidiana.

No hay más que estas dos verdades: el Todo y la Nada. Todo lo demás es mentira. Solamente es posible rendir honor al Todo divino mediante nuestro aniquilamiento. Y apenas estemos aniquilados, Dios, que no permite ninguna vacuidad sin rellenarla, la llenará de sí mismo.

1.ª etapa del proceso de purificación. Madame Guyon nos muestra dos formas de oración interior:

— Contemplación y lectura contemplativa. En la *lectio divina*, se saborea una verdad leída. La meta de la contemplación es la percepción de la presencia de Dios en el interior. Los sentidos se recogen y se interioriza, saboreando una frase de un texto espiritual. Después se deja reposar en el silencio y la paz de Dios. Cuando los sentidos se dispersen, se vuelve al ejercicio.

— Experiencia de la presencia de Dios que conduce a la oración de simplicidad, de quietud o contemplación. La persona gusta de la presencia de Dios. Sobran las palabras. Una mirada hacia el interior basta. Hay que estar preparados para la sequedad que tiene un efecto purificador. Sería un error querer hacer volver la experiencia de Dios con el entendimiento y los sentidos. Hay que buscar a Dios por Él mismo y no por las experiencias agradables. Un concepto fundamental es el abandono; en el camino hacia Dios es el ejercicio más importante.

Madame Guyon exhorta a cambiar las costumbres religio-

sas si uno siente esta necesidad. Hay que prescindir de los ejercicios cuando se conviertan en obstáculos.

Dejad que obre Él (Dios) y no estad ligados a nada. Aunque os pueda parecer bueno, no lo es si os aparta de lo que Dios quiere de vosotros. La voluntad de Dios es preferible a todo lo demás.

Aunque el orante tenga que rezar oraciones de precepto pronto notará que es atraído por su ejercicio de oración; llegará un momento en que le resultará imposible rezar vocalmente sin perder la paz interior. Madame Guyon termina diciendo que hasta aquí todo ha sido un juego.

Los que amáis a Dios, y os quejáis de la inconstancia de su presencia, ignoráis que todo lo anterior ha sido sólo como si se tratara de un juego, de una broma, de pruebas y tribulaciones. Pronto, las horas de su ausencia se convertirán en días, semanas, meses y años...

2.ª etapa del proceso de purificación. El siguiente texto habla un lenguaje que nos resulta hoy extraño, pero que indica claramente las vicisitudes del camino contemplativo.

Sufrir, sin que el Amado divino lo sepa, sufrir, mientras que parece rechazarnos y apartarse de lo que estamos aguantando por complacerle, sufrir, mientras que parece que la repugna lo que antes le encantaba y ver cómo todo lo que hacemos para complacerle lo está mirando con frialdad y distanciamiento y, a pesar de ello, seguir haciéndolo; ver que cuanto más le persigamos, tanto más aprisa se nos escapa, dejar que se nos quite todo sin formular ni una queja, y vernos privados, sin queja alguna, de todo lo que antaño nos dio como prueba de su amor y lo que se cree haber pagado por el amor, la fidelidad y el sufrimiento; y ver también que otros son enriquecidos con lo que se nos despojó y, a pesar de ello, no dejar de hacer continuamente lo que podría encantar al Amigo divino, no cesar de correr tras Él y, cuando uno se haya parado un momento en el ensimismamiento, perdiendo tiempo, compensarlo con redobladísima diligencia, ir derechos en nuestro recorrido, sin retroceder ante ningún abismo, sin parar en el polvo y el barro ni tener en cuenta si se cae y vuelve a caer; aunque cayera mil veces, sacar fuerzas de flaquezas hasta, por fin, quedar totalmente agotado, sin fuerza alguna, consumiéndose, sin que «El Demasiado Severo» se digne

recrearnos una sola vez con una mirada de amor. Todo esto no pertenece a este grado, pertenece al que le sigue.

Dios mismo interviene para hacer avanzar al ser humano. En esta etapa se trata del aniquilamiento del intelecto, de la memoria y de la voluntad. El individuo no puede contribuir a esta purificación; sólo sobrellevarla.

El amor no se siente; la alegría y la paz se han perdido. «Cuanto más poderoso sea Dios en nosotros, tanto más débiles nos volveremos.»

3.ª etapa del proceso de purificación. Después de un tiempo de calma, se abre un nuevo abismo que hay que atravesar.

Va silenciosa y serenamente por su camino cuando, de repente, un nuevo abismo se abre delante de él, más escarpado y amenazador que el anterior. Da un paso atrás. En balde: ¡hay que caer! Caer cada vez más abajo. De roca en roca, de sima en abismo.

Les quitan los falsos asideros y los apoyos de seguridad. El final de este proceso es la muerte mística. Ya no hay nada que agrade a la persona, incluso va desapareciendo el interés religioso.

La persona que pasa por estos sufrimientos se da perfecta cuenta de que está al borde de la muerte. En ninguna parte encuentra ya la vida. Todo se convierte en cruz. Sólo muerte: la oración, la lectura, la conversación, todo está muerto. Ya no hay nada en donde halle gusto.

4.ª etapa del proceso de purificación. La «predisposición receptiva», como denomina Eckehart a esta facultad mística de la persona, se va ensanchando. El río ha vuelto a la mar y tiene parte en su inconmensurabilidad. Al principio, aún se diferencia por el color de su agua, pero con el tiempo va tomando el color del mar. El proceso es lento.

Igual que el ser humano será desnudado de una forma gradual, así será enriquecido y vivificado poco a poco. El ser humano está en paz. Pero esto no significa que ya no será capaz de sufrir, pues los sentidos y la mente siguen siendo capaces del sufrimiento.

... (estas personas) sufren lo indecible. Y a la vez es verdad que no sufren en ninguna parte, sino que se encuentran en una paz completa y en una alegría imperturbables. Incluso, si fueran conducidas al infierno, sufrirían los martirios del infierno, pero la alegría seguiría en ellas.

No se les nota nada en especial: quizás la libertad con la que atraviesan la vida. Esto es algo que resulta escandaloso a los ojos de algunas personas. Siguen teniendo emociones y pasiones, aunque se esfuerzan por desprenderse de ellas, son incapaces de pecar. Este tipo de frases, lógicamente, ha provocado la reacción de los teólogos, pero en el fondo no significan otra cosa que: «Ama y haz lo que quieras.»

El místico sigue siendo un ser humano y mantendrá sus rasgos característicos. «Hablará, escribirá, actuará, hará negocios más perfectamente y con más éxito que antes, cuando aún solía hacer todo a su manera y no a la de Dios.» Pero ya no tiene lugares u horas especiales para orar o buscar a Dios. Dios está en todas las cosas. Aunque la persona estuviera toda la eternidad en el infierno o en el cielo, vería a Dios en el arcángel como en el demonio.

Aquí todo es Dios. Dios está en todas partes y en todo. Y también la persona divinizada es la misma en todas partes y en todo. Su esperanza es Dios. Su alegría es Dios. Su oración es Dios. Siempre e ininterrumpidamente. Su oración carece de contenido, de interrupciones y de forma. La persona reza en cada momento, continuamente. Le da completamente igual estar en el desierto o en medio de los seres humanos, estar libre de las cadenas del cuerpo o tener que seguir llevándolas.

Persecución y ocaso de la mística

La oración contemplativa hasta el siglo XVI

En la alta Edad Media la meta de cualquier instrucción a la oración era la oración sin objeto, llamada contemplación. Sin embargo, hoy estamos volviendo a descubrir la meditación. En el budismo y en el hinduismo la forma que corresponde a la contemplación cristiana, sigue teniendo como fin el encuentro con lo divino. Muchos cristianos encuentran así en el zen y en

el yoga lo que aparentemente echan de menos en el cristianismo contemporáneo, aunque hace doscientos años la contemplación era lo natural en las instrucciones para la oración. Por ejemplo, Madame Guyon (s. XVIII) recalcaba que:

Todos valen para la oración interior. Es una desgracia muy grande que casi todo el mundo esté convencido de no estar llamado a la oración interior. Lo estamos todos, como lo estamos a la salvación.

Juan de la Cruz se dirige a cualquiera en la introducción a la *Subida del Monte Carmelo*: «Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina, así a los principiantes...»

La *nube del no-saber* de un místico anónimo inglés del siglo XIV, dice que la contemplación es un camino para todos los cristianos. Defiende esta forma de oración en su prólogo, y en el capítulo 74 señala que religiosos y seglares están llamados a la oración contemplativa.

Ocaso de la oración contemplativa

Hasta la Ilustración, la contemplación era la meta natural de la vida de oración cristiana, el camino esotérico de los cristianos, como lo son el zen y vipassana de los budistas, el yoga de los hindúes y las formas sufíes del Islam. Thomas Keating, abad cisterciense de los EE.UU., hace responsable de la desaparición de esta forma de oración a varios sucesos:

- La desgraciada inclinación a reducir los *Ejercicios espirituales* (de san Ignacio) a un método de meditación discursiva.

- La condena por parte de la Iglesia institucional del quietismo, que enseña a dejarse guiar abandonándose a la gracia. El miedo latente de la Inquisición a la mística en general, la hizo caer en descrédito.

- El jansenismo y sus repercusiones. El jansenismo se acerca mucho al determinismo. La persona está predestinada y no tiene gran influencia en el destino. Dios elige a la persona y le otorga la gracia de obrar bien y realizar de esta manera su salvación.

- El exagerado énfasis en las visiones y revelaciones particulares, con la resultante desvalorización de la liturgia.

- Confundir la esencia de la contemplación con fenómenos tales como la levitación, hablar en lenguas, estigmas y visiones.

- Confundir la mística con la beatería.

- Desfigurar la imagen de los místicos y equiparar la mística a una ascética apartada de la realidad.

- El creciente legalismo de la Iglesia romana.

El abad Curthbert Butler resumía así la espiritualidad del siglo XIX y principios del XX:

Aparte de algunas pocas vocaciones, la oración normal para cualquiera, incluyendo a monjes y monjas contemplativos, obispos, sacerdotes y seglares, consistía en una meditación sistemática según un método exactamente fijado. Se podía elegir entre cuatro: o bien reflexionar según las tres potencias, tal y como vienen descritas en los Ejercicios Espirituales; o bien según el método de san Alfonso (un ligero retoque de los Ejercicios ignacianos), o según el método que Francisco de Sales describe en su Introducción a la vida devota y, finalmente, según el método de san Sulpicio.

El último clavo del ataúd de la enseñanza tradicional (contemplación), fue decir que aspirar a la oración contemplativa era presuntuoso. De esta manera, los novicios y seminaristas recibieron una visión mutilada de la vida espiritual, que no coincidía con las Escrituras, la tradición y la experiencia normal del crecimiento en la oración. Porque si se intenta mantener la meditación discursiva (la oración contemplativa) después que el Espíritu Santo ha llamado a uno más allá, como suele ocurrir, se acaba en un estado de total frustración... Cuando personas devotas llegaban a tal desarrollo en su oración de manera espontánea, sufrían la actitud negativa respecto a la contemplación. Finalmente, dejaban también la oración mental (reflexiva) como algo para lo cual aparentemente no estaban hechas, o bien encontraban un camino por la misericordia de Dios en el cual les era posible avanzar (hacia la contemplación) a pesar de los obstáculos casi invencibles.

Persecución de los místicos

Hay muy pocos místicos que no hayan sido perseguidos por sus enseñanzas. Juan de Ávila (1499-1569) fue encarcelado durante unos meses y sus enseñanzas examinadas. Ramón Llull

(1232-1316) no fue canonizado porque sus adversarios le impusieron fraudulentamente escritos mágicos-alquimistas. Luis de Granada (1504-1588) tuvo que abandonar España al despertar sospechas ante la Inquisición. Teresa de Ávila, sin embargo, recomendó a sus hermanas que leyesen sus escritos. Francisco de Osuna (1492 aprox. 1542) en cuyos libros se inspiraba Teresa de Ávila según sus propias afirmaciones, no fue molestado en vida, pero sus libros aparecieron en el Índice. Teresa de Ávila (1515-1582) se encontraba a menudo en conflicto con la autoridad eclesial de España y de Roma. Se hizo sospechosa como herética y tuvo que cerciorarse una y otra vez ante la Inquisición de la ortodoxia de sus escritos. Cuando tenía 51 años, una oración suya asustó a los censores eclesiásticos:

Creador mío... cuando estuviste en la tierra, lejos de ti estaba el despreciar a las mujeres, mas las mirabas con gran benevolencia. En ellas encontraste mayor amor y fe que en los hombres; pues entre ellas estaba tu Santa Madre... Cuando miro nuestro mundo actual, no me parece justo que a las personas de mente virtuosa y fuerte se las desprecie por el único motivo de ser mujeres.

En el año 1578, el nuncio le extendió un «certificado de mala conducta», llamándola en una carta dirigida a Roma, «muñerzuela inquieta, vagabunda, inobediente y obstinada. Bajo la apariencia de la religiosidad inventa falsas enseñanzas. Explica cual catedrático de teología a pesar de que san Pablo dice que las mujeres no deben hablar». Gregorio XIII dijo de ella en una carta que era «una monja sucia e inmoral, lasciva en alto grado y que utiliza sus actividades de fundaciones de conventos según la regla primitiva sólo como pretexto para entregarse a sus vicios».

Juan de la Cruz (1542-1591) estuvo encarcelado por sus hermanos durante nueve meses, y repetidas veces estuvo acusado ante la Inquisición. El día 1 de junio de 1591 el capítulo general de la orden le suspendió de todos sus oficios.

Luis de León (1527-1591) pasó cinco amargos años en prisión. Margareta Porete encontró la muerte en la hoguera el día 1 de junio de 1310. Plasmó su mística en el *Espejo de las almas sencillas*. Madame Guyon (1648-1717) estuvo encerrada en la Bastilla durante cinco años. El sacerdote Miguel de Molinos fue detenido en 1685 y llevado ante la Inquisición que

le condenó a prisión perpetua. Murió durante su arresto (1696). Pere La Combe fue encarcelado por sus presuntas relaciones con Molinos y murió en 1715 en prisión en estado de enajenación mental. Jakob Böhme (1575-1624) tuvo que sufrir hostilidades increíbles, totalmente indignas de cristianos. El pastor evangélico que tuvo que pronunciar el sermón de sus funerales, confesó que hubiera preferido andar veinte millas que celebrar su funeral.

Johann Scheffler, 1624-1677) doctor en medicina y filología y médico particular del duque Sylvius Nimrod, se convirtió al catolicismo en 1653, adoptando el nombre de Angelus Silesius. Bajo el principio *cuius regio, eius religio* el soberano ejercía como *summus episcopus*, como obispo principal, determinando la confesión de sus súbditos por lo que Angelus Silesius se retiró a Breslau donde falleció en 1677.

El escepticismo ante las formas contemplativas de la oración sigue vigente en la iglesia hasta hoy. En las revistas de espiritualidad se previene y critica más de lo que se enseña, acompaña y recomienda. En las publicaciones psicológicas, sin embargo, se lee más sobre la mística que en las cristianas. Incluso los científicos están más interesados en esta temática que los hombres de la iglesia. Por ello no resulta sorprendente que las personas que están buscando un camino a la experiencia transpersonal, se encuentren fuera de las iglesias y que la mística emigre del cristianismo.

No es ningún secreto que las personas se alejan de las iglesias en parte porque ya no son capaces de aceptar afirmaciones teológicas absolutistas. La pregunta por el sentido de la vida no encuentra ninguna contestación teórica satisfactoria ni tan siquiera en la religión. Solamente en la profundidad de nuestro ser, cuando vislumbremos lo divino, cobrará sentido nuestra vida. Eckehart, como todos los místicos, lo sabía al decir: «Las personas no se deben contentar con un Dios pensado, pues cuando perece el pensamiento, también perece Dios».

La persona es un *homo religiosus*. Lo divino es su ser más profundo. Pero la manifestación de su religiosidad no necesariamente tiene que coincidir con la forma tradicional eclesiástica, como nos lo demuestra los testimonios que figuran al final del presente libro.

Jesucristo en la contemplación

Ahondar en la fe

En la contemplación, la fe en Jesucristo se ahonda y llega a transformarse. Lleva de Jesús a Cristo.

Cuando Jesús dice: «Os conviene que yo me vaya porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito» (Jn 16,7), los místicos, en especial Juan de la Cruz, lo interpretan diciendo que la figura de Jesús tiene que retroceder para que el verdadero Jesucristo pueda ser percibido. Hay que dejar atrás las imágenes de Jesús, para que pueda manifestarse el verdadero. (*Subida* II, 11,7); convendría leer los capítulos 11 a 14 del 2.º libro de la *Subida del Monte Carmelo*) En él, Juan de la Cruz dice que en la contemplación la persona debe huir de todo aquello que entra a través de los sentidos; por ese motivo Jesús dijo a María Magdalena y a Tomás: «No me toques.»

Si no se las desprecia (las cosas que pueden ser captadas por los sentidos), estorban el espíritu; pues el alma se entretiene con ellas y el espíritu no vuela hacia lo invisible; éste es uno de los motivos que indujo a Jesús a decir a sus discípulos que sería mejor que él se marchara, para que pudiera venir el Espíritu Santo (Jn 16,7). De la misma manera, después de resucitar, no la dejó estar a María Magdalena a sus pies (Jn 20,17) (Subida II, 11, 12)

En el capítulo 12 de la *Subida* Juan de la Cruz dice lo mismo de la imaginación y de la fantasía, y en los capítulos 13 y 14, explica por qué y cuándo la persona debe comenzar con la oración contemplativa. Desde este momento, tiene que dejar atrás cualquier imagen o idea que tenga de Jesús.

Transformación y no imitación

En la contemplación, hay un proceso de transformación más que de imitación. Jesucristo, siendo totalmente Dios y totalmente persona, es el arquetipo; todos tenemos la misma tarea que él: permitir que lo divino se manifieste libremente en nosotros. La persona ha de llegar a ser igual que Jesús en la realización de su propia vida.

En el cristianismo se habla continuamente de lo que ha sucedido después de la muerte de Cristo, de su victoria y de cómo sus enseñanzas han conquistado al mundo entero; o sea, escuchamos sermones que terminarían mejor con un «hurra» que con el «amén». La vida de Cristo aquí en la tierra es el paradigma; mi deber consiste en el intento de modelar mi vida con la suya. (S. Kierkegaard).

Hemos convertido a Jesucristo en un objeto de adoración, declarándolo objeto de fe, adjudicándole unas funciones según el dogma; es un «objeto a seguir», un ejemplo a imitar. Se ha vuelto demasiado un objeto de la religión y apenas es el sujeto verdadero de un proceso interior, de llegar a estar inundados de la plenitud divina (Ef 3,19). Mucha gente no tiene acceso a esta figura de Cristo presentada tan unilateralmente por la religión. Por esto, a menudo se pasa por alto la búsqueda de una auténtica experiencia de Dios.

¿Qué le falta a nuestro anuncio de Cristo?

Como camino, puerta y luz, Cristo nos abre el acceso interior a nuestro fondo divino con el que hemos de llegar a ser uno, al igual que él. Como pan, agua y savia deberá entrar en nosotros para que seamos capaces de sentir en nosotros la vida divina que nos reveló. Los símbolos de Cristo que utiliza Juan no están pensados para ser objetivizados sino para ser interiorizados. Abren el centro divino de nuestra vida y dejan patente que Jesucristo encarna la forma de nuestro verdadero ser ya salvado. Aquello que experimentamos en él es lo que en realidad quisiéramos ser nosotros. Él no va a nuestro encuentro desde fuera sino que despierta dentro de nosotros. (Painadath).

Cristo es el símbolo de la forma divina que está despertando en nosotros.

El acento principal está en la *conformatio* más que en la

imitatio. Se trata de dejar al descubierto lo divino dentro de nosotros de la misma manera que era patente en Jesucristo. El proceso de la salvación está enfocado a llegar a ser Cristo que, a fin de cuentas, no es otra cosa que un proceso de individuación, de llegar a ser personas auténticas, de «llegar a ser Dios».

El camino de purificación

En este proceso hay que atravesar una etapa de purificación pasiva. Según Juan de la Cruz, Jesús salvó al mundo en la *kénosis*, en la última desposesión de sí mismo en la cruz.

Igualarse a Jesucristo en esta aniquilación es el nivel más alto que el alma puede alcanzar y consiste en haber pasado por la muerte en la cruz, tanto los sentidos como la mente, interior y exteriormente. Para Juan de la Cruz, ser iguales a Jesucristo en su última desposesión es condición previa para la experiencia mística. Pero ni la desposesión ni el vacío son la meta, sino sólo un tránsito y la condición para la resurrección.

Desprendimiento de toda idea religiosa

Las palabras «desprendimiento», «mortificación», «morir»... despiertan en nosotros asociaciones negativas. Nos hacen pensar en ejercicios ascéticos como el ayuno, las prácticas de mortificación de la carne, la negación del mundo y similares. Pero lo principal para Juan de la Cruz es el desprendimiento de cualquier idea e imagen que se tenga de Dios.

De donde los que imaginan a Dios debajo de algunas figuras destas, o como un gran fuego o resplandor, o otras cualesquiera formas, y piensan que algo de aquello será semejante a Él, harto lejos van dél; porque, aunque a los principiantes son necesarias estas consideraciones y formas y modos de meditaciones para ir enamorando y cebando el alma por el sentido... (Subida II, 12,5)

Conocer realmente a Jesucristo significa equipararse con él, aunque no lo proclamen los que hablan mucho de él, aun siendo eruditos:

Es muy poco conocido Cristo de los que se tienen por sus amigos;... grandes letrados y potentes y otros cualesquiera que viven allá en el mundo, no conocen a Cristo.

... porque a ellos les convenía primero hablar esta palabra de Dios, como a gente que Dios puso por blanco de ella según las letras y más alto estado. (Subida II, 7,12)

Jesucristo, el arquetipo de la unidad

Jesucristo es el arquetipo de la unidad entre el hombre y Dios del que somos portadores. Este es uno de los motivos por el que tantas personas se han sentido atraídas por Jesucristo a lo largo de los siglos. En él se manifiesta claramente que la persona íntegra es «divina y humana». Las oraciones oficiales de la iglesia acaban con las palabras «por Jesucristo nuestro Señor», confirmando así esta unidad.

Desde esta experiencia de unidad, Angelus Silesius escribió los siguientes poemas:

La oración más noble es cuando el orante se convierte íntimamente en aquello ante lo que se arrodilla.

Si quieres conocer al hombre nuevo y su nombre, pregunta antes a Dios cómo suele llamarse Él.

Lo divino está en cada uno como una semilla; como brotó en Jesucristo, así también ha de despertar en cada individuo y desarrollarse. Jesucristo era totalmente transparente. Dios relucía a través de él; lo mismo ha de ocurrir con nosotros, pues Dios quiere mostrarse, manifestarse y obrar en nosotros. Como decía Pablo: «Estoy crucificado con Cristo. Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.» (Gal 2,19)

Jesús vino para librarnos de la idea errónea de que vivimos separados de Dios, destruyendo con su muerte en la cruz esta opinión equivocada. «Si morimos con Él, también viviremos con Él». (Rm 6,4) El camino de la contemplación conduce a través del sufrimiento y de la muerte hacia la experiencia de unidad con Dios.

Se trata pues de admitir lo divino en nosotros y de darle espacio. El esfuerzo ético sirve al desarrollo de lo que vive en nosotros, para que el buen hacer de la persona se vuelva un «hacer de Dios». La finalidad de todas estas expresiones nega-

tivas (mortificación, desprendimiento, etc.), es la de conducir hacia la libertad. Morir en el sentido de la contemplación supone ganancia: la ganancia de la vida total y plena. Pero esto es solamente posible en la medida en la que la persona sea capaz de retirar la actividad de su yo hasta que se manifieste su naturaleza esencial, la vida de Dios.

Jesucristo, el guía a lo divino

Hasta bien entrado el siglo IV corrían un buen número de evangelios, cuya comprensión de Jesús podría completar la nuestra, basada en el Nuevo Testamento. Papel especial desempeñan los evangelios apócrifos, reunidos en la Biblioteca de Nag Hammadi, encontrados en 1945 en el Alto Egipto. Los más importantes son el evangelio de Tomás, el de Felipe, el apócrifo de Santiago, el apocalipsis de Pablo, las cartas de Pedro a Felipe y el apocalipsis de Pedro.

Estas Escrituras fueron escritas en copto y se basan en textos que datan parcialmente de la época de los cuatro evangelios, algunos quizás hasta más antiguos. En ellas se interpretaba a Jesús más como guía que deseaba transmitir un mensaje esotérico que como ser divino.

No creo que Jesús deseara una religión establecida. Se llamaba Hijo del Hombre. Se consideró la encarnación del hombre nuevo de la creación de Dios, que «heredará el reino». Hablaba de la nueva era del reino de Dios, donde sólo entrará quien pase por la *metanoia*. La persona debe renacer a un estado más alto de conciencia. Tiene que haber nacido en el reino del Padre, es decir, en ese nuevo fondo del ser que Jesús solía llamar hijo de Dios o vida eterna. Estamos invitados a convertirnos en otro Cristo o sea, a penetrar en esta estructura del ser transpersonal en la que domina nuestro ser divino. Jesús no consideraba que esa estructura del ser divino le correspondiera exclusivamente a él:

Revestíos de los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, no juzgó como codiciable tesoro el mantenerse igual a él, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por eso Dios le exaltó y le dio

un nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo lo que hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese, para gloria de Dios Padre, que Jesucristo es Señor. (Flp 2,5-11)

Jesús era el hombre histórico, pero Cristo es el símbolo de la esencia del ser eterno y transpersonal. Todos estamos unidos con esta forma del ser y debemos vivirla igual que él; debemos volvernos Cristo, es decir, Cristos. Jesús no nos pidió que le adorásemos, sino que le siguiésemos, o sea, que fuésemos como él. Su forma de ser es nuestra forma de ser. Él es el primogénito de esta creación, y nosotros somos sus hermanos y hermanas.

Jesús quiso ser nuestro guía, pero nosotros hemos puesto todo el énfasis en su divinidad. Mientras sigamos alzando una sima insuperable entre Jesús y nosotros, el cristianismo no cumplirá su verdadera misión. Mientras sigamos adorando a Jesús, no le seguiremos como guía. No es el rey de los cielos, sino el primogénito de los hermanos y hermanas, el que nos dijo que éramos hijos de Dios. Y se trata de experimentar esta condición de hijo/a. Lo divino en nosotros quiere abrirse paso para manifestarse.

Hemos olvidado nuestro origen; a mi entender, eso es el pecado contra el Espíritu Santo que no puede ser perdonado porque se trata de una orientación errónea; es decir, la persona va en dirección equivocada, de manera que está errando la meta y el sentido de su vida. Esto no tiene nada que ver con el pecado al que le sigue un castigo. Más bien es la persona la que se castiga a sí misma al apartarse de la vida. La negación de lo divino en nosotros es el pecado. La salvación es liberación de la ignorancia del conocimiento de nuestro auténtico ser divino.

Jesús nos quiso guiar hacia la experiencia de Dios, hacia la plenitud de la vida a la que solía llamar «el reino de Dios» o «la vida eterna». Quiso inducirnos a una conversión hacia esa vida, y para experimentarla, tenemos que «renacer» como dijo Jesús a Nicodemo. Hemos de experimentar nuestra vida auténtica. El nacimiento corporal no nos trajo esa experiencia.

Debemos entrar en esa comunicación constante con Dios, es decir, con nuestro ser más profundo que es divino. La vida no es simplemente religiosa, es religión. No se entra en un camino religioso si no se cae en la cuenta de que el camino de la vida es el camino religioso. Vida religiosa significa comunica-

ción permanente con Dios en la vida cotidiana, no solamente en la oración, o en los sacramentos, sino en todos los aspectos de la vida diaria. El punto de contacto con Dios está aquí y ahora, pues no existe nada que no sea divino. Aquí y ahora también está el infierno. Cielo e infierno solamente están separados por nuestro yo. El que pueda desasirse, entrará en el reino de Dios. No existen ritos mágicos capaces de llevarnos allí, sino sólo la muerte de nuestro falso yo. Solamente el amor nos da la fuerza necesaria para dejarlo todo y poder entrar en este nuevo orden de ser.

Aspectos psicológicos del camino interior

Atención

Un día un hombre del pueblo dijo al maestro zen Ikkyu: —«Maestro, ¿quieres apuntarme algunas reglas básicas de la sabiduría suprema?» Ikkyu cogió la pluma y escribió: «Atención.»

—«¿Eso es todo?», preguntó el hombre, «¿No quieres añadir nada más?»

Ikkyu escribió dos veces más:

—«Atención. Atención.»

El hombre algo irritado dijo: «No veo gran profundidad o ingeniosidad en lo que acabas de escribir.»

Ikkyu escribió la misma palabra otras tres veces más:

—«Atención, atención, atención.»

Algo enojado, el hombre preguntó: —«¿Qué significa en realidad la palabra “atención”?»

*Ikkyu contestó con suavidad: «Atención significa atención.»
(Zensho Mondo: Diálogos de los maestros zen.)*

Una vez preguntaron a un rabino por qué, a pesar de sus múltiples ocupaciones, era capaz de estar tan sereno, a lo que contestó:

—Cuando estoy de pie, estoy de pie; cuando ando, ando; cuando estoy sentado, estoy sentado; cuando como, como; cuando hablo, hablo...

En este punto sus interlocutores le cortaron diciendo: Eso también lo hacemos nosotros; pero aparte de eso, ¿qué más haces?

Y de nuevo dijo: Cuando estoy de pie, estoy de pie, cuando ando, ando; cuando estoy sentado, estoy sentado; cuando hablo, hablo...

Otra vez dijo la gente:

—Eso mismo también lo hacemos nosotros.

Pero él les dijo: No, cuando estáis sentados, ya estáis de pie; cuando estáis de pie, ya estáis corriendo; cuando corréis, ya estáis en la meta.

La atención es el ejercicio ascético más difícil, ya que supone una interrupción constante de la satisfacción del ego. La persona atenta no nada a favor de la corriente de los hábitos, dando rienda suelta a su mente, puesto que eso impediría el avance hacia la profundidad. El ejercicio de la atención nos conduce hacia nuestro profundo y verdadero ser, lejos del ego, para no ser dominados por nuestra manera egoísta de pensar. Para alcanzarla serán necesarios otros ejercicios ascéticos y algunas privaciones como la supresión del sueño, comodidades, alimentos y satisfacción sexual, con el fin de facilitar el acceso a nuestras capas más hondas. Pero para entrar en contacto con la verdadera vida, este ejercicio de la atención parece más importante que todos los demás.

«Nuestra consciencia del yo es como un mono», dice una sutra del zen, que salta de rama en rama, de árbol en árbol, a través del bosque entero. A veces debemos observarlo y darnos cuenta de que sólo es un mono, no nuestra consciencia, pero no debemos echarlo, sino volver simplemente a nuestro ejercicio.

Formas de atención

a) La *atención del cuerpo* se refiere a la respiración, la percepción de los sentidos, los diferentes movimientos de los miembros y a todo lo que tiene lugar en el nivel físico del cuerpo.

b) Diferentes *formas de sentir*, por ejemplo, agradable, desagradable, neutro. Con todas nuestras vivencias aparece también una calidad del sentido que si llega a ser intensa, se convierte en objeto del ejercicio. Por los sentimientos deseamos o rechazamos cosas; debemos observar estos sentimientos, pero no identificarnos con ellos.

c) *Estados de ánimo* en nuestra consciencia. Cuando estamos irritados, debemos saberlo y admitirlo. Cuando tenemos miedo, debemos reconocerlo. Cuando nos alegramos, debemos hacerlo sin enjuiciarlo. Estos procesos psíquicos son tan reales como las cosas materiales, pero, de la misma forma que no nos identificamos con la materia, tampoco debemos hacerlo con

ellos, pues yo no soy «la irritación» ni «la alegría», sino que se trata sólo de estados anímicos. Cuando hayamos comprendido que son estados que tienen lugar en el espacio exterior, ya no nos llevarán de acá para allá. Si nos identificamos con ellos, sufriremos; si logramos mantenernos a distancia, no habrán desaparecido, pero no seremos vapuleados por ellos. El miedo no se convertirá en pánico, ni la alegría en euforia. Seremos espectadores que ven cómo surgen y desaparecen los procesos de la propia psique.

d) *Procesos intelectuales*. También hemos de aprender a observar los pensamientos, pero sin identificarnos con ellos. Cuando se mira atentamente hacia su interior, los procesos se van haciendo más lentos y nosotros más tranquilos y pacíficos. Esta es la primera experiencia del sosiego.

El yo: punto de intersección de nuestros pensamientos, sentimientos y apetitos

Lo que denominamos nuestro yo no es otra cosa que el punto de intersección de nuestros pensamientos, sentimientos, apetitos y emociones. El camino del zen o de la contemplación nos enseña a la no-identificación con las manifestaciones de nuestra psique. Entonces existirá la ofensa y nos seguirá fastidiando la agresión, pero estaremos distanciados de tales emociones, haremos la experiencia de que nuestro verdadero ser está mucho más hondo y no tiene por qué estremecerse por nada. Aprenderé a tener sentimientos, sin que me dominen o bloqueen. En resumidas cuentas, intentaremos no desplazar las emociones de nuestra psique, sino dejarlas estar. Sin embargo esto no significa que deseemos desembarazarnos de ellas.

Cuando deseamos deshacernos de algo, lo reprimimos. Quien quiere estar libre de la tristeza, la desesperación, la rabia y la angustia, será nuevamente alcanzado por ellas; dichas emociones se ocultan en lo profundo de nuestro inconsciente, donde difícilmente se les puede echar mano, y desde donde perturbarán. En este caso, la persona será incapaz de tratarlas.

No debemos desplazar nada. Lo que existe, existe. Mirarlo y aceptarlo, permite que se manifieste. Hazte amigo de la angustia y de la ira. Son una parte tuya. No te cortas el dedo cuando te duele. Inténtalo con la tristeza: acéptala sin revolcarte en ella.

No la conviertas en nada especial. Mírala, forma parte de ti. La tristeza puede ser un buen punto de partida para el ejercicio.

Muchas personas sufren de angustia; no saben por qué, de dónde proviene ni dónde se oculta. Admite la angustia. Di: «Sí, estoy angustiado». Llévala contigo a tu ejercicio para que se hunda en él. Si reprimimos la angustia o la tristeza, se escondrán disfrazadas en algún rincón de la psique y surgirán con una cara distinta, p.ej. como agresión, orgullo o, incluso, como virtud capaz de engañarnos durante algún tiempo.

Si no queremos caer víctimas de esta astucia, tenemos que darnos cuenta de que la tristeza, los celos, las agresiones, etc. pertenecen a la energía psíquica de nuestra estructura personal y por tanto a la vida y que, a fin de cuentas, son también manifestación de lo divino igual que la alegría, la paz y la ecuanimidad. Todo lo que somos capaces de admitir, tiende a mudarse en algo agradable. Pero aquello de lo que nos defendemos, nos atropellará.

Nos ejercitaremos en la simple observación, en la atención pura, sin hacer ningún tipo de evaluación y sin dejarnos dominar. Las emociones han de ser vividas sin turbación y con firmeza, sin comentarios, sin dejarnos arrastrar y sin desfiguraciones. Los sentimientos son como una nube que pasa por el cielo azul; quizás lo oscurezcan, pero no permanecerán. Ken Wilber lo resume así:

Nuestra única preocupación es observar nuestras aflicciones personales, darnos cuenta de ellas sin juzgarlas, evitarlas, dramatizarlas, actuar sobre ellas o justificarlas. Cuando surge un sentimiento o una tendencia, nos convertimos en sus testigos. Si surge una aversión hacia ese sentimiento, somos sus testigos. Si la aversión nos provoca a su vez aversión, somos testigos de ello. Nada hay que hacer, pero si surge un hacer, lo presenciamos. Permanecemos en una «conciencia sin elección» en medio de las aflicciones. Esto sólo es posible cuando entendemos que ninguna de ellas constituye nuestro ser verdadero. En tanto sigamos apegados a ellas nos esforzaremos por manipularlas. Cuando entendamos que no son el centro ni el ser, ya no las insultaremos, ni clamaremos contra ellas ni las tomaremos a mal, ni intentaremos rechazarlas ni nos complacemos en ellas. Todo lo que hacemos por resolver una aflicción no hace más que reforzar la ilusión de que somos precisamente esa aflicción. Por eso, en última instancia, el intento de escapar de nuestras aflicciones no hace más que perpetuarlas. Lo que nos perturba no es

lo que nos aflige, sino el apego que le tenemos. Nos identificamos con lo que nos aflige, y ahí radica la verdadera dificultad.

En vez de luchar contra lo que nos aflige, deberíamos asumirlo con una desprendida imparcialidad. A los sabios y los místicos les gusta equiparar esta condición de testigos a la de un espejo. Reflejamos cualquier sensación o pensamiento que surja, sin adherirnos ni rechazarlos, de la misma manera que un espejo refleja, perfecta e imparcialmente, cualquier cosa que pase ante él.

Identificación final

La psicoterapia intenta conducir a la persona a la identificación con sus sentimientos y sensaciones. La contemplación y demás caminos esotéricos enseñan la identificación final. Nos ayudan a neutralizar las emociones de nuestra psique: apetitos, esperanzas, angustias, agresiones. Entonces ya no hincharemos nuestros problemas cual globos. No merece la pena invertir las fuerzas en la eliminación de estas emociones de nuestra psique. ¿Qué le importa a la montaña que pasen unas nubes a su alrededor? Nuestro ser más profundo no debe verse afectado por ello.

Si se está en el centro, se sabe cuándo actuar y cuándo no. Puede que haya algo que esté martilleando contra mi centro, que quiera independizarse, que quiera separarse y actuar, pero el centro es más fuerte. No reprimamos las emociones que surjan, pero sepamos que solamente se trata de un proceso, algo que pasa por encima de nosotros como una nube por el cielo azul.

Los estados psíquicos, no son nuestro ser más hondo, sino procesos que desaparecen cuando se esfuma su fuerza. Estas fuerzas psíquicas forman parte de nosotros y son muy importantes para nuestra condición de seres humanos; debemos aprender a tenerlas y dirigir las, y no viceversa. Si no nos identificamos ni nos dejamos arrastrar, su intensidad disminuirá. Pero si nos identificamos con ellas, se volverán dolorosas.

La desidentificación nos abre la posibilidad de avanzar hacia el espacio transpersonal y reconocer nuestro verdadero ser, donde existe el sosiego. El peligro de identificarnos de nuevo con un estado psíquico (p.ej. el sosiego) es grande. Por eso sigue en pie la instrucción básica: ¡Despreñdete de todo! Entonces llegará el día en que podamos decir:

Tengo un cuerpo, pero no soy mi cuerpo. Puedo ver y sentir mi cuerpo; lo que se puede ver y sentir no es el auténtico Ser que ve. Mi cuerpo puede estar cansado o excitado, enfermo o sano, sentirse ligero o pesado, pero eso no tiene nada que ver con mi yo interior. Tengo un cuerpo, pero no soy mi cuerpo.

Tengo deseos, pero no soy mis deseos. Puedo conocer mis deseos; lo que se puede conocer no es el auténtico Conocedor. Los deseos van y vienen, flotan en mi conciencia, pero no afectan a mi yo interior. Tengo deseos, pero no soy deseos.

Tengo emociones, pero no soy mis emociones. Puedo percibir y sentir mis emociones; y lo que se puede percibir y sentir no es el auténtico Perceptor. Las emociones pasan a través de mí, pero no afectan a mi yo interior. Tengo emociones, pero no soy emociones.

Tengo pensamientos, pero no soy mis pensamientos. Puedo conocer e intuir mis pensamientos; y lo que puede ser conocido no es el auténtico Conocedor. Los pensamientos vienen a mí y luego me abandonan, pero no afectan a mi yo interior. Tengo pensamientos, pero no soy mis pensamientos. (Ken Wilber)

Los sucesos, pensamientos, representaciones, emociones y sentimientos solo son una tempestad en el océano. ¿Qué le importa al océano un temporal en el Golfo de Vizcaya? Hay que sufrirlo hasta que haya pasado. Cuanto menos nos identifiquemos con él, menos fuerza desarrollará. Esto no quiere decir que dejemos de sentir, que no podamos encolerizarnos, ni tengamos ninguna animadversión. Pero estos sentimientos, ya no nos arrastrarán.

Con el tiempo, disminuirá el ansia de nuevas impresiones y decrecerá la manía de estar ocupados interiormente. Cuando cesen los deseos, será posible la contemplación y nos daremos cuenta de que nada permanece. Todo está en movimiento, todo va y viene. Lo único permanente es el flujo. La estabilidad consiste en el fluir, no en lo estático. La atención despierta en nosotros la capacidad de experimentar este fluir y, a la vez, el sosiego en medio de todo movimiento.

El sacramento del momento presente

El hombre, nostalgia de Dios

El ser humano es un *homo religiosus*. Lo divino es su ser más profundo y él tiende hacia allí, lo sepa o no. Juan de la Cruz

dice: «Nuestro recuerdo es un recuerdo de Dios y nuestro levantar es un levantar de Dios.» El recuerdo del ser humano es un recuerdo de Dios. El recuerdo de la sociedad es un recuerdo de Dios en la sociedad. El recuerdo del universo es un recuerdo de Dios en la evolución. La persona del futuro (y no solamente el cristiano del futuro) será alguien que recuerde. Será un místico. Es nuestra única oportunidad de sobrevivir.

El recuerdo de lo divino se manifiesta en el ser humano como una nostalgia profunda, la nostalgia de querer volver a casa, de encontrar el lugar donde todo está bien, donde somos queridos y aceptados. Pero en la vida, el ser humano rápidamente aprende que nadie es capaz de dar esa seguridad última a otra persona, ni a la más querida. Las personas se ponen en camino hacia Dios porque llevan dentro de sí ese anhelo profundísimo que es el anhelo de Dios mismo. Una vieja historia conocida en oriente y en occidente lo expresa muy bien: el hijo pródigo. He aquí una versión de Asia Central:

Vivía en la India un gentilhombre acaudalado que sólo tenía un hijo. Un día, éste fue secuestrado, o no quiso volver a casa. El padre hizo todo lo que pudo para volver a encontrar al hijo amado, pero fue inútil. Transcurrieron años sin recibir ninguna noticia de él. Cuanto más viejo se hacía, tanto más aumentaba su nostalgia por el hijo extraviado. Un día en que el hombre rico atisbaba por la ventana del último piso de su casa, vio a un joven mendigo que después de recibir una limosna, quiso marcharse.

El hombre rico vio la cara del mendigo y su corazón dio un vuelco ya que había reconocido a su hijo perdido. Llamó a sus servidores y les dio la orden de buscarle. Algunos corrieron tras él e intentaron retenerle, pero el joven se resistió, diciendo: "Aunque soy un mendigo, no he hecho nada malo." Los servidores le aseguraron que no tenían nada que echarle en cara: "Nuestro amo quiere verte." Pero no consiguieron persuadirle para que volviera. Por el contrario, le entró aún más miedo que antes y contestó temblando: "No tengo nada que ver con tan honorable gentilhombre." Finalmente, los servidores tuvieron que desistir y regresaron a casa, explicándole a su amo que no lograron su propósito.

Lleno de amor hacia su hijo, el rico encargó a uno de sus servidores más jóvenes que se vistiera de mendigo como su hijo, y se hiciera amigo de él. Al cabo del tiempo, le dijo al hijo del rico: "He encontrado un buen puesto. El trabajo no es duro, la paga es buena y nos darán un cuarto pequeño, ¿por qué no lo intentamos?" Así fue cómo el hombre rico empleó a los dos como jardineros.

El joven trabajó durante algún tiempo como jardinero. Cuando estuvo acostumbrado, el padre le ascendió a mayordomo. Una vez que cumplió bien este menester, el amo le encomendó cuidar su hacienda. Finalmente, llegó a desempeñar el puesto de secretario particular con el fin de estar más cerca del padre y hacerse cargo de sus obligaciones.

Transcurrieron los años. El hombre rico se hizo viejo y supo que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Entonces reunió a sus parientes y les presentó al joven con las siguientes palabras: "Este joven es mi hijo, que desapareció cuando aún era niño." Y le entregó toda su hacienda.

El camino del ser humano es un camino de vuelta a casa de Dios; de esta manera lo describen todas las religiones. Hemos olvidado quiénes somos y por eso empezamos a buscar hasta que experimentamos el hecho de que ya estamos encontrados. Porque no somos los buscadores, sino los buscados.

Ese anhelo del ser humano puede tener rasgos narcisistas, y también ser una huida de la realidad, intentando compensar los déficits de la infancia. Proviene del conocimiento de que en el ser humano existen espacios de consciencia capaces de conferir a la vida un mayor sentido y ayuda, facilitando una experiencia más amplia de Dios.

Morir para volver a nacer

La psicología nos dice que la persona, para poder vivir, tiene que tener suficiente autoestima y una adecuada estabilidad del ego. Pero los caminos esotéricos piden la muerte del yo. En última instancia, todo ejercicio tiene como meta la relegación de la actividad del ego. Jesús dice: «Quien quiera salvar su vida, la perderá.» En la *Imitación de Cristo*, Tomás de Kempis escribe: «Créeme que tendrás que vivir una vida que muere.» Juan de la Cruz opina: «Quien sepa morir a todas las cosas, tendrá vida en todas las cosas». El Tao Te Ching decía hace algunos miles de años: «Morir sin hundirse significa presencia eterna.» Hay una cosa que todos los caminos proclaman, y es ésta: que el sendero hacia la experiencia de unidad y hacia el amor es un camino de abandono, un morir para vivir realmente.

El morir del yo

El morir del yo es desprenderse de las estructuras y esquemas queridos que nos daban seguridad. Es un suceso que concierne a la persona entera y que le sacude hasta en sus profundidades más recónditas. Se lleva a cabo en lo que la mística denomina la noche oscura de los sentidos, del alma y de la mente. Es el camino de la purificación que en todos los caminos esotéricos constituye la tarea esencial, el desprendimiento de toda seguridad, mucho más difícil que el morir físico. No puede quedar ni siquiera el deseo de caer en la mano segura de Dios. Lo único que queda es el desprendimiento absoluto: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». En tal situación, muchas cosas podrán parecer patológicas y clasificarse como tales en el marco de la psicología. Pero es un morir para vivir. La meta es la vuelta a la vida mientras tengamos este cuerpo. Tendremos que experimentar y manifestar lo divino aquí y ahora. Pero tampoco la experiencia mística en sí es lo último. La tarea principal del camino esotérico constituye más bien la integración de la experiencia en la vida cotidiana.

La fuerza transformadora del momento presente

La mística nos habla de la fuerza sanadora y transformadora del momento presente, o como lo llama Jean P. Caussade: «El sacramento del momento presente.» En su libro *Entrega a la divina Providencia* escribe:

Tú buscas a Dios, pero Él está en todas partes. Todo le proclama. Todo te lo ofrece. Él estaba a tu lado, te rodeaba, te penetraba, moraba en ti... ¡y tú le buscabas! Te esforzabas por tener una idea de Dios y le poseías de modo esencial. Corres detrás de la perfección mientras que está en todo sin buscarlo. Dios mismo va a tu encuentro en tus sufrimientos, tus actuaciones, en los impulsos que recibes. Mientras tanto, te esfuerzas en vano por ideas elevadas con las que no quiere vestirse.

¿No nos revelan la razón y la fe la presencia real del amor divino en todas las criaturas y en todos los sucesos de esta vida de forma tan segura como la palabra de Cristo y la Iglesia nos garantizan la presencia del cuerpo sagrado bajo las formas eucarísticas? ¿No sabemos que el amor divino quiere unirse con nosotros mediante

todas las criaturas y todos los sucesos? ¿Que produce todo lo que nos rodea y nos ocurre, ordena o permite para que alcancemos esa unidad que es su única meta?

Si esto es así, ¿cuál es el impedimento para que cada instante de nuestra vida sea una especie de comunión con el amor divino y que dicha comunión cause lo mismo en nuestra alma que el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios? Aunque ésta tiene un efecto sacramental de la que la otra carece. Pero cuántas veces podrá renovarse aquélla, resultando beneficiosa si es recibida en una disposición del alma perfecta.

Cuando habla de la eucaristía dice: «¿Por qué buscarte en cosas distintas a las que te quieres comunicar? ¿Te buscamos en la eucaristía bajo formas diferentes de las que elegiste para tu presencia sacramental?»

En la eucaristía se proclama de forma solemne lo que existe siempre y en todas partes. Por ello, en el desayuno, por ejemplo, deberíamos estar tan conscientes de la presencia de lo divino como en la eucaristía.

Dios es la sinfonía que suena en todo. No es que alguna vez la compuso y ahora la está tocando. La sinfonía se llama Dios. No hay nada que esté excluido, tampoco el sufrimiento o nuestro déficit psíquico. La experiencia de esto se llama *satori*. Más de uno experimentará que también el sufrimiento y el dolor son la expresión de lo divino de la misma forma que lo es la alegría. Desgraciadamente, tendemos a olvidarlo enseguida.

«Solamente por medio de la plenitud del momento presente, el alma podrá realmente ser nutrida, purificada, enriquecida y santificada», escribe Caussade. Para él, la fuente del «agua viva» brota en el momento presente. No tenemos que buscar más. La fuente corre sin cesar. ¿Por qué buscar arroyuelos?

En última instancia, el «sacramento del momento presente» no es otra cosa que la aceptación de la voluntad divina. «Más difícil aún resulta la parte pasiva de la santidad; consiste en aceptar y soportar amorosamente lo que, por regla general, no podrá evitarse y que solemos a menudo soportar a disgusto, es decir, consiste en llevarlo con esperanza firme y alegre, y con serenidad.» (Caussade) No existe ninguna trascendencia separada de lo que hay aquí y ahora. «Dios hace en el santo todo lo que éste hace. Anda, está de pie, está echado, despierto, come, bebe y está contento.» (Angelus Silesius)

El momento presente nos lleva a la experiencia de la vida

La vida está en el instante. Únicamente en él podemos experimentar a Dios. «Crees que verás a Dios y su luz. Necio, nunca le verás si hoy no le ves.» (Angelus Silesius)

Pero, ¿cómo es este camino? Desde luego, no tiene nada que ver con un comportamiento elitista.

Andreas Gryphius dice:

*No son míos los días que el tiempo me quitó.
No son míos los días que aún están por venir.
El instante es mío, y si presto atención a él,
mío será aquel que hizo el tiempo y la eternidad.*

Y un texto del sánscrito dice:

*¡Presta atención a este día, pues es la vida, la vida de toda vida!
El ayer no es nada más que un sueño
y el mañana tan sólo una visión;
el hoy, sin embargo, bien vivido,
convierte todo ayer en un sueño lleno de dicha
y todo mañana en una visión llena de esperanza.
Por eso, ¡presta atención a este día!*

Dios está en el andar, en el estar de pie, en el limpiar, en el cocinar, en la lectura, en el escuchar música, etc. Dicho así parece hasta de mal gusto. Pero si decimos: la vida consiste en andar, en estar de pie, en limpiar, en cocinar, en leer, en escuchar música, etc., entonces resulta aceptable. Pero, ¿en qué consiste la diferencia entre Dios y Vida?

El maestro Eckehart y el momento presente

Eckehart nos dice repetidas veces que tenemos que experimentar a Dios en las cosas:

Quien está encaminado hacia la verdad, se siente a gusto en todos los lugares y con todas las personas. Mas, quien anda mal, se siente mal en todos los lugares y entre todas las personas. El que anda por buen camino, lleva consigo a Dios. El que posee a Dios, lo tiene en todos los lugares, en la calle y en medio de la gente lo

mismo que en la iglesia, en el desierto o en la celda; con tal de que lo tenga en verdad y solamente a Él, nadie podrá estorbarle.

¿Por qué? Porque posee únicamente a Dios y pone sus miras sólo en Dios, y todas las cosas se le convierten en puro Dios. Semejante hombre lleva consigo a Dios en todas sus obras y en todos los lugares, y todas las obras de este hombre las hace Dios.

Si conoce a Dios más por estar en un lugar tranquilo, se debe a su deficiencia pero no a Dios; pues Dios está de la misma manera en todas las cosas y en todos los lugares y está dispuesto a darse en la misma manera; únicamente conoce bien a Dios quien le conoce como igual.

Quien posee a Dios así, en su esencia, lo toma al modo divino, y Dios resplandece para él en todas las cosas; porque todas las cosas tienen para él sabor de Dios y la imagen de Dios se le hace visible en todas las cosas. Dios reluce en él en todo momento, y en su fuero íntimo se produce un desasimiento libertador y se le imprime la imagen de su Dios amado y presente. Es como un hombre que sufre verdadera sed: puede que haga algo que no sea beber, podrá pensar en otras cosas, pero haga lo que haga y esté con quien esté, cualesquiera que sean sus ideas o sus acciones, mientras perdure la sed no le pasará la representación de la bebida, cuanto mayor sea la sed tanto más fuerte y penetrante y presente y constante será la representación de la bebida. Quien ama algo ardientemente, de modo que no le gusta ninguna otra ni le afecta el corazón fuera de ésta (la amada), y sólo aspira a ella y a nada más; a este hombre, dondequiera y con quienquiera que esté o cualquier cosa que emprenda o haga, no se le apagará en su fuero íntimo aquello que ama tan entrañablemente, y en todas las cosas hallará la imagen de esa cosa y la tendrá presente con tanta más fuerza cuanto más fuerte sea su amor. Semejante hombre no busca la tranquilidad porque ninguna intranquilidad lo puede perturbar.

Esta actitud no se puede aprender con la huida de las cosas y el desierto; al contrario, debe aprender a tener un desierto interior dondequiera y con quien esté. Debe aprender a penetrar a través de las cosas y a aprehender a su Dios ahí dentro, y a ser capaz de imprimir su imagen (la de Dios) en su fuero íntimo, vigorosamente, de manera esencial.

A fin de cuentas, es la fuerza sanadora de Dios, o la de la Vida, la que obra en el momento presente.

Dios en el momento de la vida cotidiana

Muchas mujeres conocen la fuerza sanadora de hacer punto, ganchillo o alfombras de nudo. Otros hacen una experiencia parecida paseando por la naturaleza. En nuestro camino espiritual intentamos llegar al momento presente y hacernos uno con lo que estamos haciendo en ese preciso instante. Es allí donde Dios nos es más íntimo.

La acción más insignificante debería estar acompañada de la mayor atención interior; por ejemplo, cuando subimos las escaleras, abrimos la puerta, nos lavamos las manos o estamos esperando en el semáforo.

Cuando vamos al trabajo, hacia la estación o de compras, andamos de forma diferente. Ya no estamos con nosotros mismos. Ya no estamos en el momento presente. Ya no estamos en la Vida. La Vida está únicamente en el instante. Hay tantísimas ocasiones de ejercitar la vida auténtica, es decir, de estar completamente con nosotros mismos, de estar totalmente en lo que hacemos. Puede que entonces resulte difícil leer y escuchar música al mismo tiempo; no será posible. Quiero expresarlo de una forma más banal aún: no deberíamos ir al water llevándonos el periódico. Debemos aprender de nuevo cómo se come, cómo se limpia la lechuga, cómo se va al trabajo, cómo se pasa el tiempo libre. Muchos que se encaminan al zen o a la contemplación, tienen expectativas erróneas. No se trata de ningún estado separado del mundo sino de la experiencia del mundo en este preciso instante.

Estructuras de profundidad y diferentes etapas en el camino interior

Cada camino espiritual debe ir acompañado por los resultados de la investigación científica, porque sin ellos fácilmente perderá el rumbo. El esoterismo auténtico no rechaza los conocimientos científicos, sino que los trasciende. Por ello, la cuestión de las estructuras profundas de la personalidad humana es una pregunta de la psicología, pero a la vez es una pregunta al esoterismo que invita a la reflexión.

—¿Se pueden distinguir diferentes etapas en el camino esotérico?

- ¿Pueden ordenarse de manera sistemática y jerárquica?
- ¿Son más bien instantáneas de un desarrollo imposible de describir gráficamente?
- ¿Existe en realidad un desarrollo continuado?
- ¿Cuáles son los efectos secundarios que se presentan?
- ¿No saldrán a relucir estructuras patológicas?
- ¿En qué consiste la persona plenamente desarrollada?
- ¿Lo que la psicología entiende por normalidad (una estructura del yo plenamente diferenciada e integrada) no será en realidad un estancamiento momentáneo del desarrollo?
- ¿No tendrá que extenderse la persona hacia lo transpersonal? ¿No pertenece también ese nivel esencialmente a la condición humana?

Etapas del desarrollo

La mayoría de los caminos esotéricos desarrollaron un «sendero», por el que los discípulos eran guiados a través de etapas. Pero éstas no siguen necesariamente un orden cronológico, sino que en muchos casos se superponen. No todo se dará en todas las personas; el orden también puede ser diferente.

1.ª Etapa: Orientación. A menudo iniciada por la pregunta sobre el sentido de la vida. Las personas buscan un camino porque dudan del sentido de la existencia. Sufren una neurosis neogénica, como lo denomina Viktor Frankl; es decir, una neurosis cuyas causas no son psíquicas sino existenciales. Muchas veces la pregunta es: ¿Por qué vivo? ¿Quién soy en realidad? ¿Por qué esa desgracia? ¿Por qué me tiene que tocar a mí? Este tipo de reflexión conduce a una orientación nueva, y empieza la búsqueda.

De esta manera va creciendo el interés hacia el lado espiritual de la vida. Ya esa orientación nueva tiene una influencia significativa en la vida, conduciendo hacia una postura de expectación que, a su vez, fortalece la fe en una metaestructura de este mundo. La corriente de la consciencia va ahora en otra dirección. Ha descubierto el «trans», aquello que está colocado más allá. Esto tiene un valor inestimable, pues nuestra vida es una prisión mientras no miremos más allá de lo que está en primer término.

Durante este periodo, la persona puede volverse extremadamente sensible. Cosas que antaño le tenían sin cuidado le afectan mucho, indicio de que ha despertado la consciencia del yo. La disposición para aceptar y la permeabilidad van creciendo así como la sensibilidad para el dolor propio y ajeno. Se da una reorientación en la vida, se leen libros diferentes, se come más conscientemente; quizás también varía el contenido del ropero. Uno se va dando cuenta de lo que no conviene a la nueva orientación de la vida y cambia de conducta, lo que, a su vez, influirá en los procesos interiores de la psique. Muchas cosas ocurrirán por cambios provocados conscientemente en la vida y otras muchas cosas sucederán por una subversión de los valores. Las distracciones exteriores se reducirán.

2.ª Etapa: Mayor concienciación. Se caracteriza por una mayor consciencia, primeramente corporal. Los procesos del cuerpo y de la psique se experimentarán de una manera muy despierta. El vivir de forma inconsciente dejará paso a cierta presencia.

La postura exterior cobrará más importancia, estando más acorde con el proceso interior. En el ámbito cristiano nos encontramos con pocas indicaciones a este respecto, mientras que los caminos orientales recomiendan determinadas posturas corporales. Cualquier actividad irreflexiva y de desasosiego será reconocida, volviendo a atraer el movimiento hacia la postura de la atención.

El apaciguamiento de la respiración conduce al apaciguamiento del pensamiento. Disminuirá el parloteo incesante de la consciencia y los llamados sueños de día. Se confiará en el ritmo regular de la inspiración y de la espiración. La consciencia se volverá cada vez más sosegada, disminuyendo los ratiocinios. El contenido de los pensamientos se hará más consciente y la corriente entera de la consciencia se orientará hacia un orden mayor.

3.ª Etapa: Unificación de la consciencia. Se empieza con un ejercicio muy concreto, cuyo fin consiste en la reducción del flujo de la consciencia, la fijación de la consciencia durante periodos relativamente largos en un «objeto» (posiblemente un objeto exterior) y el control de la mirada, que no será inquisitiva y analizante sino contenida.

Esto provoca una vinculación de la mente a un objeto y

también un cambio en la experiencia del objeto. Perderá su carácter de abstracción al no experimentarse ya como concepto, sino como es en realidad. Un libro dejará de ser un libro para convertirse en un objeto cuadrado de color y forma. Por regla general, vemos las cosas de manera diferente a como son. Solemos filtrar los objetos, haciéndolos entrar por fuerza en categorías. Mediante la práctica de mirar un objeto sin formarse idea alguna, volverá a ser lo que es.

Más importante es la concentración en un proceso interior. La consciencia que anda errante deberá ser adiestrada para quedarse con un sólo objeto interior. Los tibetanos se sirven para este fin de visualizaciones; el yoga utiliza más bien las corrientes energéticas corporales o el OM y el zen el MU; la contemplación cristiana mira al ser desnudo. Estos ejercicios conducen a la unificación de la consciencia.

Se pueden dar excitaciones inadecuadas; ruidos, olores, toques o fenómenos luminosos experimentados interiormente. La capacidad de percepción trascenderá gradualmente la mera percepción sensorial, de manera que surgirán impresiones que no se dan con la utilización normal de los sentidos. Esta percepción sufrirá constantes cambios; aparecerán movimientos oscilatorios, vibraciones, colores, dibujos de luz, figuras, etc. El zen denomina a estos fenómenos «makyō»; todo esoterismo serio advierte que no hay que darles ninguna importancia ni quedarse enganchados en ellos. La relajación es el mejor método para superarlo. Se trata de dejarlos pasar hasta que decaigan.

Aunque nuestra mente esté pronta para reflexionar y analizar estos fenómenos, no deberíamos ceder. La razón está continuamente en busca de objetos porque aún sigue imposibilitada para la contemplación sin objeto. Juan de la Cruz dice que la mente se aferra a las motitas de polvo que flotan por el aire porque aún no puede ver la luz pura. Sin embargo apenas aparecerán ahora contenidos de pensamientos causales. El mundo causal va desapareciendo. Entrarán el sosiego y la paz.

4.ª Etapa: Vaciamiento de la conciencia. Consiste en la concentración de la conciencia sin apoyo para el yo. El «koan», la palabra o el objeto exterior del ejercicio se volverán cada vez más sutiles. Con facilidad se desvanecerán de la conciencia no porque se les haya olvidado, sino porque se han vuelto muy sutiles.

Puede que se den percepciones de luz, que no tiene nada que ver con la luz exterior. A lo mejor fluye y causará un cierto «samadhi»; se entremezclarán percepciones más groseras, pues nuestro intelecto dispone de una constancia increíble para producir formas. Pero el esfuerzo hará que estas creaciones retrocedan a favor de una energía luminosa que fluirá sin cesar. Entonces uno se agarra simplemente al flujo de luz que puede ganar en velocidad y en intensidad.

Este proceso se ve alterado por restos del yo necesarios para mantenerse en este nivel. Aquí aún existen la atención, el esfuerzo y el desapego de las imaginaciones. Todo lo que tenga algo de estructura, tendrá efectos perturbadores. No es fácil mantener el sosiego.

Para una práctica correcta debe disminuir el grado del esfuerzo. El desapego cobrará importancia. Nuestro yo ha de acompañarnos hasta el umbral de la experiencia sin molestarnos. El esfuerzo tiene que volverse cada vez más equilibrado. Se oscilará constantemente entre el punto de vista del observador y lo observado.

5.ª Etapa: Samadhi. Se va afianzando la experiencia de que los procesos carecen de cualquier apoyo. Solamente se experimenta lo instantáneo; los patrones sufren constantes cambios, mientras que el centro, el ser verdadero, no está sujeto a cambio alguno; habrá impresiones, pero sin ningún contenido. La percepción irá abandonando los diferentes sucesos, quedándose enganchada en lo inmóvil.

Se cae en la cuenta del devenir de las cosas. Nacer y morir son actos que se suceden formando un conjunto, como los pasos de una danza. Las partes sólo existen en su relación con las demás partes. Es importante mantenerse el mayor tiempo posible en este samadhi.

6.ª Etapa: Desmontaje de toda actividad del yo. Las paradojas como surgir-desaparecer, uno-muchos, sucederse-ocurrir simultáneamente, se disolverán en un conocimiento acausal. Al final, también la atención sutil tendrá que ser desechada, ya que constituye un resto de la actividad del yo, turbando la iluminación. El zen llama a la iluminación «negra como el azabache», porque carece de cualquier actividad del yo o de conocimiento del yo.

Se cuenta que un discípulo de Shakyamuni tenía una memoria tan fantástica que se sabía todos sus discursos de memoria. Cuando murió Shakyamuni, los iluminados se reunieron. Quería que ese hombre estuviera entre ellos, pero como aún no había experimentado la iluminación, quedó excluido. Él practicaba sin cesar para lograr la iluminación, hasta que desistió y se acostó. En el momento de echarse, cuando desapareció toda actividad del yo y cesó el esfuerzo, experimentó una iluminación muy profunda.

La misma atención puede convertirse en obstáculo. La iluminación no se puede alcanzar, solamente podemos crear las premisas para favorecer que se dé. Ésta es una forma de indiferencia que ya no depende de la voluntad.

Retroceden las «vasanas» que son «deseos, tendencias y ambiciones caídos y ocultos que en cualquier momento pueden volver a salir a la superficie».

En el budismo se refieren también a actuaciones y pensamientos de nacimientos anteriores. Es muy difícil modificar estas estructuras o tendencias básicas, profundamente enraizadas en nuestra psique, que parece que nos acompañarán en nuestra siguiente existencia.

7.ª Etapa: Iluminación. Está exenta de cualquier actividad del yo. Es la experiencia de la vida misma. Cuando reflexionamos sobre la vida, actúa el yo. Cuando experimentamos la vida misma, el yo está callado. Podemos experimentar la vida en cada instante, pero a Dios únicamente se le puede experimentar en el proceso de lo divino, o sea, en las estructuras; por eso la reflexión sobre esto es un después; lo que solemos llamar corrientemente religión, es un después; igual que nuestra teología, nuestros rituales, ceremonias y dogmas. La religión no está separada de la vida cotidiana, sino que es la experiencia de lo que es. Darse cuenta de esto resulta tremendamente difícil. La meta de nuestros oficios divinos y rituales debería conducirnos hacia esa experiencia.

Eckehart expresó esto de manera simple:

Quien se imagina que recibe más de Dios en el ensimismamiento, la devoción, el dulce arrobamiento y en mercedes especiales, que cuando se halla cerca de la lumbre o en el establo, hace como si tomara a Dios, le envolviera la cabeza con una capa y lo empujara

por debajo de un banco. Quien busca a Dios de determinado modo, toma el modo y pierde a Dios que está escondido en el modo. Pero quien busca a Dios sin modo lo aprehende tal como es en sí mismo y vive con el Hijo y él es la vida misma. Si alguien durante mil años preguntara a la vida: «¿Por qué vives?», si fuera capaz de contestar, diría: «Vivo porque vivo.» Esto se debe a que la vida vive de su propio fondo y brota de lo suyo; por ello vive sin por qué justamente porque vive para sí misma. Si alguien preguntara a un hombre veraz: «¿Por qué obras tus obras?», si contestara bien, diría: «Obro porque obro». (Tratados y sermones, pp. 307-308)

Antes de la experiencia, la percepción va ligada a una actividad intelectual. En la experiencia de iluminación nuestro intelecto calla. Pero esta condición que quizás se podría denominar éxtasis, no es el final. Hay que volver a los sucesos, a la experiencia espacio-temporal con sus contenidos causales. Pero a pesar de ello, la perspectiva cambia. La iluminación tiene que estabilizarse primeramente. En el zen esta es la tarea más difícil: la integración de la iluminación en la vida cotidiana. La meta es «la plaza del mercado».

Resumen

En cada camino esotérico hay un desmontaje progresivo de la perspectiva del mundo como nos lo presenta la consciencia del yo. Las percepciones corporales, la actividad intelectual, la percepción causal y la experiencia espacio-temporal se van relegando. La nueva estructura de la consciencia no funciona según las leyes psicofísicas corrientes. El desmontaje o la transformación de estas estructuras profundamente grabadas, conducen a la iluminación.

Nuestra contribución es la atención; atención a la respiración, al koan, a andar, a estar de pie, etc. El estado de vigilancia es relativamente estable. Hay que dedicarse a la práctica de ciertos ejercicios, que culminan en la atención cuya meta es la percepción pura.

Hay tres niveles de percepción: 1.º Asirse al ejercicio. 2.º Desasirse del ejercicio. 3.º Percepción pura.

Dicho de otra manera:

1.º El ejercicio dinamita el nivel de la consciencia momentánea.

- 2.º Se trata de desprenderse del ejercicio y contemplar solamente hasta que por fin se dé la
- 3.º Percepción pura.
- 4.º A continuación viene la tarea de la integración en la vida cotidiana.

Este camino supone un entrenamiento intensivo de la atención que puede durar mucho tiempo y resultar muy duro. No todas las personas están dispuestas, pero las que lo están, alcanzarán la libertad de la vida.

Finalmente quisiera hacer hincapié en el hecho de que en un camino esotérico no se puede hacer nada. Solamente se avanza por el sendero mediante el desapego de todas las estructuras físicas, psíquicas y mentales. Ante la Realidad última, únicamente nos queda el abandono. Lo divino se va desplegando en nosotros cuando nuestro yo se quita de en medio.

Dios desea tanto que tú salgas de ti mismo, en cuanto criatura, como si de ello dependiera toda su bienaventuranza. Querido hombre, ¿qué daño te hace permitir a Dios que sea Dios dentro de ti? (Eckehart).

Transformación de la consciencia

Ortonoia, paranoia, metanoia

La vida de la especie humana está en peligro debido a las guerras nucleares, biológicas y químicas, a la contaminación de los ríos, de los mares, del aire, de la explotación de los recursos y de la ingerencia en el sistema ecológico. Nos hemos programado para la extinción. Solamente si conseguimos alcanzar otra dimensión de la consciencia, existirá la oportunidad de salvación.

Al lado de todas las amenazas, existen indicios de que la evolución está movilizandole sus fuerzas para contrarrestar esta extinción. Hay quien lo expresa diciendo que las fuerzas de la evolución están juntando todos los recursos para el salto a la nueva consciencia (salto cuántico). Algunas de estas tendencias parecen bastante confusas. Dan a conocer un camino radical y simultáneo en muchos sitios: las ciencias naturales con sus teo-

rías de la relatividad y cuántica, la psicología transpersonal, la iniciación al esoterismo que se está dando en las religiones, el hambre de una experiencia global de la realidad, la noción de que la razón y los sentidos no son las únicas puertas del conocimiento del ser humano.

Los seres humanos se han vuelto intranquilos, preguntándose con más insistencia que nunca por el sentido de su existencia. Y también están mucho más interesados en un desarrollo psíquico y espiritual. Detrás de ello está la fuerza divina (pues para mí la fuerza evolutiva no es otra cosa) que está movilizandole al ser humano, desde dentro, haciéndole desistir de sus tendencias irracionales y autodestructivas, conduciéndole hacia una dirección nueva. Esta nueva consciencia se está dando mucho más en la gente joven que en la generación anterior. Y, por ello, con frecuencia están más irritados por el cambio que los mayores.

La ruptura se nota sobre todo entre los que ya se han encaminado hacia la nueva consciencia y los que se han quedado estancados en las formas tradicionales. No todo el mundo se atreve al desprendimiento. De esta forma, el camino se asemeja a un proceso de selección, palabra peligrosa si pensamos en los nazis, pero sin tener nada que ver con una conciencia de élite; es la disposición de encomendarse a un proceso muy largo y penoso que seguramente no pasará sin «martirio», pues las instituciones espirituales y mundanas aplicarán presiones psicológicas y políticas sobre la conciencia, como en los tiempos de Jesús. Nunca una reforma de la sociedad y de la iglesia se ha hecho desde arriba, sino siempre desde abajo.

Esta necesaria transformación de nuestra consciencia tendrá lugar mediante el camino de la contemplación en las siguientes tres fases: Ortonoia (*orthos* = recto, derecho) - paranoia (confusión, locura) - metanoia (cambio mental)

Según J. White (en S. Grof: *Die Chance der Menschheit*, München 1988, p. 234 y ss.) a quien seguimos en este tema, la primera fase se distingue por la identificación con nuestro yo. En ella, la vida puede transcurrir durante largo tiempo supuestamente satisfactoria y ordenadamente. Pero las apariencias engañan y quien no quiera quedarse estancado en su desarrollo, tendrá que aceptar un cambio interior radical. Sin pasar por la paranoia, no entraremos en la metanoia.

En la paranoia la consciencia está turbada, para ser reorde-

nada. Solamente si las incrustaciones antiguas se disuelven, puede darse lo nuevo. Desgraciadamente, en occidente se ha considerado este estado como una enfermedad psíquica y no como un tránsito y proceso de purificación, como ocurre en el esoterismo. La paranoia es un paso necesario, a veces incluso un camino hacia la plenitud de la existencia humana.

Es bueno poder contar en esta fase con un guía porque es fácil perderse en el laberinto de la propia psique. A menudo este estado se considera como un callejón espiritual sin salida, no siendo entendido por los guías o directores espirituales. Juan de la Cruz los critica fuertemente, llegando a llamarlos herreros que sólo saben martillar.

Los caminos esotéricos entienden mucho mejor la psique de las personas en esta condición, y ayudan al reconocimiento del estado de la paranoia como camino hacia la salvación. Hablan de la muerte del yo, entendiendo por ello el desprendimiento de caricaturas e ilusiones con las que se ha cubierto el yo. En este proceso, el ser humano sufre por la destrucción de la ilusión del yo. Cuanto mayor sea su capacidad de desprendimiento y aceptación, tanto menos sufrirá. Al fin y al cabo, se trata de aceptar lo que es, del sometimiento a la voluntad de Dios o, como se suele decir en oriente, de estar en armonía con la ley cósmica.

En el *Archipiélago Gulag* de Solschenizyn, *En la cuarta dimensión* de Shifrin o las *Anotaciones* de Sologdin, se ve que personas internadas en los campos de concentración han pasado por experiencias transformadoras muy profundas. Los autores están de acuerdo con esta paradoja:

El arresto, la cárcel, el campo de prisioneros, o sea, la falta de libertad, constituyen la experiencia más importante y significativa de sus vidas; y no sólo eso, sino que aseguran que bajo las condiciones de la falta de libertad tuvieron que padecer los más terribles suplicios psíquicos y físicos a la vez que experimentaron momentos de una dicha tan plena que resulta totalmente inconcebible para los de fuera... Según esto, habría que definir la falta de libertad como una vida concentrada e intensa al máximo. (Mihajlo Mihajlov)

Cuando el ser humano deja de correr tras fantasías frustrantes, se secan las fuentes de la angustia, de la envidia, del odio o, como se dice en el zen, las causas de la ignorancia, de la ira y de la codicia. Entonces se experimenta la armonía oculta en la

voluntad de Dios, el equilibrio del cosmos en el que no existen ni bien ni mal, ni arriba ni abajo, sino sólo la vivencia del momento. El universo está siempre en equilibrio, sólo falta que podamos encomendarnos a él, lo que significa que hay que confiarse a la voluntad de Dios. Entonces estaremos en armonía. El mensaje de Jesús consiste en el abandono a la voluntad del Padre, como los pájaros del cielo y los lirios en el campo, o sea como niños.

Este reino de Dios no aparece al fin de los tiempos. Es aquí y ahora. Está en nosotros. Es lo divino que se manifiesta en nosotros y mediante nosotros. Si pasamos de la paranoia a la metanoia, o sea, si despertamos de la ilusión del yo, de este estado de ensueño en palabras del esoterismo, y entramos en la realidad de Dios trascendiendo tiempo y espacio, se producirán en nosotros la armonía y la paz. El retorno no ha de entenderse de manera temporal, sino como algo que va a suceder. Se dará cuando seamos capaces de trascender espacio y tiempo, razón y lógica. En la profundidad de nuestro ser existe una realidad fuera de espacio y tiempo.

La humanidad hoy día se encuentra al borde del abismo; sus problemas se podrán solucionar únicamente a través de una nueva conciencia. Como cristianos podemos llamarla conciencia de Cristo, pero también conciencia búdica o de Krishna, o simplemente conciencia de la filosofía perennis. La solución de los problemas tendrá lugar, pues, primeramente en nosotros, y después en nuestro entorno. Lo destructivo en el mundo crece de nuestra obstinación del yo. Si nos resistimos al reino de Dios dentro de nosotros, nos estamos oponiendo a la evolución de la humanidad, oponiendo resistencia a ese juego divino. En la testarudez de nuestro yo nos estamos defendiendo de nuestra verdadera felicidad. Pero a través de nuestra metanoia, al despertar la consciencia de Cristo en nosotros, podemos transformarnos a nosotros mismos y a la humanidad.

En el capítulo *¿Depresión o proceso de transformación?* hablaremos más sobre este tema.

Cómo tratar las emociones

Más de uno cree que los caminos esotéricos conducen a la falta de sentimientos. Dicen que con el tiempo uno se va convir-

tiendo en un trozo de hielo en lo emocional. Angelus Silesius casi lo confirma: «Hombre, si aún eres algo, sabes algo, amas algo y odias algo, entonces, créeme, aún no estás libre de tu carga», aunque no se refiere al desprecio estoico de los sentimientos, sino al hecho de estar apegados y dominados en el ámbito del yo.

Cualquier camino espiritual serio es severo. Cuando el ser humano está recogido mirando su interior, puede parecer inaccesible y frío. Un antiguo maestro zen dijo: «Cuanto más profunda es la iluminación, tanto mayor es la compasión.»

Emociones y sentimientos

Quien se observa a sí mismo atentamente, notará que existe una diferencia entre emociones y sentimientos. Las emociones son impulsos de arrebatos profundamente arraigados que empujan con vehemencia hacia su exteriorización. Los sentimientos, en cambio, son impulsos más delicados de la psique y, por ello, no sometidos a estas reacciones y desahogos. Al estallar, las emociones afectan el cuerpo mucho más que los sentimientos; originan *karma*, como se dice en el zen y provienen totalmente del campo del yo.

Las emociones forman parte de la estructura básica de nuestra psique. A veces contienen un mensaje importante del inconsciente y, por ello, no deben descuidarse totalmente. Pero también pueden tiranizar. En algunas terapias, se les estimula para utilizar su descarga como camino curativo. En los ejercicios interiores resulta decisivo transformar estas emociones sin desplazar los sentimientos subyacentes.

Transformación de las emociones

Roberto Assagioli y Viktor Frankl, pioneros en este campo, confirman la posibilidad de la transformación de las emociones. Cuando se desea madurar y crecer hay que modificar las viejas y bien arraigadas reacciones según las emociones que van surgiendo. De otra manera, la persona quedaría atrapada en el nivel inmanente, sin poder avanzar hacia un espacio transpersonal.

Por otra parte, la transformación de las emociones no debe servir de disculpa para huir de perturbaciones que deberían tratarse terapéuticamente. Existen complejos en la psique que solamente pueden disolverse en el nivel correspondiente. Por ello, al principio puede ser importante admitir emociones y expresarlas, ya que esto puede producir alivio, comprensión y cambio, pero después habrá que aprender a no estar dominado por ellas. Entonces el tratamiento terapéutico, no sólo sería innecesario sino un impedimento para el desarrollo de la personalidad.

Cuando uno se siente furioso, debe estar furioso, pero de manera totalmente consciente. La ira no debe ahogar nuestra consciencia. Hay que saber que se está furioso; entonces la rabia se desvanecerá, cesará por sí sola. Lo mismo se puede aplicar al odio o a la codicia. Hay que aprender a mirarlos, estar conscientes de ellos, pero no dejarse dominar e incluso ahogar por ellos.

La energía que se desperdicia en la confrontación con las emociones, queda libre para la auténtica tarea. Estamos acostumbrados a analizar nuestros sentimientos, pero también tenemos que vivirlos para poder aprovecharnos de ellos. En otras palabras, la piedra de toque de nuestro ejercicio es nuestra vida y la capacidad de transformar emociones en energía positiva.

Pautas a seguir

La profundidad del sentimiento conlleva una energía decisiva y transformadora. Cuando el ser humano se estremece hasta las profundidades de su alma, todas las estructuras se van derrumbando y algo nuevo puede ser alumbrado. Los sentimientos llevan la fuerza de la transformación.

En las sentadas se liberan muchas emociones. En latín *emovere* significa «desplazar hacia fuera». Es una explosión que libera y dinamita lo viejo que nos limita. De esta forma, las sentadas implican un proceso de purificación. Permiten a los sentimientos salir a la superficie, y no estar encubiertos por los quehaceres cotidianos. Pero no debemos quedarnos estancados en una identificación. La aflicción, el miedo, la alegría y las agresiones son importantes fuentes de energía en la vida del ser humano. Pero su potencia no se desarrolla en su exteriorización; esto es algo que con frecuencia no se tiene en cuenta. Debemos

admitir los sentimientos sin llegar a identificarnos con ellos. Su exteriorización, en la mayoría de los casos, equivale a un desperdicio de energía. La conmoción nos produce miedo y, por ello, queremos desembarazarnos de ella. Debemos manifestar los sentimientos, pero manifestarlos o lanzarlos fuera son dos cosas bien distintas.

Cuando el monje experimenta un sentimiento agradable, sabe que está teniendo un sentimiento agradable; cuando experimenta un sentimiento doloroso, sabe que está teniendo un sentimiento doloroso; cuando experimenta un sentimiento agradable de naturaleza mundana, sabe que está teniendo un sentimiento agradable de naturaleza mundana; cuando experimenta un sentimiento agradable no-mundano, sabe que está teniendo un sentimiento agradable no-mundano.

De esta manera practica la contemplación de los sentimientos, interiores o exteriores, permaneciendo en la contemplación de las condiciones originarias de los sentimientos.

Y así, su consciencia de la existencia de los sentimientos se va desarrollando en la medida en que resulta necesaria para caer en la cuenta y para el conocimiento. Se queda así sin ataduras. No se agarra a nada del mundo. (Maha-Satibathana Sutra)

¿Cómo se transforman las emociones en sentimientos?

1.º Es importante reconocer las emociones, no desplazarlas ni excusarlas.

2.º No juzgar.

3.º Entonces llegará el momento de tomar una decisión acerca de la necesidad de actuar y reaccionar, o sea, expresar los sentimientos o no. Puede ayudar la respiración profunda, el ser permeable o la relajación.

El adulto que reacciona constantemente de forma dramática a sus emociones, se ha quedado estancado en un nivel infantil. Porque en el fondo no son otra cosa que una constante reacción a «ser aceptado», «ser querido», «tener envidia», «estar celoso», «sentirse engañado», etc. Quien se pregunta constantemente hasta qué punto los demás le aprecian, critican o rechazan, pasa un purgatorio terrible.

La única salida consiste en desarrollar la suficiente autoestima como para no depender del comportamiento de los demás. Pero la autoestima no se puede producir, sino que tiene que crecer. En la medida en que tengamos acceso a nuestra existen-

cia más honda, seremos más independientes de los ímpetus emocionales de la superficie.

Lo que más nos puede ayudar a desmontar los patrones interiores en los que nos quedamos continuamente enredados es el progreso en el amor; no al amor afectivo, sino a la libre benevolencia hacia todo y todos que no diferencia entre simpatía y antipatía, entre amigo o enemigo. Es lo que en el cristianismo se denomina ágape, algo que no se puede producir, sino que tiene que brotar.

Con cada experiencia profunda crece la benevolencia hacia todo lo que existe, permaneciendo incluso cuando los demás se nos enfrentan. Cuando hayamos logrado permanecer en esta comunión con nuestro ser más profundo, ya no seremos inseguros, y reaccionaremos de manera serena y tranquila. Incluso, aunque nos enfurezcamos, no se tratará de esa ira que nos domina, sino de la ira del amor, porque algo va en contra de la vida.

En el ser humano puede surgir un amor parecido al fuego devorador. El amor transforma los sentimientos negativos; entonces la ira y la severidad pueden ser positivos. Ese amor aumenta con la experiencia como se desprende de la siguiente frase del zen: «Cuánto más profunda sea mi experiencia, tanto mayor será mi amor.»

Propio de ese amor es la atracción de una presencia omnipresente y la irradiación de este amor interior hacia todo lo existente. En el zen no es frecuente hablar en términos de amor, pero lo conoce igual que cualquier otro camino esotérico. Se mencionan más la misericordia y la compasión para con todos los seres, como veremos en la siguiente sutra, denominada la «Sutra de la bondad caritativa»:

*Quien aspira a la salvación debe actuar así
después de haber conocido el Lugar Silencioso:
ser enérgico, íntegro, firme, pero bondadoso, afable y sin orgullo.
Ser sobrio y modesto, no industrioso pero juicioso,
dominar las inclinaciones, contentarse con poco.
A todos los seres dicha y paz, ¡que todos sean felices!
Sean cuales sean los seres vivientes, errantes o sedentarios,
pequeños, medianos o altos, débiles, robustos o vigorosos,
a la vista o escondidos, de cerca o lejos,
nacidos o aún por formarse,*

*¡que todos los seres sean felices!
 No injuriar nunca a otra persona,
 ni menospreciar a nadie, esté donde esté;
 jamás causar daño
 motivado por el enfado o por sentimientos hostiles.
 Igual que una madre protege con su vida a su hijo único,
 así deberá aspirar a liberar de las barreras la mente de todos los
 seres.
 Deberá extender bondad a todo el universo
 liberando su mente de las barreras, de arriba, de abajo y de lo
 ancho,
 sin estar limitado por el odio y la enemistad, sino puro.
 Deberá procurar este estado de espíritu de pie, andando, sentado o
 echado,
 sin sucumbir jamás al relajamiento.
 Esto se denomina «manera divina de estar» en el mundo.*

La cueva del corazón

La cueva, símbolo del inconsciente

Desde tiempos remotos la cueva es un símbolo del inconsciente y también lugar para el encuentro con Dios. En las Upnishadas se la denomina *guha*. Es el santuario interior, el lugar fuera del alcance de los pensamientos, la morada de lo divino. Teresa lo llamaba «castillo interior», Tauler «fondo», Eckehart «chispa del alma».

A menudo se compara el corazón con la cueva. En el yoga, se habla del *chakra* del corazón, que debe ser el primero en abrirse, porque desde ese centro se dominan más fácilmente los fenómenos angustiosos. El P. Lasalle llamó «Shinmeikutsu» a su centro del zen en Japón, que significa «la cueva de la oscuridad divina». La cueva es símbolo de nuestro interior. El que entra en el recogimiento, intentando relegar su nivel del ego, o sea desprenderse de sus conceptos, imágenes y representaciones, entra, por así decir, en la cueva de su corazón.

Los primeros monjes no solamente iban al desierto, sino que a menudo vivían en una cueva, como san Antonio. Se adentraban en esas cuevas para desembarazar al demonio de sus últimos escondrijos. No resulta fácil entender a quien se retira a la soledad. A menudo es algo inefable que conduce a la

persona hacia el silencio, en contra de toda razón lógica; a pesar de ello, es posible que surja la pregunta: ¿Por qué no me he ido de vacaciones, en vez de venir a este cursillo de silencio? ¿Por qué paso aquí el tiempo en soledad, meditando cara a la pared? Aparentemente, la persona sigue una llamada interior. Existe una fe oscura, una experiencia intuitiva, a veces puesta en duda, a veces no. Una voz interior nos va confirmando que estamos haciendo lo correcto.

Quien se retira a la soledad o se adentra en la cueva, se encontrará con los demonios. De san Antonio se cuenta que durante su estancia en la cueva, le atacaron siete demonios. Una noche, vinieron muchos a atormentarle. Los golpes que le propinaron eran tan fuertes que estuvo convencido de que no se trataba de seres humanos. Cuando un amigo que solía traerle agua y pan, fue a verlo al día siguiente, le encontró en el suelo medio muerto y le llevó a la iglesia del pueblo. Sus parientes y las personas a las que había ayudado, vinieron a velarle. Hacia medianoche, Antonio se despertó y viendo a todos dormidos, menos a su amigo, le pidió que le llevara de vuelta a su cueva. Instalado de nuevo en ella, les gritó a los demonios: «Soy Antonio, aquí estoy de nuevo, aunque queríais darme más palos, nada me separará del amor de Cristo». Y empezó a cantar: «Aunque un ejército entero luche contra mí, mi corazón no temerá».

No deberíamos tener miedo a los demonios. Macario, otro padre del desierto, se encaminó hacia un lugar en Scytia, y como se le hizo tarde, pasó la noche en una cueva, probablemente una especie de pirámide con momias. Utilizó una de ellas como almohada. Los demonios se enojaron por el hecho de que careciera de miedo, cogieron unas cuantas momias más y empezaron a llamarlo. La momia, que Macario utilizó como almohada, le dijo: «¡Vente, que nos vamos a nadar!» Macario contestó: «Levántate tú si sabes nadar» mientras tenía su cabeza apoyada en dicha momia. Al percatarse los demonios de que no tenía miedo le dejaron en paz.

También Jesús fue conducido al desierto para ser tentado por los demonios. Seguramente estuvo en él una larga temporada; cuarenta días es sólo un número simbólico. Quizás pasó años enteros en soledad. En la iglesia ortodoxa, con frecuencia se representa a Jesús en la antesala del infierno: «descendió a los

infiernos», rezamos en el Credo. El camino hacia la resurrección conduce a través de la tumba, a través de la muerte.

También la mitología nos cuenta que hay que retirarse en soledad, bajar al infierno. Ulises se encontró en el reino de las sombras con el profeta Tiresias que le indicó el camino. El pueblo de Israel fue conducido al desierto antes de poder entrar en la tierra prometida. La entrada al Averno a menudo se simbolizaba y celebraba con mitos femeninos, como el de Inanna del siglo III a.C. o de Isis y Osiris. Son celebraciones vitales de «muerte y renacimiento», donde la muerte no se consideraba como final de la vida, sino como fuerza transformadora. Todo lo que nos pasa es fuente de energía para nuestra vida. Solemos pensar con demasiada facilidad que sufrimos una depresión o una enfermedad psíquica, cuando en realidad se trata de un proceso de transformación, si estamos dispuestos a aceptarlo.

Una frase apócrifa sobre Jesús dice: «El Jesucristo que vendrá triunfante por encima de la oscuridad es el Anticristo; el Jesucristo que vendrá a través de la oscuridad es el verdadero Cristo». Tenemos que pasar por la cueva hacia la resurrección, hacia la tierra prometida. La cueva y la soledad se encuentran en la profundidad de nuestra psique, que está compuesta de lo que suprimimos, lo que no pudo o no fue autorizado a desarrollarse, lo que no pudo ser integrado y lo que denominamos el material de sombra. Son las heridas de nuestra infancia y las experiencias duras. Los antiguos lo llamaron demonios, hoy lo llamamos depresión.

Quien se encamina hacia su interior, entrará en la cueva de su corazón, llegará al desierto, a la noche oscura, al aislamiento, porque se hace inaccesible a sus pensamientos, sentimientos, decisiones e imaginaciones. A veces, la tentación no es nada en concreto, y puede manifestarse simplemente como miedo aunque la persona no sabrá de dónde procede, simplemente existe. Así se va desarrollando el proceso de purificación, muchas veces acompañado de confusión y dolor y, en algunos casos, incluso somatizado, es decir con repercusiones físicas.

Un renombrado mitólogo, Josef Campbell, describió la diferencia entre la esquizofrenia y las tentaciones de la persona que medita:

*La contemplación es una esquizofrenia provocada a propósito.
Uno da la espalda al mundo cotidiano, recogiendo en sí mismo.*

Los síntomas son iguales que en la esquizofrenia. ¿Cuál es la diferencia? La misma que hay entre un buceador que sabe nadar y uno que no sabe. El místico entra en el agua bajo la guía de un maestro y se da cuenta que sabe nadar, mientras que el esquizofrénico se hunde.

Tenemos que pasar nuestro infierno psíquico como camino que conduce a la totalidad. Lo que parece tan confuso es en realidad un proceso de purificación. Quien lo aguanta, convencido de dar el salto, saldrá como persona transformada. Las sombras pueden convertirse en una nueva fuente de energía que conduce en última instancia a la resurrección, a la totalidad.

Es muy importante aceptar nuestro lugar en la vida, ya que es exactamente el lugar en el que ha de llevarse a cabo el proceso de transformación; no consiste en una simple terapia en el sentido psicoterapéutico, aunque se trata de un proceso de purificación y de integración. Nuestros antepasados místicos nos dicen que se trata del desprendimiento de nuestro yo para encontrar nuestro ser más profundo. Todo debe dejarse atrás, también lo que nos angustia; finalmente habrá que desprenderse también del control sobre el Yo, solamente posible para las personas que tienen un Yo; a las que tienen un Yo débil, les resultará mucho más difícil. El desprendimiento del Yo es peor que la muerte física, porque es relativamente fácil morir con la esperanza de que Dios está esperando para acogerme. La muerte mística, sin embargo, no se sabe cómo seguirá; es una muerte que no dejará lugar a un más allá, ejemplificada por Jesús cuando exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». No hay ningún deseo de cielo, ninguna esperanza de estar a salvo con Dios; tan sólo existe el desprendimiento.

Dicho desprendimiento tiene que ver con la humildad. Hay que sumergirse en la corriente de la vida aunque exista la amenaza de precipitarnos hacia la profundidad. Humildad en latín es *humilitas*; igual que *humanitas*, tiene su raíz en *humus*, es decir, tierra, suciedad, mantillo. También la palabra «humor» tiene la misma raíz. Esto significa que deberíamos enfrentarnos a veces con cierta dosis de humor a nuestros demonios, no tomándonos tan en serio a nosotros mismos ni a los demonios. Necesitamos valor para adentrarnos en la cueva de nuestro corazón y entrar en la tierra incógnita. Es un viaje que nos llevará a otra orilla que desconocemos y esto es lo que estamos

buscando, lo desconocido, el no-saber dónde está la plenitud, dónde se experimenta a Dios. Dicha plenitud no se encontrará en los caminos trillados.

Los padres del desierto hacen hincapié en la humildad. Cuando el Abba Macario iba de regreso a su casa con un haz de hojas de palmera debajo del brazo, se encontró con un demonio que llevaba una hoz con la que quiso agredirle, pero le fue imposible. El demonio exclamó: «Sufro terriblemente por tus ofensas, Macario. Hago todo lo que tú haces. Cuando ayunas, no como nada, cuando haces vigiliias, no duermo nada. Pero hay una cosa en la que me ganas.» Macario preguntó al demonio: «¿Y cuál es esta cosa?» El demonio contestó: «Es tu humildad. Por ser tú humilde yo soy débil.»

El mito de la caverna de Platón

Platón pone en boca de Sócrates la siguiente parábola, que éste cuenta a su discípulo Glauco: Hay personas que viven bajo tierra en una especie de gran cueva. A la luz del día conduce una salida larga, pero invisible. Dichas personas están físicamente atadas desde su infancia de tal manera que no pueden darse la vuelta. Y como tienen que estar siempre en la misma posición, solamente les es posible mirar la pared rocosa que tienen delante. Un rayo de luz, ilumina esa pared que proviene de un fuego que arde a las espaldas de los encadenados. Entre ellos y el fuego hay un sendero ancho a lo largo de un muro bajo. Por consiguiente, de todo lo que pasa por allí sólo se puede ver la sombra, y de ésta únicamente la parte superior. A lo largo del muro pasan personas que llevan todo tipo de cosas encima de sus cabezas: cuadros, enseres y un sinnúmero de objetos de uso corriente.

Platón opina que esos cautivos se parecen a nosotros. Son presos de sí mismos, nunca ven otra cosa que las sombras reflejadas por la luz del fuego en la pared de la cueva.

Lo que ven les anima a comentarios. Se entretienen con las sombras como si fueran reales. Si alguno de los que pasan a sus espaldas les hablara, creerían que las sombras son capaces de hablar. Así funciona nuestra consciencia del yo.

Platón se pregunta: ¿Qué ocurriría si uno de los cautivos pudiera liberarse? Se daría la vuelta y vería directamente la luz

del fuego, lo que le acarrearía confusión en vez de proporcionarle conocimientos más profundos. Sus ojos estarían doloridos y, por tanto, se apartaría. Incluso puede que pensara que las sombras son más claras que lo que se ve mirando hacia atrás.

Si alguna persona fuera capaz de subir por el sendero áspero y empinado de la cueva, llegaría a la luz del sol, y de nuevo se cegaría por el brillo de la luz. No sería capaz de distinguir nada, por lo menos de momento.

Platón cree que lo que hace falta es acostumbrarse a la luz del sol. El valiente explorador se daría paseos nocturnos porque la luz de la luna resulta menos fuerte. Más tarde, sin embargo, podría distinguirlo todo, e incluso mirar cara a cara al sol y no solamente su reflejo en el agua y en las cosas.

Platón se pregunta qué pasaría si uno de los que subieron bajara de nuevo para contar a los de abajo cómo es la realidad. Haría el ridículo; los de abajo no le entenderían y le dirían: «Ahí tienes tu merecido; has perdido la vista. No merece la pena subir.» Y si fueran capaces de desatarse las cadenas, le matarían antes que creerle.

Platón se da perfecta cuenta de que el ser humano no está preparado para afrontar la realidad y la verdad sin más. Cuando se enfrenta a ella, resulta confundido. Habituarle a ello supone un largo proceso de transformación que en la mística se denomina camino de la purificación activa y pasiva. El último puede resultar muy doloroso, peor que mirar directamente a una luz brillante, a una llama de fuego que hiere nuestra vista. Debe producirse una mudanza en el fondo de la personalidad. A esto se refiere Platón cuando utiliza la palabra *paideia*, habitualmente traducida por «educación» con un cariz demasiado intelectual. Originalmente significa una vuelta de toda la persona hacia su ser más profundo. De ahí vendrá el conocimiento que proviene de la experiencia y no del raciocinio. La auténtica cultura transforma lo más íntimo del ser humano conduciéndole a su centro, a su verdadero ser, desde donde actuará en adelante.

El camino presupone un proceso de transformación. No basta con liberarse, lo que nos podría llevar al desenfreno. Desenfreno y libertinaje están radicalmente opuestos a la libertad. La atadura que con anterioridad era externa, asegurada con clavijas, en la libertad bien entendida se convierte en un vínculo que recibe su normativa del ser más profundo. A mí me parece que la humanidad se está liberando lentamente de esas

clavijas y quizás algún día, la religión vuelva a ser aceptable.

Hasta hace muy poco, la fe tenía que basarse en el saber, si no quería convertirse en superstición. Los teólogos tenían a gala que la teología fuera reconocida como ciencia. Aunque más allá de todas las formulaciones de fe, que afirman que Dios es el totalmente diferente, en la práctica se está obligado a no tener ninguna discrepancia con las creencias formuladas.

La física atómica y las formulaciones de la mecánica cuántica han supuesto una revolución en las ciencias naturales. Los precursores del nuevo concepto del mundo, Max Planck, Albert Einstein, Niels Bohr, Pascual Jordan, Friedrich von Weizsäcker y Werner Heisenberg no dejan lugar a dudas del acercamiento de la religión, en especial la experiencia mística, y de las ciencias naturales, que se consideran complementarias. Ambas son necesarias al ser humano, a las iglesias y a los teólogos.

Las ciencias naturales han tocado el límite de lo que se puede objetivar. Las fórmulas matemáticas han dejado de explicar la naturaleza ante una realidad que se les escapa. Igual que los teólogos, los científicos están ante lo inefable.

Hoy más que en ningún otro momento, nos estamos dando cuenta de que estamos sentados en la cueva de Platón, mirando nuestras sombras reflejadas en la pared y tomándolas por la realidad. Quizás nos desatemos, pero entonces esa realidad nos confundirá como a los personajes del mito de Platón.

La sombra

La sombra no es solo un problema psicológico, sino también religioso. Todos los que están encaminados hacia la contemplación se enfrentarán a su propia sombra.

La sombra es la parte oculta de nuestra mente. De ahí que nos resulta tan difícil mirarla cuando surge, reconocerla como parte nuestra y aceptarla. La reconciliación con esta compañera, que a la vez es antagónica, es una de las tareas más importantes de nuestra vida, siendo la condición previa para nuestro proceso de crecimiento e integración. En esto coinciden tanto las enseñanzas de oriente y occidente como la psicología contemporánea. La sombra es sólo uno de los dos polos de nuestra mente.

En las imágenes —caras horribles, animales, demonios y monstruos terribles que van surgiendo— nos encontramos cara

a cara con nuestros demonios interiores. Nos enfrentamos a todo lo que no somos capaces de aceptar en nosotros. Pero no es suficiente aceptarlo, también hemos de decir que sí; y no es tarea fácil pasar de la negación a la afirmación.

Proyección hacia el exterior

Al principio tendemos a proyectar la sombra hacia fuera: al sexo opuesto, a otra raza, a otra cultura, a una religión diferente, a los judíos, a los paganos, a los nazis, a los extranjeros. De esta forma «satanizamos» en los demás aquello que en el fondo deberíamos reconocer como nuestro.

Por desgracia, también en el nivel religioso es posible este tipo de «satanización». Entonces, la diferencia entre materia y espíritu, entre cuerpo y mente, entre persona y Dios se hace abismal. El cuerpo, la sexualidad, el goce de la naturaleza y de la vida se consideran como algo inferior. Pero naturalmente, también ocurre lo contrario. Hay quien «sataniza» lo espiritual y lo divino. Esto supone el principio del fanatismo religioso, que siempre se da en una religión cuando falta el amor. La fe sin amor conduce irremediablemente al fanatismo; una fe incapaz de ver su propia sombra, se vuelve fanática. No tenemos que ir lejos para darnos cuenta de ello; no me estoy refiriendo a los grupos islámicos, sino a nuestra relación con los divorciados, los sacerdotes casados o con nuestros ideales erróneos de perfección que nos fueron inculcados en nuestra educación religiosa. Muchos cristianos sufren de esta separación cruel ante lo bueno y lo malo. Parece que hoy más que nunca existen personas que sufren de un complejo eclesiogénico. Sin la amistad con nuestra propia sombra no existe crecimiento.

C.G. Jung afirma que la proyección al exterior convierte nuestro entorno en nuestra propia cara desconocida. Los malos y perversos son siempre los otros. La primera tarea consiste en retirar las proyecciones y reconocer en nosotros mismos este mal y esta perversidad, porque de otra manera no perdería su efecto destructivo. Retirar las proyecciones es, según Jung, llegar a conocer que muchos de nuestros juicios y opiniones sobre los demás no pertenecen a ellos, sino a nosotros mismos.

Por ello tenemos que hacer lo prácticamente imposible para reconocer en nosotros mismos el mal que vemos en los demás.

Mientras no nos conozcamos, negamos en nuestra propia psique las maneras de comportamiento que criticamos de los demás.

Esto es válido también en el nivel religioso. La supuesta seguridad de estar al lado de la verdad y, por consiguiente, poder juzgar determinadas actividades y opiniones de los otros, es aún hoy día fuente de grandes sufrimientos, sobre todo psíquicos. Parece que las instituciones son aún más reacias a reconocer su sombra que los individuos.

Para saber cómo se simboliza en nosotros la sombra, lo mejor es interrogar a nuestros sueños. En el libro tibetano de los muertos encontramos ejemplos donde la sombra se muestra con caras grotescas, animales abominables y demonios. Una señal típica es que nos dan miedo. Nos sentimos fuertemente amenazados; en los sueños echamos a correr. Pero es justamente lo contrario de lo que deberíamos hacer, porque deberíamos mirar las imágenes cara a cara y entablar una conversación con ellas.

Mirar detrás de la máscara

La sombra también contiene elementos que en la vida cotidiana consideraríamos valores positivos. Nadie es capaz de realizar todos sus deseos. Hay quien tiene dificultades de ver, por ejemplo, sus rasgos positivos y aceptarlos. Puede parecerle imposible mostrar amabilidad y benevolencia, no queriendo admitir tales «excesos». También esto tendrá que reconocerse y ser integrado.

No es la sombra la que resulta destructiva, sino el no reconocerla porque puede llevar su oscuridad a nuestra psique. En la psicología se denomina esto escisión de ciertos elementos. Entonces se nos van manifestando como partes que no nos pertenecen, demonios, caras grotescas, perros negros o simplemente como una masa amenazadora e informe que quiere tragarnos. Es necesario averiguar lo que se oculta detrás, lo que no es tarea fácil, ya que desde la infancia hemos tenido que negar estos elementos amenazantes de nuestra psique.

El sí a la sombra

Cuanto más nos defendamos de estos «demonios», tanto más empeorará la situación. Y cuanto más rehuyamos estas imágenes, tanto más poder les concederemos. Pocas veces conseguimos ocultar a los demás nuestras facetas de sombra. Un buen amigo verá con más claridad que nosotros y nos descubrirá los mecanismos que utilizamos para ello.

También nosotros podemos descubrir nuestra sombra si nos preguntamos lo que queremos ocultar a los demás. Para admitirlo se requiere una virtud de la que no se habla mucho hoy en día: la humildad. Se trata de reconocer y aceptar. Es muy importante saber que no es necesario vivir todas las facetas de la sombra. Hemos de admitirlas y aceptarlas, lo que no quiere decir que tengamos que seguir sus impulsos. Un no absoluto bloqueará el flujo de la energía vital. Wilhelm Reich habla de la coraza del carácter, que nos encorseta, impidiendo el desarrollo de nuestra personalidad. No es tarea sencilla encontrar el justo medio entre el sí y el no, pero es el requisito necesario para que pueda madurar nuestra personalidad.

Coexistencia de sombra y consciencia

En el libro tibetano de los muertos se relata la lucha entre las divinidades espantosas y amables. La tarea del moribundo consiste en reconciliarse con estos grupos porque si se queda enganchado en su órbita, causaría la reencarnación.

Muchas personas experimentan este combate en sus sueños en los que tratan a la misma persona con amor y rechazo.

Algunos psicólogos creen que es necesario hacer amistad con estas imágenes o, por lo menos, llegar a una relación armónica con ellas. Otros se inclinan a dejarlas coexistir simplemente. (Ralph Metzner). La sombra es lo que estabiliza nuestro lado positivo, porque debemos estar vigilantes ante un adversario equivalente si no queremos perder. Hay que conocer sus refinamientos y trucos para evitar que nos domine constantemente.

Cómo se produce la sombra

Metzner indica tres niveles: psicología evolutiva, evolución de la humanidad y mitológico-teológico.

El fundamento de la psicología evolutiva. La experiencia del conflicto proviene, al menos parcialmente, de nuestra infancia, de la lucha entre hermanos para conseguir el afecto de los padres y adultos. A menudo continúa en la edad adulta y reaparece como rivalidad y celos en la relación de pareja y en la vida profesional. Los enfrentamientos entre hermanos son ampliamente conocidos en la literatura: Caín-Abel; Jacob-Esaú; la Cencienta y su hermana.

William Law, discípulo inglés de Jakob Böhme, dijo: «Hay un solo enemigo que te domina, un solo cautiverio del cual te gustaría liberarte, que es el poder de tu propio ser terrenal (ego). Este ego es el asesino de la vida divina que hay en ti. Es tu propio Caín que asesina a tu propio Abel».

El fundamento de la evolución de la humanidad. Metzner se refiere a las luchas prolongadas entre tribus y sociedades, entre propietarios y desposeídos. Este combate aún perdura planteándose la cuestión sobre si la humanidad podrá llegar a una coexistencia pacífica.

El nivel mitológico-teológico. Las luchas juegan un papel importante en las cosmogonías. En la antigua Persia aparece la lucha entre Ahura Mazda, el creador de la luz, y Ahriman, el príncipe de las tinieblas que termina con la alternancia del día y la noche. Detrás está la idea del dualismo que, aparentemente, está ligado a todo lo fenoménico.

Tenemos la dualidad de lo masculino y de lo femenino. Las películas del Oeste ponen en escena la dualidad entre el bueno y el malo, tipos de nuestra psique. El super-yo controlador se adjudica constantemente el papel del juez punitivo de la víctima. En oriente se conoce la dualidad del yin y del yang, aunque ambos se entrelazan en una sola unidad.

En el cristianismo tenemos el combate entre Miguel arcángel y Lucifer, la dualidad entre ortodoxia y heterodoxia, Inquisición y herejías. Hemos personificado el mal en el diablo que, según Jung, representa la sombra del inconsciente colectivo. La historia de las religiones reconocerá algún día que la personificación del diablo y en consecuencia las posibilidades de proyec-

ción, son las responsables de muchos crímenes en la historia de los pueblos cristianos.

En las religiones teístas predomina la tendencia a separar el bien del mal, el ángel del diablo, el cielo del infierno. Los dos polos se enfrentan cara a cara sin posible reconciliación. Cielo e infierno se excluyen mutuamente. En Dios, hemos eliminado el mal. En oriente, la Realidad última es buena y mala.

Siempre se nos ha presentado como ideal una vida de santo, perfecta e inaccesible, que ha contribuido a la frustración en la formación de la personalidad. Pero ni el ser humano ni Dios son perfectos, sino integrales. Mientras no consigamos armonizar en nosotros esta dualidad que aparentemente pertenece a la estructura de la creación, estaremos expuestos a la lucha de las fuerzas destructivas. Para esta transformación, es necesario convertirse en jueces propios. Tanto el inquisidor como el acusado, tanto el juez como el verdugo están dentro de nosotros.

Los demonios interiores

Los demonios del libro tibetano de los muertos son la personificación de las fuerzas buenas y malas, asuras y devas, que proyectamos hacia el exterior. Esto no va a ser diferente en el proceso de la muerte. A menudo, las turbulencias interiores nos dan la impresión de habernos convertido en una plataforma en donde fuerzas antagónicas están librando su batalla. Son nuestros propios sentimientos, pensamientos, miedos y representaciones que tenemos que afrontar aquí y ahora; en la hora de nuestra muerte cuando nuestro super-yo recobre una vez más toda su fuerza, quizá nos dejarán tranquilos.

¿Depresión o proceso de transformación?

El destino del ser humano

Desde el punto de vista de la evolución, el ser humano no ha pasado de la etapa infantil y apenas tiene una noción de sus verdaderas posibilidades debido a su arraigamiento en el nivel de consciencia de su yo. Su identidad queda oculta en la profun-

didad, encontrándose con una masiva resistencia de la conciencia del yo cuando desea mayor desarrollo.

Dentro de nosotros hay una semilla divina que desea crecer y manifestarse a través de todas las costras materiales. El ser humano se encuentra en un constante proceso de liberación. La febril búsqueda por encontrar el sentido de la vida no es otra cosa que esa secreta fuerza evolutiva de lo divino. El ser humano prefiere ignorar que este sentido se encuentra en las capas más profundas de la conciencia, y que la verdadera paz anida exclusivamente en el orden espiritual oculto del ser.

La razón es solo un instrumento de nuestra mente, como los sentidos; ella debe señalarnos el camino hacia nuestro origen, hacia nuestra condición divina. Esto no quiere decir que nuestras raíces no provengan de allí y que no estemos permanentemente allí, sino que desgraciadamente desconocemos nuestra verdadera identidad. La razón nos lleva a este conocimiento, a través de los diferentes niveles de la conciencia hasta que caigamos en la cuenta de nuestra condición divina; se trata de quitar de en medio los escombros donde se oculta. Todo es inherente a nosotros mismos; no hay que buscar nada en el exterior.

Una poesía de Kabir lo expresa maravillosamente:

*Me río al oír que el pez tiene sed en el agua.
¡No ves que lo Real está en tu hogar,
y vagas lánguidamente de bosque en bosque!
¡Aquí está la verdad! Ve donde quieras,
a Benarés o a Mathura:
si no encuentras tu alma, el mundo será irreal para ti.*

Utilizando otra imagen, podemos decir que la plena humanidad que debemos alcanzar, descansa como semilla en nuestras entrañas. La bellota contiene todas las características de la encina, pero no se desarrolla sin ser sometida a la oscuridad, humedad y pesadez de la tierra.

El desarrollo va unido siempre a la resistencia. Cuando se va manifestando nuestro verdadero ser, la resistencia se presenta a menudo en forma de una depresión que desempeña una función importante en el proceso de maduración. Lo que con demasiada frecuencia consideramos un obstáculo, o incluso una enfermedad, supone la gran ocasión para nuestra maduración.

La resistencia del yo

Nuestra vida es como un sistema de coordenadas. La línea horizontal nos atrae hacia metas materiales, la vertical hacia lo espiritual. La coordenada horizontal tiene la fatal característica de querer siempre más, prisionera de sus hábitos, angustias, ambiciones y codicias. Empieza por defender su patrimonio a cualquier precio. Trabaja, planea y anhela alcanzar la dicha y la seguridad olvidando que el entorno sólo sirve de compañero en el camino espiritual y no para descifrar el sentido de la vida. Lo que resulta grave es que los muros de la cárcel de su yo a menudo incapacitan para tener un solo pensamiento que conduzca fuera.

Pasamos pues por un proceso que nos debe liberar de las garras de lo físico/psíquico/material. ¡Afortunado quien se dé cuenta! El sufrimiento nos hace caer más rápidamente en la cuenta, separándonos del arraigo a nuestro yo. La vida se parece a una carrera de obstáculos, en la que las vallas están cortadas a la medida de cada uno, aunque no queramos reconocerlo. Hay que madurar con los obstáculos, que los cristianos denominan «voluntad de Dios» y las religiones de oriente, «ley cósmica».

El ser humano se enorgullece de su libertad y se irrita cuando alguien quiere quitársela, aunque en realidad es esclavo de sus pensamientos, angustias, emociones y codicias. El pequeño yo reacciona de manera vehemente y se rebela cuando ve amenazado su papel dominante. Quiere quedarse en este mundo de formas y privaciones materiales, aunque le depare sufrimiento tras sufrimiento. De esta manera, en su búsqueda de la dicha duradera, el ser humano pasa de una satisfacción pasajera a otra. Cae en el error de creer poder encontrar la satisfacción permanente a alguna necesidad. Dicho de otro modo: nos dominan nuestros vínculos emocionales, apetitos y angustias. La culpa por no alcanzar la felicidad se la solemos echar a las circunstancias, al destino o a los demás.

El esoterismo dice que se debe a ignorancia; el ser humano se deja burlar constantemente. Quien se da cuenta busca una salida: sale de la cueva hacia la luz del día, no sin resistencias. El conflicto forma parte de este desarrollo.

Sin embargo, lo material y lo físico pertenecen a nuestra condición de seres humanos, son parte integrante del todo que de ninguna manera debemos despreciar, sino experimentar

como inherente a nosotros, sin irritarnos constantemente por ello.

Sentido del sufrimiento

En dicho proceso, el sufrimiento desempeña un papel importante. En él, lo divino nos acosa para poder deshacernos de nuestro yo. Según Eckehart, es el caballo más veloz hacia Dios. Por lo visto necesitamos la constante frustración para encaminarnos al sendero espiritual.

Nuestro yo no dimite fácilmente en el combate por la autoconservación o, mejor dicho, por su supervivencia, que para algunos puede resultar dramático. Estamos tan enredados en el triple nivel de lo físico, psíquico y racional que nos cuesta entender nuestra vida como un peregrinaje santo donde debemos madurar hacia nuestro destino último. Esta experiencia consiste en crecer y madurar, por lo que debemos aprender a distinguir entre ilusión y realidad. En el esoterismo, se habla del «despertar»: tenemos que despertar a nuestro ser más profundo.

La confusión, los dolores, el miedo a caer en la locura y la desesperación son el precio del desarrollo espiritual. ¡Afortunada la persona que en estas circunstancias encuentre un guía que no quiera internarle en un psiquiátrico, sino que sepa distinguir su depresión espiritual de una decepción corriente del yo! Esta fase del desarrollo espiritual puede ir acompañada de molestias psicosomáticas: dolores de cabeza y estómago, agotamiento, dolores de las articulaciones...

Casi todos los místicos han pasado por estados similares en un determinado nivel de su desarrollo, como nos lo describe Juan de la Cruz en su *Noche oscura*. Este proceso es muy lento y nadie puede predecir su comienzo o su fin. Las depresiones forman parte de la estructura del desarrollo hacia una personalidad madura, al contrario de lo que ocurre con otras depresiones provocadas por un ego decepcionado, o sea, la ambición, codicia o pasión por el lucro. Cuanto más vivamos en nuestra intimidad más profunda, menos angustia habrá, trocándose en sabiduría.

Nos podemos plantear la siguiente pregunta: ¿Por qué nos encontramos en este estado contradictorio y doloroso siendo, como somos, de naturaleza divina? ¿Por qué tuvimos que entrar

en esta existencia material? No tengo una respuesta definitiva, pero intuyo que tiene su razón de ser. Parece que la conciencia del yo supone un paso necesario. Lo que la Biblia denomina pecado original no es otra cosa que la aparición de la conciencia en la forma mental, procedente de la arcaica. El pecado original no es el haberse apartado de Dios ni una culpa, sino la entrada del ser humano en el nivel racional de la conciencia, o sea, un paso importante y nuevo de la vuelta hacia nuestro origen. Los caminos esotéricos saben que nuestra forma de existencia como seres humanos reviste especial importancia ante nuestro destino final.

Clases de depresión

Un tipo de depresión proviene de la frustración del yo que no acaba de alcanzar lo que a toda costa quiere tener: felicidad, es decir, suerte en el amor, en la lotería, patrimonio, salud, «eterna juventud»... Si no lo consigue la persona es infeliz y se vuelve depresiva: «¿Por qué me tiene que pasar esto precisamente a mí?» «¿Por qué no recibo más cariño?» «¿Por qué soy yo siempre la cenicienta?»

Existe otro tipo de depresión en la que cae más de uno cuando se encamina por un sendero espiritual y el yo se da cuenta de que está siendo privado de su dominio; entra miedo y hasta pánico. De este tipo de depresión me ocupo en este lugar; para mí no significa otra cosa que el proceso mismo de purificación.

Cuando durante una entrevista pregunto: «¿De qué tienes miedo?», a menudo me contestan: «No lo sé». No existen problemas de pareja, ni preocupaciones de dinero o de salud. Es el miedo en sí, resultante del yo amenazado, que va unido a un sentimiento de desesperanza, inestabilidad y falta de sentido.

Incluso hay casos en los que aparece la idea del suicidio. Por un lado, el nivel del yo deja de ser un soporte y, por otro el nivel espiritual aún no está lo suficientemente consolidado. Incluso este nivel espiritual está teniendo un efecto amenazante para el yo, convirtiéndose en el origen del miedo. Lo numinoso no sólo es lo fascinante, sino también lo tremendo.

En esta fase, el instinto de conservación del yo puede aparecer con fuerza. El yo se rebela y se defiende con todas sus

fuerzas en una prueba de resistencia entre los dos niveles. Las fuerzas elementales del yo intentan conservar su dominio, pero la fuerza de las capas más profundas de la conciencia vuelve a ponerlo en entredicho.

La purificación no se para en el ámbito religioso; también allí desaparece la protección. Según Juan de la Cruz, ya no hay ni amparo en Dios. Si antes uno era capaz de sentirse seguro en las manos del «Padre divino», ahora esta mano deja de ser un sostén. Aparecen sentimientos de culpa que culminan en el temor de que uno mismo se ha colocado en esta situación por sus propios fallos.

Ahora es cuando comienza de verdad la evolución espiritual; lo que tomamos por enfermedad psíquica o lo que algunos terapeutas definen como tal, es en realidad el proceso de transformación. Aceptarlo cuando se está metido de lleno en él, resulta tremendamente difícil. Pero la persona no es digna de compasión, sino que está en el punto de salida hacia un nuevo nivel de la conciencia. Lentamente escapa de la fuerza que le tira hacia abajo, al nivel insaciable de la conciencia del yo, y empieza a desasirse el vínculo con el mundo físico, psíquico y racional. Se va dando cuenta de la inconsistencia de las cosas y de que el apego a ellas solamente conduce a la frustración.

Esto es lo que dicen los libros santos aunque sus términos religiosos nos parecieran poco fiables, porque con demasiada frecuencia iban ligados al desprecio, a la negación y a la mortificación de lo mundano, de lo que debemos guardarnos muy mucho. Todo ascetismo solo tiene un motivo: liberarnos del apego al yo. Las cosas no son ni buenas ni malas, y los conceptos de «correcto» e «incorrecto» y de «bien» y «mal» dejan de tener razón. Lo decisivo radica en el hecho de reconocer el destino espiritual de todas las cosas, incluida nuestra conciencia del yo.

La conciencia de nuestro yo, sin embargo, es de una importancia fundamental, siendo su existencia la condición previa a una experiencia profunda. Un animal no es capaz de experimentar lo que es el ser humano. Así pues, no se trata de matar la conciencia del yo, sino de relegar su dominio a un segundo plano para que pueda ser alumbrada desde la capa espiritual. Pasar a través de los niveles de lo material y de lo psíquico forma parte de nuestro proceso de purificación. La iluminación completa penetra todos los niveles de nuestra conciencia, también la física y la psíquica. Desde el punto de vista de la esencia,

no hay separación entre lo alto y lo bajo, entre lo material y lo espiritual. Tenemos que experimentar la totalidad; de ahí que también nuestro cuerpo desempeñe un papel relevante. Sin él, no somos capaces de experimentar nada, como nos lo dice Kabir en sus poesías:

*¡Oh, amigo! este cuerpo es su lira (de Dios);
Él tensa su cuerpo y arranca de ella la melodía de Brahma.
Si las cuerdas se rompen y las clavijas se sueltan, este instrumento
de polvo, al polvo deberá retornar.
Dice Kabir: «Nada excepto Brahma puede evocar sus melodías.»*

*¡Oh, Sadhu! purifica tu cuerpo de la forma más simple.
Así como la semilla se encuentra dentro del
banano y dentro de la semilla se hallan
las flores, las frutas y la sombra.
Así también el germen se halla dentro del cuerpo
y dentro del germen se halla el cuerpo de nuevo.
El fuego, el aire, el agua, la tierra y el éter;
estos elementos no pueden existir fuera de Él
Oh, Kazi; Oh, Pandit, recapacítalo bien; ¿qué existe
que no se halle en el alma?
La jarra llena de agua se coloca sobre el agua, tiene
agua por dentro y por fuera.
No se le debería dar un nombre, por no suscitar el
error del dualismo.
Dice Kabir: «Escucha la Palabra, la Verdad que es tu
esencia. Él se habla la Palabra a Sí mismo; y Él
mismo es el Creador.*

Posibilidades de curación

El dolor emocional de la depresión puede llegar a ser tan fuerte que apenas se pueda distinguir de una depresión endógena. La desesperación y desesperanza parecen convertirse en permanentes resultando imposible la predicción del término de esta fase. Ya no es posible retroceder a la concepción antigua del mundo, pero tampoco existe esperanza para el futuro. Los síntomas de este estado son insomnio, desinterés por la vida social y política, la profesión o el futuro. Sobre todo está afectada la autoestima, unida muchas veces a un déficit en la infancia. En general, se puede reforzar los rasgos negativos de la estructura global psíquica dando lugar a arrebatos repentinos.

También se pueden presentar síntomas corporales, al recorrer el cuerpo una energía psico-física (Kundalini).

Lo malo, sin embargo, es cuando la persona afectada no es capaz de comprender su condición; las palabras de aliento surten efecto sólo un corto espacio de tiempo, pudiendo presentarse a la vez el temor de caer en la locura que puede resultar mayor que el de la muerte, provocando a veces hasta un deseo suicida. Por regla general, el análisis médico no detecta daños físicos de relevancia, lo que no hace más que aumentar el miedo a la enajenación mental. Los métodos de curación habituales no dan resultado, los medicamentos surten poco efecto y apenas existe esperanza de una curación permanente.

¿Qué clase de curación existe para la persona que se encuentra en tal estado?

1.º) El primer paso consiste en facilitar una aclaración. Es necesario decir a la persona que no está padeciendo una depresión corriente, y que tiene que darse cuenta de la legitimidad de esta «pseudodepresión» que, a fin de cuentas, no es otra cosa que el proceso de purificación, condición previa para el paso a un nuevo nivel de la conciencia. Se trata del desarrollo espiritual, de un proceso de transformación, o sea, de un proceso positivo.

2.º) Es importante que la persona pueda hablar de su estado y tenga alguien que le escuche con frecuencia, pues las fases depresivas suelen presentarse repentinamente.

3.º) La persona no debe entregarse a sus sentimientos depresivos, sino que tiene que luchar contra ellos; tendrá que darse cuenta de que solamente existe una salida a través del túnel, hacia delante, y de que no hay camino de vuelta. La labor más importante no la tiene que realizar el acompañante, sino la persona afectada sobrellevando la situación. Harán falta unas buenas dosis de valor y de disciplina para poder sacar provecho del proceso.

4.º) Otro recurso es la presencia interior en todo lo que hacemos, el sacramento del momento: estar totalmente presente en cada paso y en cada movimiento. Puede ser una ayuda el ejercicio físico, el deporte, el trabajo, los paseos y los hobbies.

5.º) Lo verdaderamente dramático de todo el proceso es que, en última instancia, la única cosa capaz de conseguir la curación es el encuentro con lo que la mística denomina la

Nada. Esta Nada carece de sostén y no tiene fin. Niega cualquier forma de limitación, ya sea en el plano espacial, temporal o de otra índole. Al principio no es posible soportarla sin más. Esto mismo demuestra que no se trata simplemente de nada, sino que conlleva un efecto que marca a la persona, pero que resulta imposible de expresar mediante un lenguaje positivo.

Al principio, será experimentado como carencia de sentido, desesperanza, *horror vacui*. En este punto se quedó parado Nietzsche cuando dijo: «Dios está muerto, le he matado yo.» Nietzsche era un místico que se quedó estancado. En la Nada hay una huella que conduce al nihilismo y otra que lleva a la experiencia de la Realidad última.

Quienes son capaces de aceptar realmente esta Nada se darán cuenta de su calidad de penetración en lo infinito. Es la puerta hacia la experiencia religiosa; es la oscuridad resplandeciente de Dios.

En el cristianismo, la «teología negativa» describía a Dios mediante la negación.

«El conocimiento de lo buscado y el ver en el no-ver consiste en el hecho de que a quien buscamos sobrepasa todo conocimiento, como si su incomprensibilidad estuviese encerrada por todos lados por la oscuridad» (Gregorio de Nisa)

El maestro Eckehart ha desarrollado un concepto metafísico elevado, donde la Nada desempeña un papel importante, por ejemplo cuando habla de la potencia del alma que «no acoge a Dios si es bueno, y que tampoco lo acepta si es la verdad. Baja más hacia el fondo y sigue buscando a Dios, captándolo en su unidad y en su páramo. Le acoge en su desierto y en su fondo». De modo que en la más grande de las desesperanzas, donde ya no le queda nada al ser humano, ocurre precisamente la transformación: en la Nada le mira el ojo divino eterno.

La voluntad de Dios

Todo está entrelazado. Cada parte del espacio tridimensional está interrelacionada mediante elementos primarios, los agujeros vermiformes; las uniones de dichos agujeros que constantemente aparecen y desaparecen, ponen en funcionamiento unas señales que permiten la comunicación inmediata entre todas las partes del espacio. Podemos imaginar dichas señales como pulsaciones de células nerviosas dentro de un enormísimo cerebro cósmico que penetra cada partícula del espacio. (B. Toban).

Lo que ocurre en un ámbito parcial, repercute en otros ámbitos parciales. La frase: "la totalidad es más que sus partes", ha dejado de ser un argumento biológico ante una explicación física como lo fuera a principios de siglo, sino es mas bien la ley de la teoría de sistemas matemáticos que, a su vez, se ha convertido en un componente fijo de la ciencia de los procesos fisicoquímicos.

Las citadas frases provienen del Forum Europeo de Alpbach en 1989 y son la confirmación del concepto del mundo holístico, de la interdependencia de toda vida. Lo que entendemos por «voluntad de Dios» tiene que ver con este concepto holístico del mundo y con la interdependencia de todo lo que existe. Todo ser es «referibilidad».

Pascal lo expresó diciendo que la rama no es capaz de comprender el sentido del árbol, pero sí puede ser captada por el árbol.

Intentamos comprender este mundo desde la totalidad, y ésta se denomina desde tiempo inmemorial Dios. Debemos, sin embargo, ponderar las formulaciones de la fe y nuestro concepto de Dios. Saber que nuestra vida se rige por circunstancias que

no podemos cambiar y actuar a pesar de ello, o precisamente por ello, es de sabios.

Lo que nosotros denominamos «voluntad de Dios», en oriente recibe el nombre de «karma», que significa «gravitación» o tendencia al desarrollo inherente en la naturaleza. Es la misma vida divina la que se despliega en la creación. El que pone resistencia crea una disonancia que atraviesa todo el universo. Quizás sea esta resistencia el único pecado verdadero del ser humano. Por consiguiente, creo sería más adecuado referirnos a la «voluntad de Dios - karma» de manera positiva, no a un universo «independiente» sino «intersoportante»; o sea, no existe tanto una dependencia mutua como una influencia creativa de todo hacia todo. Nuestra energía debería consistir en estar conformes con el despliegue de lo divino.

La palabra «karma», de origen sánscrito, significa «acto». Es la ley de causa y efecto. Debido a los actos de voluntad se originan determinados acontecimientos. Dependiendo de la motivación de nuestras actuaciones —codicia, odio, necedad, benevolencia, nobleza, caridad...— sembramos semillas que crecerán de diferentes formas, creando condiciones para la salvación o la desgracia.

Es como en la naturaleza: de un cerezo no se recogen ciruelas. Una vez hecha la siembra, ya no hay nada que hacer. El maíz crecerá como maíz y el trigo como trigo. «El que siembra vientos, cosechará tempestades», dice la Sagrada Escritura. «La voluntad de Dios - karma» no tiene nada que ver con un pandeterminismo. Nuestra voluntad libre forma parte del juego del desarrollo de lo divino.

«La voluntad de Dios - karma» no tiene nada que ver con el fatalismo. Cuando caigamos en la cuenta de la relación existente entre la voluntad de Dios y la nuestra, entonces sabremos la grandísima responsabilidad que debe guiar nuestras acciones.

Debemos ser conscientes de las motivaciones que determinan nuestros actos. Fruto de nuestras acciones anteriores son la alegría y afecto, y viceversa: la codicia y la agresividad son también fruto de nuestros actos. Quizás sea esto una simplificación del karma, ya que las relaciones son en realidad mucho más complejas. Nuestra vida se parece al ajedrez: un movimiento repercute en otro, y ninguno carece de importancia para el juego entero. El juego sigue sus leyes inmanentes, pero con cada movimiento podemos encauzar nuestra vida hacia otra direc-

ción, dando importancia a lo único y extraordinario de nuestra existencia, en la que se expresa lo divino exactamente de una u otra forma.

Cuando nos demos cuenta de ello, sabremos por qué las personas se desarrollan de diferentes maneras. En realidad, no hay nada a lo que podamos llamar nuestro yo, tan sólo el punto de convergencia de nuestras actividades psíquicas, como la voluntad, la esperanza y los sentimientos, que se mantienen unidos gracias a nuestra memoria que es la que de alguna manera nos hace creer en la existencia de cierta permanencia. Nuestra verdadera libertad se encuentra en una capa más honda aunque hay como un «portador sutil» que va con nosotros hacia la siguiente forma de existencia.

Es como una bola de billar que toca a otra. La primera cuando ha rozado a otra, se queda quieta después de conferir algo invisible a la que tocó, que sigue su curso según la fuerza recibida. Lo mismo ocurre en la transferencia de los rasgos y elementos de una forma de existencia a otra. Lo que tiene lugar, en definitiva, es una transformación de energía. De la misma manera, si estamos llenos de benevolencia, se va grabando una tendencia que origina efectos positivos ahora y más adelante.

Es como un entrenamiento físico. El que entrena su cuerpo, adquiere una agilidad que le servirá para el futuro. De la misma manera que se entrena el cuerpo, también se puede entrenar la mente, repitiendo determinados estados mentales, como la benevolencia, el amor, etc. La estructura de nuestra personalidad, en consecuencia, es la suma de las energías que se originaron en una vida anterior y que fueron transmitidas después, igual que sucede con las energías que pasan de una bola de billar a otra.

Así que un acto realizado por nosotros no termina cuando ha finalizado. Tiene el efecto de fortalecer los rasgos básicos que hay en nosotros. Si tiramos una piedra al agua, se origina un círculo de olas que se va desplazando. Lo mismo ocurre con nuestros actos positivos y, por eso, la «voluntad de Dios karma» no es ningún fatalismo ciego. Por esta razón, la permanencia en nuestra forma de existencia como seres humanos (en contra de todos los intentos de eutanasia) cobra un sentido muy profundo, puesto que justamente en la enfermedad y ante la muerte, estamos más dispuestos a una mudanza interior, pudiendo influir de esta manera en la siguiente existencia.

Al final de nuestra vida no nos va a juzgar ningún juez, sino

la luz de una Realidad última que nos aclarará las conexiones que determinaron nuestras vidas. Si mantuvimos una actitud fundamentalmente positiva en esta vida, la llevaremos también en la siguiente existencia. En el momento del encuentro con lo divino, tendremos nuevos y profundos conocimientos de relevancia para nuestro futuro. Podemos denominarlos gracia y perdón.

Debemos asumir la responsabilidad de nuestras vidas. Somos los herederos de nuestros actos. En el cristianismo creemos que nos serán perdonados nuestros pecados, pero no las consecuencias de nuestros errores, los castigos por los pecados cometidos.

Es muy significativo que tanto el cristianismo como el budismo aconsejan no quedarse enganchados en la culpabilidad porque este sentimiento a menudo conlleva a una aversión contra uno mismo. Por ello, la fe en el perdón y la participación en los ritos del perdón que existen en todas las religiones, pueden ejercer un efecto profundo, liberando del sentimiento de culpabilidad y conduciendo a nuevos actos positivos que saquen a la persona de su actitud negativa. El apego a la culpabilidad y la no aceptación de uno mismo son estados mentales negativos que dan lugar a los efectos correspondientes.

La gracia del perdón nos permite caer en la cuenta de los resultados de nuestros actos. Penitencia significa asumir las consecuencias de nuestros «actos malos» cometidos en el pasado como una incitación para proceder mejor en el futuro. Al darse cuenta de ello, las personas viven de forma más responsable, porque intuyen que van a recoger lo que sembraron y que está en sus propias manos la creación de condiciones mejores o peores, tanto para su futuro personal como para el de los demás. De esta forma, lo que nos parece una desgracia puede convertirse en la mejor ocasión de nuestro proceso de maduración. Gracia significa que lo que nosotros mismos hemos provocado no se convierta en castigo, sino que sirva para nuestra salvación.

Podemos asumir la responsabilidad de nuestros actos buenos y malos y vivir de manera más sabia lo que conlleva una gran disposición para el perdón y a saber que todo el daño que una persona causa a otra, a fin de cuentas se lo está infligiendo a sí misma. Igual que en una función de teatro: cada acto se basa siempre en el precedente.

Cualquier acción, por insignificante que sea, deja sus hue-

llas en nuestro cuerpo sutil. Quien cede al odio, lo refuerza; quien se deja vencer por la codicia, la refuerza. En cada instante estamos creando los rasgos básicos que nos acompañarán a la siguiente existencia. Nuestra vida es un proceso dinámico, es decir, en cada momento podemos participar en la orientación de la corriente energética. Cuanto más conscientemente vivamos, tanto más adecuadas serán las decisiones que tomemos en cada situación. De ahí que la atención desempeña un papel fundamental en todos los caminos esotéricos.

¿De qué manera puede ser positiva nuestra actitud hacia la voluntad de Dios? Skakyamuni Buda hizo hincapié en la magnanimidad que los cristianos denominamos «caridad». Ésta encierra una potencia positiva decisiva para nuestra existencia actual y futura y, en general, para la existencia de cualquier vida. La bondad del corazón, otro nombre que también se le suele dar en el budismo, origina la experiencia de la compenetración de todos los seres. Nos protege de las actuaciones negativas, teniendo un efecto curativo y de auxilio a todos los seres.

Más importante aún resulta en el budismo el conocimiento de lo efímero de todo. Juan de la Cruz con su «nada, nada» se refiere a un conocimiento similar. Una experiencia de esta índole trae consigo el desapego. La persona se da cuenta de que su conciencia del yo es un estado parecido al sueño y hará todo lo posible por despertar. De ahí resulta una fuerza enorme con efectos beneficiosos tanto para ella como para los demás, conduciendo a la liberación y a la paz. El desapego o, como solemos decir, el abandono, es decisivo para vivir en concordancia con la esencia de nuestro ser. Considerando el ascetismo cristiano desde este punto de vista, muchas facetas cobran un sentido muy hondo. P. ej., se practica el desapego porque el apego origina una tendencia a querer retener, o sea a estructuras básicas negativas. La terminología cristiana «aceptar la voluntad de Dios» significa lo mismo.

Participamos de un espectáculo en cuyo desarrollo ejercemos una influencia constante. El juego de Dios no está predeterminado, aunque sigue unas reglas básicas; de la misma manera que en el ajedrez tengo la opción de mover una u otra figura, Dios juega su juego mediante nuestra libre voluntad. Por insignificante que sea un individuo, está siempre también actuando, influenciando a los demás «compañeros de juego».

¿Qué estamos buscando?

El rabino Jehudi contaba lo siguiente: «Cuando tenía trece años se me aclararon textos difíciles (de la Tora) en un instante, y a los dieciocho me consideraban “una autoridad en materia de la Tora”. Me di cuenta de que sólo con el estudio nunca alcanzaría la perfección. Comprendí lo que dicen los Midrashim de nuestro padre Abraham, que investigaba el sol, la luna y las estrellas sin encontrar a Dios en ninguna parte, y cómo en el no encontrarle se le reveló la presencia de Dios. Con este conocimiento estuvo tres meses. Después investigué durante tanto tiempo que también yo alcancé la verdad del no encontrar». (Martin Buber).

Un discípulo preguntó al maestro por el Camino. El maestro contestó: «Si lo buscas, no lo encontrarás.» Protestó el discípulo: «¿Cómo voy a encontrar el Camino si no lo busco?» Contestó el maestro: «El Camino no pertenece al saber o al no saber.» (Mumonkan n.º 19)

¿Qué buscamos? Dios mismo está buscando el Camino en nosotros. Quiere desplegarse en nosotros y mediante nosotros. La búsqueda de Dios es el proceso de la evolución que se manifiesta en nosotros por el hecho de buscar.

La vuelta al Uno

El ser de Dios es Uno. En lo que denominamos creación, lo Uno se dividió en un número ilimitado de formas diferentes que siguen estando referidas entre sí, a la vez que son la expresión individualizada de la totalidad.

Al principio está el Uno. Es lo santo, lo sano, lo no dividido. Con la aparición del género humano comenzó la tragedia del aislamiento, dolor básico del ser humano; ese dolor de la separación no tendrá fin hasta que el ser humano no haya vuelto al Uno. Nos queda una ligera noción de la totalidad que es la que despierta en nosotros la añoranza. La nostalgia existe cuando se sabe que hay una patria. Todo dolor es dolor de separación, y todo pecado en el fondo es el alejamiento de nuestro ser más profundo. Es este extraño instinto de nuestro yo que nos empuja hacia la autonomía y la diferenciación. Las personas perciben el déficit de la desunión más fuerte que otros seres. Por ello, con

la aparición del ser humano empezó la búsqueda de la parte complementaria; pues cada mitad necesita de la otra para poder experimentarse como completa.

La fuerza motriz del amor

La desintegración del Uno trajo consigo la separación, pero también lo absolutamente nuevo, la energía del amor. Con ella aparece en la creación un nuevo y fortísimo campo de energía: la añoranza metafísica del Uno que es la fuerza primaria de la evolución. La meta no es la regresión hacia el Uno, sino la evolución que conduce hacia delante al Uno. En realidad, no se trata de un paso hacia delante, sino de experimentar la unidad siempre existente. La meta no es el ojo del huracán, la calma eterna, sino la experiencia del huracán Dios, que es ambas cosas, ojo y tempestad, calma y dinámica. El fin es la vivencia del no-dos, la experiencia de las dos caras de la moneda como una sola pieza.

La iluminación es la manifestación de nuestro yo auténtico que traspasa todo nuestro ser. Ella nos depara el momento en el cual se nos da el don del toque de la Realidad última que nos trasciende totalmente. Quien emprende un camino místico de forma intensiva, por lo menos llega a tener una intuición de su verdadero ser.

Cuando el amor se apodera del ser humano, ya no se podrá retener la sed de unificación. El impulso de darse a sí mismo hasta el sacrificio de la propia vida es un rasgo característico de amor, que a menudo realiza actos que parecen un puro disparate; solamente bajo este punto de vista se han de entender las exageraciones de los ejercicios ascéticos de algunos santos. Para ellos no importaba la mortificación sino que, comparado con el amor, todo lo demás carecía de valor. El amor dinamita la soledad y libera de la cárcel del egocentrismo. Es la fuerza del universo que verdaderamente redime.

Nuestro yo tiende a oponerse a la unificación. Solamente alcanzaremos la totalidad mediante el desapego y el abandono, nunca por el apego o la conquista. En esto radica la tragedia del ser humano, en creer que es posible salvarse a sí mismo. El camino místico no es ningún camino de autosalvación.

Ética desde el interior

Al amor le es inherente una fuerza transformadora. Al principio, el amante cree que el mundo ha cambiado, pero en realidad lo que ha ocurrido es que él ha mudado en su fuero interno.

La religión cristiana y en general la mayoría de los sistemas religiosos se sirven casi exclusivamente de exhortaciones morales; aunque los buenos propósitos siguen desempeñando un papel fundamental, a menudo carecen de eficacia. La conducta ética no se nos debe imponer desde fuera ni debemos imponérsela a nosotros mismos por miedo al castigo, porque tanto el miedo como el castigo son medios poco aptos para despertar una conducta ética. El miedo al infierno era una mala medida educativa, y la creencia infantil de recibir al final de esta vida un premio o un castigo, sólo origina neurosis. Lo que produce angustia, lo que ata y lo que da miedo, está en abierta contradicción al principio divino de piedad y amor. Por otro lado, el miedo de un Dios vengativo puede conducir a un terrible trauma religioso, como lo demuestran las siguientes declaraciones:

Cuando era niño experimenté a Dios muy profundamente. Más tarde, se me presentó como un monstruo amenazante.

Cuando era pequeño amaba a Dios y me sabía amado. Se me privó de este Dios. Peor aún: estaba completamente convencido de que mi padre se iría al infierno por no ir los domingos a misa, como me habían enseñado, a pesar de que era el amor personificado y mucho más recto que mi madre. ¿Cómo se le puede amenazar a un niño diciéndole que su padre se va a ir al infierno sólo por no ir a misa los domingos?

El día de mi primera comunión cogí un cachito de una figura de chocolate y me lo comí, aunque iba contra el mandamiento del ayuno, según me habían dicho. Yo tenía mucha ilusión por mi primera comunión pero fui lleno de miedo por haber dejado derretir en la boca una minúscula cantidad de chocolate.

En cambio, la ética de la mística no proviene de buenos propósitos ni de exhortaciones morales, sino que se origina en

el fuero interno, por la experiencia profunda del propio ser. El hecho de andar por un camino espiritual produce un cambio esencial en la persona, lo que lleva a una transformación de la mente y a una visión del mundo más allá del estrecho círculo de la consciencia del yo. Desde esta personalidad transformada brotan diferentes intenciones, apreciaciones y actitudes. La vida de esta persona estará marcada por el desprendimiento, la sabiduría y la compasión, y tendrá un código moral interior que, en ocasiones, puede estar en abierta contradicción con las reglas de la sociedad o de la misma comunidad religiosa. Es el código del amor. *Ama et quod vis fac*, «ama y haz lo que quieras», dijo Agustín. El que ama de veras, será incapaz de hacer ciertas cosas. Cuanto más nos abismemos en la profundidad de nuestra esencia, tanto más percibiremos que, en realidad, ella vive en nosotros o, como dijo en una ocasión una mujer: «Hasta la fecha creía que vivía yo, pero ahora sé que hay algo que vive en mí.» Que nos recuerdan las palabras de Pablo: «No vivo yo, sino Cristo vive en mí.»

La esencia más profunda del ser humano alberga un tesoro que reacciona contra las tendencias egoístas, equilibrándolas cuando la persona se abandona a ellas. Una vez transformada, ya no se originan energías negativas que podrían ser un obstáculo. Desaparecerá la tensión entre sujeto y objeto, entre tú y yo. Si esta vivencia traspasa las raíces más profundas del ser, habrá una ausencia de egocentrismo. La persona se habrá liberado del interés de su conciencia individual e individualizada, encontrándose en una comunidad más amplia y, finalmente, en el cosmos. Mediante este proceso de maduración su proceder ético será la expresión de su naturaleza más íntima.

La ética no es el origen sino el efecto de una postura espiritual, cuando existe conformidad entre las convicciones y las actuaciones, lo que en la mística se denomina sabiduría o armonía entre la voluntad de Dios y la nuestra.

Por ello, una ética bien entendida no trata de luchar contra características malas, sino de salvar el equilibrio. Govinda lo ejemplifica con la imagen de la balanza. Si los platillos vacíos están desequilibrados no se subsana este fallo colocando un peso en el platillo de menor peso, sino corriendo el astil. De la misma manera hay que corregir la desarmonía en el alma humana, desplazando el yo hacia el no-yo.

En las religiones de oriente hay otro motivo para obrar éticamente: es la condición del ser humano como tal, su existencia privilegiada, de mucho más valor que la de los seres celestiales, porque bajo la forma humana son posibles procesos de purificación que no pueden darse en otras formas. La iluminación lleva siempre un profundo agradecimiento por tener un cuerpo en el que la Realidad última puede manifestarse. Los que aspiran realmente a la experiencia de la iluminación profunda, o sea, al significado de sus vidas, ya sólo por ello eliminan muchos factores que suponen un escollo en el camino, que retrasaría el paso definitivo hacia ella o, incluso, la imposibilitaría. Quien siente en sí este empuje de amor que, a fin de cuentas no es otra cosa que la llamada de lo divino, tiene fortísimas motivaciones para su forma de actuar.

En la mística, sin embargo, la razón ética más fuerte para obrar es la experiencia de unidad: la persona es una con todos los seres, y el perjuicio que causa a otros, en última instancia se lo está causando a sí misma.

Una vez, el rabino Jequiel preguntó a su suegro: «¿Cómo entiendes el “¡No robarás!”». Contestó: «No se debe robar nada a los demás». «Esto no hace falta que se nos mande», dijo el rabino, «pues entre nosotros, se da la siguiente explicación: ¡No hay que robarse nada a sí mismo!»

También la mística tiene mandamientos como ocurre en todas las religiones, p. ej.: esforzarse en pensamientos, palabras y hechos que no vulneran la vida, aceptar lo que nos dan, llevar una vida santa, no servirse de mentiras ni de palabras groseras, no emborracharse ni ofuscar la conciencia. Todos estos mandamientos se fundan en la experiencia de unidad con todos los seres. El amante se da cuenta de que perjudica a otros si no observa los mandamientos.

El amor también ocupa el primer lugar en el budismo, aunque haya críticos en occidente que lo nieguen. Dogen Zenji escribe en su *Shobogenzo*:

Oh monjes, en esta vida hay medios efectivos de salvación, capaces de originar una reencarnación buena y ganancia espiritual, pero todo esto junto no tiene el valor de una dieciseisava parte del amor, de la liberación del corazón y de la mente. El amor, la liberación del corazón y de la mente, lo absorbe todo, brillando, reluciendo, resplandeciendo.

De Shakyamuni Buda se cuenta lo siguiente: «Esto dijo el Excelso: quien provoque en sí de forma plenamente consciente un amor ilimitado..., se le volverán flojas las ataduras».

A Lao-Tsé se le atribuyen las siguientes palabras, que comprenden una profunda sabiduría:

*El deber sin amor vuelve malhumorado.
La responsabilidad sin amor vuelve desconsiderado.
La justicia sin amor vuelve rígido.
La verdad sin amor vuelve criticón.
La educación sin amor vuelve contradictorio.
La inteligencia sin amor vuelve astuto.
La amabilidad sin amor vuelve hipócrita.
El orden sin amor vuelve pedante.
La erudición sin amor vuelve disputador.
El poder sin amor vuelve violento.
El honor sin amor vuelve arrogante.
Las posesiones sin amor vuelven avaro.
La fe sin amor vuelve fanático.*

Si el amor a Dios y al mundo se excluyen mutuamente, entonces Dios es una cosa limitada, porque sólo las cosas limitadas se excluyen mutuamente. Dios está destronado cuando se le coloca en oposición al mundo y a la naturaleza, convirtiéndole en un objeto en vez de un continuo, en el cual estamos viviendo, nos estamos moviendo y tenemos nuestra existencia (A. Watts).

Dios es amor. La ética del cristianismo

En el cristianismo, el amor desempeña un papel decisivo. Pablo escribe:

*Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.
Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy.
Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha.
El amor es paciente y servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso, no busca su interés; no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se*

alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no acaba nunca. (1 Cor 13,1 ss.)

*Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. (1 Jn 4,7)
Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. (1 Jn 4,8)
Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. (1 Jn 4,16)*

Quisiera añadir algunos pensamientos propios, aún siendo plenamente consciente de que los textos citados son insuperables.

—*El amor es la ley de la construcción del mundo.* En su libro *La mente de la materia*, Charon asegura que incluso en el campo subatómico existe algo semejante al amor. El electrón puede recibir y dar. Recibiendo y dando, o sea, mediante la comunicación, se originan las formas de vida más desarrolladas. Quien no sabe amar ni es capaz de abrirse, no podrá establecer un intercambio y por tanto no podrá crecer.

La falta de amor y cariño es la enfermedad principal de nuestros tiempos. El que no es amado no será persona; el amor nos convierte en personas.

Somos responsables de lo que irradiamos: benevolencia, aversión, odio, compasión... El amor no empieza con la palabra y el abrazo, sino en nuestros pensamientos y sentimientos, incluyendo los que se refieren a nosotros mismos. Los pensamientos autodestructivos destruyen. El amor debería ser la señal de reconocimiento de los cristianos. «Ved cómo se aman», decían los que estaban alrededor de los primeros cristianos.

—*El amor cura más que cualquier otro medio y es la mejor medicina.* Y esto no es solamente válido en sentido figurado, porque a menudo la enfermedad es el síntoma de una falta de cariño.

—*El amor no vivido enferma.* El amor tiene que gastarse. Si no, se acumula convirtiéndose al final en odio contra la propia persona, degenerándose en narcisismo. Narciso estaba tan enamorado de sí mismo que miraba continuamente al agua para contemplar su propia imagen; como fue incapaz de entrar en una relación con otra persona, pereció por su amor acumulado.

—*Sólo el amor cuenta.* Al final de nuestra vida no contarán nuestros méritos y obras, ni se nos preguntará si éramos católicos o protestantes. Los relatos de personas clínicamente muertas dicen que en primer lugar y por encima de todo, tendremos que responder a la pregunta sobre cuánto hemos amado.

¿Muerte o transformación?

Nuestra existencia parece estar hecha de preocupaciones inútiles y de un continuo e increíble ajeteo, que con el paso del tiempo va desarrollando su propia legitimidad; al final no sabremos parar, igual que el aprendiz de brujo que no pudo sujetar a los espíritus que él mismo había llamado. Estas preocupaciones inútiles y este constante correr ahogan nuestras vidas.

En un camino místico, la persona se da cuenta del vacío que hay detrás de este ajeteo. Entonces, a algunos todo les parecerá aburrido, mientras que a otros, todo les resultará ridículo. Estos momentos importantes que nos acercan a la vida, nos llevan a la pregunta: ¿Cuál es la razón de estar aquí en la tierra?

Una declaración básica del zen dice: «Los mundos innumerables del universo son como burbujas en el mar» (Shodoka). Nada es estable, nada perdura. Aceptar este hecho nos cuesta muchísimo. Antes o después, todo perecerá. Cuando vamos por un sendero místico intuimos de repente la inconstancia, cayendo en la cuenta de nuestro apego a las cosas, de cómo corremos tras las ideas, de cómo nos atormentan nuestros miedos, de que estamos viendo el mundo por un agujero.

Vivir significa utilizar las cosas, disfrutar de ellas, y también ser capaces de prescindir de ellas. Inconstancia significa evolución y, en consecuencia, perfección de la creación. Únicamente seremos criaturas plenas cuando experimentemos la inconstancia como la felicidad de la vida. Para alguien no iniciado, esto sonará a masoquismo, pero es la verdad. Estoy convencido de que como seres humanos alcanzaremos tal grado de desarrollo que la muerte dejará de asustarnos y nos hará ilusión entrar en la siguiente existencia. Llegaremos a reconocer la muerte como la gran transformadora, dándole la bienvenida.

A pesar de tener constantemente delante el hecho de la

transformación, no estamos dispuestos a aceptarlo. Los árboles florecen, las hojas caen, las estaciones van y vienen, de los desechos vuelve a brotar la vida. Sin la muerte y la destrucción no podrá haber vida nueva. El cambio constante es el auténtico milagro de la vida. Nacer, morir y vivir son la perfección de la vida. El cielo no es ninguna existencia estática en un futuro remoto, sino experimentar y aceptar la perfección de esta danza divina del nacer y morir como la vida misma.

Nuestro yo se rebela contra esto. El trauma de las primeras canas se compensa con el tinte. Después de los cuarenta años los cumpleaños suelen darnos cada vez más apuro. De esta lucha saldrá vencedora la muerte hasta el día en que podamos decir: «Nuestra hermana la muerte». Entonces será el símbolo de una vida nueva. Al eliminar la muerte de nuestra consciencia, nos estamos volviendo contra la vida y contra su misma perfección. La muerte forma parte de la perfección de la vida. En occidente denominamos a Dios el Principio Último de la vida que se manifiesta como vida, muerte y resurrección. Este es el mensaje que nos trajo Jesús y la proclamación de toda religión. Quien se vuelve contra la muerte, lo hace contra la resurrección y, en último término, contra Dios; se niega a seguir la ley cósmica, a aceptar la verdad que está a la vista. La verdad se llama transformación.

Luchamos contra todo lo que no perdura y, como es una lucha inútil, estamos llenos de miedo, buscando la seguridad en otras personas y en el dinero. La buscamos en el trabajo, con una actividad febril creyendonos que tenemos que dejar algo grande cuando muramos, porque eso nos transmite sensación de perdurabilidad. Quizás estemos buscando la seguridad en una falsa religiosidad, creyendo en la existencia de un Dios que al final garantizará permanencia y eternidad a nuestro pequeño yo en el cielo. Este yo, aunque a veces nos pueda parecer ridículo, quiere vivir eternamente.

Sin embargo, no podemos esperar que el pequeño yo renuncie alegremente y sin más a su dominio, aunque esto es precisamente lo que las leyes de la creación piden de nosotros y a lo que aspira todo camino esotérico: «Morir y renacer». «¡Muere en tu cojín!». En la medida que vaya muriendo nuestro pequeño yo —este aglomerado de procesos psíquicos de miedos, de desesperación, de agresiones, de oportunismos, de manipulaciones y también de contenidos, aunque esto último nunca en un grado

suficiente— aumentará la confianza, la auténtica alegría y la seguridad. Pero, por lo que parece, no tenemos ningún interés en la evolución del Principio Divino, en el desarrollo del universo, en la infinitud de las posibilidades. Sólo estamos interesados en «yo y lo mío».

Debemos llegar, sin embargo, al conocimiento de que todo apego va contra la disposición al cambio, también el apego a nuestras queridas ideas religiosas, incluso el deseo de una determinada forma de iluminación. Nuestro yo choca constantemente con lo que existe en realidad.

Sistema de coordenadas

Es como si viviéramos en un sistema de coordenadas «horizontal-vertical»; no podemos dejar de lado a ninguna de las dos sin sufrir las consecuencias. Dentro de nosotros tiene lugar la desunión. Hemos de expresar el Principio Divino en nuestra condición humana física, psíquica y espiritual; por ello, no debemos extraviarnos ni en lo material ni en lo puramente espiritual. Lo espiritual deberá llenar cada vez más lo material para que pueda tener lugar una armonización entre ambos extremos. Este acto de equilibrio constituye nuestro deber como personas. La solución no se encuentra en el desprecio al mundo ni en su negación.

Del sentido de la resistencia

La resistencia es necesaria para el crecimiento. Nuestro yo está hecho de manera que no le queda más remedio que resistirse, que atraernos hacia la coordenada de lo material. Si no existiese esta tendencia al apego, a lo creativo y al mérito, no habría ninguna cultura y, en consecuencia, se habría parado un factor imprescindible de la evolución. Nuestro yo es la forma necesaria en la que se manifiesta la evolución divina. Cuando lo Divino-Indiviso entra en la diversidad, conlleva necesariamente esta polaridad. O sea, no cae en la categoría de bien y mal, de correcto y erróneo. Es lo que es: la consecuencia necesaria de la entrada de lo divino en lo creado.

Vamos transformándonos con estas resistencias. Si no exis-

tiera la tendencia a crear cultura, a lo creativo, a la alegría y a la tierra, no seríamos personas; lo somos gracias a nuestro yo, manifestación perfecta de la Realidad Divina. Somos geomorfos y teomorfos, es decir, somos uno. Nuestra tarea en esta vida consiste en experimentar en nosotros mismos esta unidad. Nos resulta difícil salirnos de esta existencia humana porque en el aquí y ahora tiene lugar nuestra vida como vida divina, tanto en la alegría como en el sufrimiento.

Solamente la persona auténticamente iluminada carece de resistencias. Vive porque sí, como la flor florece porque sí. Va y viene cual flor. Dudo que entre las personas haya alguien que alcance plenamente esta meta. Nunca llegaremos al final de nuestro camino en esta vida, pero es la meta.

«Sigue el curso del agua»

Un monje se había perdido en el bosque y llegó a la cabaña de un ermitaño al que preguntó por el camino de vuelta a su monasterio. El ermitaño le aconsejó: «¡Sigue el curso del agua!». Su monasterio se encontraba a orillas del río. Siguiendo el curso del arroyo llegó a su punto de destino. Cuando contó a su maestro la historia, éste reconoció enseguida al monje sabio de la montaña. «¡Sigue el curso del agua!» Esto significa mucho más que una mera indicación de vuelta al monasterio. Es todo un consejo para la vida. «¡Sigue el curso del agua!» ¡Acepta! En verano el calor, en otoño la luna llena, en invierno la nieve y en primavera las flores.

Cuando en el tarot alguien coge la carta número 13, la muerte, se asusta. Pero esta carta no tiene nada que ver con su pronta muerte o la de algún familiar. La muerte encierra el conocimiento primario de la ley de la creación. La carta no está al final sino en medio del arcano; es la carta de la transformación. No hay madurez sin muerte. Morir significa comenzar de nuevo. En el cristianismo solemos colocar la muerte al final, aunque Jesucristo con su resurrección indicó claramente el nuevo comienzo. Al coger la carta número 13, se nos indica que hay que aprender a morir aquí y ahora para vivir aquí y ahora. Morir significa despedirse de ideas, convicciones y puntos de vista queridos; solamente los que son capaces de aceptar la muerte cambiarán. Los que no están dispuestos a ello, no pue-

den emprender un camino esotérico. Los pasos difíciles son positivos porque en ellos tiene lugar la transformación.

Todo esto se dice fácilmente, pero si el médico nos comunica que solamente nos quedan tres meses de vida, o una lesión para siempre como consecuencia de un accidente de tráfico, o si no nos podemos valer por nosotros mismos, o si los padres pierden a un hijo, o si alguien está a punto de divorciarse, etc., todo resulta más difícil. Nadie será capaz de decir sí con toda el alma a cualquier situación; tampoco se le pide, sólo que lo acepte. El auténtico proceso de purificación y transformación consiste en aceptar lo que no podemos cambiar. Está permitido gritar, llorar y estar descontentos como Job, pero sigue siendo verdad que cantar y bailar son la voz del dharma. Los gritos y quejas son la voz del dharma. No hace falta alegrarse del sufrimiento. Pero cuando no haya separación entre yo y esta situación momentánea, entonces estaré iluminado.

Aunque he escogido situaciones difíciles, también podría haber dicho: ganar cien millones de pesetas. Es mucho más fácil desperdiciar la vida con esta cantidad de dinero que con una enfermedad grave. Se trata de vivir las circunstancias que la vida nos brinda. Podemos intentar cambiar la situación y cuando se está enfermo, habrá que hacer lo posible por curarse. Pero cuando nos pasen cosas que no podamos cambiar, ¿sabremos aceptarlas?

En la mayoría de los casos la aceptación va acompañada de duras luchas, según indica E. Kübler-Ross. Lo ideal, el estado de la iluminación, sería no tener necesidad de lucha, sino reconocer que éste es el desarrollo de lo divino en mí, es Dios quien está aguantando esta situación en mí.

En realidad, es lo que los cristianos solemos repetir en el padrenuestro: «¡Hágase tu voluntad!» Esta es la última piedra de toque de nuestro ejercicio, el grado mensurable de nuestro progreso en el camino místico.

La mística: ¿huida del mundo o responsabilidad para con el mundo?

La persona encaminada hacia la persona

La evolución nos permite unas capacidades de percepción que nos posibilitan acomodarnos y mantenernos en la biosfera de nuestra tierra. Pero no disponemos del acceso directo a la esencia de lo existente, que en los primeros años del género humano no hizo falta, porque bastaba con tener miedo en el momento adecuado, sentir dolor, correr, mirar y comunicarse; como lo demás no revestía ninguna importancia para la supervivencia, no lo desarrollamos.

Han pasado los tiempos en los que las personas se contentaban con estas cualidades. Como ahora ya no es posible aceptar sin más el tipo de religiosidad de los antepasados, lo esotérico de las religiones tiene más posibilidades de prosperar.

Hemos sido creados como personas para madurar y desarrollarnos. Las penas y problemas, las dificultades y alegrías deben ayudarnos a encontrar nuestra esencia auténtica. Si no lo hacemos así, tendremos un enfoque muy distinto de las llamadas «personas normales», aunque me pregunto si no será la «persona normal» el místico y no los contemporáneos que levantan un muro entre sí y lo numinoso, impidiendo de esta forma el pleno desarrollo de su humanidad.

Se trata de experimentar aquella dimensión de la que todo emana, a la que desde hace algunos milenios denominamos Dios, y a la que estamos unidos como por un cordón umbilical. De allí recibimos nuestra vida, pero también podemos avanzar hacia ella para experimentar nuestro fondo primario.

Se le atribuye a Konrad Lorenz la expresión *missing link* referida a la persona como la parte que falta entre el animal y

la persona auténtica. Estamos sólo a mitad de camino hacia el verdadero *homo sapiens*. Hasta ahora, nuestra especie se parecía a unas marionetas desamparadas y manejadas desde el exterior, que tienen que transformarse para llegar a ser personas integrales. Hasta entonces, los conocimientos racionales y los inventos servirán para nuestra destrucción más que para nuestro bienestar.

¿Por qué las personas reconocen la meta auténtica de sus vidas tan tarde o incluso nunca?

El camino que conduce a la verdadera transformación de la personalidad pasa por el desierto, la soledad, la frustración, la desesperación y la muerte del yo. Para la mayoría, esto supone un proceso dramático. La persona huye de este cambio doloroso mientras puede. A menudo, solamente se da cuenta —si llega a dársela— después de un trauma profundo, de un sufrimiento grande, después de algo que solemos llamar mala suerte, pero que para muchos significa la salvación.

Hay quien opina que está condenado a vivir un periodo de tiempo dolorosamente breve en esta tierra. No se dan cuenta que es precisamente aquí donde tienen la oportunidad de crecer y madurar, aún cuando este proceso de integración vaya acompañado de sufrimientos. El camino conduce a través de la individuación y el desasimiento del yo hacia la plenitud humana.

¿Hacia el uroborus o hacia el pleroma?

En la mística, supone un peligro que la persona no emprenda este «camino heroico» de la individuación (E. Neumann), y quiera huir de este mundo, del cuerpo. El estado de ausencia del yo es una tentación que no todo el mundo es capaz de resistir.

El pleroma, la plenitud del ser humano, está ante nosotros. La humanidad entera se encamina hacia la edad adulta. En los cuentos, a menudo se simboliza la pubertad mediante la lucha del héroe contra el dragón, en la que el yo vence el lado devorador del inconsciente, la madre urobórica. Delante de este paraíso infantil de simbiosis, del que fuimos echados en el proceso de la individuación, está el querubín con su sable de fuego. Nadie que se encamine a la edad adulta podrá volver al paraíso. La vuelta sería «incesto urobórico» (E. Neumann). Lo que cada uno ha de pasar desde la infancia hasta ser adulto, es

lo que el género humano entero tendrá que atravesar en su camino hacia la plenitud.

Pseudomística. Mística de negación

Existe una pseudomística urobórica, anticósmica y que incluso niega y desprecia el mundo. Sin embargo, la verdadera mística, no solamente afirma el mundo y las personas, sino también al yo y el proceso histórico en su dimensión temporal, el más allá, el cielo. La plenitud se encuentra en el aquí y ahora; está únicamente oculta. La *visio beatifica* es la experiencia de nacer y morir como proceso de la vida divina.

Lo creativo engendra y alumbra y, por este mismo hecho, su esencia más profunda constituye la afirmación del mundo. Gracias a la experiencia de esta realidad también el místico se vuelve creativo y es capaz de pronunciar un sí rotundo al mundo. La creatividad de Dios se va liberando en la persona. Dios «se manifiesta verdadera, perfecta y enteramente tal y como es, y llena a la persona con tal abundancia que ésta se desborda y se sale de la plenitud abundantísima de Dios» (Eckehart).

De estos fundamentos básicos se deriva la responsabilidad de la persona con el mundo.

Responsabilidad del esoterismo con nuestra tierra

Harada Dai un Sogaku Roshi, padre de la corriente zen a la que pertenezco, refiere el siguiente encuentro con su hermano del dharma, Kato Chodo:

Una mañana descubrió en la basura un palillo de comer. Lo cogió y me llamó. Enseñándomelo, me preguntó: —«¿Qué es esto?» Le contesté: —«Un palillo». —«Sí, es un palillo. ¿Y no sirve ya?» —«¡No!» contesté yo. —«Se puede utilizar todavía». —«Sí, pero lo encontré en la basura entre otros desperdicios». Entonces me interrumpió: —«Le has quitado la vida a este palillo. Quizás conozcas este refrán: «El que mata, cava dos fosas. Tú has matado a este palillo, él te matará a ti a su vez.» Harada Dai Sogaku Roshi contaba entonces siete años. «A partir de entonces empecé a ser muy cuidadoso con todas las cosas», dijo.

«Has matado al palillo, él te matará.» Hoy sabemos mucho más acerca de la verdad de esta frase que aquel monje zen de hace cien años.

Una vez, los estudiantes de la Universidad de Tokio recogieron durante un día todos los palillos y los amontonaron, dándose cuenta de que en el Japón diariamente se formaba una montaña gigantesca, para lo cual se talan los bosques de Borneo y del sureste asiático. Talamos los bosques agrandando el agujero de ozono, a sabiendas de que cambiamos radicalmente la climatología.

En el esoterismo creemos que todo es manifestación de lo divino. Todo está entrelazado en nuestra existencia. Lo que causamos a otro, nos lo estamos causando a nosotros mismos. Quien mata a otro, está cavando dos fosas.

El camino místico conduce de vuelta al mundo. No se sube a la montaña para quedarse allí, sino para volver a bajar. Puede que exista una mística huidiza porque el miedo a crear un karma negativo hace que algunas personas se refugien en la «cueva del Himalaya», o sea, en la retirada del mundo. A mí, esto me parece un error que no va hacia el pleno desarrollo humano.

¿Pecado original o individuación?

Lo que comúnmente llamamos pecado original no es ningún pecado, sino un paso necesario en el desarrollo del género humano. El ser humano tuvo que salir de su estado paradisiaco de la simbiosis.

El hecho psicológico fundamental de la separación del yo de su verdadera naturaleza y de la totalidad de la psique, independizándose, se proyecta teológicamente en el mito de la caída del ser humano de Dios y de la caída del mundo de su estado original (E. Neumann).

La teología cristiana lo denomina pecado original, concepto fatal porque pide cuentas a las personas, como si el niño fuera responsable de llegar a la edad adulta.

En realidad, el yo humano malo no se desgaja del ser divino, sino al contrario: es como si Dios se retirara lentamente para facilitar al ser humano la maduración. Llegar a ser adulto es un

proceso doloroso, conocido en la mística. Sufrir esta tensión en la cruz forma parte del camino de la transformación.

El desarrollo de la personalidad del místico no es un proceso regresivo de desaparición del yo. El camino místico se prepara fortaleciendo al yo. Al final no está la disolución del yo, sino que la consciencia se va mudando hasta que el yo deja de ser el centro, cediéndolo a la naturaleza propia, alrededor de la cual circula el yo (E. Neumann).

La falsa mística no puede aceptar lo abismal de lo numinoso y, por ello, declara que el mundo ha caído, es pecador, está engañado, es malo y corrupto, y no quiere reconocer que vida y creación tienen que llevarse a cabo en la polaridad de la tensión, a la que también pertenecen el demonio, el mal, la culpa, el pecado y la muerte. Dicha pesudomística considera la creación un error de Dios o la obra de un demiurgo de segunda clase.

En cambio, la mística auténtica, se funda en las siguientes declaraciones:

—Baal-Schem-Tow, fundador del movimiento jasídico, interpreta así la frase: «Con Dios iba Noa». «Por ello, si el Padre se alejó de él, Noa sabía que era para que aprendiera a andar» (E. Neumann). Es como si Dios tuviera que dejar al ser humano solo, igual que una madre tiene que dejar a su hijo solo para que éste se independice.

—En un texto sufí, Dios dice: «Era un tesoro oculto y quise que se me conociera; por ello creé el mundo.» Tenemos que conocer a Dios en este mundo; nuestro desarrollo humano es el camino para ello.

—Una frase hebrea dice: «Dios y el mundo son, por así decir, gemelos.» (E. Neumann). En opinión de Eckehart, el mundo es tan viejo como Dios. «Al mismo tiempo que era Dios, cuando engendró a su Hijo tan eterno como Él y en la misma forma de Dios que Él, creó el mundo.» «Se puede admitir que el mundo ha sido desde la eternidad.» Dios y mundo pertenecen el uno al otro; son dos aspectos de la misma Realidad.

El mundo es la revelación del Principio Divino. Solamente en la forma se puede reconocer y experimentar a Dios. Por ello, la mística auténtica siempre vuelve al mundo, en donde tiene una misión que cumplir.

En las dogmatizaciones cristianas, budistas y de otras religiones, algunas experiencias místicas cobran una apariencia de

hostilidad frente al mundo. Pero la mística auténtica es filantrópica. Una frase jasídica dice: «En invierno una persona se compra una prenda de piel y otra se compra leña. ¿Cuál es la diferencia entre ellas? La primera sólo quiere calentarse a sí misma, la segunda también a los demás.» La verdadera mística se considera como camino de salvación del ser humano. «La muerte del amor místico que no conduce a la resurrección, es un fracaso.» (G. Schmidt: *La mística de las religiones del mundo*.)

La transformación del mundo empieza por nosotros

La transformación básica del mundo no ocurrirá gracias a un nuevo sistema social, sino por la transformación del individuo. Quien realmente desea cambiar el mundo, no confía en ningún especialista. Cambiará quien se sale del sistema social, venciendo la codicia, el afán de lucro y las ansias de poder.

También en la religión esperamos al gran salvador desde el exterior. Sin embargo, los auténticos guías religiosos no quisieron salvar, sino que hicieron un llamamiento a la conversión, a la *metanoia*, al cambio hacia el interior, hacia lo esencial, a nuestra naturaleza divina. Hemos preferido colocar a los fundadores de las religiones en los altares en vez de llevar a cabo la *metanoia* que ejemplificaron. Porque el camino de la transformación es largo y penoso. Nos enfrenta con nuestra sombra y con el demonio.

El demonio, nuestro gemelo

En el comienzo de la religión cristiana está la dualidad de Dios y creación, luz y oscuridad, Miguel y Lucifer, tentador y tentados. Junto con la fe en Dios se nos inculcó la fe en el demonio. Debido a esta creencia hemos achacado las tragedias a otros, en vez de buscar los motivos en nosotros mismos, asumiendo nuestra responsabilidad. Llegará el día en que los historiadores de las religiones se darán cuenta de que este desplazamiento del mal hacia el exterior ha sido el responsable de muchos crímenes, tanto dentro como fuera de las religiones e ideologías.

El demonio es una hipótesis con la que intentamos explicar el mal en este mundo. El mal se personalizó, considerándolo como la fuerza opuesta a lo divino y separado de Dios. De esta manera el demonio se convirtió en una figura de proyección a la que se le achacaba todo mal. Representa tanto la sombra individual como la colectiva. Si no logramos armonizar dentro de nosotros esta dualidad, que aparentemente forma parte de la estructura de la creación, seguiremos estando expuestos a las fuerzas negativas de este combate. El inquisidor y el acusado, el juez y el verdugo, el amigo y el enemigo, el superior y el subordinado están en nosotros mismos, y es allí donde tenemos que armonizarlos.

Aunque la hipótesis del demonio resulta hasta peligrosa, lo que el demonio representa, no deberá desaparecer. Necesitamos algo que mantenga viva nuestra sensibilidad frente al mal. Nos hacen falta metáforas modernas para esta fuerza del mal que cobra relevancia en cada uno de nosotros. Necesitamos un lenguaje nuevo para expresar el mal. Lo que la tradición cristiana denomina «demonio», son potencias que no tenemos por qué personalizar. Lo verdaderamente malo en nuestro mundo tiene denominaciones diferentes: abuso de poder religioso y político, opresión de los débiles por sistemas económicos explotadores, destrucción del medio ambiente, manipulación de los genes, desarraigo racial y cultural de millones de seres humanos debido a destierros y huidas, odio al vecino y apego a lo material.

No fue el demonio quien tiró la primera bomba atómica o aniquiló a los judíos bajo Hitler y a los adversarios de Stalin en la época del comunismo. Tampoco fue el demonio quien tiranizó al sudeste asiático durante la última guerra. Ni fue el demonio quien movilizó a las personas para las cruzadas. Ni encendió las hogueras de la Inquisición o de la caza de brujas. Tampoco es el demonio quien está destruyendo nuestro espacio vital. Ni tiene la culpa el demonio de que no nos llevemos bien. El mal actúa en nosotros, y se trata de reconocer este mal; una vez que lo hayamos reconocido en nosotros mismos, nos daremos cuenta de que somos partícipes de los crímenes que se cometen lejos de nosotros.

En general necesitamos un lenguaje nuevo para la religión. ¿Por qué no explicar el «cuerpo de Cristo» con la terminología «personalidad de la humanidad», o la imagen del «tronco de vida verdadero» con el concepto «estructura morfogenética»? (R.

Sheldrake) Debemos tener mucho cuidado para no confinar la religión en las llamadas imágenes y conceptos religiosos. La religión ahora está apareciendo en múltiples disfraces fuera del contexto de las religiones conocidas, que no deberían emprender una lucha, sino ayudar a las personas que están buscando y redescubriendo su antiguo patrimonio.

Como individuos experimentamos cada vez con mayor intensidad el hecho de estar unidos a todo, tanto a lo bueno como a lo malo. El demonio es el símbolo del mal y, por ello, nuestro gemelo. Es inherente a la estructura de nuestra personalidad y pertenece al principio estructural de la creación. Si logramos hacer fecundas nuestras energías de sombra para el bien, habremos ganado a un ayudante que efectivamente obra el bien aunque aparentemente desea el mal.

Estrechamente ligado al demonio está el miedo al infierno. Este miedo proviene de una imagen arcaica de Dios. El Dios capaz de imponer la condenación eterna figura aún en muchas cabezas. Pero la Realidad última no se puede explicar con un modelo dualista. La experiencia mística es siempre experiencia de unidad, es la *unio* mística, la totalidad, el no-dos. Y de ello también forma parte lo que llamamos el mal.

La mística ¿armoniza o revoluciona?

La persona mística no tiene por qué pertenecer a una confesión. Aunque la mística ligada a una confesión sea la más conocida, no es necesariamente lo más relevante. Los místicos que no pertenecían a ninguna religión se expresaron con mucha más libertad, mientras que los pertenecientes a alguna confesión —y esto sigue siendo así hoy en día— entran en conflicto con la fijación dogmática de su religión y moral correspondientes. «La auténtica experiencia de lo numinoso tiene que ser necesariamente anticonvencional, antiolección y antidogmática, pues es una experiencia nueva de lo numinoso» (E. Neumann). Por ello, la mística siempre es revolucionaria y molesta, si no herética, a los ojos de la institución, lo cual lleva a los místicos frecuentemente a una confrontación con la religión establecida. Sobre todo en las religiones teístas muchos han sido perseguidos, condenados y ajusticiados.

Toda mística que se ve forzada a expresarse en el marco del

credo convencional es vaga y camuflada. O bien se refugia en una terminología no religiosa, o bien disimula el contenido de las palabras. Por ello, los místicos cristianos solían ajustar sus afirmaciones a los dogmas o las disimulaban, de manera que solamente resultaban comprensibles a los iniciados. Juan de la Cruz, por ejemplo, que fue acusado repetidas veces ante la Inquisición, expresó sus experiencias en forma de poesías, especialmente en poemas de amor. Pero cuando pasó a explicarlos, entró en conflicto con la institución. Aunque las disputas de los místicos con las religiones suelen provocar una renovación.

La humanidad tiene un porvenir

La humanidad se experimenta cada vez más como una totalidad, o sea, como una personalidad colectiva. No me estoy refiriendo a una comprensión intelectual, sino a una experiencia. Dicha personalidad colectiva se basa en energías aún desconocidas. Como género humano nos encontramos en la etapa de la pubertad. En estos momentos no sabemos exactamente quiénes somos. Pero el desarrollo de dicha personalidad del género humano se está llevando a cabo cada vez con más rapidez. Por lo menos, ya nos estamos dando cuenta de que pensar en términos de amigo-enemigo, de nacionalismos, de fanatismos religiosos y de violencia, constituyen una amenaza para todo el mundo, y no solamente en el lugar acotable donde surgen dichas enfermedades en un momento dado.

Apenas podemos imaginar cómo será el porvenir de la humanidad. Pero ya se está esbozando en una sensibilidad nueva para los valores espirituales. Estamos descubriendo que el universo es mente y que todo lo físico es sólo una concentración de dicha mente.

La persona está encaminada hacia la persona. Aunque sigan las malas noticias en la prensa, la especie humana no impedirá el desarrollo del Principio Divino. El mundo no es el intento fallido de un demiurgo de segunda categoría. Es la obra de Dios, que nos confirmó que todo es bueno. Los seres humanos tenemos un futuro, porque se trata del futuro de Dios.

Segunda parte
Alocuciones

Los textos sagrados de las religiones están escritos para todas las personas, independientemente de su nivel de entendimiento. Por ello pueden interpretarse de manera muy diferente. Los siguientes textos son una interpretación esotérica.

(Varios de los textos están basados en las interpretaciones del Evangelio de san Marcos según Eugen Drewermann, Olten 1979).

«Grabaré mi nombre en ellos»

«Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe.» (Ap 2,17)

«Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios, y no saldrá fuera ya más; grabaré en él el nombre de Dios, y el nombre de la Ciudad de mi Dios... y mi nombre nuevo.» (Ap 3,12)

Nombre significa individualidad. Somos una manifestación única de lo divino. Somos la autorrevelación de Dios en esta forma individualísima y estamos pensados por Dios exactamente tal y como somos, por ello, nos debemos aceptar así.

«Grabaré mi nombre nuevo en él». Tenemos que realizar una tarea totalmente individual en este mundo; nadie la puede hacer por nosotros. Somos el «nombre nuevo» de Dios. A través de nosotros Él pasa por el tiempo.

Quizás en la vida anterior llegamos a un entendimiento profundo de la causalidad del mundo y de nuestro lugar particular en él. A lo mejor, «escogimos» realmente nuestro lugar terrenal con el fin de hacernos cargo de tareas específicas de nuestra madurez personal y de la de otros. Deberíamos tener el

valor de aguantar y de no desear constantemente un lugar diferente, una situación pretendidamente mejor o condiciones de vida más agradables, etc.

Nuestra estancia en la tierra es solamente un acto de nuestra vida. En este nivel de consciencia no somos capaces de conocer en plenitud el significado especial que reviste. Por lo menos, la explicación no cae en el ámbito del yo. Tenemos que penetrar hacia nuestra esencia verdadera, allí donde es posible la experiencia de unidad con Dios. Únicamente allí cobra sentido nuestra vida.

La nueva Jerusalén (Ap 21,1 ss.)

La religión se sirve de imágenes, parábolas y mitos. Las doctrinas abstractas son un invento del intelecto, y por esta razón no podrán satisfacernos plenamente. A pesar de ello, a muchas personas les cuesta abandonar esta base supuestamente estable de nuestro intelecto para confiarse a una experiencia más profunda. En occidente, el intelecto se ha convertido en la instancia más alta para comprender la realidad. La persona occidental cree poder entender todo con la razón. Pero detrás de ella hay una dimensión del conocimiento totalmente diferente.

La «nueva Jerusalén» es una imagen de un estado de la consciencia, no es ningún lugar. La «nueva Jerusalén» no es nada que vaya a venir. Es aquí y ahora. Sólo nos separa una barrera del conocimiento. Si logramos pasarla, experimentaremos esta chispa divina que llevamos dentro de nosotros y de la cual hablan todas las religiones. En este nivel de la consciencia no existen las lágrimas, porque ellas también son revelación de lo divino.

«No habrá muerte.» Quien experimente la Vida en su profundidad, sabrá que nacer y morir son el proceso de lo divino. Experimentará la unidad con la Vida. Vive en la «nueva Jerusalén». La «nueva Jerusalén» es la experiencia de lo divino.

Como todas las imágenes de nuestro interior, la «tienda de Dios entre los hombres» es arquetípica, es decir que proviene del pasado lejano de la humanidad, del mundo imaginativo de los nómadas. La tienda es su morada, su hogar. Esta imagen nos dice que lo divino puede experimentarse como nuestro hogar,

como nuestra verdadera naturaleza. Dios está en su morada en nosotros como nosotros en Dios.

«Entonces ya no habrá llanto», porque la muerte se entenderá como paso a una nueva forma de existencia. Es la gran transformadora. Lo que es divino y eterno en nosotros, permanecerá invariable en todas las formas de existencia.

En la eucaristía celebramos nuestra resurrección, la «nueva Jerusalén», esta realidad nueva, aunque a menudo nos parece tan lejana. Pero creemos en ella y, al hacerlo, recibimos una motivación para nuestro camino que nos debe conducir a la experiencia de esta realidad.

Jesucristo es el prototipo en el que podemos reconocer nuestro propio camino. Ha pasado a través del sufrimiento y de la muerte hacia la resurrección; esto es lo que nos aguarda a nosotros. Celebramos lo que ya somos en lo más profundo, pero que no experimentamos. Ya vivimos en esta «nueva Jerusalén» sin caer en la cuenta de ello. El punto Omega no está separado de nosotros por el tiempo, sino por la experiencia. El cielo nuevo y la tierra nueva ya son. La «tienda de Dios» está entre nosotros.

Estamos aquí para experimentarlo. Con el ritual que celebramos, despertamos un potencial dormido. Mediante la repetición de las mismas palabras, pasos, gestos y sonidos despertamos energías en nosotros. Siempre el mismo símbolo, la misma palabra, el mismo sonido, el mismo movimiento: así se va liberando una potencia profunda.

Los rituales son gestos, sonidos e imágenes santas que curan y sanan, dando una dirección determinada a nuestro interior desordenado. Nos transforman en un nuevo orden. No se trata de una comprensión racional. Nos abrimos a una fuerza que está latente en nuestro centro, y no solamente existe en nosotros, sino en el fondo de todo lo existente. Esta es la fuerza que estamos celebrando aquí y ahora.

La muerte de Lázaro (Jn 11,17)

Si estudiamos los mitos de otros pueblos, vemos que en un principio el ser humano desconocía la muerte. Entendió el lenguaje de los animales y vivió en paz, sin trabajar, en un estado en el que se vive en la unidad con Dios.

De esta unidad de la infancia nos desterró lo que en la terminología cristiana se llama pecado original, que no se trata de ninguna culpa, sino del surgimiento de la consciencia humana desde una preconsciencia arcaica hacia una consciencia personal.

Esta consciencia personal desarrolla una actividad autónoma dominante que, con frecuencia, llega a tiranizarnos.

Intuimos que existe un lugar de sosiego donde podemos experimentar lo santo, lo divino, sin que nada nos estorbe. Aparentemente, dicho lugar se alcanzará a través del sufrimiento y de la muerte. Muerte no significa muerte física, sino del yo dominante que nos cierra la unidad con Dios.

Para muchos, este camino lleva a través de una confusión interior, de una estrechez que se simboliza mediante la tumba. Es una especie de enfermedad de iniciación, una vuelta al caos original, a partir del cual tendrán lugar la transformación y el renacimiento. Se trata de la transformación del hombre viejo en el hombre nuevo, según la terminología cristiana; es la maduración hacia la plenitud humana. Por regla general, el camino lleva a través de una soledad sin límites, de la desesperación y del desamparo psíquico. Nos va guiando a través de la aceptación de la muerte.

Parece que únicamente el sufrimiento es capaz de empujarnos hacia este conocimiento: «La desesperación es el resultado de cualquier intento serio por entender y justificar la vida humana... A este lado de la desesperación viven los niños, al otro, los adultos.» (H. Hesse)

El hombre viejo tiene que morir. Todas las religiones han desarrollado ritos para celebrar este paso de vuelta al hogar y no de morir, sino de vivir. Es lo que en el cristianismo celebra el día de Viernes Santo y el Domingo de Resurrección.

En todas las liturgias celebramos nuestra resurrección, la vuelta al paraíso perdido, pero no el que dejamos atrás. Delante de la puerta está el querubín con su espada de llamas que no deja pasar a nadie; porque es el paraíso de los niños, el paraíso del estado prepersonal. Nuestro camino al paraíso lleva a través de nuestro despertar personal hacia la unidad con el origen, el pleroma, a la plenitud.

Los cristianos lo llamamos resurrección, cielo o Vida eterna. Los budistas lo denominan satori, los hindúes samadhi. Si se comparan enciclopedias teológicas, seguramente esto no resulta

cierto, pero si se parte de la experiencia humana, todas las religiones, en el fondo, quieren expresar lo mismo, el cielo está dentro de nosotros, el Reino de Dios está con nosotros, el satori está aquí siempre y cuando se logre traspasar la frontera de la consciencia racional.

En este sentido entiendo también los relatos de Pascua. Los informes acerca de la resurrección no son históricos, sino experiencias con y en Jesucristo.

La noticia de la muerte y resurrección de Lázaro también simboliza nuestra muerte y nuestra resurrección. Es una experiencia mítica, de un proceso mítico. El ágape es el final. Pues cuando el iniciado pasaba por la muerte y la resurrección se solía celebrar con un convite. Esto es lo que hacemos ahora: celebrar con este convite la muerte y la resurrección de Jesús y nuestra.

Resurrección

¿Qué pasaría si se llegase a confirmar la tesis de que Jesús no murió en la cruz, sino que se fue a vivir a la India, y que allí incluso fue descubierta su tumba? ¿Qué pasaría si pudiésemos demostrar históricamente que fueron hallados los restos mortales de Jesús? ¿Sería el cristianismo una broma de mal gusto?

La Pascua fue un acontecimiento que tuvo lugar en los discípulos. La resurrección no describe ninguna experiencia dentro del tiempo o del espacio. Quien extrae la resurrección del nivel simbólico, colocándola en el histórico, malentiende su mensaje. El mensaje pascual es testimoniado por personas que experimentaron a Jesús como el que sigue vivo, como el que es inmortal. El sepulcro vacío, el ángel, el camino a Emaús, son experiencias de esa experiencia interior. La palabra «ophte» (revelar; 1 Cor 15,5) significa que Jesús no fue simplemente visto por los discípulos, les fue revelado, comunicado.

No fue pues un encuentro con alguien de carne y hueso, aunque los Evangelios lo presenten así: Tomás tocó con su mano el costado de Jesús. Jesús comió con ellos... Se trata más bien de una experiencia interior. «Se les abrieron los ojos». No se trata de experiencias mágicas, parapsíquicas o milagrosas, sino que se trata de una certeza. La resurrección es la experiencia de los discípulos de que esta vida no representa todo y que también ellos, al igual que Jesús, entrarán en una nueva existencia. La Vida no puede morir. Seguirá.

En las Upanishadas leemos lo siguiente: «Solamente el Señor renacerá». Es decir, no es nuestro yo superficial el que

pasará a una nueva existencia. En ella, esta Vida de Dios surgirá nuevamente en alguna forma, que no tiene por qué ser ésta que tenemos ahora. Estamos tan apegados a nuestro yo que nos creemos tener que salvarlo para siempre.

Pero en este yo no está nuestra identidad. Le damos demasiada importancia. Nuestra identidad es mucho más profunda; no somos capaces de comprender que es la Vida Divina misma, independientemente de la forma en la que vamos a resucitar. En el fondo, no damos ninguna oportunidad a Dios, a esa Vida Divina. Intentamos limitarlo y sujetarlo constantemente con nuestro yo.

Esas experiencias interiores son las que pretenden expresar los relatos de la resurrección. El encuentro de Pablo con el Resucitado lo hace en calidad de perseguidor y, mediante la experiencia, se transforma en un hombre nuevo a la vez que el Resucitado se identifica con el hombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

En la resurrección de Jesús, los discípulos traspasaron el límite entre la vida y la muerte. Si el ser humano traspasa la limitación de su consciencia del yo, entrará en un espacio de la experiencia al que se le han dado muchos nombres. Todos significan lo mismo: no existe la muerte; morir es la gran transformación hacia una existencia nueva.

Si encontráramos los restos mortales de Jesús y pudiéramos demostrar que se descompuso en el sepulcro, nada cambiaría en mi fe en Jesucristo. La experiencia de la resurrección no tiene nada que ver con sus restos mortales. Es una experiencia que cualquiera puede hacer: que su ser más hondo es divino y por eso no podrá morir.

El enunciado está claro: nuestra vida no termina con la muerte. Pasaremos a una nueva existencia, que, así lo esperamos, será una experiencia de Dios más amplia de la que la presente existencia nos puede proporcionar.

Esto es lo que celebramos: la muerte y la resurrección de Jesús y nuestra propia muerte y resurrección en el misterio de este ágape. Celebramos lo que somos en lo más hondo: resucitados, aún y cuando no se nos haya revelado.

San Benito

«Benito, hombre dedicado a Dios, solía levantarse antes de la hora de la oración nocturna, mientras los demás hermanos aún dormían. Cerca de la medianoche, mirando por la ventana, vio una luz que se extendió desde arriba, borrando de golpe la oscuridad de la noche. Brilló con tal esplendor en medio de las tinieblas, que resultó más clara que la luz del día. Unida a ella tuvo una percepción maravillosa. El mismo contó después que el mundo entero se le reveló como si estuviese concentrado en un rayo de sol.» (Gregorio el Grande: Vida de san Benito)

Benito era un místico como lo demuestra este acontecimiento. Hay una metarrealidad que se escapa a nuestros ojos físicos. Se experimenta desde el interior como luz, siendo también un símbolo de lo que se experimenta.

Esta metarrealidad que en el cristianismo denominamos Dios, es una realidad holística. Benito experimentó a Dios en su unidad cósmica.

En las personas hay posibilidades latentes que sobrepasan lo que podemos saber de manera cognitiva; con nuestra oración, nos abrimos a esta realidad holística. Nos esforzamos por entrar en este espacio sutil de la consciencia, que normalmente está cubierto por los espacios materiales, que son como una prisión. Requiere mucho tiempo que las personas se den cuenta de ello y aún más hasta que deseen salir de ella.

Benito, antes del amanecer, estuvo en la torre, mirando hacia la campiña. Una experiencia mística profunda no depende del lugar, ni del tiempo, ni de nuestro credo, sino única y exclusivamente de nuestra capacidad de abandono y decisión de no anteponer nada a la metarrealidad Dios. Lo existente puede convertirse en puerta hacia la experiencia de esta realidad. Solamente entenderemos y viviremos nuestra vida como un peregrinaje santo cuando hayamos caído en la cuenta de que la religión es nuestra vida cotidiana, que lo divino se consuma en lo que hay en cada momento, que lo único que tenemos que hacer es atravesar la barrera aquí y ahora.

Benito describió su camino en tres frases importantes:

Vacare Deo. Estar libre para Dios. Tener tiempo para Dios.

Habitare secum. Morar en sí mismo. Esto es lo que nos resulta tan difícil: permanecer en nosotros mismos, no huir.

Ora et labora. No hay separación entre religión y vida

cotidiana. Si entendemos esto seremos realmente religiosos. Benito lo explica de la siguiente manera: «Tratar todas las cosas como los utensilios santos del altar.» Esto significa sacralizar nuestra vida aunque algunos piensen que tienen que andar rodeados de una aureola, que en cualquier momento se les puede caer de la cabeza.

Muchos de los que acuden a orar están eclesiásticamente dañados. Sufren neurosis eclesiástica, les molesta la terminología religiosa. Benito quiso decir lo mismo que Bodhidharma ante el emperador Wu: «Nada es santo.» (Cfr. Hekiganroku 1) Todo es tal como es. Y tal y como es, son los «utensilios santos del altar», no porque los utilicemos para fines religiosos, sino porque son «santos» en sí. Todo es manifestación de lo divino. Religión es vida cotidiana, y vida cotidiana es religión; es así como se consume lo divino. Entendiéndolo de esta forma nos podremos considerar personas religiosas.

Vocación (Mc 1,14 ss.)

Existen asuntos por los que merece la pena dejarlo todo. Por un lado, encontrar un motivo para nuestra vida, nuestra profesión y nuestro lugar en la sociedad; por otro, esta pregunta: ¿Cómo encuentro el sentido de mi vida? ¿Cómo encuentro mi verdadera vocación?

Por regla general, las personas son demasiado cobardes para seguir sus vocaciones interiores. Siempre encuentran excusas que los demás corroboran. Hay un número mucho menor de personas independientes de lo que nos imaginamos. Se vive más cómodamente como grey.

La vocación de los discípulos tuvo lugar en una sociedad que desconocía la posibilidad de perderse en el anonimato de la gran urbe si se quería comenzar de nuevo. Jesús tuvo que haber irradiado una fascinación increíble, que hubiera quedado sin efecto si no hubiera encontrado resonancia en los discípulos para «automarginarse». Vocación y automarginación muchas veces van de la mano.

Vocación también tiene que ver con dejar a la familia. «Dejaron a su padre Zebedeo con todos sus jornaleros.» Si esto se le ocurre a un joven de hoy, diríamos que era un irresponsable. Darse cuenta de la necesidad de abandonar a los padres,

puede resultar para muchos aún más difícil que abandonar la seguridad exterior de la profesión.

También puede cobrar importancia el abandono interior de la familia, en el caso de si sólo uno de los cónyuges se encamina al esoterismo y el otro no está dispuesto a concederle el espacio necesario. La alienación no es exclusiva del ámbito profano.

Abandonar las características infantiles y sus apegos resulta aún más duro. Según la educación recibida, no sólo sería peligroso, sino también irresponsable transgredir las tradiciones, reglas y normas.

Pero Jesús nos dice que quien desea entrar en el reino de Dios, debe dejar atrás estas normas, a su padre y a su madre. Tenemos que aprender mucho sobre esto, porque se nos crean sentimientos de culpabilidad cuando nos salimos del «santo orden», aunque sea contrario a la vida.

Como cristianos estamos llamados a la libertad. El Evangelio de Marcos debería darnos valor para «partir», a su debido tiempo, para seguir una vocación completamente nueva.

Estoy pensando en especial en las mujeres cuyos hijos ya han salido de casa, y que se preguntan: ¿Y ahora qué? Asimismo estoy pensando en aquellos hombres que se jubilan entre los cincuenta y los sesenta años para, por fin, hacer lo que les gusta. Pienso en los jóvenes que, después de su primera formación profesional, se dan cuenta de su equivocación, y tienen que empezar de nuevo. Pienso en todos los que han elegido un camino espiritual y la gente de su entorno reacciona con total incompreensión. «Abandonaron todo y le siguieron.»

Pan (Jn 6,25 ss.)

¿Por qué celebramos siempre de nuevo este rito de la eucaristía? Junto con el bautizo, es el rito cristiano más antiguo. ¿Por qué, en la mayoría de los diferentes credos cristianos, se mantiene la costumbre de celebrar la eucaristía?

Los ritos interpretan la realidad. Hay que repetirlos a menudo, hay que utilizar siempre las mismas palabras, gestos y signos para que se pueda caer en la realidad de lo que hay detrás de ellos. En el rito despertamos un potencial latente, y lo hacemos mediante la repetición de palabras, pasos, gestos, sonidos. Siempre el mismo signo, la misma palabra, el mismo sonido, el

mismo movimiento; así es como se libera la energía profunda.

Los ritos son gestos, sonidos, imágenes santas, que curan y nos vuelven íntegros facilitando a nuestro desorden interior una orientación determinada. Nos convierten en un orden nuevo. No se trata de una comprensión intelectual. Nos abrimos más bien a una potencia que está en nuestro centro; y no solamente en nosotros, sino que es el fondo de todo lo existente.

Inmediatamente después de la multiplicación de los panes, la gente acudía a Jesús porque querían pan. Jesús les dijo: «No me buscáis por haber visto señales, sino porque os habéis saciado.» Este alimento que sacia, no es el que Jesús quiere dar. Cuando habla del pan, no se refiere al alimento para el cuerpo, sino al símbolo de una realidad mucho más profunda, que en otro lugar denomina «Vida eterna». «Quien come de este pan, no morirá.» Quien experimenta esta Vida eterna en sí, no tendrá que temer la muerte. La Vida no muere. «Este pan es diferente del maná que comieron vuestros padres y que murieron.»

Con demasiada facilidad decimos refiriéndonos a la forma: «Quien come de este pan...», como si se tratara exclusivamente de este trozo de pan. Este pan es símbolo de la realidad Vida que se oculta a nuestros ojos físicos. Así como se manifiesta en el pan, ha de manifestarse en todo lo existente. No existe nada en donde no se manifieste lo divino, independientemente de si caemos en la cuenta o no. El pan ha sido realizado para que caigamos en la cuenta de que Dios se manifiesta en todo. Todo es fulgor de lo Eterno. Quien lo experimenta, pasará por la vida con profundo respeto y tratará toda vida respetuosamente.

Si logramos liberar esta Vida en nosotros, nos transformaremos a nosotros y al mundo; no impediremos a Dios moldearse en y a través de nosotros. Le experimentaremos en nosotros y en todas las cosas.

Jesús dijo: «Trabajad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece», o sea, caed en la cuenta de vuestra propia naturaleza profunda, reconoced vuestro origen divino. Primeramente debemos reconocer la Vida en nosotros, en el ejercicio interior con la respiración, en cada paso, cada gesto, en las cosas sencillas...

Celebramos la eucaristía de nuevo para caer en la cuenta de que, igual que Dios está en este pan, está en cada uno de nosotros, en cada paso, en cada respiración; está en todo. No es que se haya compuesto una sinfonía que se está tocando y que

quizás él esté dirigiendo en algún lugar. Él es la sinfonía que suena; sólo tenemos que sonar en ella, procurando emitir el menor número de disonancias posibles.

Para comprender esto celebramos la eucaristía siempre de nuevo.

Piedra angular (Mc 12,10)

La religión se expresa en mitos, símbolos y parábolas. Estas imágenes están hondamente arraigadas en lo que denominamos arquetipo. Piedra, roca, son los arquetipos de la seguridad contra el oleaje de la vida. Hay muchos párrafos en la Escritura que remiten a ellos.

La piedra es el símbolo de Cristo, de la naturaleza divina de cada uno de nosotros. Es la única piedra con la que podemos contar. Todo lo demás fluye.

Si no tenemos esta Vida divina como centro, impedimos nuestro proceso de purificación como personas. Dios no es alguien que castigue. Somos nosotros mismos quienes estropeamos la ocasión de construir nuestra casa humana. Quien no edifica sobre esta piedra angular, «Vida Divina», construye sobre arena. Su fondo no le soportará. Dios no le hará nada, no le castigará; es la misma persona la que pierde algo. Ha escogido mal sitio para su casa.

Campbell, eminente investigador de mitos, preguntó una vez a su hijo menor: ¿«Por qué has visto doce veces la película *La guerra de las galaxias*?» Contestó: «Por lo mismo que tú siempre estás leyendo el Antiguo Testamento.»

Muchas veces, los conocimientos profundos no son más que la reintegración de partes separadas de nuestra consciencia; esto no les quita valor, sino que nos demuestra que lo divino no está lejos de nosotros, que se manifiesta en imágenes y símbolos que están latentes en lo más hondo de nosotros mismos.

Por este motivo, las imágenes y conocimientos que se nos presentan de repente, pueden suponer una motivación muy fuerte para nuestra vida. Pero no debemos agarrarnos a ellos, sino una vez sumergidos, salir de allí y llevarnos su mensaje.

También es posible que surjan en nosotros imágenes de una religión que no sea la nuestra; no debemos asustarnos. Una vez experimenté el fin y el origen del cosmos en la danza de la diosa

Kali, o sea, hice la vivencia de la realidad última, Dios, en la creación y la desaparición.

Dios no es ni piedra ni roca, ni pastor ni rey, tampoco padre o hijo. Si nos aferramos a las imágenes, permanecemos en una forma arcaica de religiosidad. Dios es lo que hay detrás de tales imágenes. Es la realidad que se presenta en ellas a nuestra consciencia del yo. A mí se me han presentado muchas de estas imágenes con una fuerza tan tremenda que han transformado mi vida; sin embargo, siempre he sabido que se trata solamente de imágenes; lo verdadero está más allá, y eso es lo que quieren transmitir.

Inmaculada

En la fiesta de la Inmaculada Concepción de nuestra Señora, celebramos lo eternamente femenino: la entrega. En el fondo nos corresponde solamente una oración: la de la entrega a la Realidad última, Dios. En esta fiesta celebramos nuestra postura fundamental ante Dios, celebramos el ser humano como tal.

Hay en nosotros un lugar inalcanzable para la culpa, un lugar en donde únicamente mora Dios. Allí está la «faz no profanada» del ser humano, como dice Gertrud von Le Fort. Allí está nuestra «faz de antes de nacer», como se dice en el zen. Allí no llegan ni la maldad del mundo, ni la propia culpa.

Este lugar únicamente lo alcanzaremos con nuestros *fiat*, mediante la recepción y la aceptación, permitiendo que las cosas ocurran. Tanto en el zen como en la contemplación a eso lo llamamos desapego. Buscamos nuestros rasgos y capacidades femeninas. Pero ante Dios no tenemos nada que aportar. Lo único factible ante Él, son la entrega y la disposición de recepción absolutas. Éstas son las características realmente femeninas en nosotros. Solamente por medio de esta postura femenina podremos experimentar lo divino, independientemente de ser hombres o mujeres.

Celebramos la capacidad de entrega del cosmos en la figura de la mujer por medio de María. La creación misma es femenina; existe por la fuerza de Dios, como los seres humanos. Nuestra naturaleza es entrega, ya seamos hombres o mujeres.

Tenemos que ser como la virgen que concibe, receptivos, porque solamente entonces podremos alumbrar a Dios. Si Ma-

ría fue virgen o no desde el punto de vista biológico, carece de significado. El mito de la virginidad proclama una realidad espiritual. María, con su *fiat*, sacrificó su yo, prescindiendo de su intervención propia. «Hágase según tu Palabra.» El desasimiento de nuestro yo es lo que practicamos en nuestro camino. María se nos presenta como la concepción pura. Es capaz de concebir y de dar a luz a Dios.

En ella puede tener lugar el «nacimiento de Dios»; en esto consiste su coparticipación en la salvación y la nuestra, no en la actividad masculina, sino en la concepción y en el alumbramiento; en dar a luz las obras de Dios, como dice Eckehart.

En esta fiesta celebramos una imagen humana optimista, lo que nos hace mucho bien a la vista de tantos malos presagios que nos llegan a través de la literatura, de las noticias, etc. La vida divina es más fuerte que las fuerzas destructivas de las personas. Se impondrá siempre y cuando aprendamos a estar abiertos, a ser receptivos.

Decía Gerturd von Le Fort: «Desde el punto de vista cósmico, el hombre está en el primer plano, la mujer en la profundidad. Cuando la mujer ha sido subyugada, no ha sido porque fuera débil, sino porque se la temió como poderosa; y con razón, pues en el mismo instante en el que un poder más fuerte no desea la entrega sino la autoglorificación, ocurre una catástrofe. En los vagos relatos que se refieren a las luchas de la caída del matriarcado, aún se percibe el miedo al poder de la mujer.»

Tendemos a suprimir lo femenino en nosotros. A menudo es oscuro, no se percibe con claridad. Muchas veces desconocemos de qué estamos preñados. Nos resulta muy difícil aguantar esta incertidumbre, esperar hasta que la fruta madura dé a luz a sí misma. Pero todo lo que es realmente grande, no está hecho por nosotros, sino que ha estado madurando dentro de nosotros.

Tiempo escatológico (Mc 13,24 ss.)

¿Qué horizontes tienen que derrumbarse en nosotros, qué tiene que desaparecer en nosotros, qué sol tiene que oscurecerse en nosotros, qué estrellas tendrán que caer del cielo en nosotros para que el Hijo del Hombre pueda resucitar en nosotros y se dé el comienzo de la consumación en nosotros?

En este proceso interior debemos salir de la estrechez de la

consciencia. Jesús inventó para ello la palabra renacimiento, que no tiene nada que ver con un renacimiento corporal, sino con el ensanchamiento de nuestra consciencia mediante la dimensión de lo divino.

En realidad, siempre estamos en este estado de renacimiento, en la dimensión de lo divino, lo que ocurre es que somos incapaces de percibirlo. Nuestra consciencia cotidiana está como en un acuario, según Eugen Drewermann, y, creemos que en la pared de cristal se termina el cosmos. Estamos frustrados y deprimidos porque esta estrechez no tiene sentido.

Poseemos mecanismos de defensa crónicos que nos impiden mirar a través de los cristales del acuario. Este es el pecado original. Aún no sabemos quienes somos, y por ello cometemos estas tonterías que llamamos pecado. Nos consideramos encerrados en un minimundo, damos la vuelta ante el cristal del acuario y no miramos a través de él.

Este minimundo tiene que desaparecer para que pueda hacer su aparición el mundo de Dios. Las falsas estrellas a las que nos agarramos y de las que esperamos la realización de nuestra vida, tienen que caer del cielo. El falso sol de nuestro yo pequeño tiene que oscurecerse. Tendremos que pasar por angustias y dificultades personales, así como por cambios sociales y políticos, quizás también por revoluciones.

El Hijo del Hombre vendrá con poder y gloria. No volverá el Jesús histórico, sino que será la aparición de la persona auténtica en nosotros, la irrupción de lo divino en nosotros, que en la terminología cristiana se denomina ser hijo/hija de Dios.

El nuevo cielo y la nueva tierra no son unos lugares del espacio universal, son aquí y ahora, justo detrás de las paredes de cristal del acuario en el que nos encontramos. Llegará el día en que nos daremos cuenta de que jamás existieron tales cristales.

Esta generación no pasará hasta que todo esto se cumpla, porque esto no tiene nada que ver con el tiempo. Puede darse en cualquier momento. La vuelta de Cristo es una aparición atemporal. El Hijo del Hombre, la persona nueva, la persona divina, está en nosotros, aunque no somos capaces de reconocerlo.

¿Qué tiene que ver todo esto con esta Misa? Estamos celebrando al Hijo del Hombre, la Hija del Hombre, que ya ha venido. Estamos celebrando lo que somos en realidad, aunque

seamos incapaces de reconocerlo. Estamos celebrando el nuevo cielo y la nueva tierra y la persona nueva. Estamos celebrando lo divino, que no solamente penetra todos los universos, sino que se manifiesta en todos los universos. No somos unos pobres peces a los que no les queda más remedio que dar constantemente contra la pared de cristal de un acuario. Estamos unidos con todo mediante esta vida divina, lo reconozcamos o no, y esto es lo que estamos celebrando aquí y ahora.

Epifanía

En Navidad celebramos el nacimiento de Dios, y subrayamos la encarnación. La epifanía de Dios es la aparición de lo divino. En el Evangelio se manifiesta a los Magos en el niño. Es la traducción mítica de un suceso que se repite sin cesar en los seres humanos. La epifanía también debe ocurrir en nosotros.

Nosotros somos los magos. Venimos de muy lejos, desde la oscuridad del egocentrismo. En esta oscuridad, el mundo tiene un aspecto «cubierto y oscuro». También nosotros buscamos primero en el palacio de Herodes y en muchos otros, antes de caer en la cuenta de que allí no lo encontraremos. Se manifiesta en las cosas y sucesos sencillos de la vida, en el aquí y ahora de la vida cotidiana, igual que se manifestó a los Magos en el niño.

Requiere mucho tiempo darse cuenta de que está en cada flor, en cada piedra, en cada persona. Para aprender esto, celebramos la eucaristía. Así como se manifiesta en el pan y en el vino, se manifiesta en todo, una vez que nuestros ojos estén abiertos.

El niño divino es el símbolo de todo lo creado. «En él todo fue creado» dijo Juan. «Es la cabeza de la creación», dijo Pablo. De la cabeza depende todo el cuerpo de la creación. «Él es el primogénito», nosotros somos sus hermanos y hermanas.

No existe nada fuera de Dios. No hay nada que no tenga condición divina. No hay nada que no sea su epifanía.

Hasta que reconozcamos esto, pasará mucho tiempo. Pero una vez que caigamos en la cuenta, nuestro concepto del mundo cambiará radicalmente. Por ello merece la pena jugárselo todo para reconocer su epifanía en todo.

Moisés y la gloria del Señor (Ex 33,18)

Dios quiere enseñar a Moisés su gloria y majestad. Pero para poder verlo, Moisés tiene que meterse en una hendidura oscura y, además, Dios le cubre con su mano, como si le estuviere empujando más hacia dentro. No podemos comprender la cercanía de Dios ni con los sentidos ni con la razón. Solamente cuando no quede ni rastro de imaginación, Él podrá revelarse tal y como es.

Donde Moisés tiene la sensación de que todo es oscuro, estrecho, opresivo, vacío, allí es donde Dios está más íntimo. Después que Dios haya pasado y haya salido de la hendidura, se dará cuenta de que Dios estuvo cerca de él cuando todo era estrecho, oscuro, y no parecía tener salida.

Lo mismo ocurre en nuestra vida. Lo divino es más íntimo cuando nos sentimos desesperados y abandonados. Parece que el proceso de transformación tiene sus propias leyes y que lo que llamamos depresión, muchas veces es la presencia de Dios.

El proceso de transformación es doloroso. Cuando seamos capaces de considerarlo no como enfermedad y sufrimiento, sino como lo que es, un proceso de transformación, será posible comprenderlo y soportarlo. No en balde en el esoterismo se tiene el sufrimiento en alta estima. Es la medicina que va transformando a la persona, llevándola a la consumación. ¡Afortunados los que son capaces de considerar sus baches de esta forma, los que son capaces de ver su muerte como la última tribulación a la que son sometidos por Dios, porque les permitirá ver su gloria una vez que él haya pasado! Tenemos miedo del sepulcro que no deja ninguna salida, y del que no hay más liberación que dejar el cuerpo atrás. Pero, ¿de qué otra forma podríamos resucitar?

Acerca de la oración

Todas las religiones van enfocadas hacia una Realidad última. En occidente, desde hace algunos milenios, la denominamos Dios, otros la llaman Tao, Nirvana o Brahman. La oración es comunión con esta Realidad última. Es el intento de entrar en contacto consciente con ella que nos penetra siempre.

La oración supone cierta polaridad; la que hay entre el ser humano y Dios, entre lo finito y lo infinito, lo individual y lo universal, lo imperfecto y lo perfecto. La oración se basa en esta condición de tensión interior, intentando unir lo que está separado. Pretende poder en contacto nuestra consciencia cotidiana con nuestra naturaleza auténtica, con lo divino en nosotros. La oración crea unidad entre dos aspectos de la realidad que están desunidos en nosotros.

Tanto lo personal como lo transpersonal forma parte de los seres humanos, o, usando la terminología religiosa, lo humano y lo divino. Es un sistema de coordenadas: natural - sobrenatural. Si estamos en el centro de este sistema de coordenadas, seremos totalmente humanos. Quien descuida, o incluso niega, lo divino en su existencia, quedará estancado en su proceso de maduración. No pasará de ser una persona a medias.

Las personas deberían rezar para abrirse a lo divino, para que rece en ellas, por así decirlo. Esta es la opinión de Pablo: «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, padre!» (Gal 4,6).

La verdadera oración no pide nada. Es puro abandono. En la mística la oración de petición es la forma inferior de acercamiento a Dios. En el fondo, la desconoce como dicen estas poesías de Angelus Silesius:

*Hombre, si aún sueles dar gracias
a Dios por esto y aquello,
sigues sin librarte
de las barreras de tu debilidad.*

*Dios se ama y se alaba a sí mismo
tanto como le es posible;
se arrodilla y se inclina,
se adora a sí mismo.*

*Quien pida a Dios regalos,
mal andaré.
Adora a la criatura
y no al Creador.*

*La oración más noble
tiene lugar cuando el orante
se convierte íntimamente en aquello
ante la que se arrodilla.*

Eckehart habla de las personas que son un impedimento a sí mismas porque ponen demasiada atención al rezo exterior:

Hay gente «buena» que es un obstáculo a sí misma por ser demasiado escrupulosa en lo referente al arrepentimiento y la penitencia; se quedan en la señal y no se esfuerzan por alcanzar la verdad pura.

El rezo ha sido instituido con el fin de que el alma se recoja de los sentidos exteriores en los que se dispersó hacia la multiplicidad de las cosas efímeras. Cuando esté recogida en las potencias superiores (razón, voluntad y memoria), será espiritualizada. Si el espíritu queda pegado a Dios, perfectamente unido con la voluntad, será divinizado. Entonces estará en adoración auténtica y no antes, o sea, cuando ha llegado a la meta para la que está destinado. Estamos creados exclusivamente para ser Dios, y por ello estamos hechos a su imagen. Quien no logre esta unidad del espíritu con Dios, no será una persona realmente espiritual.

Notarás claramente que ha de ser excluida toda multiplicidad, también la humanidad de nuestro Señor; Cristo mismo dijo a sus discípulos: «Os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el Consolador o el Espíritu Santo, no vendrá a vosotros, el Espíritu de la verdad, que será enviado por el Padre en mi nombre». La gente «buena» y espiritual se verá impedida en su debida perfección si se queda asida con gozo a la imagen de la humanidad de nuestro Señor Jesucristo; estas personas se pierden en visiones, porque verán cosas en sus mentes, aunque sólo sea en imágenes, ya sean ángeles o la humanidad de nuestro Señor Jesucristo... Pero él no se refirió aquí sólo a sus discípulos en el sentido estricto de la palabra, sino a todos los que en un futuro habrían de serlo, siguiéndole hasta alcanzar una perfección altísima; para éstos su humanidad será un estorbo mientras queden gozosamente asidos a ella.

Quien cree que la oración sólo tiene que ver con la razón y las formulaciones verbales, es un principiante. Un sufi lo enfoca de manera diferente:

«Pregúntales», me pidió el abad, «si se preparan para presentarse ante Dios mediante el ayuno».

«De ninguna manera», contestó riendo el derviche, «comemos y bebemos y alabamos a Dios que ha regalado a los seres humanos el alimento y la bebida».

«¿De qué manera?», insistió el abad.

«Danzando», contestó el derviche mayor, de larga barba blanca.

«¿Danzando?», preguntó el abad. «¿Por qué?»

«Porque la danza borra el yo», contestó el viejo derviche.

«Cuando haya muerto el yo, ya no habrá ningún obstáculo para la unión con Dios.»

Jesús el buen pastor (Jn 10,11)

Los textos del buen pastor proviene de los tiempos en que los israelitas eran nómadas. Hablan de la intransibilidad de la estepa, en donde se harían caminos, de montes difíciles de atravesar que serían nivelados. Son los sueños de los nómadas convertidos en símbolos de la venida de Dios. Ven la ciudad de Jerusalén, símbolo de la gloria de Dios. Cuando, viniendo de las estepas, entraron en la ciudad, se sintieron en lugar seguro. De la misma manera también nosotros debemos estar llenos de esperanza y consolarnos, porque es Dios quien se manifiesta en todo, quien está torcido en lo que es torcido, y recto en lo que es recto.

No tenemos nada que temer. Dios se impondrá, aunque esta sea una manera de pensar humana. No hay nada fuera de Dios. Dios se desarrolló en lo que es. Es el principio íntimo del cosmos que es su vestimenta, su eco. De Dios solamente puede ser alumbrado algo divino. Nuestros miedos sobre el fin son innecesarios, pues Dios es también el fin. «¿Qué me importa naufragar, si Dios es el océano?» ¿Adonde caeremos? Dios cae en nosotros, sea donde sea esa caída. Como dice la Bhagavad Gita: «Solamente renace siempre el Señor.» Cuando muramos para entrar en una nueva existencia, Dios morirá en nosotros y entrará en una nueva existencia. Esto se escapa a nuestro intelecto, pero la fe nos proporciona esperanza y confianza, pues no es nuestra vida la que vivimos, sino la de Dios.

Espíritu Santa

Sabemos que Dios no es ni masculino ni femenino. Pero a pesar de ello, las imágenes de Dios han ejercido una influencia enorme. ¿Qué hubiera pasado en nuestra imaginación si solamente hubiéramos escuchado: la Espíritu Santa? Es inimaginable.

ble lo que hubiera sucedido en nuestra forma de entender el cristianismo; lo que hubiera significado no tener que proyectar lo femenino fuera de Dios en María si nuestros artistas en sus cuadros, en vez de María Magdalena hubieran podido plasmar la erótica de Dios en Él mismo en una figura femenina, como la «Espíritu Santa».

Podríamos haber rezado a una imagen arquetípica femenina. Dios hubiera entrado en nuestra imaginación gráfica de una forma completamente diferente. Los niños no hubieran pintado a un hombre viejo con barba si se les hubiera pedido retratar a Dios con sus lápices de colores.

Pero sería completamente legítimo retratar a Dios en forma femenina. En el idioma de Jesús, el espíritu era femenino, y en su descripción se hallan elementos femeninos: comprensión, instinto maternal, intimidad, calor, sentimiento, belleza, corporalidad y eros.

En un pueblo a orillas del lago Chiemsee en Alemania, hay una capilla gótica. En un fresco del techo, el Espíritu Santo está representado en forma de mujer que sale de los pliegues del manto del Padre y del Hijo. ¿Qué pasaría si hoy día un artista se atreviera a pintar esto en una iglesia?

Haber convertido el Espíritu en algo masculino, ha falseado y reducido nuestro entendimiento del espíritu de Dios y de Dios.

Espíritu, respiración y sentimiento están estrechamente ligados entre sí en su calidad de rasgos básicamente femeninos. Pero hemos convertido el Espíritu en un asunto masculino, con frialdad intelectual. Lo hemos masculinizado, como todas nuestras representaciones de Dios y hemos perdido la ocasión de reconocer también lo femenino en Dios. En última instancia, no se trata solamente de reconocerlo en Dios, sino en nosotros mismos, y vivirlo.

El himno de Pentecostés suena distinto si nos dirigimos al Espíritu como a la potencia femenina de lo divino. Vamos a abrirnos a ese espíritu de Dios y reconocer lo que se dice de él también en nosotros.

Jesucristo, Hijo del Hombre

¿Quién era Jesucristo? Jesús solía llamarse «Hijo del Hombre». Se consideró la encarnación del Hombre Nuevo de la

creación de Dios, la persona que «heredará el reino». Habló de la nueva era del reino de Dios, en la que solamente puede entrar aquél que ha pasado por la metanoia. Tiene que renacer a un nivel de consciencia más alto. Tiene que haber nacido dentro del reino del Padre, es decir, en ese fondo del ser que Jesús denominó «Hijo de Dios» o «Vida eterna». Estamos invitados a convertirnos en otro Cristo, o sea, a alcanzar aquella estructura del ser transpersonal en la que domina nuestra naturaleza divina. Jesús reclamó esta estructura del ser de lo divino no solamente para sí.

Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre: y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor. (Fil 2,5 ss.)

A esta exaltación están llamadas todas y cada una de las personas. Todos llevamos dentro el mismo principio del ser. Jesús era un hombre histórico, pero Cristo es una forma de ser latente en todas las personas y que deberá desarrollarse. Tendremos que llegar a ser cristianos, es decir, «Cristos». Jesús no nos invitó a adorarlo, sino a seguirle en su conocimiento de ser hijos de Dios. Su forma de ser es nuestra forma de ser. Él es el primogénito en esta nueva creación. Somos sus hermanos y hermanas. Él es el segundo Adán, en el sentido de persona, de fundador de una raza nueva. Es el Cristo cósmico, una forma de ser supramental, que quiere desplegarse en cada uno de nosotros.

El reino de Dios está en nosotros. Somos hijos y herederos. «Convertíos, porque el reino de los cielos ha llegado.» (Mt 4,7) La conversión es la reunión con nuestro ser divino. El pecado original consiste en olvidar que somos hijos de Dios. Cuando lo hayamos reconocido, podremos decir como Jesús: «Yo y el Padre somos uno.» Salvación es liberación de nuestra ignorancia. Estamos llamados, igual que Jesús, a salir de la alienación. La consciencia de Cristo ha de despertar en nosotros. El verdadero hijo de Dios, hermano de Jesucristo, no busca la autoglo-

rificación o una recompensa en forma de consuelo en este o en el otro mundo, sino en el conocimiento de su dignidad.

Hemos puesto demasiado énfasis en la divinidad de Jesús. Él quiso ser nuestro guía hacia el reino de Dios. Mientras mantengamos una distancia abismal, el cristianismo no cumplirá con su verdadera misión. Mientras le adoremos como Dios, no le seguiremos como a un guía. Él es el primogénito y nos dijo que somos en realidad hijos e hijas de Dios. Se trata de experimentar este hecho. Lo divino quiere abrirse paso en nosotros.

Para poder llegar a un entendimiento más amplio y profundo de Cristo, hay que poner en entredicho la tradición. En el Nuevo Testamento solamente tenemos aquellos ejemplos de «comprensión de Cristo» incorporados en la Biblia en los siglos III y IV. Existían muchas teologías de comunidades y comprensiones de Cristo diferentes que no se correspondían con los de los Padres de la Iglesia que, por otro lado, apenas sabían más del Jesús histórico que nosotros hoy. El cristianismo perdurará en los grupos de base que desarrollen una comprensión actualizada de Cristo y que se consideren guiados por el Espíritu Santo, igual que los tradicionalistas y los fundamentalistas.

Jesucristo nos sana

Vivimos en un momento crucial de la historia de la humanidad. Nos preguntamos por la supervivencia de nuestra raza y no solamente por asuntos económicos, materiales, sociopolíticos y culturales. No se trata de cómo vamos a resistir la amenaza de guerras químicas y atómicas, la polución del aire y de los mares, y la explotación desmedida de los recursos. Todas estas amenazas afectan a personas con un determinado nivel de consciencia, que incluso nos hacen saber que nuestra forma de proceder es errónea, pero que no se podrá cambiar. Desplegamos un comportamiento irracionalmente amenazador y no encontramos a nadie que nos pueda curar. La crisis de la consciencia es patente. Estamos enfermos. ¿Dónde está el sanador?

¿Quién nos cura de nuestras neurosis? ¿Cómo alcanzar un nivel de consciencia más alto? ¿Dónde están los recursos de los que podemos echar mano? La evolución disponía de recursos cuando la humanidad entraba en una crisis existencial. ¿Dónde están ahora? ¿Tendrá lugar este salto cuántico de nuestra cons-

ciencia, capaz de hacer girar el timón que guía nuestro planeta hacia el abismo? El que tantas personas estén encaminadas hacia «el ensanchamiento de la consciencia», es algo que nos puede llenar de esperanza. Porque con nuestra consciencia del yo podremos manipular sólo de forma muy limitada la evolución que sigue unas leyes totalmente arracionales. La naturaleza se ayuda a sí misma, generando fuerzas que salvaron al ser humano de su extinción. Esto constituye nuestra esperanza también hoy.

Se está generando una nueva especie del ser humano. Aún no está organizada; de momento se compone solamente de individuos aislados que no se sienten responsables de ningún grupo existente, tampoco de ninguno religioso, a no ser de la *philosophia perennis*, que es el culmen de toda religión. Portadora de ella han sido siempre individuos que se convirtieron en el centro de atracción de algún grupo. Estos grupos de base sobrepasan los signos específicamente racionales, nacionales, étnicos y religiosos. Muestran gran interés por las disciplinas psicológicas, espirituales y religiosas, sin atarse a ellas. Son los portadores de la esperanza del futuro. Proviene de la cultura agonizante de nuestro tiempo, profundamente sacudida por instituciones fatuas, gobiernos guiados por círculos de intereses creados, multinacionales insaciables, competencias agresivas, sistemas religiosos estancados, consumismo de industrias recreativas triviales, cadenas de prensa manipuladoras, despojos moribundos que sólo consiguen mantenerse en pie con grandes esfuerzos.

El número de «conspiradores» de los grupos de base sigue siendo muy reducido. Exteriormente apenas son reconocibles. Se diferencian interiormente. Con un pie siguen aún en la época anterior, con el otro van pisando senderos nuevos. No hacen propaganda. Su efecto está en el contagio. Sus señas son, una fuerte predilección por el colectivo sin comprometerse y estructuras arraigadas en dimensiones más altas de la consciencia.

Mi experiencia me demuestra que las irrupciones a la consciencia cósmica ocurren últimamente con mucha más frecuencia que anteriormente. Este fenómeno permite sacar la conclusión de que la evolución psicomental va mucho más deprisa de lo esperado. Entre nosotros está naciendo el nuevo ser humano. El futuro le pertenece. Esperemos que los cristianos reconozcan su hora, integrándose en las filas de los caminantes hacia nuevos horizontes.

Cristo y el Padre (Ef 1,3 y Col 1,15)

¿Qué significado tiene Jesucristo para quien está encaminado al esoterismo? Dice el zen: «Si encuentras al Buda en tu camino, mátalos.» ¿Puede un cristiano decir lo mismo de Jesús: «Si ves a Jesús, mátalos?»

Recordemos dos imágenes de Jesús: El Jesús histórico y el Cristo cósmico.

El Jesús histórico es el punto de partida de nuestra fe. Meditar sobre él y sus palabras nos beneficia grandemente. Él nos indica la dirección a tomar en nuestras vidas; nos indicó el camino hacia el «Padre».

Pero si consideramos a Jesús solamente como a un personaje histórico, nos quedamos en una comprensión religiosa retrasada. De lo que se trata es de dejar atrás a ese Jesús. «Si en el camino te encuentras al Buda, mátalos.» Si en la contemplación te encuentras con ese Jesús, mátalos; no te quedes enganchado en esta imagen de Jesús porque debes experimentar a Cristo.

La revelación de Cristo no es un suceso estático ni un punto final que no necesita añadiduras, sino más bien un suceso sin fin. La revelación de Cristo es un camino de salvación entre muchos. Es común a todas las enseñanzas de los misterios, que más allá de la diversidad de las formas manifestadas del cosmos hay una gran mente que se revela en todo. A esa «gran mente», las diversas culturas le han dado diferentes nombres: Amor, Verdad, Amida, Krishna, Maitreya; o nombres de la naturaleza como Sol, Luz, Oscuridad Esplendente; o en filosofía, lo Absoluto, la Verdad, la Conciencia.

En el cristianismo utilizamos el término «Cristo cósmico». Con él denominamos a la realidad Dios que queda patente en todo el cosmos.

Los cristianos hemos definido la diferencia entre la realidad Dios y creación, introduciendo de esta forma un dualismo insalvable. En todas las religiones nos encontramos con el mismo desarrollo, aunque en el hinduismo y en el budismo parece que se ha conseguido su superación. Lo que se conoce allí son dos aspectos de la realidad: Ser y Forma, o Atman y Maya. Estos dos aspectos no están separados como ocurre en el cristianismo, sino que son dos polos de la misma realidad.

En el Evangelio de Juan leemos: «La Palabra estaba en el

principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.» Si tomamos al Padre como el primer principio del que emana todo, el Hijo (la Palabra) es lo emanado de Él. Las religiones de oriente denominan a este primer principio «Vacío». Vacío no significa «nada», sino que es la expresión del primer principio. Del Vacío proviene la Forma. Dicho en términos cristianos: del Padre proviene el Hijo. Ambos tienen la misma naturaleza y a la vez, son diferentes. Son uno en su Ser y, al mismo tiempo, dos. No pueden existir el uno sin el otro. «El que me ve a mí, ve al Padre», dijo Jesús. El primer principio no existe solo. Se manifiesta en la Palabra y en todo cuanto existe. Padre e Hijo son solamente dos aspectos de la realidad. Por ello, en el hinduismo y en el budismo se habla de no-dos.

Por esto dice Eckehart: «De repente y a la vez, cuando Dios era, cuando engendró a su igualmente eterno Hijo como Dios, idéntico a él, también creó el mundo.» «Igualmente puede admitirse que el mundo ha sido desde la eternidad.»

El Cristo cósmico simboliza la naturaleza de lo divino que se manifiesta en todo lo creado, simboliza lo que llamamos creación. Cristo es el otro nombre de todo lo creado. De la misma manera que el Padre se hizo patente en el hombre Jesús, así también se hace patente en todo lo que fue creado por él. «Sin ella (la Palabra) no se hizo nada de cuanto existe.» (Jn 1,3). Estamos creados en Jesús y somos, igual que él, manifestación del principio divino.

En el cristianismo distinguimos entre la vida divina de Jesús y nuestra vida humana. Lo que le pertenece a Jesús, lo tenemos nosotros por la gracia. Él tiene la plenitud originaria, nosotros la tenemos como don. Tales postulados teológicos crean un dualismo difícilmente superable en el cristianismo.

¿Por qué no utilizamos imágenes como la de la fuente y el arroyo? La fuente no es el arroyo, y éste no es la fuente. La fuente es el origen del arroyo. Son distintos, pero solo pueden existir conjuntamente. Donde hay una fuente, allí también hay un arroyo. Sería una tontería hablar de una fuente que no desembocara en un arroyo, y viceversa. El arroyo no es el origen, pero lleva el mismo agua. El Hijo no es el Padre, pero tiene la misma naturaleza. La creación no es Dios, pero tiene la misma naturaleza.

Eckehart, como todo místico, pasa por alto lo que la teolo-

gía denomina como diferencia ontológica entre Dios y persona: a saber, que la naturaleza de Dios sea distinta a la del ser humano.

La mística dinamita esta idea de la diferenciación. Eckehart dice:

El Padre eterno alumbra a su Hijo eterno en esta potencia sin cesar... Donde el Padre alumbra a su Hijo en mí, allí soy el mismo Hijo y ningún otro. El Padre me alumbra como Hijo suyo y como el mismo Hijo. Si has de ser Hijo de Dios, no podrás serlo a no ser que tuvieras ya el mismo ser de Dios que tiene el Hijo de Dios.

Dice un maestro: Dios se hizo hombre y con ello enalteció y elevó al género humano. Podemos alegrarnos de que Cristo, nuestro hermano, haya subido por su propia fuerza sobre los coros de los ángeles y que esté sentado a la derecha del Padre. Ese maestro habló bien; pero ¿de qué me serviría tener un hermano sabio siendo yo ignorante? Dios no solamente se hizo hombre, sino que tomó la naturaleza humana. Todo lo bueno de los santos y de María, la madre de Dios, y de Cristo según su humanidad, es mío. Podríaís preguntarme: Puesto que en esta naturaleza tengo todo lo que Cristo puede ofrecer según su humanidad, ¿por qué enaltecemos a Cristo, adorándole como Señor y Dios nuestro? Esto es así porque fue el mensajero de Dios que nos trajo la bienaventuranza. La bienaventuranza que nos trajo era nuestra.

¿De qué nos serviría todo, si no pudiéramos decir también nosotros: Soy hijo, soy hija de Dios? No hay más que una vida de Dios. La que late en el hombre Jesús es la que late en nosotros.

Eckehart conoce la diferenciación teológica *imago Dei* y *ad imaginem Dei* o *filius per naturam* y *filius per gratiam adoptionis*. Pero cuando predica hace caso omiso de esta distinción.

De otro párrafo de Eckehart se desprende claramente cómo se borra la separación entre el ser humano y Dios: «Pues es (la persona) por la gracia realmente lo mismo que Dios por naturaleza. Dios no reconoce ninguna diferencia entre él y esta persona.» La gracia en Eckehart es un salirse de Dios y rebosar de Dios. Los conceptos que utiliza no solamente se vuelven vagos, sino que trascienden toda diferenciación. Es algo sobre lo que se podría discutir durante horas interminables, dependiendo de si se considera a Eckehart como místico o solamente como filósofo.

El Cristo cósmico

En occidente Jesucristo se ha convertido en un salvador personal, como les ha ocurrido a otros fundadores de religiones. Debido a ello, el cristianismo se ha convertido en una religión completamente antropocéntrica. Pasará mucho tiempo hasta que hayamos revisado esta interpretación de la figura de Cristo que ya no se corresponde con nuestro tiempo. Nuestra visión del mundo ha cambiado tan radicalmente que no resulta posible una visión del cosmos puramente antropológica; no sirven los antiguos odres de una comprensión del mundo y de la humanidad antropocéntrica, racionalista, antimística y antifeminista.

El énfasis en el Jesús histórico, condujo a una enseñanza de salvación narcisista; estamos más interesados en nosotros que en Dios. Seguimos creyendo que el cosmos gira alrededor de la tierra, que la persona es el broche de oro de la creación, que existe una forma paradisíaca y estática de tiempos escatológicos.

Fundándonos en el Antiguo y Nuevo Testamento se podría desarrollar de la misma forma una teología cósmica, panteísta, e incluso mística. Lo que Jesús dijo acerca de Dios era su experiencia personal, una experiencia mística. Las palabras «padre» e «hijo» derivadas de las costumbres judías de entender a la familia, atestiguan una experiencia de unidad conocida en toda mística. «Yo y el Padre somos uno.» Pero en vez de acentuar la unidad dentro de la idea de la familia, hemos hecho a la creación ontológicamente diferente, abriendo de esta manera una brecha entre Dios y persona y/o creación.

Jesús anunció el reino de Dios para el aquí y ahora. «Está en vosotros.» Nosotros lo hemos aplazado a un futuro lejano, consolando a las personas con un cielo indefinible. Evagrio Pontico, místico del siglo IV, escribe: «Cuando la mente haya alcanzado el nivel de la gracia..., entonces verá en la oración su naturaleza propia como un zafiro del color del cielo. Esto en las Sagradas Escrituras se denomina reino de Dios, que los Padres vieron en el monte Sinaí.»

En vez de sentirnos como hermanos y hermanas del «primogénito» y decir con él: «Yo y el Padre somos uno», hemos convertido a Jesús en un objeto de veneración y adoración. En vez de considerarnos como el «Cristo viejo», nos hemos degradado a pecadores y penitentes. En vez de captar de sus enseñanzas nuestra unidad en el ser con él y el Padre, como en la imagen

de la vid y los sarmientos, le hemos puesto el sello de moralista. En vez de reconocer en él nuestra propia imagen originaria e imagen del Padre, le hemos colocado en una lejanía inalcanzable como el «completamente diferente». En vez de aceptarlo como «Enmanuel», «Dios con nosotros», como fue anunciado, le hemos degradado a juez puntilloso y vengativo.

Jesucristo como Cristo cósmico es el arquetipo que representa lo divino de la creación, de lo divino en nosotros. Lo divino que él llamó Padre late en nosotros de la misma manera que en él. Lo que sucedió con él, ha sucedido con nosotros, solamente que no se nos ha revelado.

En su calidad de Cristo cósmico, Jesús entra en Jerusalén diciéndonos que el sufrimiento y la muerte son manifestación de lo divino. También nosotros entramos en Jerusalén. Con él pasaremos a través de la muerte y de la resurrección.

Este hecho nos enseña que tenemos que pasar a través de muchas muertes y resurrecciones. Debemos aprender que la muerte es un proceso de transformación hacia una forma de vida nueva. Es muerte y resurrección. Cuando estemos dispuestos a atravesar la muerte y la resurrección para entrar en una forma nueva, corresponderemos al principio divino.

Cuando retengamos una forma, como por ejemplo nuestro cuerpo físico, faltaremos al principio estructural de la creación, al nacimiento, a la vida, a la muerte y a la resurrección. Cuando retenemos algo, faltamos a Dios que no es estático, sino dinámico. El verdadero pecado consiste en quedarse agarrado a algo.

Igualarse - no imitar

En los caminos esotéricos nos encontramos con un proceso de transformación y no con un proceso de imitación. Referido al cristianismo esto significa que en la persona ha de darse lo que se dio en Jesucristo. Jesucristo, totalmente Dios y totalmente hombre, es arquetipo para cada uno de nosotros. Estamos llamados a que lo divino se exprese en nosotros sin obstáculos. Hemos de igualarnos a Jesús en el proceso de nuestra propia vida.

Con demasiada facilidad convertimos a Jesús en un objeto de culto. Pero él vino para que le siguiésemos porque más que

un objeto de veneración es el sujeto de un proceso interior, de la plenitud divina (Ef 3,19).

Las Sagradas Escrituras lo expresan mediante imágenes. Como camino, puerta y luz Cristo nos abre el acceso al fondo divino con el cual hemos de llegar a ser uno, de la misma manera que él lo hiciera. Como pan, agua y savia de la vida ha de entrar en nosotros la luz divina que él reveló. Estos símbolos sanjuanistas no están pensados para ser objetivados sino interiorizados. Abren el centro divino de nuestras vidas y nos muestran claramente que la figura de Jesús representa nuestro verdadero ser ya salvado. Lo que experimentamos en él, es en lo que nos hemos convertido. «Él no sale a nuestro encuentro desde el exterior, sino que despierta dentro de nosotros desde el interior» (Painadath). Cristo es el símbolo de la forma divina que está despertando en nosotros.

Se trata de una *conformatio*, no de una *imitatio*. Lo que importa es que lo divino quede al descubierto en nosotros de la misma manera que se reveló en Jesucristo. El proceso de salvación en nosotros tiene como meta el proceso de llegar a ser Cristo que es el proceso de llegar a ser plenamente humano, «llegar a ser Dios».

Lo divino descansa en cada persona como una semilla. Tal y como se desarrolló en la persona de Jesucristo ha de despertar y desarrollarse en cada uno de nosotros. Jesucristo era completamente transparente. Dios se translucía en él, se manifestaba en él. Esto mismo nos debería pasar a nosotros. Dios quiere desarrollarse, mostrarse, obrar y manifestarse en nosotros, como dijo san Pablo: «Con Cristo estoy crucificado, vivo, pero no yo, sino Cristo vive en mí» (Gal 2,19).

Jesús vino para curarnos de la opinión errónea de vivir separados de Dios; su muerte en la cruz vino a destruirla definitivamente. Si vivimos con él, también moriremos con él. (Rom 6,4) Nuestro camino pasa por el sufrimiento y la muerte hacia la experiencia de unidad con Dios, o sea, hacia la resurrección.

En definitiva se trata de admitir lo divino en nosotros. El esfuerzo ético sirve al desarrollo de aquello que vive en nosotros, para que el actuar de la persona se vuelva un «actuar de Dios.»

Natividad (Jn 1,1 ss.)

La realidad tiene dos aspectos: la naturaleza de Dios y lo creado. Dios se manifiesta en la creatura. También nosotros somos la Palabra pronunciada por Dios. «Somos reflejo de su gloria e imagen de su naturaleza.» (Hb 1,1 ss.)

Todo se hizo por la Palabra. Jesucristo es la Palabra por la que se hizo todo. Sin él, no se hizo nada de cuanto se hizo. A este Cristo también le denominamos el Cristo cósmico. No hay nada que no tuviera su forma. Nosotros somos la forma de Dios. En él, todo está creado. También nosotros somos su forma. Somos su hijo y su hija.

Es estúpido hablar de padre cuando no hay hijo, como lo es hablar del hijo sin que haya un padre (Hb 1,6). O hablar del ser humano sin hablar de Dios. Donde hay una persona, allí está Dios. Es una estupidez hablar de nosotros sin referirnos a Dios.

Lo que se dijo de Jesucristo vale para nosotros: «Eres mi hijo, mi hija, hoy te he engendrado». «Quiero ser su Padre, y él/ella será mi hijo/hija.»

¿Cómo podemos creer que la presencia de Dios sea mayor en este pan y en este vino que en sus hijos e hijas? La celebración de la eucaristía es la celebración de nuestra filiación. En la forma divina de este pan debemos reconocer nuestra propia forma divina.

En esto consiste la Buena Nueva de Navidad. Se trata de nuestro nacimiento de Dios. «Si Cristo naciera mil veces en Belén y no en ti, estarías perdido por siempre.» (Angelus Silesius).

Eckehart no ve ninguna diferencia entre Jesucristo y nosotros. Dice: «Con eso se nos quiere decir que somos un hijo unigénito que el Padre ha engendrado eternamente desde la oscuridad oculta.»

Hijos de Dios

En Navidad celebramos el nacimiento de una persona que más tarde cae en la cuenta de que es el Cristo, el Ungido, el Divino. «Yo y el Padre somos uno» «el reino de Dios está en vosotros», «Yo soy la luz del mundo», dirá más adelante.

Con ocasión del bautismo, Jesús reconoció quién era al

escuchar: «Tú eres mi Hijo bienamado.» En ese instante nació Cristo. Jesús pasó por el proceso de la madurez plena para poder caer en la cuenta de que era el Cristo, el Dios-hombre.

No se trata de celebrar un cumpleaños porque quien se queda estancado en la historia, mata lo vivo de la Buena Nueva. El mensaje religioso no se refiere a hechos históricos.

Hoy nace el Salvador y no aquel día hace muchísimo tiempo. En Navidad se consume, como en todas las fiestas cristianas, el mito del desarrollo de lo eterno en el tiempo. Este mito se está consumando hoy en nosotros.

Eckehart predica: «Todo lo que indica la Sagrada Escritura acerca de Cristo, se está realizando completamente en cada persona buena y divina.»

Con el nacimiento de este niño celebramos nuestro nacimiento divino. Esta fiesta deberá enseñarnos nuestro origen transcendental para que seamos capaces de conocer nuestro verdadero rango. Quiere explicarnos la identidad con Jesucristo para que él se realice en nosotros, como dice Pablo (Gal 4,19), y que nosotros seamos otro Cristo. Reconocer esto constituye la tarea más importante de nuestra vida.

Celebramos esta fiesta para entender que somos hijos e hijas de Dios, que somos «personas-Dios» y que también en nuestro bautizo se dijo: «Éste es mi hijo querido, ésta es mi hija querida.» Celebramos esta fiesta para percibir nuestro origen divino, a pesar de nuestra torpeza, nuestra condición terrenal y nuestra ignorancia.

Solamente así actuaremos en consecuencia. No seremos más dignos por tener un comportamiento moral. Ya lo somos, y cuando lo hayamos experimentado, actuaremos de acuerdo.

Celebramos esta fiesta para que algún día caigamos en la cuenta de que «Yo y el Padre somos uno», de que «el reino de Dios está en nosotros» y de que «Yo soy la luz del mundo». Esta fiesta nos señala el lado luminoso de nuestra existencia.

Nuestra condición de seres humanos es la forma en que suena lo divino en un instrumento; no debemos quedarnos apegados al instrumento, a nuestra forma humana. No debemos celebrar solamente nuestro nacimiento terrenal. El día del bautismo es nuestro verdadero nacimiento, cuando se nos dijo o se nos debiera haber dicho, quiénes somos: Hijos de Dios. Igual que Jesús, deberíamos caer en la cuenta de esta promesa.

La tarea más importante consiste en enseñar a los seres

humanos su identidad transcendental, acercándoles de esta forma a su verdadera dignidad. Este es el verdadero cometido de todas las religiones, la única tarea importante de nuestra vida y el sentido profundo de esta noche.

Infierno o transformación

El punto de contacto con Dios es aquí y ahora; también el infierno es aquí y ahora. Cielo e infierno solamente están separados por nuestro yo. Quien sea capaz de desprenderse de él entrará en el reino de Dios. Para ello no existen ritos mágicos, sino la muerte de nuestro yo superficial. La fuerza nos la proporciona el amor; ella nos ayudará a dejar atrás todo para entrar en este nuevo orden del ser, que es el orden de Dios.

La transformación pasa a través de diferentes niveles. Normalmente, nos encontramos en el nivel del yo. El siguiente nivel lo alcanzaremos a través de la metanoia, la conversión, el renacimiento. Es llegar a ser discípulos para vivir en el nivel nuevo, en el reino de Dios.

Para muchas personas, esto significa pasar por una fase de desorientación, hasta de un total hundimiento. Las consultas de los psicoterapeutas están llenas de estas personas. Es una fase depresiva que va desde la inseguridad y la desorientación hasta una orientación si se encuentra el guía adecuado. Reviste una importancia fundamental en el camino espiritual, pareciéndose a un laberinto que, pasando por muchos canales entrelazados, conduce al centro de la naturaleza. Es aquí donde tiene lugar el proceso de purificación del que habla la mística. Si logramos aceptar este proceso, llegaremos a un nuevo nivel de la conciencia. Las expectativas erróneas de la vida se corregirán mediante la transcendencia del yo. Desaparecerán los fundamentos del miedo, del odio, de la codicia y de la aidez. Se desplegará equilibrio interior, paz y armonía.

Creo en las posibilidades y potencias de los seres humanos para salir de la trágica crisis en la que se encuentran sumidos. Si logran la liberación de las potencias curativas —que para mí no son otra cosa que una expresión diferente de las potencias divinas—, tendrán la oportunidad de una supervivencia. Con la ayuda del nuevo nivel de la conciencia puedo imaginarme un mundo más armónico y pacífico que el actual. En este nivel

resulta posible desarrollar una espiritualidad global que no esté institucionalizada, sino que represente el desarrollo de lo innato en el ser humano. Es una espiritualidad que no se orienta por la cantidad sino por la calidad de la vida.

Esta espiritualidad significa contemplar el mundo con ojos nuevos, comprenderlo de una manera que no gire alrededor del pequeño yo. A eso se refirió Jesús cuando hablaba de la metanoia.

Discípulos (Mc 3,34)

Somos hombres gregarios. Durante milenios hemos vivido en grupos, clanes, partidos, asociaciones, en la patria, en la nación, dentro de una casta. No existen tantos individualistas como creemos. Incluso los alienados siguen fuertemente integrados en la sociedad.

Quien se encamina por un sendero espiritual se convierte en discípulo. Ser discípulo de Jesús (o de Dios, que viene a ser lo mismo), significa despedirse de la masa, de cualquier identificación con un grupo, puede que incluso de una religión organizada.

Esto no es una invitación a separarse de la Iglesia sino de la liberación de un vínculo profundamente arraigado en nuestro inconsciente que nos impide llegar a ser individuos y vivir nuestro cristianismo sin compromisos. Solamente se es discípulo de Cristo (de Dios) cuando se llega a ser un individuo personal.

La única posibilidad de liberarse de la «lealtad al grupo», que es uno de los vínculos más fuertes en este mundo, consiste en la voluntad de entregarse a una lealtad más alta, haciéndose discípulo de Dios. «Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío». (Lc 14, 26 ss.) Esto se refiere a la individuación y la entrega total y absoluta a Dios.

Convertirse en individuo requiere la desidentificación con todo grupo, incluso con el religioso. Es el «odio interior» que Jesús pide, no el odio exterior. No se trata de disputas con nuestros familiares o superiores religiosos o políticos. Al contrario, quien haya conseguido la liberación interior, será capaz de entrar en una relación creativa y positiva con los demás. Por

eso dice Jesús: «He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra.» (Mt 10,35).

Si en nuestros sueños luchamos contra otros, si los jóvenes en sueños se rebelan contra la autoridad, si en sueños nos enfadamos con alguien que queremos, es porque así manifestamos nuestra confrontación con nuestra identificación inconsciente.

Llegará el día en que busquemos nuestra salvación desprotegidos y totalmente independientes, siguiendo nuestra voz interior. Igual que el ser humano tiene que liberarse de la lealtad hacia la madre que le restringe, tendrá que hacerlo de las incrustaciones en un grupo. Tendrá que romperse el vínculo inconsciente para que pueda quedar patente la irrepetibilidad del individuo según la intención de Dios.

Esto es válido para cualquier tipo de vínculo fuertemente arraigado en el inconsciente, incluyendo nuestros vínculos con instituciones religiosas, sistemas teológicos, etc. Este desprendimiento no tiene por qué desembocar en una separación de la iglesia; más bien debería conducirnos hacia la libertad de convertirnos en discípulos con Cristo en la iglesia. Ser discípulos de Cristo significa romper con cualquier lealtad que no sea la de Cristo o Dios.

El discípulo no auténtico le dijo a Jesús: «Permite que primero entierre a mi padre», es decir, que cumpla con mi piedad familiar. Esta frase no significa que no debe enterrar a su padre, sino que aún no es capaz de romper el vínculo que le une a su familia en su subconsciente.

Muchas personas no han roto los lazos que les unen a sus madres en el inconsciente. Aún no son discípulos de Cristo, a pesar de que algunos regenten altos cargos; están apegados a la madre y, por ello, llevan la máscara de otra persona. Cuando alguien se acerca a Jesús, diciendo: «Maestro, quiero seguirte, vayas adonde vayas», lo primero que le contesta es: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20).

Esto no tiene que ver con la pobreza exterior, sino con la empresa aventurada de vivir la identidad querida por Dios dentro de una comunidad.

Hacerse discípulo de Dios es un acto de equilibrio entre individuo y comunidad nada fácil que debe ir acompañado del amor. Una clase de amor dispuesta a «odiar» a padre y madre,

hermano y hermana, es decir, a separarse de cualquier condicionamiento inconsciente.

Lo sobrenatural quiere desplegarse en nosotros sin impedir nuestro autodesarrollo, aunque en el curso de la historia se haya convertido con frecuencia en una carga. El hecho de degradar la religión a una moral es lo peor que ha podido ocurrir.

En teoría es muy fácil hablar de este tema, pero en un caso determinado puede resultar muy difícil; por ejemplo, en la educación encontrando el equilibrio entre la formación de la conciencia y la libertad, o vivir en una u otra comunidad o separarse o no de la pareja. Hace unos años me atreví a decir: «Dios puede conducir a una persona al convento, pero también puede sacarla de allí», y se me tomó muy a mal. Existe la virtud de la fidelidad para considerar las decisiones tomadas. Pero importa sobre todo la libertad interior. La mezcla entre religión y moral ha sido, indudablemente, uno de los desarrollos más nefastos en la historia de la religión. La religión no es en primer lugar una ética sino el anuncio del lado transpersonal de nuestro ser que hemos de descubrir en nosotros. En tiempo pascual, el tema fundamental no es la contrición y el perdón, sino caer en la cuenta de que somos personas resucitadas; a partir de este conocimiento surge la conversión y el recto obrar.

La moral es consecuencia de la experiencia transcendental. Al encontrar mi verdadero ser, actuaré desde allí de forma correcta. En la vida, ambas cosas van de la mano. No puedo decir: primero esto y luego lo otro. Por ello, la ética ocupa un lugar legítimo en nuestra educación y en nuestra vida.

La doctrina del karma de las religiones de oriente es muchas veces una motivación más fuerte para la ética que el miedo al castigo. Según esa doctrina, me perjudico a mí mismo y a mi proceso de maduración si no actúo debidamente. Si quiero abrirme paso a la experiencia religiosa, debo hacer algunas cosas y omitir otras. El infierno y el Dios castigador son un mal método de educación.

El camino que hemos elegido no es fácil. A menudo no habrá alguien a nuestro lado que nos diga: Estás en el buen camino. Sigue siendo un riesgo porque los que conviven con nosotros son nuestros enemigos. En el reino de Dios entraremos solos.

A más de uno le entran dudas porque también desde el lado oficial se condenan los caminos de la contemplación, del zen o

del yoga. Haced caso a vuestro interior y manteneos independientes de la opinión de los demás, que a lo mejor entienden muy poco de un camino de esta índole.

Esoterismo y cristianismo

El esoterismo desconoce el intermediario. La meta consiste en la experiencia de unidad con la Realidad última que los cristianos denominamos Dios y que en otras religiones recibe diferentes nombres. Es nuestro ser más profundo. Todos podemos despertar a esa experiencia profunda, verdadera meta y la auténtica tarea del ser humano. Este ser más profundo se escapa a toda descripción, no puede provocarse con ejercicios; lo único que podemos hacer es prepararnos para que se nos revele sentándonos con total atención. La atención nos ayuda a vaciar nuestros corazones para reconocer nuestro verdadero ser en ese vacío.

No existe la búsqueda de ningún Dios transcendental en el exterior. Los caminos esotéricos nos enseñan a mirar dentro de nosotros para experimentar allí quiénes somos en realidad. Nuestro auténtico ser es divino y nos preparamos para su manifestación.

Jesús dijo que el reino de Dios está dentro de nosotros; nos tenemos que volver hacia nuestro interior (metanoia). Jesús quiso guiarnos hacia su experiencia de unidad: «Yo y el Padre somos uno», que pasa por la experiencia de nuestro ser más profundo, que es de origen divino. Por ello, Agustín dice: *Noverim me, noverim te*. Y la filosofía de Confucio proclama: Si agoto todas las posibilidades de mi corazón, conoceré mi naturaleza humana. Conocer la propia naturaleza significa conocer el cielo.

Únicamente se nos pide atención a nuestro interior para poder experimentar la presencia de Dios, lo que no es posible mediante razonamientos, ni observancia de mandamientos, imágenes, o ceremonias, aunque esto no signifique que no se pueda hacer uso de ellos.

El último paso del discípulo no consiste en seguir a Jesús, sino en caer en la cuenta como él, de quién es, para vivir según ese conocimiento. Por ello, tiene que ausentarse de nosotros. «Os conviene que yo me vaya», «No me toques» (Jn 20,17). «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con

ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa.» (Jn 16,22 ss.) «Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que adoran.» (Jn 4,23)

Jesucristo no es un objeto de adoración sino nuestro ser más íntimo, al que solamente se le puede experimentar. La oración de Jesús en soledad era la oración de la experiencia de unidad con lo que denominó Padre. Él estaba siempre en esta unidad con la realidad divina, consciente de que en la profundidad de su ser compartía la naturaleza divina con el Padre. Y esto es lo que debemos reconocer nosotros.

El desprendimiento de los símbolos exteriores y de las imágenes es común a la contemplación y todos los demás sistemas esotéricos. En el taoísmo se habla del «ayuno del corazón», en el zen del «vaciar el corazón». Juan de la Cruz lo llama «la noche del alma» y Jesucristo «perder la vida».

Para Juan de la Cruz la salvación de este mundo consiste en la muerte del yo. En este contexto convendría leer el capítulo 7, números 10 y 11 del segundo libro de *Subida del Monte Carmelo*, donde se lee que Jesús consumó la obra de la salvación en su mayor humillación (kenosis):

«... que al punto de la muerte quedó también anihilado en el alma sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad según la parte inferior, por lo cual fue necesitado a clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida; y así, en él hizo la mayor obra que en toda su vida... Para que entienda el buen espiritual el misterio de la puerta y del camino de Cristo para unirse con Dios...» (Subida II, 7,11)

Iguarse a Jesucristo en este aniquilamiento es el nivel más alto que el alma pueda alcanzar; consiste en la muerte en cruz vivida sensible y espiritualmente, interior y exteriormente. Para Juan de la Cruz, volverse igual a Jesucristo en su desprendimiento máximo es la condición previa para la experiencia mística. Y dicho desprendimiento se refiere también a la vivencia religiosa, a los consuelos, las visiones, las elevaciones, los raptos, etc. La meta no es el desprendimiento, ni el vacío que son paso y requisito para la resurrección.

¿Pastor o *La guerra de las galaxias*?

En las Sagradas Escrituras aparecen continuamente imágenes míticas, por ejemplo la del pastor que procura a sus ovejas alimento y bebida, las protege y las acompaña en la oscuridad y en la noche.

En nuestros tiempos no tenemos mitos. Como apenas conocemos a un pastor, difícilmente este mito nos dice algo, aunque podría acrecentar nuestra confianza en lo divino. Si lográramos abandonarnos a la voluntad de Dios, viviríamos nuestra existencia humana en la forma adecuada.

La meta de cualquier mito consiste en señalarnos que somos uno con lo divino. El mito nos indica el camino hacia el misterio de Dios. Así ocurre por ejemplo con el mito del nacimiento de Jesús de la Virgen. Simboliza que no solamente tenemos un nacimiento humano, sino que también hemos nacido de Dios y que tenemos que encontrar nuestra naturaleza divina en un segundo nacimiento. No basta con vivir; tenemos que vivir desde lo más hondo de nuestro ser. Así que, nacer como ser humano, no es más que una cara de nuestra naturaleza. Es importante pasar por los dolores de parto y atravesar el conducto del nacimiento físico, pero más importante aún es sufrir el segundo nacimiento, el espiritual, renacer en términos de las Sagradas Escrituras.

Queda abierta la pregunta de si en nuestros tiempos podría surgir algún mito nuevo. Según Campbell, los cambios son demasiado rápidos para ello, aunque apunta una posibilidad: la posible aparición del mito de una sociedad planetaria.

El mito de la tribu, la patria, la nación, un grupo que habla el mismo idioma, o un determinado grupo religioso, está roto o derrumbándose. Hay demasiadas personas desarraigadas, y las fronteras nos parecen cada vez más absurdas.

Quizás estemos realmente encaminados hacia una sociedad planetaria, como nos lo sugiere la película *La guerra de las galaxias*. Deberíamos sentirnos en mayor medida cosmopolitas, incluso por motivos religiosos. Eso es lo que parecen indicar las películas de ciencia-ficción. También nuestra responsabilidad para con la naturaleza apunta en la misma dirección. La imagen del mundo holístico y la comprensión del universo están en fase de crecimiento.

¿Qué tiene que ver esto con nuestro camino espiritual? ¿Qué tiene que ver con el mito del buen pastor? Si cayésemos en la cuenta de que solamente existe un rebaño y un pastor, nuestro comportamiento en este mundo sería diferente. Lo divino está presente en todos y cada uno. Una vez que conozcamos quiénes somos en realidad, nos resultará imposible hacer mal a nadie, porque el mal que haremos, lo sufriremos en carne propia. También podremos confiar en lo divino. El buen pastor sabe el camino y nos conduce a través de todos los peligros y errores.

La escandalosa experiencia de unidad

Tenemos que vivir a Jesucristo en su divinidad y en su humanidad. Somos otro Jesús. Así como él manifestó la vida divina en su humanidad, también la tenemos que dejar patente nosotros en nuestra forma humana. Igual que participamos de los misterios de Cristo, también los hemos de vivir: nacer, aprender, trabajar, formar parte de una sociedad, sufrir y morir y resucitar como él.

No se trata de ninguna imitación, sino de volverse igual que él como hijos e hijas de Dios. Debemos amar nuestra humanidad, porque en ella se expresa nuestra divinidad. Hay que reencontrarse en una experiencia como ser humano y Dios.

Pero en esa experiencia ya no habrá ningún ego humano, sino aquella identidad mística que la teología ha condenado como escandalosa, pero que ha sido expresada por todos los místicos auténticos. Como ejemplo, Hadewijch de Amberes:

*Ya no me pertenezco a mí, nada me queda de mí misma.
Él devoró la sustancia de mi mente.*

El alma con Dios, será exactamente lo que él es.

El fuego (del amor) no diferencia, devora todo lo que encuentra.

Os aseguro... ya no es cuestión de perdición o de bendición.

Los que han entendido el milagro que Dios es en su divinidad, a menudo parecen ateos a los ojos de las personas que carecen de ese conocimiento, debido a un exceso de Dios, ignorantes por un exceso del saber.

Hay diferentes niveles de comprensión de Jesucristo. Hasta bien entrado el siglo V circulaban más evangelios de los que figuran hoy en la Biblia; las diferentes comunidades comprendían a Jesús de diferentes maneras. Solamente en el siglo V, cuando ya hacía tiempo que el cristianismo estaba establecido como religión de Estado, esos evangelios fueron quemados por orden imperial. Algunos se salvaron, como los escritos de Nag Hamadi en donde el elemento esotérico y mítico de la vida de Jesús se acusa mucho más que en los evangelios que conocemos. En la Navidad tenemos el mito del nacimiento; en Pascua la muerte y resurrección.

Los países mediterráneos solían acudir a Egipto para conocer los misterios de Isis. Incluso Platón estuvo allí. Se trataba de un camino de vida o muerte, es decir, al adepto se le confrontaba claramente con la peligrosidad del camino: «Cuando hayas pasado por esta puerta, ya no podrás retroceder.» Eso lo sabía todo el mundo, pero desconocían el carácter de las pruebas.

Al iniciado se le daba un candil de aceite y entraba en un camino angosto que se iba estrechando cada vez más, hasta tal punto que había que pasar por una minúscula abertura; el adepto caía en la cuenta de que tenía que pasar por el elemento tierra, por la materia, igual que por el seno materno, hacia un nacimiento nuevo.

La segunda prueba le llevaba a un foso profundo lleno de agua helada del que era imposible retroceder. Con el candil sólo podía iluminar un pequeño campo visual. Apenas se vislumbraban unos escalones. Había que atravesar el agua de manera que el candil no se apagara. Sólo había un vado, y al otro lado, un solo punto para salir. Si no lo lograba, moría ahogado. Tenía que pasar por el elemento agua.

Después se encontraba ante un gran fuego. Como no era posible retroceder, pensemos en lo que pasa en esos momentos por la cabeza de uno.

El pasillo desembocaba en una habitación preciosa con la mesa puesta donde se escuchaba una música. Una bella esclava aparecía para servirle, diciendo: «Como has pasado por todas

estas pruebas difíciles, soy tu recompensa. Estoy a tu entera disposición.» Si aceptaba, despertaba a la mañana siguiente con el lecho vacío. El hierofante le decía: «No has pasado la prueba. Has salvado tu vida, pero estás ahora marcado y se te prohíbe bajo pena de muerte revelar nada del secreto.» A quien pasaba la prueba, resistiendo las seducciones de los sentidos y demostrando que su anhelo de lo divino era tan grande que ninguna necesidad podía retenerle, a ése, el hierofante le felicitaba: «Te conduzco a la sala de los secretos y te explico los misterios de Isis. Serás su sacerdote de por vida.»

¿Cuántas personas pasarían estas pruebas? Solamente si se ha llegado al punto de preferir morir antes que renunciar a la lucha por lo divino debería atravesarse el umbral de un camino esotérico.

El mito Jesucristo

En el sur del Tessín, en Suiza, hay un pequeño pueblo en cuya capilla del siglo VIII, hay una pila bautismal en forma de tumba. El neófito bajaba a la pila desde el oeste, sumergiéndose tres veces para simbolizar la muerte con Cristo; luego salía hacia el este como resucitado de la tumba. Se le ungía en señal de su dignidad real, recibiendo el traje blanco que sólo se quitaría el día del «domingo blanco» que en los países de habla alemana es cuando se suele hacer la primera comunión.

Es importante reconocer la estructura metafórica de una religión. Si interpretamos las metáforas, los símbolos, las parábolas y las imágenes como hechos, tendremos dificultades. Si le decimos a alguien: «Eres un besugo», no queremos decir que lo sea realmente. «Besugo» es una metáfora. Las metáforas en la religión tienen la función de revelarnos el sentido trascendental.

Cuando leemos que Jesús ascendió al cielo, no debemos imaginarnos a una persona subiendo a un lugar determinado del universo. No existe ningún cielo físico. Jesús entró en un espacio interior, en una experiencia que no tiene nada que ver con el espacio y el tiempo. Ascenderemos con él al adentrarnos hacia la auténtica fuente de la vida.

Las religiones han ido desarrollándose. En el Antiguo Tes-

tamento, Dios era únicamente el Dios de los nómadas. Luego se convirtió en el Dios más poderoso de todos los dioses y como tal ostentó el poder en la sociedad hebrea. Durante el cautiverio en Babilonia en el siglo VI se pensaba en un salvador en la religión judía...

Cuando cambia el mundo, también cambia la religión, aunque es un proceso difícil. La teología empieza por tomar las indicaciones metafóricas como hechos históricos, dándoles de esta manera un carácter absoluto. Pero el nivel metafórico es tan sólo la «máscara» mediante la cual queda patente la realidad última, la «persona» a través de la cual resuena esa realidad.

Las religiones hoy se encuentran con la problemática del bien y del mal en los problemas morales y éticos. En vez de anunciar la experiencia mística de la realidad, se ocupan de las soluciones de los problemas desde el exterior. Las religiones tienen dificultad para conseguir la emancipación de sus seguidores, para que abandonen sus creencias infantiles. Éste es uno de los motivos por los que tantos se alejan hoy de las religiones.

¿Quién decís que soy yo? (Mt 16,15)

¿«Quién decís que soy yo?» preguntó Jesús a Pedro. «Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo», fue la contestación. A menudo se me pregunta: ¿Qué significa esto para ti? ¿Crees que Jesús era hijo de Dios? Y puedo contestar con satisfacción «sí». Pero luego tengo que decir juntamente con Eckehart: «¿De qué me serviría tener un hermano rico siendo yo un hombre pobre...?»

¿De qué me serviría si no pudiera decir también yo: «Soy hijo, hija de Dios igual que Jesús.» Eckehart sigue diciendo: «Si quieres conocer a Dios, no solo debes ser igual al Hijo, sino que debes ser el Hijo mismo.»

Eckehart en el sermón 35 repite constantemente: «Dios no podría hacer que yo fuera hijo de Dios si no tuviera ya el ser del Hijo de Dios, igual que Dios no podría hacer que fuera sabio si no tuviera ya el ser de sabio. ¿Cómo somos hijos de Dios? Aún no lo sabemos: «Aún no se ha manifestado lo que seremos» (1 Jn 3,2); solamente sabemos lo que nos dice: «Seremos semejantes a él.»

Angelus Silesius dice:

*Dios vive en una luz
a la que no lleva ningún camino;
quien no se convierta en ella,
no le verá en la eternidad.*

Konrad Lorenz estaba convencido de que el ser humano era la pieza que faltaba en el camino hacia la realización total del ser humano. Estamos en el camino de experimentar quiénes somos en realidad.

Solamente hay una vida de Dios. La misma vida que latía en Jesús late también en nosotros. La divinidad es nuestro derecho hereditario. Jesús dice: «El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena nueva.» (Mc 1,14) «Convertíos» significa ir más allá del estado corriente de la mente. Hemos de trascender el yo que gira alrededor de sí mismo para poder experimentar ese centro divino. Los dos son inseparables. Quien dice ser humano, también dice Dios. Quien dice Dios, también dice ser humano. «Algún día vais a saber que yo y mi Padre somos uno», dice Jesús.

Cuando Jesús hablaba de sí mismo, se refería al Hijo del Hombre. Jesús se consideraba como ser humano por antonomasia, como el hombre nuevo del reino de Dios. Es la encarnación perfecta del género humano que está por venir. Enseña un nivel más alto de la conciencia, el del reino de Dios, el de la filiación de Dios, aquel fondo de ser divino que es nuestro ser auténtico.

Enseña la nueva especie del ser humano. No se considera el único capaz de alcanzarla. Cuando haya concluido el proceso de la metanoia, podremos decir con Jesús: «Yo y el Padre somos uno.» Esa es la sanación de todo aislamiento y de toda alienación.

Jesús era una persona histórica y Cristo el símbolo de nuestra manera del ser eterna y transpersonal. Todos somos Cristo y estamos ungidos con esta manera del ser de Dios. En ningún lugar Jesús dice que él es el único que posee esa vida. Tenemos que vivir igual a como lo hiciera él, según esa forma que denominó «reino de Dios» o «vida eterna». Debemos convertirnos en Cristo, tenemos que caer en la cuenta de que somos Cristo. Cristo es el nombre de esa raza nueva.

Nuestro pecado original consiste en no darnos cuenta de quiénes somos en realidad. La función salvadora de Jesús consiste en conducirnos a nuestro auténtico ser, al reino de Dios en

nosotros. No lo alcanzaremos mediante ningún acto mágico de Jesús, sino que tendremos que interiorizarnos para experimentarlo. No solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. Ya es hora de poner fin a la búsqueda de un salvador de fuera. La salvación está en nosotros.

Si nos aferramos a mantener una distancia insalvable entre Jesús y nosotros, no le hemos entendido. El cristianismo, con esta interpretación de Jesús, no le hace justicia a la condición religiosa de la humanidad. También la religión tiene que cambiar con los seres humanos y con su correspondiente desarrollo. Mientras sigamos creyendo que basta colgarnos del manto de Jesús para poder entrar en el cielo, estaremos lejos de lo que él quiso para nosotros. Solamente cuando los cristianos aprendan a ver su religión de esta forma volverán a tener la oportunidad de ayudar a la humanidad.

Estamos determinando el futuro. A Dios gracias, cada vez hay más personas que caen en la cuenta de que se debe hacer un cambio para el desarrollo hacia lo espiritual. Aún no sabemos quiénes somos, aún no se ha manifestado lo que seremos.

«La bienaventuranza que nos trajo era nuestra.» (Eckehart) Nuestro apellido es Dios. Como numerador participamos del denominador Dios; el numerador no es el denominador, y sí lo es.

Vida eterna

¿Qué significa en realidad la expresión «vida eterna» que se repite constantemente en el evangelio de Juan? Con frecuencia utilizamos términos religiosos sin preguntarnos cuál es su auténtico significado. En cada época hay que reinterpretarlos, pues su significación va cambiando.

Como hemos dicho al principio de este libro, si comprimiéramos la historia del universo en un año, en la noche del 31 de diciembre (o sea, el último día) surgiría el género humano procedente de una rama de los simios. Cinco minutos antes de las 12 vivirían los hombres Neandertal, quince segundos antes de las 12 nacería Jesucristo, y medio segundo antes de las doce comenzaría la era técnica, según G. Börner.

No podemos pretender que la religión haya comenzado con la historia de la revelación de Israel hace aproximadamente

6.000 años. ¿Dónde y qué era Dios anteriormente? Lo que llamamos alma humana se ha ido desarrollando a partir del reino animal, igual que sucedió con nuestro cuerpo físico. Es impensable que el ser humano fuera en un momento animal y en el siguiente persona, como si debiera su existencia a una intervención especial de Dios en esta evolución cósmica.

Así que, como personas que somos, no nos queda más remedio que suponer que estamos formando parte de la evolución cósmica en este granito de polvo que es nuestra tierra. Nos comportamos como si los 17 mil millones de años antes de la aparición del género humano únicamente se refiriesen a nosotros y hubieran aguardado a que apareciera por fin esa especie capaz de reflexionar sobre sí misma. Gracias a la ciencia sabemos que constantemente están surgiendo y desapareciendo galaxias. Nos creemos tan importantes como para pretender que el universo está girando a nuestro alrededor como si fuéramos el cúlmén de la creación. ¿Cuándo seremos capaces de sacrificar nuestra antropología exagerada a una visión cosmológica? Los seres humanos, ¿somos de verdad el tema principal de las galaxias evolutivas y de mundos de los que apenas sabemos nada? Si los teólogos mirasen más a través del microscopio y del telescopio, hablarían de forma diferente del ser humano y de Dios. Aún no nos consideramos como partes de una colosal evolución cósmica que, a fin de cuentas, no es otra cosa que la evolución del mismo Principio Divino. El punto de partida antropológico del pensamiento occidental requiere una corrección mediante el pensamiento cósmico.

Esto tiene consecuencias para nuestra creencia en la resurrección. El ser humano existe desde hace dos o tres millones de años. No hay ninguna razón para dudar de que seguirá existiendo otros dos millones más. La distancia con el ser humano actual será entonces tan enorme como la que hay ahora entre el mono y la persona. ¿Con qué cuerpo resucitaremos?

La vida de Dios es el principio estructural de todos los sistemas complejos. ¿Qué nos impide equiparar mente y vida de Dios? Esto significa que todo lleva alma de Dios y que todas las estructuras son la encarnación de Dios. El cosmos es el despliegue del Principio Divino. Es la danza de lo divino de la que participamos. Somos un paso de la danza, un paso de Dios completamente individual e irrenunciable, ahora y en la siguiente

te existencia, en la que la seguirá, y en la que vendrá a continuación...

La eucaristía celebra los dos aspectos de la realidad, el visible y el invisible. Por eso hemos preparado el pan y el vino. Ambos son visibles. El aspecto que no vemos, el aspecto de la mente, lo manifestamos al encender velas e incienso, al inclinarnos y mediante nuestros cantos. Estamos celebrando los dos aspectos de la realidad. Nuestro esfuerzo en la contemplación tiene solamente este sentido: experimentar los dos aspectos como uno para finalmente experimentarnos a nosotros mismos como la manifestación de lo divino. En eso consiste nuestro significado único.

¿De dónde procedemos?

Jesús dijo: ... el reino está en vuestro interior y en vuestro exterior. Si os conocéis, seréis conocidos y caeréis en la cuenta de que sois hijos del Padre vivo. Pero si no os conocéis, seréis pobres (de espíritu).

Jesús dijo: Si os preguntan de dónde procedéis, contestad: Hemos venido de la luz, donde la luz se hizo a sí misma.

Si os preguntan quiénes sois, decid: Somos hijos e hijas y somos los elegidos del Padre vivo.

Si os preguntan cuál es la señal de vuestro Padre en vosotros, decid: Es movimiento y quietud.

Sus discípulos le preguntaron: ¿Cuándo habrá la paz de los muertos y cuándo vendrá el mundo nuevo? Les contestó: La paz ya vino... Pero no la reconocisteis. (Evangelio de Tomás)

La religión nos debería transmitir quiénes somos y cuál es el sentido de nuestra existencia. No debería infundirnos el miedo de un Dios vengativo que nos juzgará al final. Es grave que aún pulule esa imagen primitiva de Dios que causa miedo a la gente.

Si nos apoyáramos en las imágenes reconfortantes del evangelio de Tomás, en la hora de nuestra muerte, no tendríamos miedo a un juez. Somos sus hijos e hijas, y elegidos del Padre vivo.

Pertenece a la familia Dios. «Dios» es nuestro apellido. Si nos preguntan: «¿De dónde procedéis?» podemos contestar:

«Venimos de la luz.» Y la luz mira a través de nuestros ojos, a menudo oscurecida y desfigurada, pero luz divina.

Allí retornaremos. Deseo y espero que el camino por el que vamos, nos transforme de tal manera que podamos atravesar libres de miedo el umbral que nos separa de la siguiente existencia. Es solamente un umbral. Hemos hablado demasiado de la muerte y del juicio. Y no hemos hablado lo suficiente de la vida eterna, aunque la Escritura rebosa de ella.

Vuelvo a ocuparme de la cuestión de la reencarnación. Solo esa luz nacerá de nuevo, independientemente del tipo de existencia en la que nos podamos encontrar. «Solamente renacerá siempre el Señor», reza una frase de la Gita. Los deberes de nuestra vida son caer en la cuenta de que esta forma no es otra cosa que la manifestación de la luz.

Esta luz es nuestra verdadera identidad. Nuestra identidad es la vida de Dios que en el Evangelio se denomina luz. Si fuéramos capaces de reconocer nuestra identidad auténtica, no tendríamos miedo.

«¿Cuándo vendrá la paz de los muertos?», preguntaron los discípulos a Jesús. Y él contestó: «La paz que estáis esperando ya ha venido, pero no la reconocéis.» La vida eterna es aquí, pero no caemos en la cuenta de ello; por eso tenemos miedo.

El camino de la contemplación supone un trabajo contra el miedo a la muerte. Por eso, la muerte del yo es la base de toda mística de oriente y de occidente. «Quien muera antes de morir, no morirá cuando vaya a morir.» (Abraham a Santa Clara)

La muerte es la meta intermediaria de la experiencia mística. El nacimiento nuevo que la sucederá es la meta final. El camino hacia la vida verdadera atraviesa la muerte.

Ante la muerte está el miedo. Cada transformación está obstruida por el miedo, que surge en nuestras sentadas. Cualquier miedo es, a fin de cuentas, el miedo de la muerte del yo. Nuestro ejercicio es la mejor preparación para la hora de la muerte. Lo único que tenemos que hacer es desasirnos para que pueda manifestarse lo que somos en realidad.

Espero que a pesar del miedo y del dolor quede en nosotros, también en las horas oscuras, una intuición de esta luz que sufre en nosotros, y que también sufrió en Jesucristo y que le hizo decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Pero éstas no fueron sus últimas palabras. Confío en que la vida

de todos termine como la suya: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Pecado original (Gen 3,1-8)

La narración del pecado original está cubierta de un ropaje mitológico; no es un hecho histórico. Solamente una comprensión superficial podrá deducir que la mujer ha sucumbido a alguna tentación, arrastrando al hombre al pecado. Este relato no tiene nada que ver con el pecado.

Igual de superficial es la conclusión de que ese suceso tiene que ver con la sexualidad, como si la mujer hubiera seducido al hombre a un pecado de naturaleza sexual. Este tipo de explicaciones ha causado muchísimos sufrimientos a las mujeres.

El relato trata llana y simplemente del surgimiento de la conciencia humana desde la preconciencia arcaica, en la cual el ser humano era uno con su entorno. Estaba en una simbiosis con el mundo, como el bebé en el seno de la madre. Esta sensación simbiótica sigue acompañando al niño en las primeras semanas y meses.

De la misma forma que el niño no puede volver al seno de la madre, tampoco el ser humano puede regresar al «uroborus», a esa unidad simbiótica con todo. Delante de ese «uroborus» (el paraíso narcisista) está el ángel con la espada de fuego que no deja pasar a nadie, pues sería una regresión narcisista. Nuestro camino va hacia al pleroma. Pero también conduce a través de la individuación y de la muerte mística del yo.

Lo que se denomina pecado no tiene nada que ver con culpa. Al contrario, es la evolución de lo divino que logró el salto de la conciencia hacia el yo.

La aparición del yo forma parte del proceso creativo de Dios, es deseada por Dios y, por lo tanto, buena. Desgraciadamente, la teología denomina pecado y caída del ser humano al hecho psicológico fundamental que consiste en la separación del yo de la totalidad en el transcurso de su desarrollo.

Como los seres humanos no están dispuestos a aceptar este proceso que les hace responsables de sus hechos, declaran al mundo caído, hundido, seducido, engañado y depravado. Proyectan el mal hacia el exterior. Durante muchísimo tiempo se le ha echado la culpa de todo exclusivamente al sexo femenino.

La gente no quiere reconocer que vida y creación pueden darse solamente en la polaridad y en la tensión, a las cuales también pertenecen el demonio, lo malvado, la culpa, el pecado y la muerte. En opinión de esas personas, la creación es un error del Creador.

Dios desea la independización del yo. La persona mala no se ha separado de Dios, sino que Dios enseña a andar solos. Bal-Shem-Tow, fundador del movimiento casídico, dijo: «Con Dios iba Noé. Por eso, cuando el Padre se alejaba de él, Noé sabía que era para que aprendiera a andar.» Esto ocurrió para que aprendiéramos a andar. Igual que el niño ha de separarse del abrazo simbiótico de la madre, la persona tuvo que separarse del abrazo simbiótico de la naturaleza.

Dios nos ha concedido la independencia y, con ella, la posibilidad de actuar libremente. El yo toma parte en el proceso creativo de Dios.

A menudo esto resulta difícil. Quizás la salvación en la cruz significa superar la tensión entre los polos de la inmanencia y de la transcendencia. De cualquier forma, el paraíso no está detrás de nosotros. Solamente existe el paso hacia delante al «pleroma», la plenitud. Se trata de una unidad nueva, en la cual el yo mantiene su fuerza de obrar, pero alimentado desde la profundidad de lo divino. El camino pasa por el desarrollo y la superación del yo.

La actitud de la mística auténtica con el mundo es positiva. Redogmatizaciones cristianas, budistas y otras experiencias dan a veces un tinte de hostilidad frente al mundo de algunas declaraciones místicas. Pero la verdadera mística no tiene nada que ver con una retirada del mundo. El místico no aspira al más allá, al cielo. La consumación es aquí y ahora; solamente que está oculta.

La parábola de los dos hijos (Lc 15, 11-13)

Las Escrituras pueden estudiarse según su contenido histórico, como si lo que está escrito hubiese ocurrido realmente. También se puede hacer el intento de comprender los símbolos como el del agua, la cena, la alianza. También es posible una comprensión en el nivel puramente moral, aprendiendo lo que tendrá que cambiarse en la vida. Pero también puede entenderse

en el nivel místico: ¿Qué indican las Escrituras más allá de los conceptos? ¿Que hay detrás de las palabras? ¿Cuál es la realidad última a la que apuntan todas las palabras?

Las palabras de las Escrituras no son más que el dedo que apunta a la luna, pero no son la luna. Son algo parecido a un mapa, pero no son el campo por donde se piensa pasear. A los que se encaminan por un sendero espiritual se les advierte que no tomen el dedo por la luna ni el mapa por el campo.

El significado místico está oculto en las palabras, pero no es ningún secreto. Solamente hay que experimentar el contenido por sí mismo. Así que la declaración mística es el centro de las Sagradas Escrituras. Nosotros podemos tener esa misma experiencia, pues el don para ello se oculta también en nosotros. En nosotros lo místico es la vida divina.

En este sentido se puede interpretar la parábola del padre y los dos hijos. Los tres caracteres nos representan a nosotros mismos. El padre es nuestro verdadero ser, lo divino en nosotros, nuestra naturaleza esencial. El hijo menor simboliza nuestra consciencia del yo. La identificación con él es la que nos resulta más fácil; actúa como estamos acostumbrados a hacerlo nosotros antes de saber quiénes somos en realidad. Pensamos y actuamos de forma dualista, egocéntrica, narcisista. El hijo mayor también representa nuestra consciencia del yo. Ya ha experimentado su verdadero ser o, por lo menos, tiene una noción del mismo. Pero la experiencia es incompleta. Aún sigue estando apegado a la manera de pensar dualista.

La parábola es el relato de nuestra propia transformación. Nos indica el camino que tenemos que recorrer y, a la vez, es como un espejo en el cual podemos reconocer nuestro proceso de cambio.

Los tres personajes muestran diferentes niveles de nuestro proceso de transformación. El padre es indiferente, libre, lleno de compasión y benevolencia.

Indiferente significa imparcial. No existe indicio alguno de que el padre intente apartar a su hijo de la aventura. No le da ningún consejo de tipo moral; tampoco hace reproches a su hijo mayor por su envidia. La parábola simplemente indica que repartió sus bienes.

Es libre. El padre no demuestra dependencia ni apego a sus hijos. No los utiliza para sus fines propios. El hijo menor desea recibir su herencia, la recibe y puede marcharse. El padre no

pregunta en qué la quiere utilizar ni le da ningún consejo provechoso. El hijo menor regresa desmoralizado. El padre no pregunta en tono de reproche dónde estuvo, sino que le acoge. El hijo mayor se queja, el padre no se justifica y no le culpa por su envidia.

Está lleno de compasión. La indiferencia y la libertad del padre no significan que no tuviera compasión. Al contrario, está movido por ella. No piensa en sí; sólo vive para sus hijos. No piensa mucho lo que tiene que hacer. Actúa desde la plenitud de la vida experimentada.

Tiene la visión clara. Está en posesión de la *puritas cordis*, del ojo puro, a la que se refieren las bienaventuranzas. Ese ojo puro no está dominado por nada, carece de prejuicios; ve la realidad tal como es. En la parábola leemos que vio venir a su hijo cuando éste aún se encontraba muy lejos.

El hijo menor tiene una consciencia del yo fuertemente desarrollada. Es nuestra consciencia del yo que flota como una ola en el océano y que puede alegrarse de estar separada del océano e, incluso, puede creerse capaz de vivir sin el océano. En ocasiones, puede llegar a considerar el océano como el gran obstáculo hacia la libertad y la vida. El hijo menor quiere ser «yo», quiere ser independiente. Quiere tener algo exclusivamente para él solo. Su consciencia del yo es algo que espera experimentar separado de lo demás. El yo desea tener algo propio. Opone resistencia a la totalidad, y de allí resulta la inseguridad. El yo cree que algo le falta y, por eso, tiene que emprender siempre de nuevo la búsqueda, porque lo que alcanza, nunca basta.

Este camino conduce necesariamente a la aflicción. El sufrimiento es la consecuencia natural de la autoseparación, del querer poseer para sí solo. Ese dolor es importante, pues parece que solamente la presión del sufrimiento nos encamina correctamente. Sufrimiento siempre es señal del ego. Quizás se consiga camuflar el egoísmo, pero no su efecto: el sufrimiento. «Puedes esconder el fuego, pero ¿qué harás con el humo?»

El otro hijo también representa un yo, mucho más sutil, oculto, a la sombra. Vive cerca del padre, su yo vive al lado de la naturaleza esencial. Se queda en casa, hace todo lo que le manda el padre, necesita la aprobación del padre. Significa para él la fuente de seguridad, le protege de la aniquilación y le confiere importancia. El hijo mayor aún no ha caído en la cuenta de que lleva al padre dentro de sí, y que lo que ve en el

exterior lo tendrá que descubrir en su interior. La conciencia del yo y el ser verdadero aún siguen separados.

El hijo mayor se cree mejor. No ha cometido las tonterías del hermano. No creyó que la dicha se encontraba afuera, pero también él la buscó en el interior, donde el padre. Está descontento del padre, de su situación. Su postura al regreso del hermano menor demuestra que se siente amenazado. Creyó que su buen comportamiento le garantizaría el favor del padre, la aprobación de su yo.

Mientras el ser humano recibe atención, se encuentra bien. Pero esto mismo puede convertirse en obstáculo. El buen comportamiento, motivado por el miedo a perder el cariño, no es ninguna virtud. Ésta es exactamente la misma situación en la que Jesús se encontró con los fariseos. Ellos se consideraron como los que se quedaron en casa, los más íntimos de Dios, los que hacen todo lo que se puede hacer y, por ello, confiaron en recibir su favor. En tal caso, la religión puede ser el obstáculo decisivo para no dar el último paso: el desprendimiento total del ego. El ego puede estar perfectamente equilibrado en el recogimiento del padre, pero sigue siendo el ego. Justamente por ser tan equilibrado resulta muchas veces imposible dar el último paso del desprendimiento. Y por eso, Jesús dice a los fariseos: «Atravesáis el mar para conseguir un prosélito, pero impedís a otros la entrada en el reino de Dios.»

Así que la parábola es la historia de nuestra propia transformación. Descendemos del padre que es «todo en todo» (Pablo). El viaje comienza con la búsqueda de nuestra identidad. ¿Quiénes somos? El hermano menor busca la solución persiguiendo la dicha en el exterior. El hermano mayor busca la dicha queriendo conseguir la aprobación. En el camino, ambos experimentan el dolor de su pretendida independencia y reconocen el derrumbamiento de su yo. Por fin puede comenzar la búsqueda del reino de Dios.

¡Dichoso aquél que alcance rápidamente el final de su búsqueda y que reconozca que se trata de dar la vuelta! ¡Dichoso aquel que tenga que soportar una presión de sufrimiento tan fuerte que no le quede más remedio que dar la vuelta! Nuestro viaje vuelve a su punto de partida. Pero la vuelta sola no basta; tenemos que ser absorbidos totalmente por nuestro verdadero ser, por Dios. Se trata de experimentar nuestra semejanza con Dios. El padre es la fuente de vida para ambos hijos. Todo lo

tienen de él. Deben caer en la cuenta de que la independencia es una ilusión que no hace más que conducir a la alienación.

La vuelta está señalizada por el traje de fiesta, el anillo, el calzado y la fiesta. También el hijo mayor sufre una transformación. Se da cuenta de que todo lo que es del padre le pertenece a él, que no existe ninguna separación, que es uno con el padre. Mientras anhele una recompensa, un premio y el reconocimiento, vive separado. La fiesta al final de la parábola es la consumación de la transformación.

La parábola es nuestra propia historia, el guión de nuestra vida. Su fin consiste en ser una ayuda para que nos abramos y encontremos la unidad más allá de todas las cavilaciones. Entonces comenzará nuestra auténtica vida, podremos ir de viaje o quedarnos en casa. Entonces ya no habrá ni exterior, ni interior, experimentaremos todo como manifestación de nuestro ser, como la forma de Dios. Entonces ya no habrá bien y mal, arriba y abajo, rico y pobre. Entonces tendremos también esa ley, que solemos denominar amor, dentro de nosotros. «¡Ama y haz lo que quieras!» El amor será la norma de nuestro comportamiento.

Visiones (Lc 2,36 ss.)

La profetisa Ana estuvo casada y enviudó siendo aún muy joven. Este hecho la encaminó hacia su interior. Ya no se apartó del Templo, se dice. El sufrimiento nos pone en camino hacia nuestro interior. Cuando el sufrimiento es mayor, se da una experiencia profunda que puede ser significativa para nuestra vida y quizás también para la vida de otros. De repente conoceremos nuestro propio ser, nuestra figura auténtica. Una visión como la que tuvo Ana es un conocimiento que culmina en la convicción: a pesar de todo, la vida tiene un profundo sentido.

Más de uno alcanza semejante conocimiento en un curso de oración contemplativa o de zen. No quisiera llamarlo visión, aunque sea algo muy parecido. Existen niveles de profundidad muy diferentes. Todos hemos tenido alguna vez la experiencia de que se nos aclara un problema que durante tiempo nos tuvo preocupados. Muchas veces, esa claridad se hace patente en una imagen, en una estructura o figura simbólicas. «Habló acerca del niño a todos los que esperaron la redención de Jerusalén.»

En ese niño, Ana reconoce su redención y la de su pueblo. A menudo, esos conocimientos son la reintegración de partes disociadas de nuestra conciencia. Esto no rebaja la experiencia, sino que nos muestra que lo divino no está lejos y que se nos manifiesta en ese tipo de imágenes y señales desde nuestro ser más profundo. Podemos decir sí a nosotros mismos y seguir viviendo.

Las visiones y el conocimiento que se nos depara de forma repentina, pueden constituir una fuerte motivación para nuestra vida. Pero no debemos quedarnos apegados a ellos, sino reconocer su mensaje.

Para Ana, la visión tenía un carácter marcadamente religioso; con ella, dio ánimo a otros.

Agua de vida (Jn 7,37)

El agua es el símbolo del ser divino, y nuestro ser más profundo es el ser divino.

En el pozo de Jacob, Jesús habló de esa agua viva: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le dé, se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.» (Jn 4,14)

Los seres humanos tenemos una sed existencial que intentamos apagar en muchas fuentes corriendo tras un sinfín de cosas. Aquí coinciden las declaraciones de Jesús con las del Buda y con las de otros textos sagrados. Mientras el ser humano tenga solamente sed de alimentos, diversiones y cosas superficiales, el sufrimiento es inevitable. Aunque ceda a las necesidades de sus instintos, éstas volverán a surgir periódicamente; puede desperdiciar su vida yendo de fuente en fuente hasta que un día se dé cuenta de que en el fondo no desea apagar su sed física, sino un anhelo mucho más profundo, el de la vida eterna.

Dostoyevski cree que el misterio de ese círculo vicioso consiste en que, una vez consumida el agua terrestre, se vuelve a tener sed y se pregunta: «¿Y ahora qué?»

Nuestro anhelo de felicidad no es más que una desesperación latente. Solo encontraremos la paz y la seguridad en nuestro núcleo divino. La sed auténtica no se apagará con el agua terrenal.

El peligro de ofrecer a las personas solo agua terrenal es

muy grande. Tampoco en la religión podemos quedarnos engançados en lo puramente formal, olvidando el hecho de que únicamente los caminos espirituales conducen a lo auténtico. Ningún guru verdadero, ningún maestro zen aceptaría a un discípulo que solamente estuviese interesado en su condición física o en hacer ejercicios de relajación.

El agua de vida es la vida de Dios que todos llevamos dentro. Es el Principio Divino que es nuestra verdadera naturaleza. No está alejada de nosotros. Cuando encontremos esa agua de vida cobrará sentido todo lo demás: las alegrías y las vivencias de este mundo.

Dios y las cosas forman un conjunto. Pero solamente si Dios se nos manifiesta en las cosas seremos felices con ellas.

Sabiduría

La sabiduría suele ser un concepto abstracto para nosotros, pero originalmente era una divinidad femenina, una figura mítica, que, más adelante, en el judaísmo, recibirá la denominación de una potencia divina de rasgos abstractos y masculinos.

En primer lugar, sabiduría, es la filosofía práctica, la sabiduría de la espera, de la aceptación y de la maduración. Está muy cercana al crecimiento y a la totalidad. Su morada está en la profundidad de la conciencia. En los libros se suele dirigir al hijo como si nuestro lado femenino hablara al masculino. Pero no se trata de hombre y mujer, sino de lo masculino y lo femenino dentro de nosotros.

De la sabiduría está escrito: «Antes de los siglos, desde el principio me creó y por los siglos subsistiré.» (Si 24,9) La sabiduría es el principio femenino que penetra el cosmos y va más allá de su fin. «El que me halla, ha hallado la vida, ha logrado el favor de Yahveh. Pero el que me ofende, hace daño a su alma, todos los que me odian, aman la muerte.» (Pr 8,35)

La enseñanza de la sabiduría es una «educación del ánima». Lo femenino se dirige a lo masculino. Lo femenino abarca mucho más. Es lo creativo, lo que era cuando el mundo fue creado, y también la fuente originaria de nuestra vida.

En occidente cuentan más las obras que el ser. Dominar, dirigir, ordenar y producir ocupan el primer lugar. La lógica y el saber intelectual son los que cuentan en nuestra sociedad.

La sabiduría no es un saber intelectual. Es la comprensión de la verdadera naturaleza de las cosas, el principio que ordena el cosmos y el ser humano. Mientras que el principio masculino tiende a cometer faltas y a rebelarse contra el orden del cosmos, el principio femenino es idéntico al orden fundamental del mundo y, en consecuencia, también a la voluntad de Dios. Es el orden básico del universo, la voluntad misma de Dios.

El elemento patriarcal estableció los mandamientos que exigen obediencia absoluta, con frecuencia hasta absurda. Pueden ser tan intransigentes que vayan contra la naturaleza, tiranizando a la persona. Pensemos solamente en los mandamientos sobre la pureza de las mujeres cuando tienen su menstruación.

La sabiduría no se orienta hacia la voluntad masculina y autoritaria de la voluntad de Dios, sino hacia el orden cósmico que el ser humano experimentará al adentrarse en sí. Se trata de la verdadera vida del ser humano. No es pensar en opuestos, sino la experiencia de la unidad y de la totalidad. Las imágenes de la sabiduría son el árbol de la vida en crecimiento, desarrollándose desde el interior, y la fuente de vida de la que todo brota.

Por ello, la sabiduría marca a la persona perfecta. Volvernos sabios constituye nuestra meta. Al final del camino esotérico está el sabio.

La figura de la sabiduría es, sin duda alguna, una parte de la tradición de carácter matriarcal que, en la Biblia se opone a la tradición patriarcal de Yahvé; es un complemento necesario a nuestra imagen patriarcal y representa una cara que tenemos que admitir y desarrollar.

La Transfiguración de Jesús (Mc 9,2 ss.)

En el monte Tabor, los discípulos se dieron cuenta por primera vez de quién era Jesús. Él siempre había sido transparente para lo divino, pero ellos nunca lo notaron. Él es el Hijo de Dios. Su verdadero ser se ha manifestado, traspasando incluso sus vestidos. Lo divino traspasa todo sin dificultad. Pero no debemos quedarnos estancados en Jesús.

Tenemos que reconocer nuestra figura auténtica en Jesús. También nosotros estamos llenos de Dios; somos también epi-

fanía de lo divino. Desgraciadamente, nuestros ojos están incapacitados, igual que los ojos de los discípulos. La vida sería muy fácil si fuéramos capaces de reconocer quiénes somos, si cayéramos en la cuenta de quién es nuestro prójimo, percibiendo la radiación que pasa a través de su ropa.

Nuestros ojos son incapaces de ver que el mundo entero es el Tabor, incluido el sufrimiento. Vivimos al lado de personas resplandecientes y radiantes, aunque no estamos preparados para reconocerlas. Según Eckehart, nuestra tarea primordial consiste en caer en la cuenta de quiénes somos: «Ahora dice un maestro, Dios se hizo hombre y con ello enalteció y elevó al género humano entero... ese maestro habló bien; pero en verdad, no me importaría mucho. Pues, ¿de qué me serviría tener un hermano rico siendo yo un hombre pobre? ¿De qué me serviría tener un hermano sabio siendo yo un necio?»

Eckehart quiere hacernos ver que eso mismo ocurre también en nosotros. ¿De qué me serviría si Jesús fuera glorificado y yo no?; a eso se refiere Eckehart. La santidad y la divinidad de Jesús también son nuestras.

Los santos que veneramos, no lo son por haber realizado proezas, aunque hayan sido confirmadas en el proceso de santificación; son santos porque lo divino traslucía a través de sus figuras.

Lo divino está siempre en nosotros. De ahí que Eckehart diga: «La bienaventuranza que Cristo nos trajo era nuestra.» En el fondo quería solamente que cayésemos en la cuenta del hecho de ser hijos/hijas de Dios, que el reino de Dios está en nosotros, siendo nosotros portadores de la vida eterna.

En el camino de la contemplación, más de uno llegará a un punto en el que todo le parecerá más verosímil que lo dicho. Hace falta que reconozcamos la impotencia de nuestro yo para que prosigamos la búsqueda de nuestro verdadero ser, que está oculto a nuestros ojos pero que, a pesar de ello, reluce. Jesús es la promesa.

Somos la danza de lo divino. Dios está bailando en nosotros. Decir «en nosotros» se presta a una interpretación errónea, como si Dios estuviera en nosotros como en una vasija. Más bien, lo divino está bailándose a sí mismo en la figura de esta persona.

Los cristianos tenemos dificultad en aceptarlo porque tememos acercarnos demasiado a Dios. Nos da miedo que desapa-

rezca la diferencia y se nos culpe de panteístas. Pero esta es una dificultad intelectual que no se da en la experiencia. En oriente se habla del «león dorado». El oro queda patente en la forma, no existe sin ella, se manifiesta en la forma del león. No se puede separar el oro del león, pero el oro no es el león, y el león no es el oro.

Lo divino solo puede quedar patente en una forma, igual que el oro existe sólo en la forma, y no por sí solo. Dios en sí no es perceptible, solamente se le puede experimentar en una forma. Por eso Dios y el ser humano coexisten.

Desde este punto de vista tienen sentido los poemas de Angelus Silesius:

*Hombre, si aún estás anhelando
y deseando a Dios,
aún no estás eternamente
abrazado por Él.
Soy tan grande como Dios,
Él tan pequeño como yo;
no puede estar por encima de mí,
ni yo por debajo de Él.
El que Dios sea tan bienaventurado,
viviendo sin anhelos,
lo ha recibido de mí
igual que yo de Él.*

La tarea principal de la religión consiste en conducir a la persona al conocimiento de su ser. Otras muchas imágenes nos hablan de ello: «la vuelta desde el extranjero», «regreso al seno del Padre», «a la casa paterna», «al reino de Dios», «a la ciudad celestial de Jerusalén». En realidad no tenemos que ir a ningún sitio, solamente dar a nuestra propia hondura divina la oportunidad de encontrarnos.

El Evangelio apócrifo de María. Lo femenino en el ser humano

Todas las religiones ofrecen al ser humano una visión anticipada de la meta. Pero no todas las personas están dotadas para poder mirarla, pues el órgano que mira la nueva meta no puede ser la conciencia antigua. Tiene que formar parte ya de la

persona nueva, de aquella que ya ha consumado la iniciación del renacimiento, la metanoia. Sólo el que es de la verdad, podrá escuchar la voz de la verdad. «En su luz vemos la luz.» Por muy rudimentaria que sea esa conciencia nueva, que también podríamos denominar conciencia crística, es la condición previa para despertar en nosotros una resonancia de la vida nueva.

La mayoría de las personas que tienen una percepción de esa vida nueva, de esa nueva posibilidad de existencia, la apartan instintivamente. Intuyen que conmovería su vida antigua, y no quieren exponerse a esa emoción profunda.

Esto nos lo demuestra muy claramente el Evangelio de María, que nos quiere decir que el ser humano con su esfuerzo natural, entendimiento y voluntad, no podrá reconocer ni perseguir su meta. Es inútil querer distanciarse de los poderes inconstantes por medio del intelecto, la voluntad y el anhelo natural; esas mismas potencias son efímeras. Esto resulta muy duro al cristiano al que han enseñado a tener buenos propósitos, observar los mandamientos y practicar una religiosidad regida por la doctrina. El acceso a la conciencia crística solo es posible cuando lo eterno despierta en el ser humano, acudiendo en su ayuda. Lo luminoso, aunque oculto, está presente en cada ser humano y tiene que iluminar lo incierto de la oscuridad para que la persona se encamine hacia lo espiritual.

El Evangelio de María nos dice que el elemento femenino, lo receptivo, lo que escucha, es lo que sirve para percibir e intuir la nueva conciencia. Lo femenino está representado por María. La pasión, el entendimiento y la voluntad, por las figuras de Pedro, Andrés y Santiago.

El primer obstáculo queda patente en la figura simbólica de Pedro: la pasión y el ansia por dominar la nueva conciencia. El ansia es astuta. Le dice a María (el alma): «Me estás mintiendo. Tu búsqueda de lo eterno es solamente la compensación de deseos no cumplidos y frustrados. Crees que tu anhelo viene de arriba, dirigiéndose a algo constante. En realidad, son características de la niñez, sentimientos de desamparo y decepciones con tendencia regresiva. Tú ya no aguantas la incertidumbre de la existencia y huyes hacia una falsa seguridad.» Más de un psicólogo intenta rechazar de la misma forma las tendencias religiosas. Pretenden que todo sea una regresión.

El segundo gran obstáculo queda patente en la figura simbólica de Andrés: el entendimiento, que es la instancia según la

cual tenemos que orientar la vida. «¿Por qué crees que tú sabes más?», le dice el entendimiento al conocimiento interior. «No dispones de medida para tu conocimiento interior. ¿De dónde sacas esa seguridad? ¿Es realmente auténtico tu conocimiento? ¿No estás corriendo detrás de una ilusión?» En primer lugar, hace falta tener valor para confiar en esa débil tendencia interior, hasta que llegue a ser tan fuerte que ya no se deje juzgar y disuadir por el entendimiento.

La tercera potencia queda patente en la figura simbólica de Santiago: la voluntad, que le dice al alma que ella es competente para el camino hacia Dios. En su opinión, facilita la motivación para el regreso mediante el empeño, el esfuerzo y la energía.

El alma en la figura de María tiene que comunicarle que está en un viaje del ego, aunque no se dé cuenta, porque cree poder alcanzar la salvación con métodos y esfuerzos, planificando y observando los mandamientos. Pero en realidad solamente existe el viejo yo, que desea mantener su dominio en el mundo nuevo.

Las potencias de la conciencia antigua intentan retener al ser humano. No pueden aceptar que el sosiego, la espera, la atención silenciosa, el mirar hacia dentro y la receptividad sean las únicas posturas con las que conoceremos nuestro verdadero ser, lo divino de nosotros, porque también en la religión se enseña que la actividad y la planificación, las verdades intelectuales y los buenos propósitos, son los instrumentos básicos para guiar hacia la nueva conciencia.

María es la figura simbólica de lo femenino del ser humano, se podría decir del ser humano nuevo del reino de Dios. En el Evangelio no se trata pues, de María contra Pedro, Andrés y Santiago, sino de que lo femenino, lo receptivo, sea más apto para experimentar lo divino que lo activo, lo masculino. Lo femenino nos proporciona el acceso a nuestro ser más profundo. Tiene una afinidad con Dios de la que carecen el entendimiento y la voluntad.

El demonio, nuestro hermano

Junto con la creencia en Dios se nos inculcó la creencia en el diablo, gracias a la cual hemos achacado más de una tragedia

de la historia mundial a otros, en vez de buscar los motivos en nosotros y cargar con la responsabilidad correspondiente.

Un día, los historiadores de las religiones se percatarán de que ese desplazamiento del mal hacia el exterior, hacia otro, ha sido el responsable de muchos crímenes, tanto dentro como fuera de las religiones e ideologías del mundo.

El demonio es una hipótesis mediante la cual intentamos explicar el mal de este mundo, personalizándolo y separándolo de lo divino como su fuerza antagónica. El demonio se convirtió en una figura de proyección, a la que se achacaba todo mal. Representa nuestra sombra personal y colectiva. Si no logramos armonizar en nosotros esa dualidad, que aparentemente forma parte de la estructura de la creación, quedaremos expuestos a las fuerzas negativas de esa lucha. Inquisidor y acusado, juez y verdugo, amigo y enemigo, superior y subordinado están en nosotros. Y es en nosotros donde hay que armonizarlos.

No es necesario mantener la hipótesis del diablo. Al contrario, es más bien arriesgado, aunque lo que ha representado el diablo no ha de desaparecer. Necesitamos algo que mantenga viva nuestra sensibilidad frente al mal, metáforas que nos hablen de una forma más actualizada de aquel poder que tiene importancia en cada uno de nosotros. Lo que la tradición cristiana denomina «demonio» son unas potencias que no tenemos por qué personificar. Lo verdaderamente malo tiene otros nombres: abuso de poder eclesial y político, opresión de los débiles mediante sistemas económicos explotadores, destrucción del medio ambiente, manipulación de genes, desarraigo racial y cultural por las situaciones de los refugiados, etc.

El demonio no tiró la primera bomba atómica ni exterminó a los judíos bajo Hitler o a los adversarios de Stalin durante el comunismo. Tampoco hizo que los japoneses en la última guerra oprimieran al sureste asiático, ni envió a los cruzados a Jerusalén, ni está destruyendo nuestro espacio vital. No tiene tampoco la culpa de que nos llevemos mal con nuestro vecino. El mal actúa en nosotros y se trata de reconocerlo dentro de nosotros. Una vez que lo reconozcamos, también experimentaremos que somos partícipes de los crímenes que se hacen lejos de nosotros.

Cada vez experimentaremos con más fuerza que estamos unidos tanto a lo bueno como a lo malo. El diablo es nuestro hermano gemelo. Es innato a nuestra estructura de personali-

dad; pertenece al principio estructural de la creación. Forma parte integral de la creación de Dios y es una criatura de Dios igual que nosotros. Si logramos hacer fructíferas nuestras energías de la sombra para el bien, lo habremos ganado como ayudante que hace el bien aunque aparentemente esté deseando el mal.

La humanidad se está experimentando cada vez más como «nosotros», o sea, como una personalidad colectiva. No me estoy refiriendo a un entendimiento intelectual, sino a una experiencia. Esta personalidad colectiva se basa en unas energías aún desconocidas. El científico inglés Sheldrake ha hecho investigaciones señalando unos campos morfogenéticos que nos unen a todos. Lentamente, la ciencia está empezando a investigar lo que la mística ha sabido desde siempre: que somos miembros de un mismo cuerpo, y que todo el cuerpo se resiente cuando algún punto le duele.

Como humanidad nos encontramos en la pubertad. En este momento no sabemos exactamente quiénes somos. Pero el desarrollo de esa personalidad se está acelerando y estamos reconociendo que pensar en términos de amigo-enemigo, de nacionalismos, de fanatismos religiosos y de violencia nos amenazan a todos, no solamente al punto donde están imperando esas enfermedades.

La fuerza de la evolución divina nos arrastra. Apenas podemos imaginarnos cómo será el futuro de la humanidad, aunque ya se está esbozando una nueva sensibilidad con los valores espirituales. Estamos descubriendo que el universo es mente y lo físico condensación de la misma.

¿Qué tiene que ver esto con la religión? Pues que es solamente un lenguaje diferente. Decir «personalidad de la humanidad» o «cuerpo de Cristo» para mí significa lo mismo. La «estructura morfogenética» y la imagen de la vida, no suponen ninguna diferencia para mí. Se le pueden atribuir muchos nombres diferentes a la fuerza de la evolución divina. Tenemos que cuidar mucho no limitar la religión a unas imágenes y conceptos llamados religiosos.

Mientras estemos apegados al modo de pensar dualista, habrá bien y mal, Dios y diablo, y no podremos explicar la Realidad última. Solamente a través de la experiencia mística conoceremos la unidad de la realidad.

Culto y ritual. Circuncisión del Señor

En Jesús se lleva a cabo el antiquísimo ritual de circuncidarle y presentarle en el Templo. De esta forma, en él, igual que en las demás personas, se da testimonio del hecho de haber nacido de Dios, de su pertenencia a Dios.

El culto y el ritual son la contestación al hecho de ser de origen divino. Es una manifestación que va más allá del lenguaje. El acto cúltico es un acto simbólico que abarca mucho más que nuestra confesión racional. Símbolo proviene de *symbolleîn* (= juntar). El símbolo supera la brecha abierta entre el mundo formal y lo numinoso. El acto cúltico fusiona los dos polos. Los ritos constituyen realmente una *re-ligio*, un volver a unirse con Dios.

Por eso necesitamos los ritos y los cultos. Hay una estrecha relación entre culto y cultura. El culto es el punto de partida de cada cultura. Ésta, igual que el culto, solía referirse a lo numinoso. Los monumentos de la cultura antigua eran templos, catedrales, figuras divinas. Los monumentos de hoy son los rascacielos, las plantas energéticas, las torres de televisión, los aviones supersónicos. Nuestra cultura corresponde a nuestro culto; estamos bailando alrededor del becerro de oro en nosotros en vez de hacerlo alrededor de Dios.

Antiguamente existía una iniciación para cada nueva etapa de la vida, un determinado ritual para ser introducido en ella. La existencia biológica por sí sola no significa que se es persona, sino solamente un animal más desarrollado. La esencia de la iniciación consistía en hacer saber a la persona que debía su existencia a Dios; cuando el ser humano experimenta esto es auténticamente persona.

Por ejemplo, el bautizo significa que el ser humano, más allá de su nacimiento biológico, ha nacido de Dios.

La iniciación a la pubertad significaba que la persona tenía que dejar atrás su infancia para entrar en la edad adulta, señalando el comienzo de una vida nueva. Pero esto presupone la muerte de la anterior. Quien quiera nacer a una nueva forma de ser, tendrá que soportar ese doloroso proceso de muerte. Morir para vivir; la muerte va unida al dolor, al sufrimiento, a la enfermedad, a la depresión y a la desesperación. Por ese motivo, los ritos de iniciación solían ir acompañados de una muerte simbólica, de sufrimiento, miedo y peligro. Para poder entrar en

la vida espiritual, el ser humano tiene que confrontarse a todos estos temas. Justamente son estos puntos los que la persona moderna quisiera eliminar del mundo: enfermedad, dolor, miedo, muerte. El que pase a través de ellos, intuirá al ser absoluto e íntegro detrás de la fragilidad del ser de la persona.

En la eucaristía consumamos un rito, el del sufrimiento, la muerte y la resurrección no sólo de Jesús sino los nuestros propios. Celebramos el principio estructural de la creación: la transformación.

Nuestro mundo se parece más a un prado de recreo que a una búsqueda seria del sentido de la existencia. Y dedicarnos al recreo y juego es justamente lo que deberíamos hacer. Algo de la ligereza de los lirios del campo y de los pájaros del cielo debería determinar nuestras vidas, pero precisamente esa ligereza que lleva todo en la mano abierta, es la que va faltando cada vez más. Hemos olvidado que ese prado significa tiempo y eternidad; el culto y el ritual nos lo recuerdan.

Hagios gamos. Bodas sagradas. Alocución nupcial

Esta sala os es bien conocida. Habéis venido muchas veces aquí para pasar unas horas o días en recogimiento y reflexión. Hoy, no solamente la sala tiene un aspecto muy diferente, sino que habéis acudido por un motivo totalmente distinto. Os habéis decidido a celebrar esta ceremonia. ¿Por qué? Seguramente, más de un amigo mostrará su incomprensión achacándolo a normas sociales, pero vuestra presencia aquí es más que un acto deseado por la sociedad, o aceptado por ella.

El matrimonio es la iniciación a un camino de sanación. La consumación del matrimonio es la iniciación a un camino en compañía, el estreno de un camino de vida, más aún, la consagración de un camino de rescate. El matrimonio no es ningún puerto de felicidad, sino un camino de sanación. Quien vea en el matrimonio solamente una autosatisfacción narcisista fracasará; eso lo sabe hoy cualquier terapeuta que tenga que aconsejar a la pareja.

Dos personas no se juntan por casualidad, sino porque quieren madurar juntamente hacia su destino final. Quisiera explicar esto con más detalle.

El ser de Dios es uno. En la creación ese Uno se diversifica

en un sinfín de posibilidades. Lo Uno se manifiesta en lo múltiple. Se fraccionó en un número ilimitado de formas, que siguen relacionadas entre sí, siendo a la vez la expresión totalmente individualizada del Uno.

O sea, en el principio está lo Uno. Ese Uno es lo Santo, lo Íntegro, lo Indiviso. El dolor es dolor de separación. El dolor de salvación es ansia de rescate, anhelo de la parte por el todo y de superación del sufrimiento original del aislamiento.

Nos queda una idea de la totalidad, que es la que despierta en nosotros la añoranza. La nostalgia existe solamente porque se sabe que existe la patria. El amor es el acceso y el comienzo del camino de regreso al hogar, es decir, a Dios, al Uno.

El Uno tiene que salir de sí mismo. Si no se convierte en dos y en muchos, no habrá creación. Pero con la creación se da la división del Uno y, con ello, el desasosiego. Todos los seres perciben que no están enteros. Y así, lo dividido empuja hacia la unidad. La unidad es también vuestro ser más profundo.

Como seres humanos sentimos más intensamente que otros ese déficit de la división; con la existencia del género humano tuvo que empezar la búsqueda de la parte complementaria, pues cada mitad necesita otra para poder experimentarse como totalidad, ya que nuestro ser más profundo no es ni masculino ni femenino sino Uno.

A nuestro anhelo de unidad le hemos dado el nombre de amor. El amor dinamita los límites de la soledad de la que somos prisioneros, liberándonos para ser completos. El amor es el anhelo de la unidad perdida, de nuestro estado original.

Con la aparición del género humano empezó «la tragedia originaria del aislamiento». Constituye el dolor original del ser humano, un dolor de separación que no cesará hasta que hayamos reentrado en lo Uno. Lo que denominamos pecado, en el fondo no es otra cosa que la separación de nuestro ser más profundo. Es ese extraño impulso hacia la autonomía, la individualidad y la separación.

Nuestra auténtica identidad está mucho más honda y la encontraremos si nos desprendemos del yo que está en primer término. El matrimonio es el intento común de encontrar ese fondo, el único donde puede experimentarse la unidad.

Amor es sinónimo de nostalgia. La división del Uno conlleva la separación, pero aporta algo completamente nuevo: la energía del amor. El amor es mucho más que el instinto de la

procreación. Es la fuerza centrípeta especialmente fuerte entre los dos sexos. Al igual que se origina la fuerza de atracción entre dos polos magnéticos, nace el amor entre hombre y mujer.

Con ello aparece en la creación un nuevo campo energético de gran potencia que es mucho más que la suma de sus partes. El amor es algo que escapa a cualquier explicación, porque va más allá de la estructura física y psíquica del ser humano. Es el anhelo metafísico que, a su vez, representa la potencia originaria de la evolución. Conduce a la abolición incomprensible de las fronteras del yo necesaria para encontrar el camino de regreso al Uno.

Nuestro yo tiende a oponerse a la fuerza para fusionarse con el Uno. Está en contra de toda unión mística porque no quiere rendirse. Se diferencia del impulso místico hacia la unidad porque quiere retener y tener para sí. Solamente volveremos a alcanzar la totalidad mediante el abandono, nunca presionando o mediante la conquista. En eso consiste la tragedia del ser humano, en especial la del hombre, que no se ha cansado de intentar lograr —y sigue haciéndolo— la unidad y la totalidad.

El yo tiene la tendencia de utilizar al otro para enriquecerse y aprovecharse de él. Quiere tener algo y quiere acrecentarse, pero no busca la unidad más alta en la unión con el otro. Quiere seguir siendo el punto cardinal de su reducido mundo. Convierte al otro en un medio para sus fines propios y en un medio para el placer.

Degrada a la pareja a mera mercancía que se usa y consume a capricho. Agota al otro y luego lo tira. Un amor de esa clase es egoísmo. Nadie ha calificado esto más cruelmente que Kant al decir que el matrimonio es «un contrato de utilización mutua de los órganos sexuales». El peligro de todo matrimonio estriba en no buscar la unidad sino en querer poseer.

O sea, vuestro camino en común es un proceso de crecimiento. Y eso es algo doloroso; sufrimiento y amor van de la mano. Parece que el amor incluso necesita del sufrimiento para poder madurar. Así que estad preparados para cuando os acosen las dudas sobre si debéis abandonaros o no. Son horas importantes para madurar y crecer.

El místico y el amante verdadero tienen mucho en común. Los caminos del desierto y de la noche son bien conocidos en la mística. Esa misma oscuridad existe también en las relaciones

humanas. Se trata de complementar lo sensual con lo transcendental y eso, por lo visto, no es posible sin el sufrimiento.

Lo que une al hombre y a la mujer se denomina en la tradición espiritual *hagios gamos* (bodas sagradas). El matrimonio se convierte en comunión, en símbolo de unidad de lo divino y de lo humano.

Esto lo simbolizan muchos pasajes de las Sagradas Escrituras. En Oseas leemos: «Te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh.» (Os 2,22); en Isaías: «Tu esposo es tu hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre; el que te rescata, el Santo de Israel, Dios de toda la tierra se llama. Porque como a mujer abandonada te llamó Yahveh; y la mujer de la juventud ¿es repudiada? —dice tu Dios» (Is 54,5 ss.).

El auténtico ser humano es la pareja de hombre y mujer. Esto es lo que nos quiere transmitir el relato de la creación: «Como hombre y mujer los creó». El ser humano auténtico es la persona deificada, la que sabe que para ser completa le hace falta la dimensión divina.

Vuestra meta última no es la otra persona. Vuestra meta común es esa dimensión divina que debéis encontrar conjuntamente. Ese es el motivo verdadero por el que os habéis encontrado y por el que debéis andar juntos en la vida. Los dos sois guías mutuos hacia la unidad. Vuestro amor es la marcha desde la soledad hacia el regreso a la totalidad de Dios. Vuestra boda es la iniciación, la consagración de esa senda de vuelta a casa.

Tercera parte

Testimonios

Los relatos siguientes son experiencias personales que describen el descubrimiento de una realidad más global. Lo mejor es leerlos con la actitud que Juan de la Cruz recomienda para la lectura de este tipo de experiencias: «Sería ignorancia creer que estas palabras de amor en el sentido místico —como es el caso en estos poemas— pudieran explicarse con aclaraciones...»

Hemos de tener mucho cuidado al buscar la experiencia mística solamente en el ámbito religioso o en el vocabulario confesional de una religión. La Realidad última no se deja limitar por ninguna religión. Sucede en un momento en el que no se espera. Coge desprevenido y de forma no prevista. Me he encontrado con religiosos que estaban decepcionados porque su experiencia no tenía nada que ver con el cristianismo y me he encontrado con agnósticos que estaban muy sorprendidos por su experiencia profundamente cristiana.

La expresión mística se manifiesta de diferentes maneras. A veces es una experiencia de «luz» y de «unidad». Pero no es la luz habitual y no es ser uno con algo, sino solamente unidad.

Una segunda forma de experiencia es la compenetración con todo lo viviente: un profundo afecto y amor a todos los seres vivientes. Ya no hay opuestos. Lo que queda es árbol, canto del pájaro, la vista de una flor o de un simple utensilio.

Si alguien, después de una experiencia profunda, exclama: «¡Soy Dios!», está expresando, no la experiencia del yo superficial —sería una blasfemia— sino la experiencia del verdadero yo, del centro divino de la persona. Es la experiencia de Dios consigo mismo.

A menudo, esta experiencia carece de características específicas, manifestándose en la consciencia como una poderosa energía que a veces resulta muy dolorosa. La mayoría de las veces está relacionada con el proceso de purificación. La perso-

na se siente desamparada, sola y abandonada. Es la noche oscura que carece de perspectivas consoladoras.

Después de una experiencia, la vida cotidiana puede ser diferente hasta que la rutina vuelva a prevalecer.

Todo es luz

Miedo, dudas sobre si existe la verdad, si existe Dios, y, en caso afirmativo, si seré capaz de reconocerlos alguna vez. A la vez, no puedo vivir sin la verdad, sin sentido, sin la eternidad. Este conflicto lleva a una tensión insoportable. Con esa lucha interior me voy al bosque. De repente, la tensión cesa. Todo es luz —no lleno de luz—, todo vibra, late, pero muy suavemente. No solamente los árboles, también el aire. Ningún yo y tú, sólo luz, uno.

Cuando la experiencia se desvanece, estoy sentado en el tronco de un árbol. Todo es ligero, la tensión ha cedido, pero surgen preguntas: ¿Quién es Dios? ¿Quién soy yo? El yo, ¿es sólo una ilusión? ¿Tiene libertad de voluntad?

Ninguna formulación es adecuada. Dicen: ¡Dios vive en el corazón o en el centro del ser! ¡Cómo si existiera en un recinto propio, en una frontera así!

No existe la muerte

Actualmente me preocupa mucho el tema de la muerte aunque sé que en el fondo no existe, sino solamente la desintegración exterior de la materia. La inmortalidad es aquí y ahora; si no, no existe. En el fondo siento profundamente ser uno con todo y que no puedo caer fuera de esa unidad, tampoco en la muerte. Las fronteras no existen, las levantan las personas.

Despedazamos el ahora

Medianoche. ¿Cuándo es ayer? ¿Cuándo mañana? Intentamos despedazar el ahora con el fin de registrarlo. Pero es indivisible.

La eternidad no está compuesta por tiempo como una recta

por infinidad de puntos. Eternidad, infinidad, cielo, es el ahora que late. «Hoy te he engendrado.»

Viví el «no temáis»

Estaba respirando cuando de repente surgió en mí: ¿Respiro yo o alguien dentro de mí? ¿Soy en Dios o Dios en mí?

He aquí la primera duda: ¿Qué es dentro? ¿Qué es fuera? Lo viví como uno y me dije: Respira y deja que respire en ti.

Así seguí durante un rato, y surgió la segunda duda: Dios en mí, tiempo, eternidad. También eso lo viví como uno y me di cuenta de que no existe ningún ayer y tampoco el mañana, solamente el hoy. La tercera duda me infundió miedo: ¿Yo Dios? ¿Dios yo? Y me dije: Creo en mi Señor Jesucristo que murió y resucitó. ¿Estoy cayendo ahora en el panteísmo? (Tuve que pensar en el arroyo y la fuente, dándome cuenta de haber estado en cierto modo siempre en Dios.) Seguí respirando, pero con la sensación de que era el universo entero el que respiraba. Experimenté una profunda unidad con todo, lo cual me llenó de una gran alegría y a la vez de una gran tristeza al pensar en tantas personas que no experimentan esto, y deseé que todos pudieran hacer esta vivencia.

Con todo, sentí miedo de errar y una gran paz cuando el P. W. me dijo: «¡No tengas miedo! La realidad es así, ni interior, ni exterior, ni ayer, ni mañana.» Hice la vivencia del «no temáis» que tantas veces se repite en la Biblia, y me ha quedado una gran paz y una serena alegría.

Ningún espacio, ninguna persona, ninguna frontera

Medito con otros dos. Al espirar, digo interiormente: «desprender». Sale de mi corazón un desgarro, una luz cegadora, un calor: no hay espacio, no hay personas, no hay fronteras, no hay ningún «desprenderse». Unido a todo, también a lo que no conozco. Silencio total. Vd. me pregunta: «¿Cuánto tiempo?» «¡Ningún tiempo!» Terminé la sentada, cenamos juntos, fuimos a misa y después a casa. Escuché el silencio y me acosté; como siempre. Por primera vez pude ver a las personas y escucharlas. Me sentí muy cerca de ellas y de las cosas, durante semanas y meses.

Estuve sin miedo

Durante un curso en el jardín, de repente hubo una densa plenitud. Me sentí como envuelto por algo que iba desde el jardín hasta las estrellas. Todo a mi alrededor me resultó muy familiar y unido a mí de un modo nuevo. A la vez me sobrevino como una paz profundísima, como una alegría sin límites.

Después del curso, durante una conversación sufrió un cambio mi experiencia en el espacio y las personas en él. La distancia mía en relación con los demás se mudó en familiaridad, en intimidad y unión que experimenté como calor, como vivacidad.

De repente estuve sin miedo. Al mirar por la ventana, el campo estuvo repleto de algo invisible, por un lado como transparente y, sin embargo, muy nítido y por otro, como una parte de mí. Parecía estar recubierto de un brillo, de un resplandor que hizo que todo resultara más claro, con un mayor colorido y con mayor intensidad.

Ya no quedan preguntas

Esta tarde, los acontecimientos se precipitaron. Más que sosiego y paz, todo está bien, ya no quedan preguntas. Es indescribible. Y luego esa sensación de estar rodeado de luz, de recibir fuerza. Por la noche, en la eucaristía, tuve de repente la sensación de estar unido con todos en amor, en el sufrimiento común. En una experiencia parecida a otra que tuve con anterioridad, no quise sufrir. Lágrimas. Gracias por poder sufrir con los demás.

Estuve en él

El Viernes Santo participé en la misa y tuve la siguiente experiencia. Cuando empezó la liturgia, olvidé todo, simplemente hice lo que había que hacer. Era otro sacerdote el que celebró. Después de la liturgia me di cuenta que estuve con el otro sacerdote, que me encontré en él. La experiencia fue muy delicada, parecida a las ondulaciones en un estanque. Si no me hubiera parado a pensarlo, me hubiera pasado inadvertido.

Tengo la sensación de que cuanto más desaparece la concien-

cia del yo, tanto más se está presente en esa realidad interior, en esa «nada».

Entre la sentada y el andar no hubo ruptura

Ocurrió el cuarto o quinto día del curso. Fue un sonido y a la vez no lo fue. Ya no tuve que hacerlo. Simplemente estuvo presente. Ya no lo tuve que respirar. Ello respiró. Se me cayeron las lágrimas y no hice más que decir: ¿Por qué soy tan indigno? ¿Por qué precisamente yo? Entre la sentada y el andar ya no hubo ruptura. Ello anduvo simplemente. En el patio, al mirar la hierba, podría haber llorado sin cesar. Todo estaba cambiado. Ya no hubo la hierba y yo. Estuvo tan cercano, fue una unión muy íntima. Tristemente contento y lleno de benevolencia y cariño para todos y todo; así fueron mis sentimientos básicos al recordarlo.

Aunque no haya acertado del todo al describirlo, esto fue lo que sucedió; simplemente que todo había cambiado, a pesar de ser lo mismo que antes.

¿Quién sube las escaleras?

He intentado vivir la vida cotidiana, prestando atención a mis quehaceres, despierto para lo que sucedía. De pronto, brotaron esas preguntas:

—¿quién sube las escaleras?

—¿quién lava las verduras?

—¿quién escucha cuando suena el teléfono y quién lo coge?

—¿quién hace que vibre el sonido de mi violín?

—¿quién mira cuando miro?

—¿qué es lo que hace que las personas y los coches vayan por las calles?

—¿qué toca el suelo al caer el copo de nieve?

—¿qué hace que salgan los primeros brotes verdes del suelo?

—¿de dónde viene la energía que produce un canto tan fuerte en la pequeña garganta del mirlo?

Y detrás de todo: ¿quién soy yo en el fondo, desde el origen? ¿Qué es en realidad? Esto no me deja en paz, es como si mi vida entera dependiera de la contestación a estas preguntas. De alguna

manera, en mi estructura mundial anterior, todo ha dado un vuelco, es un hervidero agitado que da vueltas y vueltas.

Simplemente una cuchara

Tengo setenta años, pero hoy, por primera vez en mi vida, he visto una cuchara... simplemente una cuchara... es risible, simplemente una cuchara... ¡simplemente una cuchara!

El rábano en el plato

Sentí una gran tensión. Y de repente estuve presente. Pero ya no hubo ningún yo que estuviera allí. ¡Sólo existía «allí»! Ninguna estrechez y ningún anhelo de llegar a alguna parte. Me percaté de mi respiración, que simplemente estaba presente... como el tic-tac del reloj, sin fronteras.

No pude expresarlo, verbalizarlo. No quise estropear la experiencia con mis palabras. También ahora mis palabras resultan inadecuadas... En la cena: el rábano en mi plato. ¡Alegría! ¡La inclinación! ¡Morder el rábano, llorar, reír, eso es!

Las gotas de lluvia cayeron al agua

Estuve a la orilla del estanque viendo cómo caían las gotas de lluvia al agua. Y allí todo estuvo incluido: ese cambio constante de la forma exterior, el eterno perderse en sí mismo. Y luego la certeza de que todo puede perderse solamente en sí mismo. Y después en la sentada, que en realidad todo vive de lo mismo y que no hay nada que pueda existir fuera de ello.

Formo parte de los dedos de Dios...

Estuve paseando largo rato por el campo. La tierra estuvo echando hojas: el primer verdor, las anémonas, los pájaros construyendo sus nidos, el trabajo en el campo. Y en todo esto la misma energía, la misma plenitud que incansablemente empuja

hacia la vida. Sé que formo parte de esos millones y millones de dedos de Dios.

Mirar como si no mirase

La madrugada me incita a pasear por los campos y me deja asistir al milagro de la creación del amanecer de un día de sol... Mientras permanezco en total silencio, de repente, toda mi existencia se estremece, como si estuviese alcanzado por un rayo. Pero allí no hay nada donde agarrarme, no hay nada que supiese en concreto o que pudiera captar. Estoy atónito, como quemado, marcado, como transportado por un rayo hacia el vacío de la ignorancia. Es mirar como si no mirase, oír como si no oyese, conocer como si no conociese. El repique de las campanas de la abadía señala la transubstanciación en la celebración de la eucaristía. La presencia de la naturaleza divina, la mística en el tragal. Toda verdad es sencilla.

Si miro más cerca, ya no está

Desde hace algún tiempo no estoy de acuerdo con ese Dios personal, con ese hermano, pareja, amigo que está siempre a nuestra disposición, esperándonos. En la actualidad se me figura oscuro, sin cara, apersonal; no el Dios-Hombre Jesucristo en esta tierra, la divinidad en las cosas de este mundo, también en mí, como potencia, como intensidad, como la presencia de todo. No puedo compartir esa certeza de salvación de los cristianos, esos gritos de júbilo de los definitivamente salvados; porque mi vivencia de Dios es tan nueva, tan vulnerable, relacionada con muchísima transformación y dolor. Si intento mirar más cerca a lo experimentado, ya no está. Necesita tiempo y silencio para crecer en mí, y no misas de muchas palabras. Noto que mi capacidad de expresión falla. ¿Cómo y de qué manera hablaré a las personas sin que me declaren loco?

Las fronteras dejaron de existir

El perro que ladraba afuera estuvo en mí, la puerta de la sala era una puerta en mi interior. Estuve en la sala y la sala estuvo

en mí. No hubo nada fuera de mí. Las fronteras dejaron de existir. Me llenó un profundo sentimiento de dicha. La contemplación de las cosas fue equilibrada, y percibí en mí la norma que es el origen de toda norma.

En el paseo, los árboles eran mis hermanos queridos y respetados. Los besé y apreté la tierra oscura y húmeda contra mis labios. La mañana fue como un nacimiento. La creación se hizo para mí, y hablé con los árboles, con el lago y las montañas.

Todo es Él

*Mientras estuve corriendo por el bosque percibí, supe y vi de repente que todo lo que en mí hay de vida, lo que me convierte en un ser vivo, es Dios. Él mismo es mi vida. Busco su presencia, pero es mi vida, o sea, que más cerca imposible. No está **conmigo**. Es mucho, mucho más. ¡Él es mi vida! ¡Me resulta imposible expresar lo tremendo que fue! Todos los árboles y arbustos en mi alrededor, todo es Él.*

En invierno tuve una experiencia igualmente profunda de Dios con un árbol. Una vez en primavera, al despertarme percibí con una intensidad enorme la vida palpitante. Su vida, en mí y afuera en la naturaleza. ¡Y esa alegría desbordante, ese júbilo! Después del curso, durante muchas semanas, seguí inmerso en una grandísima alegría, la simple alegría por la vida, por existir.

Donde todo es como es

Donde termina el ritmo del tiempo y el límite del lugar.

Donde no alcanzan los pensamientos.

Donde ya no hay agitación de sentimientos.

Donde nada es añadido a las cosas

ni interpretación, ni intención, ni diferenciación.

Donde todo es como es, puro.

Y todo igual en su ser.

Donde me paseo con Dios, igual en el ser.

¿Por qué estudié teología?

*En el árbol eres árbol, allí vuelas en el pájaro,
hace un rato lloraste en el niño, y ahora ríes en la vecina.
¿Por qué estudié teología?*

Cuando ya hube olvidado todo, estuviste Tú.

Un juego grandioso

¿Es blasfemo ver una evolución de Dios? Hoy, con una radicalidad absoluta, el creador y la creación me resultan idénticos. Es decir, ya no puedo utilizar esa terminología. Completamente idénticos. Es un juego grandioso: el jugador, el juego y las reglas están en evolución. Así, el sufrimiento y la alegría, la muerte y la vida, todo junto es uno. Ya no veo al creador y la creación como uno enfrente del otro. También la destrucción de la naturaleza forma parte de este juego. ¿Y donde el amor es un móvil? ¿Puedo también ser idéntico con Dios en este sentido? Me parece que sí.

En todas las cosas Dios me miraba

Durante un curso, la segunda noche, me sobrevino en mi habitación una paz muy grande como nunca antes la había vivido.

En todas las cosas Dios me miraba, y yo era Dios. Fue tan maravilloso y a la vez tan natural. Me dormí. A la mañana siguiente todo fue como siempre y, a pesar de ello, completamente diferente.

Simplemente sentado

Hoy en la sentada me di otra vez cuenta de mi tensión en los hombros y de mi tendencia a contraerme allí. Conscientemente bajé los hombros. De repente pareció como si toda mi caja torácica se abriera y fuera lanzada afuera. Un único impulso hacia fuera. Segundos sin yo, vacío, sin principio ni fin. Me volví a encontrar: simplemente sentado.

Ninguna moral, ninguna conciencia

Estoy en la librería, saco un libro de arte del estante. Lo hojeo y leo una frase de la que ya no me puedo acordar, y es como si me hubiera tocado un rayo. Algo se pone en movimiento. Todo se me esclarece. Tengo una extraña euforia, salgo corriendo de la librería. Un conocimiento sigue a otro. Un conocimiento global sin objeto de conocimiento. Estoy completamente fuera de mí de dicha y entusiasmo. Sé de qué va la cosa. Como si estuviese flotando. Me siento envuelto por un torbellino caluroso. Sé que estoy muy cerca de ello. Todo está claro. Y luego esa sensación: soy libre, totalmente libre. Este y oeste, puedo elegir libremente. Ya no estoy atado a nada, a ninguna ética, a ninguna moral, a ninguna conciencia. Allí ya no queda nada. Bajo corriendo por la calle. Todo parece irreal. Estoy completamente relajado y rebosante de energía, tengo una sensación sobrehumana. Al mismo tiempo sé que pertenezco a algo mucho mayor, es gigantesco, indescriptiblemente grande, mucho mayor que la tierra, inimaginable. Es como si estuviese en medio de un enorme torbellino, como un huracán, justamente en el centro; a mi alrededor hay una energía inconcebible, pero me siento seguro precisamente por esta energía. También se podría llamar Dios. Dinamita cualquier dimensión que tenga un nombre.

Aún sigo mirando

Lo que experimenté fue como el morir: muchas veces he estado a las puertas del vacío, lo nebuloso, la nada sin límite. Conozco la fuerza para atravesarlo; y a la vez el miedo de no ser capaz de aguantar el grado de intensidad que allí me espera; el miedo mortal de ser aniquilado en todo lo que he sido hasta ahora en presencia de una realidad fuera de la cual no hay nada. Dar la vuelta a tiempo fue hasta ahora mi «solución». De repente el vacío me sobreviene como una ola, por encima de mí, por debajo de mí, y a mi alrededor. No puedo describirlo mejor; ninguna catástrofe, ninguna aniquilación. Solamente mirar. Sigo mirando. ¿Yo?

Nunca he estado tan despierto... sin noción de tiempo

*Es como andar en medio del fuego desde hace semanas. El herrero de nuestro pueblo ajustaba el hierro al calor del fuego. Conmigo pasa como con el hierro. Solamente puedo dejar que ocurra, pues ya no se trata de mí. La despedida y el desprendimiento no son méritos míos, sino que mis manos agarradoras van **siendo** abiertas, las cosas que me importan parece que pierden su fuerza de atracción, las imaginaciones se desvanecen, los intereses, la manera de vivir, todo está cambiando. Solamente en un punto falla la comparación con el herrero: al final —y ayer noche en la sentada hubo una especie de final— no hay ningún golpe de martillo ni ningún hierro ajustado, sino algo así como un soplo de calor que lo derritió todo, y ningún «luego», ningún hierro. Solamente fuego. Fuego yo, fuego todo. Sin forma, silencioso. Fuerza abrasadora, sin origen, sin extinguirse. Nunca he estado tan despierto como en este instante sin noción de tiempo. No me resulta difícil relacionar esto con la religión como experiencia de la divinidad, como ser Dios, mientras que estos conceptos permanezcan transparentes en su significado usual para aquello que es totalmente diferente de lo que un concepto pueda expresar jamás.*

Dios como «el totalmente diferente»

El tercer día del curso entré en el vacío de la conciencia. Fue como si de un momento a otro una fuerza tirara de mí hacia la nada, hacia la quietud y la inmovilidad totales. Entonces estaba muy unido a mí mismo y a un profundo abismamiento donde me resultó fácil permanecer. Pero no me sentí liberado y ligero, sino como fascinado, como clavado. Lo único que vi fue cada sensación de mí ser. Eso no me bastó. No solamente quería mirar mi ser. W. me dijo que debiera abrirme con cuidado hacia Dios, mediante un ligerísimo movimiento hacia Él. Lo intenté y entonces sucedió algo inmensamente grande: un espeso flujo rojo y caliente emanó de mi corazón hacia «Él»... Esa fue la auténtica «oración del silencio». Un fluir de amor, confianza y paz... Ya no paró. Ese estado siguió en la cama; sentado o echado, fue lo mismo. A pesar de ello, a la mañana siguiente estuve descansado y vivo.

En la primera sentada de la mañana, me dije: «¡Abrirme con cuidado hacia Dios!» Apenas lo pensé cuando «Algo» me alcanzó,

una realidad inconcebible e inmensa, una presencia o la divinidad (¿cómo he de llamarlo?) Fue Dios como «el totalmente diferente». No le vi, pero le sentí, y fue tan poderoso, casi inquietante. No puedo expresarlo con palabras. En el mismo instante lo supe: la nada, el vacío, es Él.

Comencé a ver «nada». Fue la realidad sin valla...

Hace unos días estuve leyendo sobre la contemplación: «Cuando contemplas a Dios, no ves nada, y ése es exactamente el punto: cuando miras hacia nada, no hay nada; eso no es una experiencia cualquiera o una especie de conocimiento, de hecho es lo que Dios es: Dios es nada.» Enseguida empecé a ver «nada». Fue la realidad sin valla, la realidad sin bordes, y toda mi dependencia pareció haberse desvanecido en ese mirar. Me sobrevino una gran relajación. Antes de esta experiencia durante un periodo de unas dos semanas estuve casi constantemente al borde de las lágrimas. No tenía ningún motivo, sólo un toque delicado dentro de mí, una dulzura que no me impedía cumplir con mis obligaciones.

Todo estaba bien

El cojín en el que estoy sentado supone un límite finísimo entre el cuerpo que soy y una transcendencia abismal que se va abriendo cada vez más hacia una extensión sin límites... Lo poderoso de esa inmensidad me sobrevino en una sentada nocturna de tal manera que más allá de mi capacidad de vivencia y percepción sólo existió el SER, energía concentrada sin escape de fuerza. Me encontré en un estado carente de conciencia de yo, de sexo, incapaz de amar, de pecar, sin miedo, sin dicha. Todo estaba bien de tal modo que nada hubiera sido más absurdo que analizar esta experiencia o darla un nombre.

Sólo eso que carece de nombre

Tuve la impresión de salir de ésa que está allí sentada; miro desde muy lejos la función de teatro mía y la del mundo entero. ¿Qué fue eso que salió? ¿Y quién se quedó sentado? ¿Dónde estuve

«yo»? «Mi» conciencia ya no tuvo ningún cariz individual, y en los momentos de la experiencia divina ya no hubo consciencia de..., sino sólo eso que carece de nombre. En esos estados —eso lo pienso ahora— ya sólo hay existencia mental.

Volverse radicalmente loco

Hacia finales del curso, durante las sentadas, entré más en profundidad que antes, como si ya no existiese, libre de mí mismo. Por primera vez la percepción de este estado y la percepción de mi conciencia cotidiana (que estoy sentado y respiro, que mi vecino trague, que alguien ande en la sala de meditación, etc.) ocurren simultáneamente. A veces me pasa que los dos estados de conciencia se sobreponen; a veces ambos parecen estar a mi libre disposición. No entiendo nada, es como volverse radicalmente loco de una forma totalmente elemental.

«Ello» corrió

Al correr en el bosque algo en mí se desprendió después de haber corrido por espacio de una hora. De repente estuve en un estado de conciencia de facilidad y ligereza, ya no fui yo la que corrió, «ello» corrió. Fue una experiencia maravillosa.

Se trata de no dar ni un solo paso

Me doy cuenta de que no tengo que hacer nada. Soy solamente la materia en la que la vida se lleva a cabo, el hilo con el que se va tejiendo la alfombra cósmica. Esta dimensión de la vida es incomprensible e insondable, solamente se la puede descubrir y experimentar más allá de toda razón. Se abre porque no se aporta nada, excepto que una omite todo y no añade nada a sus actos. Ni siquiera la omisión se hace voluntariamente, es un dejarse hacer, un suceso que no se puede provocar ni impedir, solamente percibir, tolerar, «sufrir»

Andar por el camino es como si tirasen de una. Se trata de no dar **ni un solo paso** por una misma. «Dejarse andar», ¡qué fácil suena, qué difícil es!

Ora en el interior, respira en el interior

Estoy viviendo un estado de incapacidad, de impotencia interior, de enfermedad —sin tener ninguna dolencia orgánica—, de un intenso dolor interior. Es la forma más sutil y al mismo tiempo más fuerte de estar a merced de algo que jamás he vivido.

Mi verdadera vida cada vez tiene lugar más en el «interior». Ora en el interior, respira en el interior, ríe en el interior, llora en el interior, y desde hace días es nada más que un llorar amoroso o un amor lloroso. Ese dolor no se puede describir con palabras. Es como si todas las tendencias impuras tuvieran que agotarse, como si la transformación sólo pudiera tener lugar por la herida y la extinción... En mí nada se resiste lo más mínimo, ni huye, ni pregunta por el porqué, ni entiende realmente lo que está pasando.

Hundirse a vida y muerte

Con un dolor creciente cada vez más a menudo, experimento mis sentidos como inadecuados para la percepción del ser; desfiguran y oscurecen la verdad en vez de clarificarla. Hace falta limpiarlas a fondo mediante el desprendimiento de su propia experiencia para poder recibir la verdad de un modo desnudo y puro, para poder hacernos translúcidos para la luz.

Siento una incapacidad dolorosa para contribuir activamente a este proceso. Junto con mis sentidos tengo que sumergirme en un océano del vacío, de la nada. Es hundirse a vida y muerte, y tengo miedo de desasirme. Aún quedan muchos supuestos «tesoros» a los que mi yo intenta agarrarse. ¿Por cuánto tiempo hay que andar?

¿Por qué el camino divino tiene rasgos tan inhumanos?

Dios se retira; querer cogerle significa tener en las manos una envoltura vacía. Mi corazón se vuelve incapaz para el anhelo; de repente ya no tengo sed de Dios. Comer o no su pan da lo mismo, es como si estar lleno de Dios y estar vacío de Dios fuera lo mismo. De la noche a la mañana he perdido el sabor de Dios y de las cosas. No puedo ensalzar la creación, el entusiasmo anterior ha desaparecido ante una indiferencia alarmante...

Mis oídos están como sordos, mis ojos como ciegos, mi paladar mortificado, mi boca muda porque las palabras que quieren formular se vuelven fútiles.

Mi estado actual es comparable al del que se está ahogando y se le muere el grito de socorro en la boca. A la vista de esa desesperación surgen dudas acerca de si podré seguir por el camino tal y como lo hice hasta ahora. Nunca antes sentí tanto miedo de caer en una depresión profunda como últimamente cuando parece que me han quitado toda actividad. Esto no puede ser el sentido del proceso de la integración: convertirse en ser humano mediante la pérdida y la merma del potencial. ¿Por qué el camino divino reviste rasgos tan inhumanos?

Dios, ¿por qué me llamas?

¿Habré estado hasta ahora completamente equivocada en mis ideas humanas y modos de experiencia sobre ese Dios realmente divino? Dios, ¿por qué me llamas a ese camino con tanta fuerza, tan incondicionalmente, de manera tan global, y después retiras de mis pasos tu presencia que para mí significan alegría, esperanza y aliento?

¿Por qué me resulta tan difícil entender que aparentemente el camino solo podrá madurar para llegar a ser un camino de unificación entre Dios y el ser humano a través del desprendimiento de la totalidad de mis ideas, imágenes y deseos?

Ando a tientas: debo dejar atrás la seguridad aparente que pretenden facilitarme mi conciencia y mis sentidos para entrar paso a paso en un estado de no saber, de no poder y de no querer. Mi naturaleza aún se rebela contra esa presencia que parece la única posible para ese camino divino.

Las cosas están vacías, enormemente vacías. Las cimas soleadas están vacías, el árbol está vacío, el canto del pájaro está vacío, los amigos con los que me encuentro están vacíos, Dios está vacío, mi corazón está vacío. ¿No hubo en el pasado experiencias profundas donde todo estuvo impregnado de la plenitud de Dios? ¿Es ésta, como aquella otra experiencia, un testimonio diferente de la misma realidad inefable?

Aparentemente me he vuelto atea...

«Dios mío» es una fórmula aprendida, pero no hay ningún ser divino al que dirigirse. Aparentemente me he vuelto atea. Si ahora en mi desamparo rezara a Dios como antiguamente, sería pecado, apartamiento. La fe de antaño está del revés.

Porrumpo en llanto. Durante largo tiempo el corazón llora en sí mismo. Finalmente queda solamente esa gran claridad: el No en la profundidad es el Sí. Todo lo que está arraigado en esa profundidad y nace desde allí como amor es el Sí. Todo es absolutamente el Sí.

Horas después se va formulando el «Abba»; no como antes en forma de tratamiento a un «Dios», sino que desde la A originaria algo se desliza, balbucea b, b... (que representa todos los signos mudos del alfabeto, todas las formas de manifestación de lo perceptible en lo no verbalizado) y empuja, fluye, recae en la A.

Abba desde delante o detrás, no hay diferencia. Imagen originaria e imagen reflectada, despliegue y vuela al origen, antes y después, es No-Dos. ¿Puede rezar un ateo? ¡Abba! ¡A!

La enfermedad mortal pierde su importancia

Al regresar a casa experimenté de nuevo lo que es la vida y lo que significa poder vivir. Sobre todo experimenté la fuerza inmensa, la alegría indecible que están contenidas en cada momento. (Ahora experimento la gran pobreza de mi vocabulario, porque soy incapaz de expresar lo que en realidad experimenté) Si captáramos el instante en su luz y su grandeza, estallaríamos. Mi alma se regocijó y pensó: cada instante es precioso, aunque me quedaran pocos momentos para vivir conscientemente, ya sería suficiente plenitud. Antes estuve preocupada por mi salud. Ahora veo claro que incluso la enfermedad mortal a la vista de esta plenitud pierde su importancia y cualquier miedo es infundado.

Solamente olivos, solamente cigarras

Cuando bajo del avión, los olivos ya no son seres de la naturaleza cuajados de símbolos que enseguida producen una metáfora en mi cerebro, sino «sólo» olivos.

Todas las mañanas hice sentadas. Hoy noté un cambio: yo ya no existía, sólo quedaban cigarras, luego una puerta que se abrió y cerró. Esos ruidos no fueron como de costumbre, sino una obra de arte, perfectos.

Este paso, este movimiento

Voy a algo, a hacer una llamada telefónica, a escribir, etc., pero lo que hay es solamente este paso, este movimiento, este número, este libro, esta factura... Es un milagro y a la vez tan corriente, que no queda lugar para ningún «sí» o ningún «pero».

Sin por qué

Estoy sentada porque estoy sentada; ando, porque ando; como porque como; duermo porque duermo.

Vacío. Sin por qué.

El valle es valle y la montaña es montaña.

Sólo hay respiración, sólo hay andar, sólo hay estar sentada.

Aparte de esto, nada; nada más.

Bebo el agua clara del instante: agua de la fuente. ¡Ahora sé cómo sabe el Ahora!

Cada hoja y el pavimento... cada cosa fue Él

Por la mañana temprano hice footing. De repente, quedé sobrecogida por Su presencia en todas las cosas. Cada sonido y cada movimiento, cada hoja y el pavimento bajo mis pies estuvo repleto de vida divina. Todas y cada una de las cosas fueron Él. Yo estaba diferenciada, pero a la vez unida a todo. La experiencia duró durante varios días. Quedé sobrecogida de Su presencia en todas partes.

Amo tan poco

Después del almuerzo y de fregar los platos, estoy echada en el banco y al entrar en casa, paso por un arbolito; entonces siento

cómo irradia amor, cómo todo lo que veo me está rodeando de amor. Las lágrimas brotan, experimento amor y soy capaz de amar; y amo tan poco. Presiento que es el comienzo de algo más hondo.

En un momento, vuelvo a la vida cotidiana. Todo es como es, pero diferente. Veo, oigo y ando de otra manera. Abro la puerta de otra manera. Veo el abedul, del tronco blanco y, de repente, al mirarlo, caigo en la cuenta que lo estoy experimentando todo.

Durante un momento fui ese ruido

El perro corrió por la habitación y chocó con un trozo de papel, produciéndose un ruido. Durante un momento yo fui ese ruido.

Dando un paseo con el perro, de repente caigo en la cuenta de que si no soy nada, lo soy todo. Si no soy nada y si soy todo, y si tú no eres nada y todo, entonces los dos solos somos todo. Y juntamente también somos todo. O sea, somos la mismísima cosa.

De repente supe que no hace falta ir al Tercer Mundo puesto que he reconocido lo que «salva». ¿Qué podría haberles dado yo a las personas? Nada que hubiera contribuido a su salvación. He de quedarme sentada en el cojín y dar ejemplo a los demás de mi transformación interior: ése es mi regalo. Libre de mi ilusión, me eché a reír; durante horas enteras reí, lloré y volví a reír. ¡Esto es lo que de bebé ya quise decir al mundo entero!

El papel es blanco, la tinta azul

Quietud y jaleo. Alegría y aflicción, a menudo todo a la vez. En todo hay algo cambiado, todo es Uno. Me faltan las palabras, todo es lo mismo. El papel es blanco, la tinta azul, la pluma negra.

Todo es lo mismo, realidad-Dios

Dios se ha hecho realidad y ha cesado la gran pregunta: «¿Existes?» Estoy incluida y ya no me puedo liberar. ¡Siempre de nuevo Dios, vida, plenitud! El mundo ha cambiado. Ya no hay esas

diferencias tan grandes entre trabajo y tiempo libre porque todo es lo mismo. «Realidad-Dios».

Ya no hay nada enfrente

La vivencia de la naturaleza ocurre en un nivel totalmente nuevo. Nada me mira, me habla, me inspira, me importa, porque ya nada es objeto de mi vivencia. Ya no hay nada enfrente, ninguna dualidad de objeto y sujeto. Lo que es mirado se funde con el que lo está mirando, llegando a ser esencialmente uno. Yo soy el árbol, el árbol soy yo.

Escuchas cómo todo está verdeando

Hoy escribí en una carta: «¿Escuchas cómo todo está verdeando?» Y solamente después me di cuenta de lo que había escrito.

Soy importante y a la vez no lo soy

A través de Vd. fluye lo que en mi limitada forma de expresión denomino luz. En ello conozco la luz en mí pero, a pesar de ello, no permanece en mí; otros podrán intuirlo a través de mí y así sucesivamente. En ello «yo» soy importante y a la vez no lo soy. En ese «yo» puedo conocer, ver, oír y percibir, oler y saborear y volver a dejarlo. Ello no soy «yo», pero en mí encuentra espacio, tiempo y lugar de origen, y yo en ello pierdo espacio y tiempo, encontrando el lugar de origen.

Durante toda mi vida lo pasé de largo

Cuando regresé a casa, mi manera de ser había cambiado completamente. Estuve llena de cariño. Después de muchos años de oscuridad, mi corazón había vuelto a vivir. Una mañana, repentinamente rompí a llorar. En un momento sentí o vi lo que durante toda mi vida había estado anhelando. Me di cuenta de que en el fondo todo está ahí, pero que durante toda mi vida lo pasé de largo.

Lo que más me dolió fue haber amado tan poco y que nunca podré remediar dicha falta de amor. Mi ego, en ese momento, no pudo aprovecharse de nada. Pero lentamente voy notando que algo muy hondo tuvo lugar en mí.

Siempre he estado «dentro» de la puerta

Estoy sentada completamente relajada y tranquila, no tengo ningún deseo, ni tarea, intento quedar «vacía». En la entrevista se me da la tarea: «¿Quién soy cuando no se me apremia?»

Hasta ese momento nada me apremió; interiormente protesto contra esa tarea. Entro a la siguiente entrevista: «Todo está bien, tus pensamientos, tu vivencia. ¡Pregunta a pesar de ello!»

Estoy nuevamente «sentada» con la vieja tarea: «Tu oración sea entrega». Lo que sucede, en cuestión de un segundo, es indescriptible. Me siento en mi cojín, me acomodo y vuelvo a decirme otra vez lo que W. me dijo antes en la entrevista: «Entrega, entrega...» Al cabo de un rato me alcanza una ola tremenda de energía que se llama amor, a la vez de una luz inmensa. Delante de mí veo una gran puerta dorada envuelta en una luz cegadora. Escucho música y me siento impulsada a atravesar la puerta. La situación es como si me encontrase detrás de la puerta de una ciudad con muchas personas contentas y alegres. Todo está bañado y envuelto en una luz inmensa. Esa luz surte efectos como si fueran rayos dorados; al mismo tiempo, todo está impregnado de música. Se me vino a la cabeza la idea de la Jerusalén celestial, aunque en el fondo me disgusta esta terminología cristiana. Tengo la sensación de que esa voz me dice: «Atraviesa la puerta».

Estoy conmovida por lo que me sucede y, al mismo tiempo, siento un miedo terrible. Algo en mí me dice: «Si te van a ver con esa luz tan clara, se darán cuenta de que no perteneces allí. Te echarán si pasas por la puerta.» Ante el conflicto, lloro y me marchó al jardín. Estoy desesperada. En la siguiente sentada me he calmado. Estoy triste por no haberme atrevido a pasar la puerta y me esfuerzo por volver a encontrar la puerta. Quiero atreverme a pasar.

No consigo dar con la puerta. Me acuerdo de mi ejercicio de oración: «Tu oración sea entrega», solamente eso. Acepto lo que ocurre en mi cuerpo. Nuevamente me acuerdo: «Entrega». Otra vez me entrego a lo que ocurre. Siento fundirme con la presión. La

presión con la reacción se convierten en fuerza, energía. A partir de la presión, en mi pecho se desarrolla una gran azucena. Pienso que el «chakra» de mi corazón se ha abierto.

Es como una rotura de un dique. El mundo ha cambiado aunque sigue siendo el mismo. Siento fuerza de vivir, energía, alegría de vivir. Tengo la sensación de estar sumergida, envuelta en amor, desde el principio. No tengo que encontrar la puerta ni pasar por ella, porque desde siempre he estado «dentro» y siempre lo estaré. Lo que me separa del estar «dentro de la puerta», son solamente mis pensamientos. Estos y los sentimientos consiguientes crean un mundo ficticio.

Haga lo que haga, vaya donde vaya, estoy envuelta y rodeada de amor. Todo ser es amor. Ya sólo hay una realidad verdadera, y es el amor. Ese amor representa nacimiento y muerte, lo contiene todo, todo lo que encontramos en la vida, y en la muerte. Es un amor intenso, rico, desprendido: no un amor flaco y mezquino. Siento alegría, sol y amor. ¿No somos todos hijo(a)s que juegan el gran juego de la vida? ¿Y no lo estamos haciendo con demasiado rigor y con demasiadas realidades equivocadas?

Siento como si se me hubiera quitado un velo. Veo el mundo de manera diferente. Entiendo lo que se quiere decir con «el hombre dormido». Con mi entendimiento ya lo había captado en la lectura, sabía de qué iba. Ahora lo siento y lo vivo.

¿Cuándo se romperán las últimas cuerdas?

Estoy en el espacio y me dirijo al vacío; estoy en el tiempo y me dirijo a lo atemporal. En estos momentos, estoy colgada entre el espacio y el vacío, y me encuentro fatal.

Señor, ¿cuándo se romperán las últimas cuerdas? Deseo poder cerrar los ojos y caer lejos y profundo. En la caída seré transformada.

Señor, después de varios días de luchas y dolores interiores, hoy me siento más libre. No sé nada acerca de este suceso interior. Quizás quisiste quitar cosas y yo no quise soltarlas.

Señor, aunque tengo deseos de alejarme de mí misma, me disgusta tu manera de hacerlo.

Me siento débil e infeliz, y eso no me gusta. Me resulta difícil desprenderme de mi imagen ideal y aceptarme tal y como soy.

Señor, ¿qué idioma hablas? ¡No te oigo! Todo lo que escucho

es silencio, no es silencio que sosiega, sino el que consume. Señor, caigo más bajo que la profundidad más honda. En esta oscuridad ya no veo si ando. No siento ni veo otra cosa que la oscuridad.

Me despido de los deseos e imaginaciones, de tradiciones y seguridades habituales, de la calle ancha y recta, donde todo es ruidoso, multicolor, precipitado y lleno de claridad. Lleva a un sendero estrecho, lleno de escombros, de oscuridad y silencio.

Señor, la gente calla, la naturaleza calla y tú callas; es la noche profunda.

Señor, no sabía que al compartir el dolor se podría ser activo. Sosegarse, aguantar, perseverar contigo, en ti, para ti y con ello para otros, y viceversa.

En mí hay un gran dolor de pérdida que apenas soy capaz de verter en palabras. Duele, soy dolor, ¡todo es dolor!

Señor, ¿quién eres tú al que me dirijo? Todo está como desprendido en mí, ¡mudo! Y alrededor mío una marea viva, un caos, un viento huracanado. En medio del ciclón no me siento agitada. Tengo la sensación de ser un reloj parado en medio de un montón de relojes que hace tic tac.

Señor, toda mi oscuridad soy yo misma. El camino hacia la luz indivisa es un camino largo, en especial para mí, porque tengo una voluntad férrea y un carácter fuerte.

Señor, en la oscuridad es donde hay más intimidad contigo y conmigo misma. Allí es donde mi verdadero ser se libera. Pero en esta oscuridad también se van perfilando caras que no se detectan a la luz deslumbrante del día. Me acechan e intentan atraparme en mi desprendimiento para llevarme con ellas.

Señor, Tú eres todo, el montón de basuras y el parque cuidado de la ciudad, la calle ancha y la estrecha, el juez y el condenado, la valla y la libertad.

Señor, mi dependencia de las personas y de las cosas clama al cielo. La inversión de polaridad causa tales dificultades de desidentificación en mí que apenas logro mover mi cuerpo.

Señor, todo el mal consiste en agarrarme a la materia.

Señor, no soy ni buena, ni mala, ¡soy así!

Señor, me siento como un átomo, hendido, dividido y nuevamente fundido. ¡Ya no soy yo! Señor, temo tus métodos de sanación y tu medicina amarga, pero te ruego que intervengas cuando haga falta.

Señor, cuando me haya liberado de mí misma, seré una apátrida. No tengo padres, ni hermanos, ni marido, ni hijos, ni

casa, ni tradición, ni religión, ni leyes. No tengo buenas opiniones ni consejos. Soy una persona emancipada, una extraña.

¿Cuál es mi ser?

¿Cuál es mi ser más profundo? ¡Luz y amor rebosantes! ¡Dios es luz! ¡Dios es amor! Mirar y ser lo mirado. Mi ser más profundo es inmutable.

Ver el mundo como si los ojos se abrieran por primera vez. Cada instante el primer instante. El árbol susurra y el viento refresca mi cara.

El dedo índice penetra el universo entero. Las cosas no tienen nombre. Apagué la cerilla, pero sigue encendida. Durante horas enteras esas carcajadas profundas y vigorosas que conmueven todo.

Todas las cosas vienen del vacío y van al vacío. ¡Gong... gong... gong; clic... clic... clic!

Allí lo conozco: yo, tú, Dios, todo

Durante toda mi vida he estado buscando, y lo único que tengo que hacer es abrir las manos y aceptar. Cristo representa la vida y todo. Cristo Rey, hoy y siempre. Lo escribí en las paredes de un templo dórico. Quedará allí hasta que lleguen las lluvias del invierno.

Este es el camino: desviarse, extraviarse, no querer seguir adelante y ahora: ver la fuente, ver el árbol. Hace tiempo que el camello pasó por el ojo de la aguja. No existe ningún ojo de aguja. Tengo miedo, un miedo mortal. ¿Y si muero en el transcurso?

Kyrie Eleison para mí y para todos. Antes pedía fuerza, ahora pido debilidad, para que pueda ir notando mis necesidades.

¿Encontraré a Dios? ¿Me encontrará? Por la noche. No hay nada que hubiera que buscar o encontrar. Claridad, claridad. Las manos lo saben, los hombres lo saben. ¿Pero mi cabeza?

Me da miedo mirar al espejo, pues allí le veo a Él. En mis ojos le veo a Él. Tengo miedo de mis ojos. Los pies lo saben, las manos, mis rodillas. Rezan el Kyrie. Y ahora, también mis ojos lo han visto.

Quise tocar a la chica que iba delante de mí, colocar mis

manos encima de sus hombros, abrazarla, pero al mismo tiempo temí ver su cara.

¡Miedo! Cuando yo te reconozca y tú me reconozcas a mí, ten cuidado conmigo, para que no me lleve un susto en la oscuridad.

Siento tu amor con tal fuerza en mí que quisiera abrazar a mis pacientes. Es como el fuego. ¡Libertad! No tengo que hacer nada, simplemente ser como tú. Ni bien, ni mal, ni sabio, ni necio, ni fuerte, ni débil; nada, simplemente así, tal como es. Cuando el viento sopla en las flores de los sauces, las semillas se esparcen en el aire. Él esta en todas partes. Yo estoy en todas partes. ¿Y si ahora me pierdo totalmente en ti? Trátame como a un paciente gravemente enfermo, con mucho cariño, dame ánimos, prohibeme reflexionar.

Tengo la sensación de que es Pascua de Resurrección. La tierra huele a muerte y resurrección. Escucho la nueva canción de los pájaros. Vacío es forma, forma es vacío. El círculo se cierra. Cristo, la forma intercambiable de lo divino, la Virgen María, Atenea, Dios, Padre, Hijo. Ya no hay palabras.

Corrí al jardín y lo vi todo por primera vez. La chica en el estanque. Dimos de comer a los renacuajos e inventamos nombres para ellos.

Eucaristía. Me da miedo tu intimidad en el pan y en el vino. Miedo de que puedas llegar a serme demasiado íntimo, de que me vaya a perder en ti. Me agarro a la voz del joven que está arrodillado a mi lado. Me mira con sorpresa cuando después le doy las gracias.

Estoy sentado en el escalón y lloro. Ya no sé quién soy, dónde estoy. Me derrito en los sonidos. Miro al espejo, miro a mis ojos, no sé cuánto tiempo. Miro, y busco, y busco, y miro. Y entonces lo veo: «¡Luna de la verdad!» Espejo, mis ojos, allí lo conozco a ello: yo, tú, Dios, todo.

En el viaje a casa escribo el aleluya en el pentagrama de los postes telegráficos.

La puerta está abierta, no lo sabía

La puerta está abierta, no lo sabía.

La puerta está muy cerca de mí, no la veía.

La puerta es para entrar, ¿no lo quería?!

Apócrifos. Escritos históricos y sapienciales encontrados en la versión griega de las escrituras hebreas, pero excluidos del canon de la Biblia hebrea. La Iglesia católica romana reconoce su autoridad y los apellida deuterocanónicos, mientras las iglesias ortodoxas orientales y las protestantes no los ponen en el mismo plano que las Escrituras inspiradas.

Asram. Ermita o monasterio en la religión india. Funciona como centro para la formación de los creyentes y para la transmisión del mensaje del guru.

Brahmanismo. La religión de la India en tiempo de los Upanisads y durante el primer período budista.

Buda. («El iluminado») Siddharta Gautama, sabio de la tribu Sakya que vivió en la India en el siglo VI a. C. y fue fundador del budismo.

Confucio. (551-479 a. C.). Funcionario y administrador civil chino, que se hizo famoso como un maestro que abría sus clases a todos sus alumnos, sin tener en cuenta su clase social o su riqueza. Sus enseñanzas, especialmente la idea de Li, fueron la base de un sistema ético-social que influyó grandemente en la sociedad china después de su muerte.

Chakra. Según el pensamiento tibetano e indio, los seis centros nerviosos del cuerpo de los que fluye la energía psíquica. Están entre las cejas, en el pecho, en el corazón, en el ombligo, en los genitales y en la base de la espina dorsal.

Dharma. En el hinduismo, orden cósmico, la ley de la existencia, la conducta recta. También, en el budismo, la enseñanza de Buda (ver Dhamma).

Isis. Gran diosa egipcia de la maternidad y de la fertilidad.

¹ Cfr. *El mundo de las religiones*. Verbo Divino-Ed. Paulinas, 1985.

Representada a veces con cabeza de vaca, tenía un gran templo en File.

Kabir (probablemente 1440-1518). Poeta y escritor indio de himnos, que influyó en el desarrollo del sikhismo primitivo. Trató de hacer una síntesis entre islam y hunduismo, rechazando el sistema de castas y la circuncisión, y enseñó el amor de Dios, la reencarnación y la liberación.

Karma. Palabra indostaní-sanscrita que significa obra o acción. El karma es la ley moral de causa y efecto, que explica las desigualdades de la vida como consecuencia de las acciones de vidas precedentes.

Koan. Técnica usada para obtener la satori. Consiste en una pregunta poco menos que absurda propuesta por un maestro a un alumno para ayudarlo a romper la prisión de los conceptos mentales y adquirir una conciencia directa de la realidad.

Mandala. Ayuda visual en forma de una serie de círculos concéntricos de colores usados en el budismo tibetano. Los segmentos de los círculos representan diferentes aspectos de la compasión de Buda. La concentración en la mandala permite al discípulo verse a sí mismo en relación con la compasión de Buda y alcanzar así la iluminación.

Mantra. Sonido simbólico que provoca una vibración interna, que ayuda a la mente a concentrarse y favorece la autorrealización, por ejemplo la repetida sílaba «om».

Nirvana («salir, «enfriarse»). En el budismo, estado de espontaneidad y de simplicidad más allá de toda forma de existencia conocida o imaginada.

Satori. Iluminación en el budismo zen.

Sufismo. Movimiento místico islámico surgido en el siglo VIII d. C. como reacción a la mundanidad de la dinastía Omeya. Los sufíes buscaban una experiencia directa de Alá mediante prácticas ascéticas. Los ortodoxos las rechazaron al principio, pero hoy las órdenes sufíes son aceptadas entre los aunníes y los chiítas.

Tantrismo. Prácticas budistas tibetanas que buscan la experiencia directa del yo iluminado mediante símbolos, imágenes visuales, repetición de sonidos, ordenación de movimientos, control de la respiración y relaciones sexuales ritualizadas.

Tao te ching. Obra religiosa china compuesta en el siglo IV a. C. y atribuida a Lao-Tse, aunque probablemente es obra de

varios autores. Describe el tao como el principio subyacente de la realidad, que sólo puede conseguirse con la pasividad.

Upanishadas. Los últimos libros de los vedas indios escritos en sánscrito entre el 800 y el 400 a. C.

Yoga. Una vía de unión con Dios en la filosofía hindú. Constituye también uno de los seis sistemas clásicos del pensamiento indio. Según la tradición hay seis estadios o etapas del yoga: limitación, disciplina, posición del cuerpo, respiración, alejamiento, concentración, meditación y trance.

Zazen. Término japonés de la forma de meditación practicada en los monasterios zen. Se practica estando sentados y esta posición del cuerpo tiende a favorecer la reflexión sobre un koan.

Zen. Movimiento budista japonés surgido en el siglo XIII d. C., caracterizado por su doctrina de que la iluminación es un hecho espontáneo, totalmente independiente de los conceptos, técnicas o ritos. El zen tiende a alcanzar la armonía en el modo de vivir y usa artes seculares como la preparación del té y la caligrafía para desarrollar las habilidades.